





DD / 58

LITERATURA LATINA
Y ANTOLOGÍA

POR

VICENTE GARCÍA DE DIEGO



MADRID

TIPOGRAFÍA DE LA "REVISTA DE ARCHIVOS"

Calle de Olósga, 1.

1927

LITERATURA LATINA

Y

ANTOLOGÍA

DD / 58

R. 5881

LITERATURA LATINA
Y ANTOLOGÍA

POR

VICENTE GARCÍA DE DIEGO



MADRID

TIPOGRAFÍA DE LA "REVISTA DE ARCHIVOS"

Calle de Olózaga, 1.

1927

R. 669

I.

CONCEPTOS PRELIMINARES

La literatura latina.—La literatura latina, comparada con la griega, ofrece caracteres perfectamente marcados. Desde luego es mucho más reducida y uniforme: no descuella la imaginación ni la sensibilidad, sino la razón, brillando más en ella la ponderación que el genio; en términos generales, es en el fondo esencialmente nacionalista y sólo universal en el sentido estético; es, sobre todo, patricia, sin que el genio popular trascienda plenamente, y sin que la literatura erudita llegue a interesar vivamente a la multitud; es fecunda en las obras prácticas: historia, elocuencia y moral; pero pobre en las obras desinteresadas: metafísica, poesía lírica y dramática. Ofrece la literatura latina el peculiar carácter de ser romana. A pesar de ser la mayoría de los escritores naturales de otras regiones de Italia y de diversas provincias del Imperio, en ningún punto, fuera de la Ciudad Eterna, florece un foco literario, habiéndose formado en ella cuantos escritores descollaron hasta el siglo tercero.

Estos caracteres de la literatura son consecuencia natural de las condiciones del pueblo romano.

Una circunstancia que explica en parte la débil re-



sistencia de las regiones a la absorción y unificación literaria por la ciudad imperial es la heterogeneidad de razas de la península, ocupada al Norte por celtas, al Sur por griegos y en diversos puntos por pueblos de oscura filiación, como el misterioso pueblo etrusco, los yápigas, etc. La misma capital se constituye con tres grupos: latinos, sabinos y etruscos.

En ella domina el genio latino, y absorbe las regiones limítrofes: el Latium, Piceno, Campania y Etruria, y al fin Italia entera. Roma, con una admirable fuerza de asimilación, impone al fin su lengua y su cultura en extensas provincias de su Imperio. Concuera la literatura con el espíritu singular de este pueblo, de admirable practicismo y ponderación, en que todas las facultades se someten a la disciplina del raciocinio, y en que todos los individuos se entregan a la disciplina del Estado. Toda la evolución literaria, con excepción de espíritus extraños, como Séneca y Lucano, es una transición ponderada.

La religión romana, menos estética que la de los griegos y menos exaltada que la de los orientales, lleva también el sello del practicismo y del interés, y es ante todo la norma que sirve para ordenar la moral y para propiciar a los dioses que han de tutelar sus empresas privadas y públicas. Esta religión, principalmente formularia y ritual, era ante todo respetada y defendida como fundamento de la vida pública y de la nacionalidad. Llevados de su espíritu nacional, amaban ante todo la tradición. Este amor

explica el caso típico de los escritores arcaizantes: Lucrecio, Salustio, Tácito, Aulo Gelio y Apuleyo, que se recreaban usando viejas palabras desaparecidas en su tiempo.

La lengua, poco apta para la desbordada fantasía de las obras poéticas, y pobre en expresiones abstractas y técnicas, y muy pobre en los compuestos gráficos que conocía el griego, fué por su carácter preciso y comprensivo admirable instrumento para ser la lengua de los legisladores y de los moralistas. Sin las excelsas cualidades literarias del griego, el latín era una lengua concisa y enérgica, a la vez concentrada y lógica, que se amoldó como pudo a ciertos aspectos literarios, y que logró soberana perfección en aquellos géneros que interesaron principalmente al pueblo jurista y dominador.

División de la literatura latina.—La literatura latina se divide en dos grandes ciclos: 1.º Ciclo de la Monarquía y de la República, que comprende desde los oscuros orígenes hasta que comienza la edad de Augusto, en el año 42 a. de J. C., en que Octavio vence a Bruto y Casio en Filipos. 2.º Ciclo del Imperio, que comprende desde Augusto hasta el fin de la literatura latina, con la caída del Imperio, o si se quiere por extensión hasta el s. VIII de nuestra era.

El primer ciclo comprende tres edades: edad romana, desde los orígenes hasta el 246 a. de J. C.; edad arcaica o helenizante, que comprende desde el 240, en que comienzan con Livio Andrónico las influencias griegas, hasta el 88, y edad ciceroniana,

que comienza con Cicerón en el año 88, hasta el 42, a. de J. C., en que tiene lugar la batalla de Filipos.

El segundo ciclo se divide en otras tres edades: edad de Augusto, que comprende desde el 42 a. de J. C. hasta el 14 de nuestra era, fecha de la muerte de Augusto; edad argentea, que comprende desde el 14, d. de J. C., hasta el 117, fecha de la muerte de Trajano; edad de cobre, que comprende desde el 117 hasta el final.

<i>Ciclo de la Monarquía y de la República</i>	} aetas romana, o prisca aetas. aetas graecata o vetus aetas. edad arcaica o helenizante. aetas ciceroniana.	
<i>Ciclo del Imperio</i>		
EDAD DE LA MON. Y R., 240.		
<i>Livio Andrónico</i> , 240.....		
EDAD ARCAICA, 240-88.....	} Primera guerra púnica, 250-241. Segunda guerra púnica, 218-201. Guerras macedónicas, 200-197. Epoca de Catón, 200-170. Guerras de Antíoco, 192-190. Epoca de Scipión Emiliano, 170. Epoca de los Gracos, 133-119. Incorporación de Grecia, 146. Guerra de Yugurta, 111-106. Epoca de Sila, 120-78.	
<i>Fin de la guerra social</i> , 88.		
EDAD DE CICERÓN, 88-42....		
<i>Batalla de Filipos</i> , 42.....		
EDAD DE AUGUSTO, 42 a.-14 d.		
		} Augusto, 40 a.-14 d.

<i>Muerte de Augusto</i> , 14.....	Tiberio, 13-37. Calígula, 37-41. Claudio, 41-54. Nerón, 54-64. Galba, 64.
EDAD ARGÉNTA, 14-117.....	Otón, 64. Vitelio, Vespasiano, 69-79. Tito, 79-81. Domiciano, 81-96. Nerva, 96-97. Trajano, 97-117.
<i>Muerte de Trajano</i> , 117.....	Adriano, 117-138. Antonino Pío, 138-161. Marco Aurelio, 161-180. Cómodo, 180-192. Helvio Pertinax, 193. Didio Juliano, 193. Septimio Severo, 193-211. Caracalla, 211-217. Macrino, 217-218. Heliogábalo, 218-222. Alejandro Severo, 222-235. Maximino, 235-238. Los Gordianos, 238-244. Galieno, 253-268.
EDAD DE COBRE, 117 al final.	Claudio, 268-270. Aureliano, 270-275. Tácito, 275-276. Probo, 276-282. Numeriano, 282-284. Diocleciano, 284-305. Constantino, 305-337. Sucesores de Constantino, 337-361. Juliano el Apóstata, 361-363. Joviano, 363. Valentiniano, 364. Teodosio, 379-395. Arcadio y Honorio, 395-410. Ultimos emperadores, 410-476. Primeros reyes bárbaros, 476-550.

2.

LA POESIA EN LA EDAD ROMANA

Carácter de esta poesía.—La primitiva poesía latina anterior al helenismo era esencialmente popular. En contraposición con la severa majestad de la literatura patricia, que definitivamente se impone, esta primitiva literatura recogía la desenvuelta agudeza que caracterizaba a la plebe, y en las manifestaciones privadas a todo el pueblo romano. Por eso es más sensible la pérdida de las primeras producciones, porque ellas representaban el verdadero espíritu de la raza y su libre humorismo, que sólo imperfectamente descubrimos bajo la compostura convencional de la literatura posterior, elevada en el tono y extranjerizada en los procedimientos.

Verso saturnio.—El verso nacional romano, el saturnio, calificado de *horridus* por Horacio, constaba de dos hemistiquios, cada uno de ellos con tres acentos: los saturnios populares parece que fueron acentuales, con gran libertad cuantitativa. En los saturnios artísticos de Livio Andrónico y Nevio se combinó en cuanto era posible la métrica acentual con la cantidad, resultando un verso de dos hemistiquios con tres pies, el primer hemistiquio yámbico y el segundo trocaico. Esto ocurre al menos en el verso considerado como típico:

Malum dabunt Metelli Naevio poetae.

Un caso muy significativo para sospechar que la poesía propiamente latina era acentual es la amoldación que sufre en latín el hexámetro griego, por la cual los dos pies finales, libres en griego en cuanto a la acentuación, se someten en latín al acento prosaico, como si no sonasen a verso aquellos finales en discordancia con el acento ordinario. En verso saturnio estaban las primitivas composiciones latinas anteriores a la influencia del helenismo, y aun algunas de las primeras amoldaciones griegas, como la *Odissia* de Livio Andrónico. Saturnios son los versos de la inscripción de Mummio y los del epitafio de Lucio Cornelio Escipión:

L. Cornelio. L. f. Scipio aediles, cosol, cesor.
 Hunc oino ploirume cosentiont Romai
 duonoro optumo fuise viro,
 Luciom Scipione. Filios Barbati
 Consol, censor, aedilis hic fuet apud vos.
 Hec cepit Corsica Aleriaque urbe:
 Dedet tempestatebus aide meretod.

Manifestaciones poéticas anteriores a la influencia helénica. Poesía épica.—Las principales manifestaciones de la poesía épica eran los poemas convivales y triunfales.

Carmina convivalia.—Se llaman así estos poemas porque solían cantarse en los banquetes, ensalzando las virtudes o las heroicas hazañas de los antepasados. Cicerón refiere que eran los convidados los que al son de la flauta cantaban los méritos y gestas de los hombres famosos: "Solitos esse in epu-

lis canere convivas ad tibicinem de clarorum hominum virtutibus." (Túscul., I, c, 2.) Posteriormente eran coros de niños los que en los banquetes cantaban estos poemas.

Carmina triumphalia.—Eran las canciones con que los soldados que acompañaban al jefe victorioso ensalzaban sus triunfos. Pero aparte de estas canciones en loor del héroe, los soldados intercalaban también atrevidos versos, en que se permitían las más audaces indiscreciones sobre su vida íntima. Siglos más tarde en la vida de César refiere Suetonio como los soldados que iban tras su carro en el triunfo de las Galias hacían picantes alusiones a las debilidades del emperador, bromeando con los vicios del libidinoso calvo: "Gallico denique triumpho milites eius inter cetera carmina, qualia currum prosequentes ioculariter canunt, etiam illud vulgatissimum pronuntiaverunt: Gallias Caesar, etc... Urbani, servate uxores, moechum calvom adducimus." (Jul., 49-50.)

Poesía lírica.—Las principales muestras de la poesía lírica son los himnos religiosos y las canciones funerales. Nos quedan dos muestras de cantos religiosos en el de los *Salios* y en el de los cofrades *Arvales*. El canto de los *Salios* era el poema de una rogativa nacional militar, en que se hacía primero una invocación genérica a los dioses (*axamenta*) y luego peticiones a divinidades particulares. Estas rogativas procesionales bélicas se hacían al empezar y

al terminar las campañas anuales y se acompañaban de danzas guerreras.

El canto de los *Arvales* apareció en 1778 en la colina del Vaticano en un mármol. En él está grabada el acta de una fiesta o reunión de mayo de la cofradía de los *Arvales* o labradores, y el modelo del canto que los sacerdotes revestidos entonaban, acompañado de una danza religiosa, para que Marte y los dioses lares favoreciesen los campos. Los versos son:

Enos Lases juvate.

Neve luae rue Marma sins incurrere in pleores

Satur furere Mars, limen sali, şta berber.

Semunis alternei advocapit conctos.

Enos Marmor juvato.

Triumpe.

Todos ellos tres veces repetidos.

Neniae.—Eran las *nenias* lúgubres canciones que en loor de un muerto se entonaban, acompañadas de la flauta, ante el cadáver: "Honoratorum virorum laudes in contione memorentur, easque etiam cantu ad tibicinem prosequantur, cui nomen *nenia*: quo vocabulo etiam graeci cantus lugubres nominant." (Cic., *De leg.*, 2, c. 24.) Estas canciones después eran cantadas por plañideras asalariadas (*praeficae*).

Poesía dramática.—Son composiciones dramáticas de origen latino los versos *fesceninos*, la *sátura* y la *fábula atelana*. Los ludos o versos fesceninos (de Fescennia, Etruria) eran representaciones jocosas groseramente divertidas. La obra solía ser, en

parte al menos, improvisada (*incompositum temere*, T. L., l. 7, c. 2). Horacio indica que se celebraban en las fiestas rústicas, en que la licencia de las costumbres lo consentía todo: "Fescennina per hunc inventa licentia morem versibus alternis opprobria rustica fudit" (l. 2, *Ep.*, I, v. 145). Séneca nos enseña que también se representaban en las fiestas de boda, *inter nuptiales*. (*Contr.*, 21.)

La sátura.—A modo de ópera o zarzuela rudimentaria, era una composición dramática en que entraba el canto, la música y la danza, unificado todo por un asunto sencillo.

La fábula atelana.—Era en su origen una comedia bufa, de procedencia osca (de *Atella*). En ella se imitaba con ridícula exageración el vestido y la lengua de los oscos. Posteriormente se representaba como una obra breve y ligera después de una tragedia o una comedia, llegando este nombre a significar las piececitas ligeras que representaban especialmente los aficionados.

3.

LA PROSA EN LA EDAD ROMANA

Las primeras manifestaciones de la prosa latina son las inscripciones. De ellas la más antigua es la de la fíbula de Preneste, aproximadamente del a. 600 a. de J. C.:

Manios med fhefhaked Numasioi
cuya amoldación al latín clásico sería

Manius me fecit Numerio.

Monumentos públicos.—Los principales son: las leyes regias, las de las doce tablas, los anales de los pontífices, el senadoconsulto de bacanales, la dedicación de la columna rostral de Duilio, etc.

Leges regiae.—Conocemos únicamente estas leyes por las citas de Paulo Festo:

Pellex aram Iunonis ne tangito. Si tagit, Iunoni crinibus demissis agnum feminam caedito.

Si hominem fulmen Iovis occisit, ne supra genua tollito.

Homo si fulmine occisus est, ei iusta nulla fieri oportet.

Leges XII tabularum.—Las conocemos igualmente por citas de escritores posteriores, principalmente de Cicerón, Festo y Aulo Gelio. El texto de la tabla primera es el siguiente:

Si in ius vocat, ito. Ni it, antestamino: igitur em capito. Si calvitur pedemve struit, manum endo iacito. Si morbus aevitasve vitium escit, jumentum dato: si nolet, arceram ne sternito.

Annales maximi.—Los anales de los pontífices sólo fueron conservados en parte. El pontífice escribía en tablas todos los hechos memorables día por día, especialmente los hechos prodigiosos, eclipses, etcétera. Estos anales formaban ochenta volúmenes, una gran parte de los cuales desapareció en la toma

de Roma por los galos. Estas escuetas narraciones fueron el principio de la historia romana.

Aparte de los anales, los pontífices llevaban otros tres libros de registros: los *libri pontificum*, verdaderos anales religiosos; los *comentarii*, o recopilación jurídica, y los fastos, a modo de calendario.

Senadoconsulto de bacanales.—Este edicto apareció grabado en una lámina de bronce hallada en 1640 en el Abruzo y correspondiente al año 186 a. de J. C. Este senadoconsulto fué dirigido a los habitantes del campo Teurano por los cónsules Marcio y Postumio, reunidos en el templo de Belona. Su texto comienza así:

De Bacanalibus quei foideratei esent ita exdeicendum censuere: neiquis eorum Bacanal habuise velet. Sei ques esent, quei sibi deicerent necesus ese Bacanal habere, eeis utei ad pr. Urbanum Romam venirent, deque eeis rebus, ubei eorum verba audita esent, utei senatus noster decerneret, dum ne minus senatoribus C adessent quom ea res cosoloretur.

Columna rostral de Duilio.—La inscripción es de una columna de mármol encontrada en Roma en 1565 levantada en honor del cónsul Duilio por su victoria naval sobre los cartagineses.

Esta columna fué restaurada probablemente en el tiempo de Augusto, y de esta fecha data la inscripción en que se restablecieron o se pretendieron restablecer las palabras primitivas. El comienzo de la inscripción es el siguiente:

...[Secest]ano[sque... opsidione]d exemet lecio-

ne[sque cartaciniensis omnis ma]ximosque macis-
tr[a]tos l[uci palam post dies n]ovem castreis exfo-
ciont, Macel[amque opidom p]ucnandod cepet. Enque
eodem mac[istratud bene r] em navebos marid consol
primos c[eset copiasque c]lasesque navales primos
ornavet pa[ravetque], cumque eis navebos claseis
poenicas omn[is item max]umas copias cartacini-
sis praesente[d Hanibaled] dictadored ol[or]om in
altod marid pucn[andod dicet v]ique nave[is ce-
pe]t, etc.

Algunas de esas formas como *exfociont* parecen ser equivocadas imitaciones de las verdaderas formas antiguas; en cambio las formas *praeda* y *praesented* no debían ser tales en el original, sino *praida* y *praisentid*.

Apio Claudio el ciego.—Es este el personaje más famoso del siglo III a. de J. C. Fué censor el año 312.

Se distinguió en las luchas políticas como encarnizado enemigo de la plebe. Fué autor de importantes reformas sociales, debiéndose a su iniciativa un gran número de obras públicas. A él se le atribuye la exclusión de la letra *z* del alfabeto latino, y la adopción de la *r* en sustitución de la *s* intervocálica.

Fué orador famoso, habiendo tenido especial resonancia el discurso que, ya viejo y ciego, pronunció en el Senado para combatir la idea de la vergonzosa paz con Pirro. De este discurso, que alcanzó a conocer Cicerón, según se desprende del *Brutus*, 61, nada se ha conservado. Aun se sospecha que el

discurso que conoció Cicerón no era el mismo pronunciado por Apio Claudio, quien al parecer no llegó a publicarlo. Se le atribuye un tratado de la *Usurpación*.

Compuso también un *Carmen* o colección de proverbios morales, del que conocemos algunos sueltos.

4.

EDAD ARCAICA: EL HELENISMO

La edad arcaica o helenizante se caracteriza por el naciente influjo de la literatura griega. Fuera de las obras de Plauto y de Terencio, y de la *Agricultura* de Catón, no se conserva de esta edad ninguna obra completa. Su desaparición no fué debida al desdén de los escritores posteriores, porque los eruditos conservaban y leían estas viejas muestras de la literatura. Fué posteriormente cuando, consideradas como menos inteligibles o bárbaras, dejaron de ser reproducidas, perdiéndose definitivamente.

El helenismo.—El pueblo romano, de un espíritu esencialmente práctico, preocupado ante todo de su organización y de su predominio, no había concedido hasta entonces gran atención a la literatura, que brotaba sólo como un desahogo del instinto popular. Fué sólo ante el espectáculo de la maravillosa civilización griega y ante el culto de la belleza, que caracterizaba toda la vida de este pueblo, cuando la

curiosidad romana, avivada por su orgullo, se entregó rendida a los encantos de aquella civilización.

Las primeras influencias vinieron, no directamente de Grecia, sino de las poblaciones griegas del Sur de Italia. Un prisionero griego de Tarento, Livio Andrónico, fué quien trajo y dió a conocer las obras de Homero, hecho que fué capital para el desarrollo de la influencia helénica.

El helenismo representaba en cierto modo una aniquilación del espíritu romano: se oponía el individualismo helénico a la férrea disciplina social de los romanos, en que la personalidad apenas tenía valor, absorbida por el Estado; chocaba el ideal universal de los griegos frente al ideal marcadamente nacionalista de los romanos; el culto casi puramente estético de los dioses de Grecia y el escepticismo de los intelectuales pugnaba con las severas creencias de la tradición latina; la moral licenciosa de aquel pueblo escandalizaba a las rígidas costumbres de la tradición familiar romana, y el culto de la belleza parecía frivolidad al espíritu eminentemente práctico de Roma.

Por eso el helenismo no se impuso sin resistencia y sin reacciones violentas. Pronto se dieron edictos cohibiendo las libertades de las fiestas bacanales; pronto surgieron espíritus enamorados de la tradición, que, como Catón el Antiguo, lucharon contra la moda peligrosa que amenazaba desnacionalizar a Italia. Esta resistencia, sin embargo, no bastó para contener la corriente de imitación, y el mismo Catón

se decide al fin a aprender el griego a los ochenta años de edad.

No podía el helenismo desarraigar los hábitos tradicionales del pueblo romano, y así, tanto como este pueblo se transformó por el helenismo, se transformó éste para ajustarse a las condiciones inmutables del pueblo. En virtud de esta amoldación, el sentimiento de la belleza se hace compatible con el instinto de utilidad: la Filosofía se hace principalmente moralista; la Historia, sin dejar de ser obra artística, se convierte en una lección pragmática y de patriotismo, y la misma Poesía se pone al servicio de los ideales de engrandecimiento nacional. {

L. Livio Andrónico.—Apresado en su juventud este griego en la toma de Tarento, fué conducido a Roma, en donde enseñó la lengua y la literatura griega a nobles romanos. Sin duda para ayudarse en esta enseñanza y para dar a conocer a los romanos los modelos griegos, concibió la vasta empresa de traducir la *Odisea*. En la imposibilidad de amoldar los metros del original, tradujo los hexámetros griegos con un viejo metro latino: el Saturno. A juicio de Cicerón, la *Odisea* de Livio Andrónico es como una de esas toscas estatuas de los primitivos, como una rígida figura de Dédalo, el fundador de la escultura griega. Esta obra sirvió mucho tiempo de lectura en las escuelas, como recuerda Horacio de la de Orvilio. Los pocos versos que conocemos son a través de las citas de los gramáticos Festo, Prisciano, etc. Véanse, como muestra, los siguientes:

Virum mihi, Camena, insece versutum...
 Pater noster, Saturni filie...
 Tuque mihi narrato omnia disertim...
 Matrem procitum plurimi venerunt...
 In Pylum devenies aut ubi ommentans...
 Ibidemque vir summus adprimus Patroclus.

Andrónico compuso además la primera tragedia romana que se representó en los *Ludi romani*, o fiestas teatrales de septiembre del año 240 a. de J. C. El éxito de esta obra fué considerable, despertándose tal afición al teatro, que se multiplicaron las fiestas teatrales, llegando en cincuenta años a señalarse hasta 48 fechas al año para las representaciones escénicas. De las tragedias de Livio Andrónico se conservan nueve títulos y algunos pequeños fragmentos citados por los gramáticos. Por los títulos de las obras *Alias*, *Andromeda*, *Teseus*, se ve que eran amoldaciones de Sófocles y de Eurípides principalmente. De sus comedias conocemos los títulos *Gladiolus* y *Ludius*, y es de creer que fuesen del tipo griego (*fabulae palliatae*). Del *Aegistho* cita Nonio estos versos:

...nam ut Pergama
 accensa et praeda per participes aequiter
 partita est...

Finalmente, a imitación de los himnos religiosos griegos, compuso en el año 270 Livio Andrónico un himno con tres coros de nueve niñas, que lo cantaron en una solemne procesión en el templo de Juno. Este himno, de escaso valor poético según el

testimonio de Tito Livio, le valió el que se reconociera oficialmente esta institución, estableciéndose en el templo de Minerva del Aventino el colegio de los poetas y de los cantores.

Gneo Nevio.—Nacido en el primer cuarto del siglo tercero en la Campania, tomó parte en la primera guerra púnica, y al terminar ésta fijó su residencia en Roma. Escribió durante treinta años, a partir del 235 a. de J. C., diversas comedias y tragedias. De las 35 obras cuyo títulos se conservan, sólo seis son tragedias, y 29 comedias. Escribió igualmente un poema sobre la guerra púnica.

En su poema *De Bello Punico* trata de imitar a la *Iliada*, exponiendo la fundación de Roma y de Cartago, según las viejas tradiciones. Por lo que conocemos de él, la obra, salvo algunas pintorescas evocaciones, es una narración fría de los hechos que él había presenciado, aunque Cicerón comparaba esta guerra púnica a las estatuas de Myron, toscas, pero expresivas. En el teatro Nevio, aunque inspirándose en las obras griegas, tiene un sello de originalidad. Parece que él introdujo la fábula *praetextata*, llamada así por ser los personajes de la clase senatorial de toga *praetexta*. En algunas de sus obras hay no sólo refundiciones de comedias griegas, sino verdaderas mezclas (*contaminatio*), intercalando en traducciones griegas pasajes de su invención, o aprovechando en obras originales elementos de comedias griegas. Resalta en sus comedias su espíritu satírico, y parece que en la mayoría de ellas había

alusiones más o menos veladas a personajes vivientes. Uno de estos atrevimientos contra los Metelos le costó el ser apresado. Puesto en libertad, fué desterrado y murió en Utica hacia el año 201 a. de J. C.

Helenizante, no sólo en literatura sino en los ideales de libertad individual, flageló especialmente a los patricios, defendiendo las ideas democráticas atenienses.

Plauto.—Nació Tito Maccio Plauto en Sarsina, aldea umbra, hacia el año 254, muriendo en el 184 a. de J. C. Su lenguaje materno parece haber sido el osco-umbro. Cómico primero y mercader después, tuvo que entrar, por haber perdido su hacienda, como criado de una tahona, componiendo sus primeras comedias durante las horas de descanso, hasta que sus grandes triunfos le redimieron de su mísera situación.

Todas las obras de Plauto son comedias. Representadas algunas de ellas con nombres ajenos y representadas otras extrañas como si fuesen de Plauto, llegó un momento en que era difícil determinar cuáles eran las obras auténticas de este autor.

Fué Varrón quien se propuso fijar su autenticidad, reconociendo como suyas, de las 130 atribuídas, solamente 21. Este número es precisamente el de las obras conservadas, lo que hace creer que se reunieron las comedias de filiación más segura según el criterio de Varrón. Estas obras son: *Amphitruo*, *Asinaria*, *Aulularia*, *Captivi*, *Curculio*, *Casina*, *Cistellaria*, *Epidicus*, *Bacchides*, *Mostellaria*, *Menaech-*

mi, Miles gloriosus, Mercator, Pseudolus, Poenulus, Persa, Rudens, Stichus, Trinummus y Truculentus.

En este grupo, conservado en los manuscritos, falta de la lista de 21 comedias de Varrón la *Vidularia*, incluyéndose, en cambio, el *Querolus*, que parece ser una comedia escrita en las Galias en el siglo iv.

Las comedias de Plauto son, en general, del tipo de la fábula palliata, o comedia de asunto y tipos griegos. No trata de ocultar Plauto el grecismo de sus comedias, sino que hace alarde de él, y aun lo exagera como un reclamo para el triunfo. No halla tampoco reparo alguno en la graciosa incongruencia de referirse con personajes y situaciones puramente griegas a circunstancias puramente romanas. Los modelos predilectos griegos son: Dífilo y Filemón; del primero es *Casina*, y del segundo, *Mostellaria, Mercator* y *Trinummus*; de Menandro, *Cistellaria, Bacchides*, el *Miles gloriosus* y el *Poenulus*. Su preferencia por Dífilo y Filemón se explica, porque superan en gracia ruda y espontánea a Menandro, que elaboraba sus comedias con más atildada gracia.

Al juzgar de la moralidad de Plauto es fácil incurrir en exageración en diversos sentidos. Plauto no fué ni moralizante ni corruptor. Hay, en efecto, en sus obras máximas morales y casos singulares de continencia y de virtud; pero sus consejos y elogios de moralidad más parecen fundados en la conveniencia práctica de la moderación, que en una estricta idea moral. Inversamente, si se aceptan sin escrúpulo situaciones de cierta desenvoltura, no se

trata de buscar en ellas deliberadamente un efecto de obscenidad. Su propósito es buscar siempre un efecto cómico.

Los elementos de las comedias de Plauto son sencillos. Sus personajes no ofrecen la complejidad mental de las comedias griegas, sino que son de escasa variedad e invariables consigo mismos; tipos teatrales bufonescos, de trazos gruesos e inconfundibles. Aunque bordados sobre la trama de los modelos helénicos, estos personajes están arrancados de las atelanas y de la vida picaresca de Italia. El tema más general es el de las intrigas, que con inagotables recursos urde un esclavo pícaro y gracioso que interviene en los amores de dos jóvenes. Otro tipo predilecto del teatro plautino es el del parásito hambriento que sólo piensa en saciar su hambre. El tipo inmortal de la comedia griega de Menandro y de Dífilo, el soldado fanfarrón, que en un día hiere a siete mil hombres, está maravillosamente retratado en el *Miles gloriosus*. El *Amphitrion* y los *Menaechni*, imitado el primero por Molière, retratan la situación cómica de dos personajes parecidos, a los que constantemente se confunde. Son asuntos sentimentales el de los *Captivi*, en que un esclavo generoso sacrifica su vida para salvar la de su amo, y el de *Rudens*, en que una joven abandonada encuentra a su padre por un naufragio.

Lo característico de Plauto es la incomparable e inagotable comicidad, que se desborda en la elección de los personajes, en las situaciones y en las pala-

bras, y su maravillosa lengua, que parece apurar todos los posibles recursos cómicos, los trastrueques fónicos, los equívocos de sentido, las derivaciones y composiciones de palabras de monstruosa gracia, y la reiteración de vocablos expresivos y graduados, que como lluvia de palabras vierten los personajes en los momentos de exaltación cómica.

Plauto fué no sólo amoldador, sino inventor de metros, mostrando una soltura de versificación a la que no llega escritor alguno romano, ni aun incluido el mismo Horacio.

Como muestra véase el siguiente párrafo, en que el soldado vanaglorioso Pyrgopolinices cuenta sus proezas en diálogo con el adulator y burlón parásito Artotrogus:

Proezas del miles gloriosus.

PY. Sed ubi Artotrogus hic est? AR. Stat propter virum
Fortem atque fortunatum et forma regia.

Tam bellatorem Mars haud ausit dicere

Neque aequiperare suas virtutes ad tuas.

PY. Quemne ego servavi in campis Curculionieis,

Ubi Bumbomachides Clutomestoridysarchides

Erat imperator summus, Neptuni nepos?

AR. Memini: nempe illum dicis cum armis aureis,

Quoius tu legiones diflavisti spiritu

Quasi ventus folia aut paniculum tectorium.

PY. Istuc quidem edepol nil est. AR. Nil hercle hoc
quidemst,

Praeut alia dicam quae tu numquam feceris.

Periuriorem hoc hominem siquis viderit

Aut gloriarum plenior quam illic est,

Me sibi habeto, ei ego me mancupio dabo:

Nisi unum: eyityrum estur insanum bene.

PY. Ubi tu's! AR. Eccum. Edepol vel elephanto in India

Quo pacto ei pugno praefregisti bracchium.

PY. Brachium? AR. Illud dicere volui: femur.

PY. At indiligenter iceram. AR. Pol si quidem

Conisus esses, per corium, per viscera,

Perque os elephanti transmineret bracchium.

PY. Nolo istaec hic nunc. AR. Ne hercle operae pretium

quidemst

Mihi te narrare, tuas qui virtutes sciam.

Venter creat omnis hasce aerumnas: auribus

Perhaurienda sunt, ne dentes dentiant,

Et adsentandumst quidquid hic mentibitur.

PY. Quid illuc quod dico? AR. Ehem, scio iam quid

vis dicere:

AR. Factum herclest: meminisci fieri. PY. Quid id est?

AR. Quicquid est.

PY. Habes?... AR. Tabellas vis rogare? Habeo, et

stilum.

PY. Facete advortis tuom animum ad animun meum.

AR. Novisse mores me tuos meditare decet

Curamque adhibere, ut praeolat mihi quod tu velis.

PY. Ecquid miministi? AR. Meminisci: centum in Cilicia

Et quinquaginta, centum in Scytholatronia,

Triginta Sardis, sexaginta Macedones

Sunt homines quos tu occidisti uno die.

PY. Quanta istaec hominum summast? AR. Septem

milia.

PY. Tantum esse oportet: recte rationem tenes.

AR. At nullos habeo scriptos: sic meminisci tamen.

PY. Edepol memoriae optuma. AR. Offae monent.

PY. Dum tale facies quale adhuc adsiduo edes:
Communicabo semper te mensa mea.

AR. ¿Quid in Cappadocia, ubi tu quingentos simul,
Ni hebes machaera foret, uno ictu occideras?

TRINUMMUS

Callicles. Megaronides. Senes duo.

CA. Larem corona nostrum decorari volo:

Uxor, venerare ut nobis haec habitatio

Bona fausta felix fortunataque evenat...

Teque, ut quam primum possim, videam emortuam.

[ME.] Hic ille est senecta aetate qui factus puer,

Qui admisit in se culpam castigabilem.

Adgrediar hominem. CA. Quola hic vox prope me sonat?

[ME.] Tui benevolentis, si ita's ut ego te volo:

Sin aliter es, inimici atque irati tibi.

[CA.] O amice, salve atque aequalis. Ut vales,

Megaronides? ME. Et tu edepol salve, Callicles.

Valen? valuistin? CA. Valeo et valui rectius.

ME. Quid agit tua uxor? ut valet? CA. Plus quam ego
volo.

ME. Bene herclest illam tibi valere et vivere.

CA. Credo hercle te gaudere, siquid mihi malist.

ME. Omnibus amicis quod mihi cupio esse idem.

CA. Eho tu, tua uxor quid agit? ME. Immortalis est:

Vivit victuraque est. CA. Bene hercle nuntias,

Deosque oro ut vitae tuae superstes suppetat.

5.

Quinto Ennio.—Nació en Rudias, aldea mesapiana de la Calabria. Por él mismo sabemos que aprendió el griego, el osco y el latín. Al fin de la segunda guerra púnica formaba parte del ejército romano de Cerdeña en calidad de oficial. El cuestor Marco Porcio Catón le llevó consigo a Roma en el año 204. Catón, enemigo del helenismo, amparó así al que había de ser el más afortunado propulsor de esta tendencia. En Roma ejerció la enseñanza del griego y del latín. La familia Nobilior le consiguió a Ennio el título de ciudadano romano. Murió de la gota a los setenta años.

Ennio es el primer gran trágico romano. Inspirado sobre todo en Eurípides, los personajes de sus tragedias son, como los de éste, sentenciosos y agudos e irreverentes en las ideas religiosas. Se han conservado los títulos de 20 tragedias, con unos 400 versos en total. Por las muestras conservadas de su *Medea*, *Hecuba* e *Ifigenia en Aulida*, se aprecia que no eran meras traducciones, sino amoldaciones libres. Son frecuentes en Ennio las burlas de las divinidades romanas y de sus sacerdotes. Se ha ponderado con razón como otro carácter principal de sus tragedias la fuerza patética de sus descripciones, como la que hace de Thyeste, que, destrozadas sus entrañas por los buitres, permanece insepulto sobre una roca:

Ipse summis saxis fixus asperis, evisceratus, [atro.
Latere pendens, saxa spargens tabo, sanie et sanguine

Sus principales fábulas *palliatae* son: *Achilles*, *Ajax*, *Alcumeo*, *Hecuba*, *Iphigenia*, *Medea*, etc. De las fábulas *praetextatae* sólo se conservan dos nombres, *Sabinae*, en que se representa el rapto de las Sabinas, y *Ambracia*, cuyo asunto es la conquista de esa ciudad por M. Fulvio Nobilior.

Pero lo que hizo inmortal el nombre de Ennio es su extenso poema los *Annales*, en que trabajó toda la vida. De este poema quedan sólo unos 600 versos en total. Como tal poema, la obra comprendía quince libros: decidióse luego a añadir un libro más para recordar las gestas de los hermanos Cecilios; por último, fué añadiendo otro en que cantaba los hechos a medida que ocurrían. Estos apéndices de sucesos recientes más bien sirvieron para rebajar el mérito del poema. El gran poema épico romano, al que Virgilio luego supo darle una forma artística definitiva, está en rigor contenido en esta magnífica composición. En ella aparece Ennio como afortunado continuador de Homero, cuyos grandes recursos artísticos imita. Ennio fué el primero que constituyó, reformando el metro griego, el hexámetro latino, con tal seguridad, que quedó para siempre su modelo.

Además de estas obras se ensayó Ennio en géneros muy diferentes, conservándose noticias y fragmentos de otros ocho escritos: *Praecepta*, *Sota*, *Eduphagetica*, *Epigrammata*, *Saturae*, *Scipio*, *Epichar-*

mus y *Euhemerus*. Los preceptos debían ser una colección de sentencias morales. *Sota*, forma abreviada del poeta Sotades, debía ser de carácter satírico. *Eduphagetica* o *Golosimas* era un poema gastronómico en que trataba de los peces y de sus guisos.

Sus sáturas, muy distintas de la sátura dramática antigua, eran colecciones de poemas de asunto y metro distinto, de carácter probablemente moralista. Sabemos que uno de los temas era la disputa de la vida y de la muerte y otro una fábula de la alondra. El *Epicharmus*, a juzgar por el modelo griego, debía ser una parodia de los mitos paganos, idea muy en consonancia con el espíritu de Ennio, que, como luego Lucrecio, pretendía destruir estas supersticiones en nombre de la filosofía y de las ciencias positivas. De asunto parecido debió de ser el *Euhemerus*, arreglo de la famosa historia de Evemero, que explicaba desde un punto de vista humano el origen de los dioses.

Como muestra del estilo de Ennio véase esta descripción de sus *Anales*:

Talia tum memorat lacrimans exterrita sommo
 "Eurydica prognata, pater quam moster amavit,
 Vires vitaeque corpus meum nunc deserit omne.
 Nam me visus homo pulcher per amoena salicta
 Et ripas raptare locosque novos: ita sola
 Postilla, germana soror, errare videbar
 Tardaque vestigare et quaerere te neque posse
 Corde capessere: semita nulla pedem stabilibat.
 Exim compellare pater me voce videtur

His verbis: "O gnata, tibi sunt ante gerendae
 "Aerumnae, post ex fluvio fortuna resistet"
 Haec effatus pater, germana, repente recessit,
 Nec sese dedit in conspectum corde cupitus,
 Quamquam multa manus ad caeli caerula templa
 Tendebam lacrumans et blanda voce' vocabam.
 Vix aegro cum corde meo me somnus reliquit."

Marco Pacuvio.—Pacuvio nació en Brindis el año 220 a. de. J. C. Vivió muchos años en Roma entregado a sus aficiones favoritas, el teatro y la pintura, y murió en Tarento a los noventa años de edad.

Si Ennio fué el primero en el tiempo de los grandes trágicos, su discípulo Pacuvio fué con Accio el más grande de los trágicos latinos. Las principales obras *palliatae* son: *Antiopa*, *Atalanta*, *Chryses*, *Iliona*, *Pentheus*, *Teucer*, *Niptra*, etc. No ejerció Eurípides en él influencia tan decisiva como en Ennio, pareciendo que se inspiró con predilección en Esquilo y Sófocles. Con respecto a Ennio resalta en este autor un carácter aún más filosófico y razonador hasta la sutileza en sus personajes y un estilo más limado y poético, cuidado siempre y a veces hinchado hasta la exageración. Uno de los caracteres típicos de su helenismo es el empeño de naturalizar voces compuestas, tan del gusto griego.

Véase una muestra de la poesía pictórica de este erudito autor:

Profecione laeti piscium lasciviam
 Intuentur, nec tuendi satietas capier potest.

Interea prope iam occidente sole inhorrescit mare,
 Tenebrae conduplicantur, noctisque et nimbum obcaecat
 [nigror,
 Flamma inter nubes coruscat, caelum tonitru contremittit,
 Grando mixta imbri largifico subita praecipitans cadit,
 Undique omnes venti erumpunt, saevi existunt turbines,
 Fervit aestu pelagus.

Cecilio Estacio.—Natural de la tribu gala de los Insubros, nació hacia el año 219 a. de J. C. Conducido como esclavo a Roma con el nombre de Estacio, adoptó el nombre de Cecilio después de su manumisión, en recuerdo de su señor. Murió hacia el año 166. De los 42 *fabulae palliatae* que se citan sólo se han conservado pequeños fragmentos. Por el juicio de los autores posteriores, su teatro era más perfecto que el de Plauto en la intriga y en la delicadeza artística, aunque muy inferior en la viveza del diálogo. Más fiel que Plauto a los procedimientos de Menandro, su sistema parece estar entre la ruda comicidad de Plauto y el cuidadoso estudio de Terencio. Su teatro significa, por tanto, un nuevo paso en la aproximación al helenismo, alejándose de la dirección popular romana que Plauto marcó a su teatro.

Publio Terencio Afer.—A Suetonio debemos minuciosos datos biográficos, no muy seguros, sobre este dramaturgo latino. Era cartaginés, y fué llevado a Roma como esclavo del senador Terencio Lucano, quien le educó y le dió libertad. Por su belleza y su inteligencia fué acogido con simpatía por la buena sociedad romana, siendo gran amigo de

Escipión Emiliano. A la vuelta de un viaje a Grecia, cuando sólo contaba veinticinco años de edad, murió, en el año 184. Poseemos seis obras: *Andria*, que es contaminación de la *Andria* y la *Perinthia* de Menandro; *Hecyra*, o *La Suegra*, cuyo modelo era Apolodoro, con algunos detalles de la *Hecyra*, y que inspiró *La fuerza de la sangre*, de Cervantes; *Heautontimorumenos*, o *Atormentador de sí mismo*, tomado de Menandro; *Eunuchus*, inspirado en el mismo autor; *Phormio*, imitado de Apolodoro; *Adelphi*, contaminación de la obra de Menandro y de una fábula de Dífilo, en que se inspiró Molière para la *Escuela de los Maridos*. Estas obras han sido transmitidas por el Codex *Bembinus* del siglo v.

Comparado el teatro de Terencio con el de Plauto resalta en él una delicadeza y elegancia que le acerca más al modo de Menandro. Los personajes no suelen ser los tipos plebeyos y gesticulantes de Plauto, sino personas vivas de la buena sociedad romana, no recargadas por los groseros trazos de la caricatura. Su comicidad es contenida y discreta, no lograda por los recursos extravagantes que tanto regocijaban al público plebeyo. Cuanto pierde en riqueza y plasticidad el lenguaje lo gana en decoro y corrección en Terencio.

TERENCIO

HAUTON TIMORUMENOS.

Nequoi sit vostrum mirum, quor partis seni
poeta dederit, quae sunt adulescentium,

id primum dicam; deinde quod veni eloquar.
Oratorem esse voluit me, non prologum:
vostrum iudicium fecit, me actorem dedit,
si hic actor tantum poterit a facundia,
quantum ille potuit cogitare commode
qui orationem hanc scripsit quam dicturus sum.
Nam quod rumores distulerunt malivoli
multas contaminasse Graecas, dum facit
paucas Latinas: factum id esse hic non negat,
neque se pigere, et deinde facturum autumat.
Hodie sum acturus Hauton timorumenon,
ex integra Graeca integram comoediam.
Adeste aequo animo: date potestatem mihi
statariam agere ut liceat per silentium,
ne semper servos currens, iratus senex,
edax parasitus, sycophanta autem impudens,
avarus leno absidue agendi sint mihi
clamore summo, cum labore maxumo.
Mea causa causam hanc instam esse animum inducite,
ut aliqua pars laboris minuatur mihi.
Nam nunc novas qui scribunt, nil parcunt seni:
siquae laboriosast, ad me curritur;
si lenis est, ad alium defertur gregem.
In hac est pura oratio. Experimini,
in utramque partem ingenium quid possit meum.
Exemplum statuite in me, ut adolescentuli
vobis placere studeant potius quam sibi.

Lucio Accio.—Nació hacia el 170 en Pisauro (Umbría), yendo a Roma en muy temprana edad. Debió alcanzar una edad avanzada, pues le trató Cicerón, que nació el 106 a. de J. C. Fué amigo y protegido de Décimo Bruto, en cuyo honor escribió

la fábula *praetexta Brutus*, tomando por asunto hechos de su antepasado el fundador de la república romana. Escribió numerosísimas obras, habiéndose conservado 45 títulos de sus tragedias, la mayoría inspiradas en asuntos griegos, y especialmente en las leyendas troyanas. En las tragedias imitadas usó libremente de la contaminación. Alaban los escritores romanos en Accio la elevación, su animosa expresión, según frase de Ovidio, y la energía. Las principales fábulas *palliatae* son: *Atreus*, *Epigoni*, *Telephus*, *Clytemnaestra*, etc. Sus fábulas *praetextae* son: *Decius* y *Brutus*. Su prodigiosa actividad se extendió también a otros géneros, escribiendo diversas obras. Tales son las *Pragmatica*, en que parece se hacía un estudio del teatro antiguo, y las *Didascalía*, que contenían cuestiones de crítica, especialmente de obras dramáticas. En estas aficiones críticas y filológicas parece verse la influencia de Crates de Malo, promotor de los estudios gramaticales y filológicos en Roma. A Accio son debidas ciertas teorías y reformas de la ortografía.

Tiene singular viveza la descripción, que a Cicerón chocaba, del pastor que por primera vez contempla en el mar una nave:

...Tanta moles labitur

Fremibunda ex alto ingenti sonitu et spiritu.

Prae se undas volvit, vertices vi suscitatur:

Ruit prolapsa, pelagus respargit, reflat.

Ita dum interruptum credas nimbum volvier.

Dum quod sublime ventis expulsus rapi

Saxum aut procellis, vel globosos turbines
 Existere ictos undis concursantibus:
 Nisi quas terrestris pontus strages conciet,
 Aut forte Triton fuscina evertens specus
 Supter radices penitus undante in freto
 Molem ex profundo saxeam ad caelum erigit.

PROMETHEUS.

Titanum soboles, socia nostra sanguinis,
 Generata caelo, adspicite religatum asperis
 Vinctumque saxis. Navem ut, horrisono freto
 Noctem paventes, timidi adnectunt navitae,
 Saturnius me sic infixit Jupiter,
 Jovisque numen Mulciberi adscivit manus.
 Hos ille cuneos fabrica crudeli inserens,
 Perrupit artus; qua miser solertia
 Transverberatus castrum hoc Furiarum incolo.
 Jam tertio me quoque funesto die,
 Tristi advolatu, aduncis lacerans unguibus,
 Jovis satelles pastu dilaniat fero.
 Tum, jecore opimo farta et satiata adfatim,
 Clangorem fundit vastum, et sublime avolans
 Pinnata cauda nostrum adulat sanguinem.

6.

LA FABULA TOGATA

Mientras la fábula *palliata* iba decayendo, comen-
 zó a tomar incremento en el teatro romano la fábula
togata, llamada así porque los personajes se ves-

tían con el vestido nacional romano, siendo también romanos los personajes. Ofrecía sobre las fábulas helénicas la ventaja de tomar sus personajes del natural, introduciendo en la escena temas familiares a los oyentes; ofrecía, en cambio, las dificultades de todo asunto original, privados de los recursos inagotables que la imitación de la comedia griega prestaba a la fábula *palliata*. Esta comedia no era enteramente nueva, pues había sido fundada por Nevio, pero había sido oscurecida por completo por el triunfo de las comedias griegas. Esta resurrección significaba un retroceso hacia el teatro de Plauto, en lo que éste tenía de nacional y popular. Esta comedia *togata* no tuvo, sin embargo, un éxito duradero, teniendo que competir con otros géneros de origen nacional, como las Atelanas y los Mimos.

Titinio.—Fue contemporáneo de Terencio, y de él conocemos 15 títulos de comedias togadas, como la *Fullonia*, *Gemina*, etc. En la *Fullonia* la escena tiene lugar en un tinte o batanería, y se funda en intrigas entre los bataneros. En *Gemina* se pinta el tipo de una dueña de casa, que trata con fiero despotismo a los esclavos y a su propio marido.

Tito Quincio Atta.—De éste apenas poseemos noticia alguna mas que la de su muerte, acaecida el año 77 a. de J. C. De Atta se han conservado los títulos de 12 piezas. Lo mismo que en Titinio, ponderan en él los escritores posteriores la perfecta caracterización de los personajes. En su fábula *Aquae*

Caldae, la escena tiene lugar entre las clases elevadas de un balneario.

Lucio Afranio.—Se desconoce la fecha cierta de su nacimiento, calculándose hacia el 150 a. de J. C. Este fué, de los representantes de la fábula togada, el más ilustre y el más fecundo. Conocemos 40 títulos de obras suyas. Aunque admira hasta la veneración a Terencio, tal vez se aproxima más a Plauto en la exageración de lo cómico y en el grueso humorismo. En general su sistema es intermedio, como que está basado en tres elementos: en la imitación directa de Menandro, en la aproximación intencionada a Terencio y por otra parte en la observación directa de los tipos populares de Italia. En general, el carácter de más relieve del teatro de Afranio es la verosimilitud y la ponderación con que retrata las costumbres de su tiempo. Bajo el aspecto moral se entremezclan las sentencias más elevadas y las licencias más desenfadadas de las clases libertinas.

Sátira. Cayo Lucilio.—Nació Lucilio en Suessa Aurunca, ciudad de Campania, en el año 180, y murió en Nápoles hacia el año 102 a. de J. C. De Lucilio, abuelo materno de Pompeyo, los únicos hechos que se conocen sobre su vida son sus viajes, su asistencia al sitio de Numancia, y su gran amistad con Escipión Emiliano, con Lelio y con Estilón.

El fué el fundador de la poesía satírica, esto es, de la sátira, en una acepción nueva, que después ha

constituído un género literario, perdurando hasta nuestros días.

La sátura, que Quintiliano llamaba nuestra o romana, fué de origen dramático, y se refería a una representación en que entraba el recitado, el canto, la música y la danza, esto es, una verdadera sátura o mescolanza. Introdújose después un nuevo género de breves ensayos, en que se agrupaban materias muy diversas, sobre todo morales. Por último, surge en Lucilio este nuevo género, en que bajo un aspecto jocoso se zahieren los vicios. Este género, tan conforme con el carácter burlón y un tanto bufonesco del espíritu latino, tiene su admirable desarrollo más tarde, presentando interesantes facetas en sus cultivadores: la burla despiadada de Horacio contra sus envidiosos, la exposición demoledora de los vicios de los tiranos, en Persio, y la burla universal, a la vez severa y jocosa contra el mundo, en Juvenal.

Lucilio recogió el espíritu combativo y crítico de los antiguos romanos, como Apio Claudio, Catón y Ennio, y de otra parte el espíritu de la burla desenvuelta de la comedia ática. Gracias al amparo de sus poderosas amistades pudo Lucilio flagelar con absoluta libertad los vicios de la sociedad en que vivía. Sobre todo en sus invectivas políticas hace recordar a Aristófanes. Bajo el aspecto artístico, Lucilio no puede compararse con los satíricos imperiales, pero a ninguno cede en agudeza de ingenio y en la fuerza satírica. Su moral no es excesivamente rígida, sino más bien práctica. De sus burlas no se escapan, no sólo

los más influyentes hombres de Estado, sino los mismos dioses de la religión oficial, y aun todo lo que pareciera sobrenatural o maravilloso. De los vicios sociales combate especialmente el lujo y los abusos de los banquetes, así como la afeminada afectación en el vestir y en el hablar. El IV libro de sus sátiras está dedicado a pintar la monstruosa glotonería de los ricos, siendo este tema uno de los de su mayor predilección. La afectación del lenguaje, y sobre todo la moda de intercalar con pueril alarde palabras griegas, le inspira los más graciosos cuadros.

En cuanto al estilo, se ha notado con razón lo irregular de sus procedimientos, pareciendo que imita a veces, ya el levantado lenguaje de Ennio, ya los giros embrollados de Epicuro, ya la lengua espontánea de la conversación. No menos desconcertante es desde el punto de vista moral, tratando los asuntos, ya con exquisita fineza y gravedad, ya con una desenvoltura extrema.

LUCILIO

Sátiras.

Virtus, Albine, est pretium persolvere verum
 Queis in versamur, queis vivimu' rebu', potesse:
 Virtus est homini, scire id, quod quaeque habeat res.
 Virtus scire homini rectum, utile, quid sit honestum;
 Quae bona, quae mala item, quid inutile, turpe, inho-
 [nestum.

Virtus quaerundae rei finem scire modumque:

Virtus divitiis pretium persolvere posse:

Virtus, id dare quod re ipsa debetur honori: [lorum,
 Hostem esse atque inimicum hominum morumque ma-
 Contra defensorem hominum morumque bonorum;
 Magnificare hos, his bene velle, his vivere amicum:
 Commoda praeterea patriae sibi prima putare,
 Deinde parentum, tertia jam postremaque nostra.

7.

La prosa.—Para el genio práctico de los romanos, la prosa, especialmente en los géneros de utilidad inmediata, como la oratoria, la historia y la filosofía moral y jurídica, tenía que adquirir mucho mayor desarrollo que la poesía. Por desgracia, de toda la enorme producción en prosa de esta época es muy poco lo que se ha conservado, sin duda por el desfavorable contraste con la prosa exquisita de la edad de Cicerón y de la de Augusto.

Uno de los géneros más desarrollados es el histórico, tan ajustado al carácter latino en el doble aspecto de enseñanza práctica y de estímulo del orgullo nacional.

En el género histórico el tipo más abundante era el de los anales, escuetas crónicas en que se anotaban fielmente los hechos ocurridos. Hubo, sin embargo, entre los analistas hombres de cultura y de sentido literario, que intentaron escribir verdaderas historias.

Analistas griegos.—Hubo entre los primeros historiadores romanos algunos que escribieron sus

anales en griego. Este hecho en escritores de un arraigado espíritu nacional no sería explicable, ni aun teniendo en cuenta la moda del helenismo en círculos cada vez más extendidos, sino por las dificultades de escribir verdaderas historias con un sentido más amplio, donde faltaban modelos de este género. Fueron hombres de Estado sobre todo los que acometieron este empeño de escribir en griego resúmenes de la historia romana. Los principales analistas griegos fueron: Lucio Favio Pictor, nacido hacia el año 254, citado frecuentemente por Polibio y Tito Livio; Lucio Cincio Alimento, que fué pretor en el año 210; Publio Cornelio Escipión; Postumio Albino, cónsul en 151, y Cayo Acilio Glabrión, cuya historia llegaba hasta el 134.

Analistas latinos. Marco Porcio Catón.—Frente a los analistas griegos, que no acertaron a servirse de la lengua nacional como instrumento apropiado, o que se dejaron llevar excesivamente de su cultismo, creyendo inadecuado el latín, surgieron otros escritores que emprendieron la honrosa tarea de constituir la historia nacional. Fué el primero y principal Marco Porcio Catón, nacido en Túsculo, en la Sabinia. Fué Catón político, general, orador, escritor y agricultor, todo con extraordinario relieve. Por su posición privilegiada y su temperamento tenaz y vigoroso ejerció influencia extraordinaria en su patria. Como político se significó por su marcada inclinación democrática y por su temperamento luchador. Enemigo acérrimo de la civilización griega, combatió su

influjo por todos los medios. Indignado de que las glorias nacionales se cantasen en una lengua extraña, le movió su patriotismo a escribir la historia romana en la lengua patria, que tan excelentes condiciones tenía, por su precisión y su claridad, para los asuntos históricos. Catón tiene además una concepción propia de la historia, burlándose de los viejos analistas, que se limitaban en general a registrar en orden los hechos, aun los más nimios, como los supuestos prodigios, los eclipses, etc. Aunque analista también, pues se limita a exponer su esquema o resumen de la historia, no es ya cronista local, sino un historiador nacional, que refiere, después de las viejas tradiciones de la fundación de Roma, las de otras ciudades de Italia. Concibe la historia de Italia en su sentido más amplio, escribiendo los episodios de sus conquistas en el mundo y estudiando los pueblos con los que Italia se puso en contacto, como los españoles y los celtas. A su curiosidad no escapan observaciones de historia interna referentes al clima, a las costumbres, a la producción y a las riquezas de cada provincia. Ante todo le interesa la historia objetiva, y aun en las gestas guerreras, sea por sus grandes enemistades personales, sea por su tendencia democrática, calla hasta los nombres de los generales victoriosos, tomando como agente principal al pueblo. Esta concepción tan rara de la historia no sólo era conforme con el carácter altanero de Catón, desdeñoso de las glorias de los generales, sino muy conforme con el carácter general romano, más

inclinado a glorificar al Estado que al individuo. Esta historia viva, en parte semejante a la de Polibio, fué para siempre el modelo de los historiadores romanos. Su misma rareza de intercalar discursos convencionales puestos en boca de los personajes, rareza explicable en Catón por ser excelente orador, fué también imitada por los posteriores.

Estos anales, escritos con el nombre de *Orígenes*, constaban de siete libros: los tres primeros comprendían la fundación y el período monárquico; en el 4.º y 5.º estudiaba las guerras púnicas, y en los dos últimos las restantes, terminando con la guerra lusitana. Los antiguos reconocieron la escrupulosa veracidad de Catón, que no era incompatible con la credulidad corriente respecto de las más infundadas leyendas sobre las fundaciones de las ciudades. Su lengua, demasiado sencilla, no era el modelo de la historia artística.

Además de esta obra histórica escribió otras muchas, en gran parte destinadas, como ésta, para la instrucción de su hijo. Sus trabajos versaban sobre arte militar, medicina, oratoria, jurisprudencia, agricultura etc.

La extraordinaria fama de Catón como orador fundóse en su oratoria viva. Más que con los primores de la composición inflamaba al auditorio con su palabra vehemente y persuasiva. Refiérese que de las 44 veces que tuvo que aparecer como defensor ante los tribunales triunfó en todas.

La fama de los restantes analistas fué mucho más

atenuada. Aunque en algunos de ellos parece apuntarse la tendencia a amplificar la historia al modo de Catón y de Polibio, en general su esfuerzo se limita a referir de un modo ingenuo y uniforme, con marcada exageración patriótica, las glorias de sus antepasados.

El más antiguo de estos analistas es Lucio Casio Hémina, contemporáneo de Catón, y cuya obra parece ejerció limitado influjo en sus sucesores.

Lucio Calpurnio Pisón escribió sus anales en siete libros hasta la destrucción de Cartago; obra censurada por Cicerón a causa de su endeble estilo, pero en la que apuntaba un cierto sentido crítico. Cayo Gelio escribió unos anales que comprendían este mismo lapso en 33 libros.

Lucio Celio Antípater escribió una historia particular sobre la guerra de Aníbal, iniciando este género monográfico, que tanta importancia había de tener más tarde; aunque repudiado por Cicerón por su lengua afectada, su historia tiene un valor singular, por haber hecho el autor una investigación minuciosa del asunto, siendo considerado como autoridad fidedigna por los posteriores.

Otro historiador monográfico que rompía con la monotonía de los analistas fué Sempronio Aselión, que se limitó a referir un ciclo de la historia reciente con el mismo rigor de Antípater.

En la época de Sila surgen de nuevo los anales; los primeros de Quinto Claudio Cuadrigario, que constaban al menos de 23 libros y que parecen haber sido

en la inserción de cartas fingidas y en el estilo poético el modelo de Tito Livio. Del mismo tipo, pero mucho más amplia, en 75 libros, es la obra de Valerio Ancias, que arregló y rellenoó la historia con las más peregrinas invenciones personales, y que incautamente utilizaron escritores posteriores, incluido Tito Livio.

Lucio Cornelio Sisena, estimado por Nepote y Sallustio, escribió una extensa historia, al parecer bastante novelesca, y parcial en lo que se refiere a la época de Sila.

Autores de Biografías y de Memorias.—Los más conocidos son: Marco Emilio Escauro, cónsul en el año 115, que escribió su vida, sin duda para sincerarse de las graves acusaciones de que era objeto; Quinto Lutacio Catulo, nacido hacia el año 152, y que venció con Mario a los cimbro en la batalla de Vercelas; el dictador Lucio Cornelio Sila, que escribió las memorias de su vida pública en latín y en griego, y que fueron luego ampliadas por su esclavo manumitido Epicuro. En estas Memorias, hay en general, como es lógico, un tono apologético y una pasión política, que casa mal con la fría verdad de la historia.

CATON

LIBER DE RE RÚSTICA.

Elección del predio.

Praedium quum parare cogitabis, sic in animo habeto, uti ne cupide emas, neve opera tua parcas

visere, et ne satis habeas semel circumire. Quoties
 ibis toties magis placebit, quod bonum erit. Vicini
 quo pacto niteant, id animum advertito: in bona re-
 gione bene nitere oportebit, et uti eo cum introeas,
 circumspicias, uti inde exiri possit: uti bonum cae-
 lum habeat, ne calamitosum siet. Solo bono, sua vir-
 tute valeat. Si poteris, sub radice montis siet, in
 meridiem spectet, loco salubri; operariorum copia siet,
 bonumque aquarium; oppidum validum prope siet,
 aut mare, aut amnis qua naves ambulant, aut via
 bona, celebrisque.

Elementos de una granja.

Quomodo vineam iugerum c. instruere oportet:
 vilicum, operarios X. bubulcum I. asinarium I. sa-
 lictarium I. subulium I. Summa homines XVI. bo-
 ves II. asinos plostrarios II. asinum molarium I.
 vasa torcula instructa III. dolia V. ubi vindemiae
 esse possint, culleum DCCC. dolia, ubi vinaceos con-
 dat XX. frumentaria XX. opercula doliorum, et
 tectoria priva. Urnas sparteas VI. amphoras spar-
 teas IV. infidibula II. cola vitilia III. cola, qui flo-
 rem demant, tria, urceos mustarios decem. Plostra
 duo, aratra duo, iuga plostraria duo, iugum vina-
 rium I. iugum asinarium I. orbem aheneum I. mo-
 lile I. aheneum, quod capit culleum unum, opercu-
 lum aheni unum, uncos ferreos III. ahenum cocu-
 lum, quod capiat culleum, urceos aquarios II. Am-
 phoram, nasiternam I. pelvim I. matellionem I. trul-
 lium I. situlum aquarium I. scutriscum, trullam,

candelabrum, matellam, lectos IV. scamnum I. mensas II. abacum I. arcam vestiariam I. armarium I. promptuarium I. scamna longa VI. rotam aquariam I. modium praeferratum I. semodium I. labrum eluacrum I. solium labrum lupinarium I. series X. Ornamenta bobus II. ornamenta asinis instrata III. Semuncias III. sportas faecarias III. molas asinarias unas, trusatiles unas. Ferramenta, falces vineaticas VI. sirpiculas V. falces silvaticas V. arborarias III. Secures V. et cuneos IV. vomeres ferreos X. palas VI. rutra quatuor, rastros quadridentes II. crates stercorarias IV. sirpeam stercorariam I. falculas vineaticas XL. falculas ruscarias X. Foculos II. forpices II; rutabulum, corbulas Amerinas XX. quala satoria VII. alveos XL. palas ligneas XL. lintres II. culcitas IV. instragulas IV. pulvinos VI. operimenta VI. mappas III. centones pueris VI.

Lugares de los animales y plantas.

Refert quae res in eo seri nascique, et cuiusmodi possint. Non enim eadem omnia in eodem agro recte possunt. Nam ut alius est ad vitem appositus, alius ad aliam rem. Itaque Cretae ad Cortyniam dicitur platanus esse, quae folia hieme non amittat. Itemque in Cypro, ut Theophrastus ait, una. Item Sibary, qui nunc Thurii dicuntur, quercus simili esse natura, quae est in oppidi conspectu. Item contra atque apud nos fieri ad Elephantinem, ut neque icus neque vites amittant folia. Propter eandem causam multa sunt bifera, ut vites apud mare Smyrnae;

malus bifera, ut in agro Consentino. Idem ostendit quod in locis feris plura ferunt; in iis quae sunt culta, meliora. Eadem de causa sunt, quae non possunt vivere nisi in loco aquoso, aut etiam aqua. Et id discriminatim, ut alia in lacubus, ut arundines in Reatino, alia in fluminibus, ut in Epeiro arbores alni, alia in mari, ut, scribit Theophrastus, palmas et squillas.

Tierras para cada cultivo.

Duo consideranda restant, quae, et quo quidque loco maxime expediat serere. Alia enim loca apposita sunt ad foenum, alia ad frumentum, alia ad vinum, alia ad oleum. Sic ad pabulum quae pertinent in quo est ocimum, farrago, vicia Medica, cytisum, lupinum. Neque in pingui terra omnia seruntur recte, neque in macra nihil. Rectius enim in tenuiore terra ea quae non multo indigent suco, ut cytisum et legumina, praeter cicer; hoc enim quoque legumen, ut caetera, quae velluntur e terra, non subsecantur; quae, quod ita leguntur, legumina dicta. In pingui rectius quae cibi sunt maioris, ut holus, triticum, siligo, linum. Quaedam etiam serunda non tam propter praesentem fructum, quam in annum prospicientem, quod ibi subsecta atque relictam terram faciunt meliorem. Itaque lupinum cum necdum siliculam cepit et nonnunquam fabalia, si ad siliquos non ita pervenit ut fabam legere expediat, si ager macrior est, pro stercore inarare solent.

Los perros de ganado.

Canis enim custos pecoris, ut eius, quod eo comite indiget ad se defendendum. In quo genere sunt maxime oves, deinde caprae. Has enim lupo captare solet, cui opponimus canes defensores. In suillo pecore tamen sunt, quae se vindicent, sues, verres, maiales, scrofae. Prope enim haec apris, qui in silvis saepe dentibus canes occiderunt. Quid dicam de pecore maiore? cum sciam mulorum gregem cum pasceretur, eoque venisset lupo, ultro mulos circumfluxisse, et ungulis caedendo eum occidisse? et tauros solere diversos asistere clunibus continuatos, et cornibus facile propulsare lupos? quare de canibus, quoniam genera duo, unum venaticum, et pertinet ad feras bestias, ac silvestres; alterum, quod custodiae causa paratur, et pertinet ad pastorem: dicam de eo ad formam artis dispositam in novem partes. Primum aetate idonea parandi, quod catuli et vetuli neque sibi, neque ovibus sunt praesidio, et feris bestiis nonnunquam praedae. Facie debent esse formosi, magnitudine ampla, oculis nigrantibus aut ravis, naribus congruentibus, labris subnigris aut rubicundis, neque resimis superioribus, nec pendulis subtus, mento suppresso, et ex eo enatis duobus dentibus dextra et sinistra, paulo eminentibus, superioribus directis potius quam brochis; acutos, quos habeant, labro tectos; capitibus et auriculis magnis ac flaccis; crassis cervicibus, ac collo; internodiis articularum longis; cruribus rectis, et potius varis, quam vatis;

pedibus magnis et altis, qui ingredienti ei displodantur; digitis discretis; unguibus duris ac curvis; solo nec ut corneo, nec nimium duro, sed ut fermentato ac molli; a feminibus summis, corpore suppresso; spina neque eminula, neque curva; cauda crassa; latratu gravi, hiatu magno; colore potissimum albo.

8.

Oradores contemporáneos de los Escipiones y de los Gracos.—Por el carácter democrático de las instituciones republicanas de Roma, la elocuencia tuvo importancia primordial en su literatura. La elocuencia, ya vehemente, ya satírica de Catón, tenía, hasta el influjo definitivo de la elocuencia griega, un sello de energía y de rudeza, que dulcificó la nueva cultura. El conocimiento de los filósofos griegos y de los principios retóricos y el estudio de los mejores modelos helénicos prepararon el tipo definitivo de la elocuencia romana, fuerte a la vez y artística. Entre una multitud de oradores que se ensayaban en los nuevos procedimientos, como Albucio, que componía unos discursos grecolatinos, y Lépido Porcina, que hacía los primeros ensayos en el ritmo oratorio, destacaron tres grandes oradores en la época de los Escipiones. Es uno el mismo Escipión Emiliano, el vencedor de Numancia, de una elocuencia sencilla y noble, pero no exenta de cierta natural elegancia; es el segundo Lucio Lelio, cónsul en 140, ca-

racterizado por una oratoria fina hasta la frialdad, elegante y artística; es el tercero el cónsul Publio Sulpicio Galba, acusado de cohecho por su gestión en Lusitania, a quien hizo famoso su admirable dialéctica, exornada con todos los recursos retóricos.

La época de los Gracos señala una especial modalidad de la oratoria romana, popular y tribunicia. Los dos hermanos Tiberio y Cayo Graco, imbuídos de las teorías estoicas, y conmovidos ante la opresión de la plebe romana, luchan denodadamente por su liberación civil, preconizando reformas trascendentales, como la supresión de las grandes propiedades y su reparto entre el pueblo. Cayo Graco es, antes de Cicerón, el más grande orador político, en quien se combinaban, como en éste, las cualidades patéticas y un fino humorismo.

Amenguada la importancia de la oratoria política, se acrece la de la oratoria forense. Los dos grandes oradores de este ciclo son Marco Antonio y Craso. Marco Antonio, nacido en 143, es ante todo el orador eficaz, que busca el convencimiento más que el lucimiento personal. Entre sus triunfos forenses los hay tan extraordinarios como el de lograr la absolución del promotor de una sedición pública por haber demostrado con razonamientos y ejemplos históricos que la rebelión es lícita en toda extralimitación del poder.

Craso, por el contrario, se distinguía por su estilo adornado, su gravedad solemne, la nitidez de su exposición y el número oratorio. Son famosos sus dis-

cursos contra Bruto, que recuerdan las acusaciones de su imitador Cicerón.

La literatura científica en la edad arcaica. La Filosofía.—Antes del helenismo no aparecen otras producciones filosóficas que las colecciones de sentencias, como las de Apio Claudio el Ciego y las de Catón. La resistencia contra el helenismo filosófico fué aún más violenta que contra el literario; pero el ejemplo de Escipión Emiliano, que recibe las lecciones de Panecio, de Lelio, que se dedica con ahinco a estudiar la cultura griega, hasta merecer el sobrenombre de sabio, y de los Gracos, que emprendieron su revolución democrática en nombre de la filosofía estoica, acabó por extender poco a poco la afición a la filosofía griega, aunque no sin una especial selección y depuración que había de conformarla a la seriedad y al sentido práctico romano. En esta amoldación se prescinde en gran parte de la especulación para hacerla aplicada especialmente a la jurisprudencia y a la moral. Sólo desde el tiempo de Cicerón es cuando las doctrinas y sistemas teóricos se estudian como una especulación. Como los primeros juristas romanos se citan Sempronio Sofo, y Tito Coruncanio, y como comentador de las XII tablas Sexto Elio. Tras ellos viene una serie de comentaristas jurídicos, entre los que descuellan Bruto, con su obra sobre el derecho civil; Fabio Pictor, con un libro de derecho pontifical, y una larga lista de jurisconsultos; los Escévolas, etc.

Obra científica interesante es el libro *De re rus-*

tica de Catón. Es una colección de observaciones escuetas, a modo de resumen de sus experiencias agrícolas, en que da consejos útiles hasta los más nimios quehaceres de una granja rural; sobre los jornales de los criados, la limpieza de los establos, etc.

9.

C. EDAD DE CICERON

El tránsito de la época de Catón a la de César señala la transformación definitiva del carácter severo de los romanos, rendido a la cultura griega. Es expresivo sobre todo el ejemplo del viejo Catón, cuyo odio al helenismo se transforma en sus últimos años en una gran afición por la cultura griega. En tiempo de César no sólo se acepta el helenismo, sino que se sigue su evolución, imitando, no, ya, como los antiguos, la vieja literatura griega, sino la nueva de los Alejandrinos, cuya cincelada delicadeza sirvió para pulir en el más alto grado la lengua y para dar a la poesía un desconocido sello de brillantez y de elegancia. Desde este momento la gracia más delicada, la ingeniosa brevedad y la sutileza fué compatible con aquella lengua varonil y dura.

Fábula atellana.—La fábula atelana, originaria de la Campania, había sido en su origen una grosera farsa popular. Durante algún tiempo este género estuvo oscurecido por la comedia *palliata* y por la *togata*, esto es, por la comedia de tipos griegos y por

su amoldación a los tipos romanos. Pero a la multitud no podía gustar una fábula de tipo exótico y una fría comedia de costumbres, surgiendo la afición a este viejo género de sales gruesas y de personajes grotescos, con los que la plebe estaba familiarizada.

Esta comedia, antes anónima, empezó a ser cultivada con pretensiones literarias por dos autores: Pomponio de Bolonia y Novio. Los personajes eran los de siempre: Casnar o Papis, el viejo avaro burlado; Bucco, el gordinflón; Maccus, el flaco; Dosse-nus, el doctor sabihondo, cada uno de ellos presentado frecuentemente bajo distintos aspectos; Maco desterrado, Maco soldado, Maco electorero, etc. Otras veces la atelana utilizaba los mismos personajes de las obras serias, ridiculamente contrahechos, como caricaturas regocijantes de los personajes más elevados.

Los juegos de palabras y los chistes son el elemento constante, a juzgar por las muestras que poseemos. Las siguientes son de Pomponio:

Miseret me eorum qui sine frustis ventrem frustarunt
[suom. ...sed meus
 frater maior, postquam vidit me deiectum domo
 nupsit posterius dotatae, vetulae, varicosae, vafrae.

Mimo.—Triunfante la fábula atelana entre el bajo pueblo, no podía por su misma rudeza agradar a otras clases sociales, que sentían predilección por la comedia naturalista. El mimo, fundado en la ob-

servación directa de la vida, satisfacía a estos gustos, y llegó a ser la comedia predilecta de esta época.

Sólo dos nombres de autores de mimos han llegado hasta nosotros: los de Laberio y Siro. Décimo Laberio se permitió en algunas de sus obras dirigir una alusión mortificante a César, y éste se vengó obligándole a representar él mismo su obra. Laberio no se acobarda, sin embargo, y empieza con un prólogo sincerándose y denunciando esta coacción:

*Necessitas, cuius cursus transversi impetum
voluerunt multi effugere, pauci potuerunt,
¡quo me detrusit paene extremis sensibus!
Quem nulla ambitio, nulla unquam largitio,
nullus timor, nulla auctoritas
movere potuit in iuventa de statu
ecce in senecta ut facile labefecit loco...*

intercalando en la obra incisivas alusiones.

Publio Publilio Syro, esclavo originario de Antioquía, escribió mimos llenos de sentencias, de tan elevada moral y de tal belleza, que se han hecho clásicas.

En un criterio moderno no se comprende bien la mezcla de sentencias moralizadoras y asuntos escabrosos desarrollados con la más desvergonzada desnudez; pero el hecho es indudable, y todos los autores romanos están conformes en reconocer el carácter cínicamente licencioso de estas piezas.

Marco Terencio Varrón.—Insigne polígrafo romano, tiene también gran relieve como poeta. Más

que sus seis pseudotragedias y 10 poemas, son famosas sus sátiras *Menipeas*, en prosa y en verso, en 150 libros. Las referencias de los escritores romanos a estas sátiras hacen más lamentable su pérdida, porque hubieran ilustrado aspectos íntimos de un período confuso.

Llamáronse así estas sátiras del cínico Menipo de Madara, que cultivó en el siglo III a. de J. C. un género semejante. Sabemos que las sátiras varrobianas eran la censura de las modas romanas, que en la literatura y en las costumbres iban desnaturalizando el carácter tradicional. Su catonismo resultaba algo exagerado, porque idealizaba en exceso las virtudes nacionales, y no poco paradójico, porque la mayor parte de su propia cultura era de importación, empezando por el modelo de las sátiras. En ellas se descubría su ingenio vivo y su carácter satírico. Su gracia degeneraba frecuentemente en desenfado vulgar, al modo de las farsas latinas, en que solía fundarse. Los mismos títulos y tipos de algunas sátiras recuerdan los conocidos personajes de las atelanas, el gordinflón, etc., y de las fábulas de Plauto, el esclavo gracioso, el parásito hambriento, apareciendo también en ellas las grotescas caricaturas de la mitología y de la tragedia, Ulises y medio, etc. La implacable ironía de estas sátiras se vertía sobre diversas clases y escuelas: especialmente la filosofía griega, con sus vacilaciones y sus numerosas sectas, le inspiran las más despiadadas burlas.

IO.

POESIA DIDACTICA

Tito Lucrecio Caro.—Tito Lucrecio Caro nació, según se cree, del 98 al 95 a. de J. C. Refiérese que perdió el juicio por haber tomado una poción venenosa, y San Jerónimo afirma que componía el poema en momentos de lucidez.

Nada se sabe con certeza de esta locura, ni de su supuesto suicidio, constando únicamente que el poema no fué publicado en vida del autor, sino más tarde, por orden de Cicerón.

El poema De rerum natura.—Este poema estaba dedicado al poeta Memmio, y consta de seis libros, con más de 7000 hexámetros en total. Los dos primeros libros contienen su teoría del atomismo; el tercero y el cuarto combaten especialmente el temor de la muerte, que para él no es sino el acto de sumergirse dulcemente en el seno de la naturaleza; el quinto y el sexto combaten duramente las creencias religiosas.

Revela Lucrecio en su obra su exaltado espíritu y su insaciable curiosidad científica, ávida de explicar el misterio de la vida. El punto principal de su doctrina es el epicureísmo, no el plebeyo, que sólo busca el huír a todo trance del dolor, sino el filosófico, que aspira a sufrirlo con imperturbable serenidad, fortalecido por la convicción de que el dolor y la muerte son uno de tantos hechos natura-

les, superiores al poder humano. En esta filosofía busca además el aislamiento de las luchas políticas y de todas las cuestiones nacionales, que absorbían al espíritu romano. Por eso su obra tiene un sentido de universalidad que choca con el espíritu nacionalista de casi toda la literatura latina.

En sus doctrinas científicas sorprenden los atisbos geniales de muchas cuestiones, que luego han de interesar a la ciencia experimental. Así la teoría de la evolución y selección de los seres y de la lucha por la vida se halla expuesto en el poema con sorprendente claridad. Para Lucrecio los primeros seres de la naturaleza fueron vegetales rudimentarios, tras de los cuales la tierra produjo otros más complejos, apareciendo en ensayos malogrados series de seres de organización defectuosa, que sucumbieron en la lucha con otros más aptos. Para Lucrecio toda la materia cósmica es fundamentalmente idéntica: ella se transforma con la muerte de los seres, de los que surgen otros nuevos, sin que la materia se destruya. La doctrina del mecanicismo universal, que trata de explicar el origen de multitud de fenómenos físicos en la energía y movimiento de los átomos, es objeto de minuciosas explicaciones en el libro segundo. De la identidad de la materia cósmica dice:

Namque eadem caelum mare terras flumina solem
constituunt, eadem fruges arbusta animantis,
verum aliis alioque modo commixta moventur.

(I, 820-823)

Formúlase también en el poema el principio del determinismo físico, con la inflexibilidad de las leyes naturales. A los seres microscópicos o invisibles (*caeci*) atribuye grandes efectos en la naturaleza. Las tierras fueron formadas por los sedimentos (*faeces*) que dejaron las aguas. Contra la idea común de la grandeza de la tierra, Lucrecio piensa que es muy reducida, comparada con la del mundo, como es la del hombre comparada con la de la tierra:

...videas caelum summai totius unum
quam sit parvula pars, et quam multesima costet,
nec tota pars homo terrai quota totius unus.

Principalmente es este poema un alegato contra la religión, basado en supuestos principios científicos; un canto al racionalismo frente a la fe, al triunfo de la ciencia sobre las creencias religiosas y a la energía natural frente al temor de la divinidad. Su propósito es disipar el terror del espíritu con los rayos de la ciencia y de la razón:

Hunc igitur terrorem animi tenebrasque necesse est
non radii solis neque lucida tela diei
discutiant, sed naturae species ratioque.

Su fin principal es romper violentamente los vínculos religiosos del hombre:

Religionum animum nodis exsolvere pergo.

Habla de los dioses paganos como existentes, pero éstos viven egoístamente en el Olimpo sin intervenir en la vida humana:

Omnis enim per se divum natura necesse est
immortali aevo summa cum pace fruatur,
semota ab nostris rebus sejunctaque longe:
nam privata dolore omni, privata periculis,
ipsa suis pollens opibus, nihil indiga nostri,
nec bene promeritis capitur nec tangitur ira.

Para Lucrecio no sólo la idea religiosa no es el freno de la moral, sino que a esta idea atribuye la mayoría de los crímenes de la historia. Así execra el sacrificio de Ifigenia, hecho en cumplimiento de una orden de la divinidad:

Aulide quo pacto Tribiai virginis aram
Iphianassai turparunt sanguine foede
ductores Danaum delecti, prima virorum.
Cui simul infula virgineos circum data comptus
ex utraque pari malarum parte profusast,
et maestum simul ante aras adstare parentem
sensit, et hunc propter ferrum celare ministros,
aspectuque suo lacrimas effundere civis,
muta metu terram genibus summissa petebat.

(I, 84-92.)

Más aún que las doctrinas recibidas, como la de Epicuro, minuciosamente expuesta, y las de otros filósofos griegos, resulta la interpretación personal que él da a las más graves cuestiones filosóficas y a los más oscuros problemas de la naturaleza.

Esta obra, arsenal del libre pensamiento moderno, aunque ha sido también utilizada como arma de controversia contra la falsa religión, es, más aún que obra científica y didáctica, una maravillosa obra

poética, en que se combina la genialidad desbordada y el más cuidadoso arte. De los más menudos detalles sabe sacar motivos poéticos su exaltada inspiración y doctrinas científicas su audaz inventiva. El polvillo que tiembla en la penumbra de la casa le sirve para fundar la teoría del mecanicismo de los átomos, cuyo movimiento formó y animó el mundo:

Contemplator enim, cum solis lumina cumque
 inserti fundunt radii per opaca domorum:
 multa minuta modis multis per inane videbis
 corpora misceri, radiorum lumine in ipso,
 et velut aeterno certamine proelia pugnas
 edere turmatim certantia nec dare pausam,
 conciliis et discidiis exercita crebris:
 conicere ut possis ex hoc, primordia rerum
 quale sit in magno iactari semper inani.

(II, 114-123.)

En todo el poema resalta el desasosiego espiritual de Lucrecio, que quiere hallar (él afirma haber hallado) el dulce sosiego de todas las sombrías preocupaciones del porvenir en la filosofía de su divinizado maestro Epicuro.

A su gloria de extraordinario y universal poeta ha estorbado su doctrina religiosa y el concepto pesimista de la vida. Como obra literaria, el poema es una de las grandes obras que honran al espíritu humano. "Poema multae artis" llama Cicerón (ad. Q. Fr. 1. 2, ep. II) a la obra de Lucrecio. Estacio admira la vehemente inspiración, el "docti furor ar-

duus Lucreti”) l. 2, silv. Ult., v. 76). Ovidio, jugando con un verso de este autor, dice que entonces morirá cuando la tierra muera: “Carmina sublimis tunc sunt peritura Lucreti exitio terras cum dabit una dies” (*Amor*, I, el. últ., v. 23). No sólo estos y otros autores romanos le admiraron, sino que se aprovecharon del poema. Virgilio sobre todo lo benefició en sus obras, y más tenuemente Horacio, Propercio y Ovidio.

La lengua de Lucrecio es de una admirable pureza, aunque de un sabor arcaico a veces. Son frecuentes las aliteraciones, que ahora parecen triviales, pero que son uno de tantos recursos como Lucrecio busca para dar plasticidad y energía a la expresión.

Los manuscritos de esta obra parecen reducirse a tres ramas: al *codex Oblongus*, de Leiden, del siglo IX; al de los *Italicæ*, y al *Quadratus*, de Leiden, también del siglo IX. La edición *princeps* es la de Brescia de 1473.

EL SUPUESTO ESTADO SALVAJE DEL HOMBRE.

At genus humanum multo fuit illud in arvis
durius, ut decuit, tellus quod dura creasset,
et maioribus et solidis magis ossibus intus
fundatum, validis aptum per viscera nervis,
nec facile ex aestu nec frigore quod caperetur,
nec novitate cibi nec labi corporis ulla.

Multaque per caelum solis volventia lustra
volgivago vitam tractabant more ferarum.
Nec robustus erat curvi moderador aratri

quisquam, nec scibat ferro molirier arva
 nec nova defodere in terram virgulta neque altis
 arboribus veteres decidere falcibu, ramos.
 Quod sol atque imbres dederant, quod terra crearat
 sponte sua, satis id placabat pectora donum.
 Glandiferas inter curabant corpora quercus
 plerumque: et quae nunc hiberno tempore cernis
 arbita puniceo fieri matura colore,
 plurima tum tellus etiam maiora ferebat.
 Multaque praeterea novitas tum florida mundi
 pabula dura tulit, miseris mortalibus ampla.
 At sedare sitim fluvii fontesque vocabant,
 ut nunc montibus e magnis decursus aquai
 largu' citat late stientia saecula ferarum.
 Denique nota vagi silvestria templa petebant
 nympharum, quibus e scibant umori' fluenta
 lubrica proluvie larga lavere umida saxa,
 umida saxa, super viridi stillantia musco,
 et partim plano scatere atque campo.
 Necdum res igni scibant tractare neque uti
 pellibus et spoliis corpus vestire ferarum,
 sed nemora atque cavos montis silvasque colebant,
 et frutices inter condebant squalida membra,
 verbera ventorum vitare imbrisque coacti.
 Nec commune bonum poterant spectare, neque ullis
 moribus inter se scibant legibus uti.
 Quod cuique obtulerat praedae fortuna, ferebat
 sponte sua sibi quisque valere et vivere doctus.

V, 925-961.

Los oscuros orígenes de las infecciones y pestes.

Nunc ratio quae sit morbis, aut unde repente
 mortiferam possit cladem conflare coorta

morbida vis hominum generi pecudumque catervis expediam. Primum multarum semina rerum esse supra docui quae sint vitalia nobis, et contra quae sint morbo mortique necessest multa volare: ea cum casu sunt forte coorta et pertubarunt caelum, fit morbibus aër.

Atque ea vis omnis morborum pestilitasque aut extrinsecus ut nubes nebulaeque superne per caelum veniunt, aut ipsa saepe coortae de terra surgunt, ubi putorem umida nactast intempestivis pluviisque et solibus icta.

Nonne vides etiam caeli novitate et aquarum temptari procul a patria quicumque domoque adveniunt ideo quia longe discrepant res?

Nam quid Britannis caelum differre putamus, et quod in Aegyptost, qua mundi claudicat axis, quidve quod in Pontost differre, et Gadibus atque usque ad nigra virum percocto saecula colore? quae cum quattuor inter se diversa videmus quattuor a ventis et caeli partibus esse, tum color et facies hominum distare videntur largiter et morbi generatim saecula tenere.

Est elephas morbus qui propter flumina Nili gignitur Aegypto in media, neque praeterea usquam.

Atthide temptantur gressus, oculique in Achaeis finibus. Inde aliis alius locus et inimicus

partibus ac membris: varius concinnat id aër.

Proinde ubi se caelum quod nobis forte alienum commovet atque aër inimicus serpere coepit,

ut nebula ac nubes paulatim repit et omne

qua graditur conturbat et immutare coactat,

fit quoque ut, in nostrum cum venit denique caelum, corrumpat reddatque sui simile atque alienum.

Haec igitur subito clades nova pestilitasque
aut in aquas cadit aut fruges persidit in ipsas
aut alios hominum pastus pecudumque cibatus,
aut etiam suspensa manet vis aëre in ipso,
et, cum spirantes mixtas hinc ducimus auras
illa quoque in corpus pariter sorbere necessest.
(VI, 1090-1130.)

Descripción de la peste de Atenas.

Haec ratio quondam morborum et mortifer aestus
finibus in Cecropis funestos reddidit agros
vastavitque vias, exhausit civibus urbem.
Nam penitus veniens Aegypti finibus ortus,
aëra permensus multum camposque natantis,
incubuit tandem populo Pandionis omni.
Inde catervatim morbo mortique dabantur.
Principio caput incensum fervore gerebant
et duplicis oculos suffusa luce rubentes.
Sudabant etiam fauces intrinsecus atrae
sanguine, et ulceribus vocis via saepta coibat,
atque animi interpretes manabat lingua cruore
debilitata malis, motu gravis, aspera tactu.
Inde ubi per fauces pectus complerat et ipsum
morbida vis in cor maestum confluxerat aegris,
omnia tum vero vitae claustra lababant.
Spiritus ore foras taetrumolvebat odorem,
rancida quo perolent proiecta cadavera ritu.
Atque animi prorsum vires totius et omne
llanguebat corpus, leti iam limine in ipso,
intolerabilibusque malis erat anxius angor
adsidue comes et gemitu commixta querella.
Singultusque frequens noctem per saepe diemque
corripere adsidue nervos et membra coactans

dissoluebat eos, defessos ante, fatigans,
nec nimio cuiquam posses ardore tueri
corporis in summo summam fervere partem,
sed potius tepidum manibus proponere tactum
et simul ulceribus quasi inusti omne rubere
corpus, ut est per membra sacer cum diditur ignis.
Intima pars hominum vero flagrabat ad ossa,
flagrabat stomacho flamma ut fornacibus intus.
Nil adeo posses cuiquam leve tenueque membris
vertere in utilitatem, at ventum et frigora semper.
In fluvios partim gelidos ardentia morbo
membra dabant, nudum iacentes corpus in undas.
Multi praecipites lymphis putealibus alte
inciderunt, ipso venientes ore patente:
insedabiliter sitis arida, corpora torrens,
aequabat multum parvis umoribus imbrem.
Nec requies erat ulla mali: defessa iacebant
corpora. Mussabat tacito medicina timore,
quippe patentia cum totiens ac nuntia mortis
lumina versarent oculorum expertia somno.
Multaque praeterea mortis tum signa dabantur:
perturbata animi mens in maerore metuque,
triste supercilium, furiosus voltus et acer,
sollicitae porro plенаeque sonoribus aures,
creber spiritus aut ingens raroque coortus,
sudorisque madens per collum splendidus umor,
tenuia sputa minuta, croci contacta colore
salsaque, per fauces rauca vix edita tussi.
In manibus vero nervi trahere et tremere artus
a pedibusque minutatim succedere frigus
non dubitabat: item ad supremum denique tempus
compressae nares, nasi primoris acumen
tenue, cavati oculi, cava tempora, frigida pellis

duraque in ore, patens rictum frons tenta tumebat.
Nec nimio rigida post artus morte iacebant.
Octavoque fere candenti lumine solis
aut etiam nona reddebant lampade vitam.
Quorum siquis, ut est, vitarat funera leti,
ulceribus taetris et nigra proluvie alvi
posterius tamen hunc tabes letumque manebat,
aut etiam multus capitis cum saepe dolore
corruptus sanguis expletis naribus ibat:
hac hominis totae vires corpusque fluebat.

(VI, 1138-1204.)

II.

Poesía épica y lírica. Neoterici.—Afianzada en Roma la influencia griega, no sólo persistió el influjo de su poesía, sino que se siguieron sus vicisitudes, constituyéndose un grupo de literatos que se inspiró en el preciosismo y en el alarde de erudición mitológica de los escritores alejandrinos. Este es el círculo poético de los llamados *neoterici*, círculo de escritores unidos por vínculos de amistad y por la admiración del alejandrismo. La nueva escuela rompía con la tradición latina de nacionalizar con fines patrióticos la poesía helénica; los neotéricos admiraban el arte por el arte, y constituían una escuela puramente literaria, alejada de la vida política y desentendida de toda intención práctica. Este desligamiento de todo interés público favorecía el subjetivismo de la poesía, favoreciendo

la aparición del admirable Catulo, no el más grande, pero sí el más lírico y sentido de los poetas romanos.

Cayo Valerio Catulo.—Nació en Verona el año 87 a. de J. C., y murió a los treinta y tres años. El hecho culminante para la literatura fué su amor por Lesbia. En sus obras se marcan tres aspectos: en las primeras el alejandrismo puro, en las segundas un alejandrismo exterior y en las siguientes el lirismo personal. El refinamiento femenino de la forma, la erudición rebuscada, el simbolismo mitológico, la imaginación viva, pero sin efusión, y todas las cualidades de la escuela de Alejandría, con sus defectos y sus méritos, aparecen en un grupo de obras de Catulo. Su elegía a la cabellera de Berenice pertenece a este grupo. Del mismo modo el extenso poema de las bodas de Tetis y Peleo, lleno de digresiones y de alusiones mitológicas, de descripciones minuciosas, recuerda la menuda y recargada ornamentación de los modelos alejandrinos.

El grupo de obras en que el preciosismo alejandrino se combina con cierta frescura y aun efusión lírica está representado sobre todo por el epitalamio de Manlio y Julia. Las comparaciones mitológicas no bastan a amenguar el lirismo de este hermoso poema, en que la imaginación de Catulo despliega sus vuelos.

Pero las obras inmortales de este autor, en las que rompe con toda tradición, poniendo antes que todos los recursos poéticos su propio sentimiento, y olvidándose de su propia elegancia mundana y

aun de su preocupación artística, es en las pequeñas composiciones amorosas, en las que todo queda oscurecido ante su sentimiento erótico. Sin alarde erudito, con una encantadora sencillez, como desahogo natural de su corazón, deja fluír en sus versos sus sentimientos íntimos. Este grupo de versos está consagrado a su amada Lesbia. Su nombre verdadero era el de Clodia, la hermana del encarnizado enemigo de Cicerón Publio Clodio, y esposa de Metelo Celer, a quien parece envenenó. La volubilidad de esta mujer despertó el cruel desengaño, que Catulo canta en sus desolados versos.

Otro aspecto de la originalidad de Catulo es el sentimiento de las bellezas de la naturaleza, que acierta a describir en hermosos cuadros, tan admirables por el color como por la emoción.

Una faz, en cambio, poco grata, de sus poesías es la de sus invectivas, en las que no se detiene ante los más enormes vituperios ni ante las más groseras obscenidades.

Para Catulo el amor de Lesbia es como la razón de su vida:

Vivamus, mea Lesbia, atque amemus,
rumoresque senum severiorum
omnes unius aestimemus assis.

En su desengaño rememora los tiempos felices y evoca con indignación a su amada:

Miser Catulle desinas ineptire,
et quo vides perisse perditum ducas.

Fulsere quondam candidi tibi soles,
cum ventitabas quo puella ducebat
amata nobis quantum amabitur nulla.

A este grupo de *neoterici* pertenecen Valerio Catón, Marco Furio Bibáculo, Helvio Cinna y Licinio Calvo. Del primero se han conservado sus imprecaciones o *Dirae* y una elegía titulada *Lydia*, poemas con todo el sabor de la escuela alejandrina, pero sin ningún relieve personal. De Furio Bibáculo se conservan sólo unos pocos versos, insuficientes para dar idea de sus méritos. Sábese sin embargo que sus principales composiciones eran epigramas contra César y Octavio. Helvio Cinna escribió, lo mismo que Catulo, elegías amorosas y epigramas de burlas, pero con tan complicada erudición y en un estilo tan confuso, que en su tiempo necesitaron ya comentarios aclaratorios. En su epilio llamado *Smyrna*, que Catulo profetizó sería inmortal, estuvo trabajando durante nueve años. Del gran orador y poeta Licinio Calvo no conocemos más que unos veinte versos sueltos. Cultivó los mismos géneros que Catulo, componiendo un epilio titulado *Io*, un epitalamio y la canción fúnebre denominada *Epicedio*, que dedicó a su esposa.

CATULO

A LESBIA.

Nulla potest mulier tantum se dicere amatam
Vere, quantum a me Lesbia amata mea's.

Nulla fides ullo fuit umquam foedere tanta,
Quanta in amore tuo ex parte reperta meast,
Nunc est mens diducta tua, mea Lesbia, culpa,
Atque ita se officio perdidit ipsa suo,
Ut iam nec bene velle queat tibi, si optima fias,
Nec desistere amare, omnia si facias.

LA PRIMAVERA.

Iam ver egeidos refert tepores,
Iam caeli furor aequinoctialis
Iocundis Zephyri sile'scit aureis.
Linguntur Phrygii, Catulle, campi
Nicaeaeque ager uber aestuosae:
Ad claras Asiae volemus urbes.
Iam mens praetrepidans avet vagari,
Iam laeti studio pedes vigescunt.
O dulces comitum valetate coetus,
Longe quos simul a domo profectos
Diversae variae viae reportant.

A LA MUERTE DEL PÁJARO DE LESBIA.

Lugete o Veneres Cupidinesque,
Et quantumst hominum venustiorum.
Passer mortuus est meae puellae,
Passer, deliciae meae puellae,
Quem plus illa oculis suis amabat:
Nam mellitus erat suamque norat
Ipsa tam bene quam puella matrem
Nec sese a gremio illius movebat,
Sed circumsiliens modo huc modo illuc
Ad solam dominam usque pipiabat.
Qui nunc it per iter tenebricosum,

Illuc, unde negant redire quemquam.
 At vobis male sit, malae tenebrae
 Orci, quae omnia bella devoratis:
 Tam bellum mihi passerem abstulistis.
 O factum male! io miselle passer!
 Tua nunc opera meae puellae
 Flendo turgiduli rubent ocelli.

12.

Prosa. Historia.—La evolución que la historia había sufrido desde los escuetos anales a la obra animada de Catón, fué considerable. Pero la historia se concebía como expresión sobre todo de las grandezas nacionales, intercalándose en ellas sólo por ilación los tiempos recientes. Muy al contrario en esta época, interesan especialmente las agitaciones políticas del momento, creándose la historia contemporánea, apasionada y dramática, en que se recogen palpitantes las luchas del foro y los episodios de la guerra.

Cayo Julio César.—Nacido en el año 100 a. de J. C., descuella a los veinte años como uno de los jefes del partido democrático, siendo sucesivamente cuestor, edil, pretor, cónsul y procónsul de las Galias. A su vuelta a Roma, rompió la alianza que había formado con Pompeyo, y quedando cónsul único, después de sus victorias de Farsalia y Munda, se proclamó dictador. Sin ser literato de profesión, y aun esforzándose en huír de toda afectación

literaria, tiene, sin embargo, relieve como escritor. Para César la oratoria más que un arte bello era el medio más seguro de triunfar en sus ambiciones políticas, y la historia el procedimiento más eficaz para dar relieve a sus empresas guerreras.

Por eso la precisión y el sentido práctico es lo que caracteriza a sus obras.

Aparte de algunas composiciones poéticas de su juventud, que Augusto prohibió publicar, de sus discursos, que no se conservan, y de su tratado gramatical *De analogía*, sus obras son los comentarios de las Galias, *De bello Gallico*, y el comentario de la guerra civil, *De bello civili*. Ambas sobresalen por su elegante sencillez y su impecable pureza de lenguaje. En la primera narra su conquista de las Galias. En las narraciones aparece gráficamente descrito cuanto tiene un interés militar, prescindiéndose en ellas de toda digresión literaria. Sin sutilezas filosóficas y sin empeño artístico, su frase seduce por una transparencia inimitable.

Menos serena su historia de la guerra civil, ofrece un carácter apologético, ingrato a veces. La defensa de todos sus actos para conquistar el poder resulta una justificación tan excesiva, que parece irónica. Todos sus enemigos no pretendían sino el atropello: él no hacía, en cambio, sino sacrificarse en bien de la República y de la Paz, aunque este sacrificio se traducía en adueñarse de todos los poderes.

Sus continuadores.—Sólo los siete primeros libros de la guerra de las Galias son de César, habien-

do sido escrito el octavo por Aulo Hircio. La continuación, con el nombre de *Bellum Hispaniense*, no puede ser, a juzgar por su lenguaje vulgar, de este autor. Tampoco es posible atribuir esta continuación de la obra de César a Opio, dado lo bajo e incorrecto de su estilo.

Cornelio Nepote.—Natural de la Galia Cisalpina (99-27). Del orden equestre y de posición independiente, en relación estrecha con los más ilustres hombres de su época, no quiso intervenir en la vida política, consagrándose a los estudios históricos. Más que un investigador y crítico de la historia, es un compilador del género bibliográfico, con un carácter ingenuamente panegírico y moralizador. Los errores históricos en que incurre no pueden achacarse a la pasión, ni a la manía retoricista de hacer la historia literaria, sino a la admiración hiperbólica de sus héroes. Su fama, siempre sostenida, se basa en la índole de sus asuntos, tan del gusto de la moral ejemplificada de la Edad Media y del Renacimiento, y tan a propósito para la preparación clásica escolar. Su obra, fríamente juzgada, es de muy limitado valor, aun bajo el aspecto formal. Sus elogios, vagos e inexpresivos, su sequedad y los frecuentes descuidos de su lengua, hacen que bajo ciertos aspectos no sea este autor de los más recomendables.

Entre sus obras perdidas están sus *Crónicas*, en tres libros; su *Exempla*, en cinco libros; su Vida de Catón el Antiguo, y casi toda su obra *De viris illustribus*, en dieciséis libros.

Lo que nos queda de toda su obra biográfica son las vidas de 23 capitanes no romanos y las biografías de Catón el Viejo y de Pomponio Atico. La obra total comprendía 16 libros, ocho romanos y ocho extranjeros.

CESAR

DE BELLO CIVILI.

Marcha de César a Rímini.—Llegada de los legados de Pompeyo.

Cognita militum voluntate, Ariminum cum ea legione proficiscitur, ibique tribunos plebis, qui ad eum confugerant, convenit; reliquas legiones ex hibernis evocat et subsequi jubet. Eo L. Caesar adolescens venit, cujus pater Caesaris erat legatus. Is, reliquo sermone confecto, cujus rei causa venerat, habere se a Pompeio ad eum privati officii mandata demonstrat: "velle Pompeium se Caesari purgatum, ne ea, quae rei publicae causa egerit, in suam contumeliam vertat; semper se rei publicae commoda privatis necessitatibus habuisse potiora; Caesarem quoque pro sua dignitate debere et studium, et iracundiam suam rei publicae dimittere, neque adeo graviter irasci inimicis, ne, cum illis nocere se speret, rei publicae noceat". Pauca ejusdem generis addit cum excusatione Pompeii conjuncta. Eadem fere atque eisdem de rebus praetor Roscius agit cum Caesare, sibi Pompeium commemorasse demonstrat.

Justificación de César.—Preparativos de los Pompeyanos.—Condiciones de César.

Quae res etsi nihil ad levandas injurias pertinere videbantur, tamen, idoneos nactus homines, per quos ea, quae vellet, ad eum perferrentur, petit ab utroque, quoniam Pompeii mandata ad se detulerint, ne graventur sua quoque ad eum postulata deferre, si parvo labore magnas controversias tollere, atque omnem Italiam metu liberare possint. "Sibi semper rei publicae primam fuisse dignitatem, vitaque potioem; doluisse se quod populi romani beneficium sibi per contumeliam ab inimicis extorqueretur, ereptoque semestri imperio, in urbem retraheretur, cujus absentis rationem haberi proximis comitiis populus jussisset; tamen hanc honoris jacturam sui rei publicae causa aequo animo tulisse: cum litteras ad senatum miserit, ut omnes ab exercitibus discenderent, ne id quidem impetravisse: tota Italia delectus haberi; retineri legiones duas, quae ab se simulatione Parthici belli sint adductae; civitatem esse in armis; quoniam haec omnia, nisi ad suam perniciem pertinere? Sed tamen ad omnia se descendere paratum, atque omnia pati rei publicae causa. Proficiscatur Pompeius in suas provincias; ipsi exercitus dimittant; discendant in Italia omnes ab armis; metus e civitate tollatur; libera comitia, atque omnis res publica senatui, populoque romano permittatur. Haec, quo facilius certisque condicionibus fiant, et jurejurando sanciantur, aut ipse propius accedat, aut se patiatur accedere. Fore uti per colloquia omnes controversiae componantur".

Respuesta de los cónsules.—Intención de ella.

Acceptis mandatis, Roscius cum L. Caesare Capuam pervenit ibique consules Pompeiumque invenit. Postulata Caesaris renuntiat. Illi, re deliberata, respondent, scriptaque ad eum mandata per eos remittunt, quorum haec erat summa: "Caesar in Galliam reverteretur, Arimino excederet, exercitus dimitteret. Quae si fecisset, Pompeium in Hispanias iturum. Interea, quoad fides esset data Caesarem facturum quae polliceretur, non intermissuros consules Pompeiumque delectus". Era iniqua condicio postulare, ut Caesar Arimino excederet, atque in provinciam reverteretur; ipsum et provincias, et legiones alienas tenere; exercitum Caesaris velle dimitti, delectus habere; polliceri se in provinciam iturum, neque ante quem diem iturus sit definire; ut, si peracto Caesaris consulatu Pompeius profectus non esset, nulla tamen mendacii religione obstrictus videretur: tempus vero colloquio non dare, neque accessurum polliceri, magnam pacis desperationem afferebat.

Preparativos de César.

Itaque ab Arimino M. Antonium cum cohortibus quinque Arretium mittit; ipse Arimini cum duabus legionibus subsistit, ibique delectum habere instituit. Pisaurum, Fanum, Anconam singulis cohortibus occupat. Interea certior factus Iguvium Thermum praetorem cohortibus quinque tenere, oppidum munire, omniumque esse Iguvinorum optimam erga se vo-

luntatem, Curionem cum tribus cohortibus, quas Pisauri et Arimini habebat, mittit. Cujus adventu cognito, diffisus municipii voluntate Thermus, cohortes ex urbe educit, et profugit; milites in itinere ab eo discendunt, ac domum revertuntur. Curio omnium summa voluntate Iguvium recipit. Quibus rebus cognitis, confisus municipiorum voluntatibus Caesar, cohortes legiones XIII ex praesidis deducit, Auximumque proficiscitur; quod oppidum Attius cohortibus introductis tenebat, delectumque toto Piceno, circummissis senatoribus habebat.

Ocupación de Oximo.

Adventu Caesaris cognito, decuriones Auximi ad Attium Varum frequentes conveniunt: docent, "sui iudicii rem non esse, neque se, neque reliquos municipales pati posse, C. Caesarem imperatorem, bene de re publica meritum, tantis rebus gestis, oppido moenibusque prohiberi: proinde habeat rationem posteritatis et periculi sui". Quorum oratione permotus Attius Varus praesidium, quod introduxerat, ex oppido educit, et profugit. Hunc ex primo ordine pauci Caesaris consecuti milites, consistere cogunt: commissoque proelio, deseritur a suis Varus, nonnulla pars militum domum discedit: reliqui ad Caesarem perveniunt: atque una cum iis deprehensus L. Pupius primipili centurio adducitur, qui hunc eundem ordinem in exercitu Cn. Pompeii antea duxerat. At Caesar milites Attianos collaudat, Pupium dimittit,

Auximatibus agit gratias, seque eorum facti memorem fore pollicetur.

Batalla de Farsalia.—Situación del Ejército de Pompeyo.

Caesar, cum Pompeii castris appropinquasset, ad hunc modum aciem ejus instructam animadvertit. Erant in sinistro cornu legiones duae, traditae a Caesare initio dissensionis ex S. C., quarum una prima, altera tertia appellabatur. In eo loco ipse erat Pompeius. Mediam aciem Scipio cum legionibus Syriacis tenebat. Ciliciensis legio conjuncta cum cohortibus hispanis, quas transductas ab Afranio docuimus, in dextro cornu erant collocatae. Has firmissimas se habere Pompeius existimabat. Reliquas inter aciem mediam cornuaque interjecerat numeroque cohortes CX expleverat. Haec erant millia XLV; evocatorum circiter duo, quae ex beneficiariis superiorum exercitum ad eum convenerant; quae tota acie disperse- rat. Reliquas cohortes VII castris, propinquisque castellis praesidio disposuerat. Dextrum cornu ejus rivus quidam impeditis ripis muniebat. Quam ob causam cunctum equitatum, sagittarios, funditoresque omnes in sinistro cornu objecerat.

Disposición del Ejército de César.

Caesar, superius institutum servans, X legionem in dextro cornu, IX in sinistro collocaverat, tametsi erat Dyrrachinis proeliis vehementer attenuata; et huic sic adjunxit VIII, ut paene unam ex duabus

efficeret, atque alteram alteri praesidio esse jusserat. Cohortes in acie LXXX constitutas habebat, quae summa erat duorum et viginti millium. Cohortes II castris praesidio reliquerat. Sinistro cornu Antonium, dextro P. Sullam, media acie Cn. Domitium praeposuerat. Ipse contra Pompeium constitit. Simul his rebus animadversis, quas demonstravimus, timens ne a multitudine equitum dextrum cornu circumveniretur, celeriter ex tertia acie singulas cohortes detraxit, atque ex his quartam instituit, equitumque opposuit, et quid fieri vellet ostendi: monuitque ejus diei victoriam in earum cohortium virtute constare; simul tertiae aciei, totique exercitui imperavit, ne injussu suo concurreret: se, cum id fieri vellet, vexillo signum daturum.

Arenga de César.

Exercitum cum militari more ad pugnam cohortaretur, suaque in eum perpetui temporis officia praedicaret, in primis commemoravit, "testibus se militibus uti posse, quanto studio pacem petiisset; quae per Vatinius in colloquiis, quae per A. Clodium cum Scipione egisset; quibus modis ad Oricum cum Libone de mittendis legatis contendisset, neque se unquam abuti militum sanguine, neque rem publicam alterutro exercitu privare voluisse." Hac habita oratione, exposcentibus militibus, et studio pugnae ardentibus, tuba signum dedit.

Valor de Crástino.

Erat Crastinus evocatus in exercitu Caesaris, qui superiore anno apud eum primum pilum in legione X duxerat, vir singulari virtute. Hic, signo dato: "Sequimini me, inquit, manipulares mei qui fuistis; et vestro imperatori quam constituistis operam date. Unum hoc proelium superest, quo confecto, et ille suam dignitatem, et nos nostram libertatem recuperabimus." Simul respiciens Caesarem: "Faciam, inquit, hodie, imperator, ut aut vivo mihi, aut mortuo gratias agas." Haec cum dixisset, primus ex dextro cornu procurrit, atque eum milites electi circiter CXX voluntarii ejusdem centuriae sunt prosequuti.

Pasividad del ejército de Pompeyo.

Inter duas acies tantum erat relictum spatii, ut satis esset ad concursum utriusque exercitus. Sed Pompeius suis praedixerat, Caesaris impetum exciperent neve se loco moverent, aciemque ejus distrahi paterentur. Idque admonitu C. Triarii fecisse dicebatur, ut primus excursus visque militum infringeretur, aciesque distenderentur, atque suis ordinibus dispositi dispersos adorfrentur: levius quoque casura pila sperabat in loco retentis militibus, quam si ipsi immissis telis occurrissent: simul fore, ut, duplicatu cursu, Caesaris milites exanimarentur, et lassitudine conficerentur. Quod nobis quidem nulla ratione factum a Pompeio videtur: propterea quod est quaedam animi incitatio, atque alacritas naturaliter innata omnibus, quae studio pugnae incenditur. Hanc

non reprimere, sed augere imperatores debent. Neque frustra antiquitus institutum est, ut signa undique concinerent, clamoremque universi tollerent: quibus rebus, et hostes terreri, et suos incitari existimaverunt.

Principio de la batalla.

Sed nostri milites, dato signo, cum infestis pilis procurrissent, atque animadvertissent non concurrere a Pompeianis, usu periti, ac superioribus pugnis exercitati, sua sponte cursum represserunt, et ad medium fere spatium constiterunt, ne consumptis viribus appropinquarent; parvoque intermisso temporis spatio, ac rursus renovato cursu, pila miserunt, celeriterque, ut erat praeceptum a Caesare, gladios strinxerunt. Neque vero Pompeiani huic rei defuerunt. Nam et tela missa exceperunt, et impetum legionum tulerunt et ordines conservaverunt, pilisque missis, ad gladios redierunt. Eodem tempore equites a sinistro Pompeii cornu, ut erat imperatum, universi procurrerunt, omnisque multitudo sagittariorum se profudit, quorum impetum noster equitatus non tulit, sed paulum loco motus cessit: equitesque Pompeiani hoc acrius instare, et turmatim explicare aciemque nostram a latere aperto circumire coeperunt.

Derrota de los Pompeyanos.

Quod ubi Caesar animadvertit, IV aciei, quam instituerat VI cohortium numero, signum dedit. Illi celeriter procurrerunt, infestisque signis tanta vi in

Pompeii equites impetum fecerunt, ut eorum nemo consisteret, omnesque conversi non solum loco excederent, sed protinus incitati, fuga montes altissimos peterent. Quibus summotis, omnes sagittarii funditoresque destituti inermes, sine praesidio, interfecti sunt. Eodem impetu cohortes sinistrum cornu, pugnantis etiam tum, ac resistentibus in acie Pompeianis, circumierunt, eosque a tergo sunt adorti. Eodem tempore tertiam aciem Caesar, quae quiescens fuerat et se ad id tempus loco tenuerat, procurrere iussit. Ita, cum recentes atque integri defessis successissent, alii autem a tergo adorirentur, sustinere Pompeiani non potuerunt, atque universi terga verterunt.

Razón de la derrota.—Huída de Pompeyo.

Neque vero Caesarem fefellit, quin ab iis cohortibus, quae contra equitatum in IV acie collocatae essent, initium victoriae oriretur, ut ipse in cohortandis militibus pronuntiaverat. Ab his enim primum equitatus est pulsus, ab iisdem factae caedes sagittariorum atque funditorum, ab iisdem acies Pompeiana a sinistra parte erat circumvecta, atque initium fugae factum. Sed Pompeius, ut equitatum suum pulsum vidit, atque eam partem, cui maxime confidebat, perterritam animadvertit, aliis diffisus, acie excessit, protinusque se in castra equo contulit; et iis centurionibus, quos in statione ad praetoriam portam posuerat, clare ut milites exaudirent: "Tuae mine, inquit, castra, et defendite diligenter, si quid

durius acciderit. Ego reliquas portas circumeo, et castrorum praesidia confirmo." Haec cum dixisset, se in praetorium contulit, summae rei diffidens et tamen eventum exspectans.

Persecución de César.

Caesar, Pompeianis ex fuga intra vallum compulsis, nullum spatium perterritis dari oportere aestimans, milites cohortatus est, ut beneficio fortunae uterentur, castraque oppugnarent: qui, etsi magno aestu fatigati (nam ad meridiem res erat perducta), tamen ad omnem laborem animo parati, imperio paruerunt. Castra a cohortibus, quae ibi praesidio erant relictæ, industrie defendebantur; multo etiam acrius a Thracibus, barbarisque auxiliis. Nam qui acie refugerant milites, et animo perterriti, et lassitudine confecti, missis plerique armis signisque militaribus, magis de reliqua fuga, quam de castrorum defensione cogitabant. Neque vero diutius qui in vallo constiterant multitudinem telorum sustinere potuerunt; sed confecti vulneribus, locum reliquerunt, protinusque omnes, ducibus usi centurionibus, tribunisque militum, in altissimos montes, qui ad castra pertinebant, confugerunt.

Molicie de los Pompeyanos.—Fuga de Pompeyo.

In castris Pompeii videre licuit triclinia strata, magnum argenti pondus expositum, recentibus cespitibus tabernacula constrata L. etiam Lentuli, et nonnullorum tabernacula protecta hedera, multaque

praeterea, quae nimiam luxuriam et victoriae fiduciam designarent; ut facile existimari posset nihil eos de eventu ejus diei timuisse, qui non necessarias conquirerent voluptates. At hi miserrimo ac patientissimo exercitui Caesaris luxuriam objiciebant, cui semper omnia ad necessarium usum defuissent. Pompeius, jam cum intra vallum nostri versarentur, equum nactus, detractis insignibus imperatoriis, decumana porta se ex castris ejecit, protinusque equo citato Larissam contendit. Neque ibi constitit; sed eadem celeritate paucos suos ex fuga nactus, nocturno itinere non intermisso, comitatu equitum XXX ad mare pervenit, navemque frumentariam conscendit, saepe, ut dicebatur, querens, "tantum se opinionem fefellisse, ut a quo genere hominum victoriam sperasset, ab eo, initio fugae facto, paene proditus videretur".

César persigue a los Pompeyanos.

Caesar, castris potitus, a militibus contendit, ne in praeda occupati, reliqui negotii gerendi facultatem dimitterent. Qua re impetrata, montem opere circumvenire instituit. Pompeiani, quod is mons erat sine aqua, diffisi ei loco, relicto monte, universi simul Larissam versus se recipere coeperunt. Qua re animadversa, Caesar copias suas divisit, partemque legionum in castris Pompeii remanere jussit, partem in sua castra remisit: IV secum legiones duxit, commodioreque itinere Pompeianis occurrere coepit: et progressus millia passum VI, aciem instruxit.

Qua re animadversa, Pompeiani in quodam monte constiterunt. Hunc montem flumen sublebat.

Clemencia de César.

Caesar, milites cohortatus, etsi totius diei continenti labore erant confecti, noxque jam suberat, tamen munitione flumen a monte seclusit, ne noctu Pompeiani aquari possent. Quo jam perfecto opere, illi de deditioe, missis legatis, agere coeperunt. Pauci ordinis senatorii, qui se cum iis conjunxerant, nocte fuga salutem petierunt. Caesar prima luce omnes eos, qui in monte consederant, ex superioribus locis in planitiem descendere, atque arma projicere jussit; quod ubi sine recusatione fecerunt, passisque palmis, projecti ad terram, flentes, ab eo petierunt salutem, consolatus, consurgere jussit, et pauca apud eos de lenitate sua loquutus, quo minore essent timore, omnes conservavit, militibusque suis commendavit, ne qui eorum violarentur, neu quid sui desiderarent.

NEPOTE

LIBER DE EXCELLENTIBUS DUCIBUS
EXTERARUM GENTIUM.

MILCIADES.

*Origen de Milciades. Marcha al Quersoneso.
Intimación de Lemnos.*

Miltiades, Cimonijs filius, Atheniensis, cum et antiquitate generis et gloria majorum et sua modes-

tia unus omnium maxime floreret, eaque esset aetate, ut non jam solum de eo bene sperare, sed etiam confidere cives possent sui, talem eum futurum, qualem cognitum judicarunt, accidit ut Athenienses Chersonesum colonos vellent mittere. Cujus generis cum magnus numerus esset et multi ejus demigrationis peterent societatem, ex iis delecti Delphos deliberatum missi sunt [qui consulerent Apollinem], quo potissimum duce uterentur. Namque tum Thraeces eas regiones tenebant, cum quibus armis erat dimicandum. [His] consulentibus nominatim Pythia praecepit, ut Miltiadem imperatorem sibi sumerent: id si fecissent, incepta prospera futura. Hoc oraculi responso Miltiades cum delecta manu classe Chersonesum profectus, cum accessisset Lemnum et incolas ejus insulae sub potestatem redigere vellet Atheniensium, idque ut Lemnii sua sponte facerent postulasset, illi irridentes responderunt tum id se facturos, cum ille domo navibus profectus vento aquilone venisset Lemnum. Hic enim ventus ab septentrionibus oriens adversum tenet Athenis proficiscentibus. Miltiades morandi tempus non habens, cursum direxit quo tendebat, pervenitque Chersonesum.

Ocupación del Quersoneso. Conquista de Lemnos.

Ibi brevi tempore barbarorum copiis disjectis, tota regione, quam petierat, potitus, loca castellis idonea communiit: multitudinem, quam secum duxerat, in agris collocavit crebrisque excursionibus locupleta-

vit. Neque minus in ea re prudentia quam felicitate adjutus est. Nam cum virtute militum devicisset hostium exercitus, summa aequitate res constituit atque ipse ibidem manere decrevit. Erat enim inter eos dignitate regia, quamquam carebat nomine, neque id magis imperio quam justitia consecutus. Neque eo setius Atheniensibus, a quibus erat profectus, officia praestabat. Quibus rebus fiebat ut non minus eorum voluntate perpetuum imperium obtineret, qui miserant, quam illorum, cum quibus erat profectus. Chersoneso tali modo constituta, Lemnum revertitur, et ex pacto postulat ut sibi urbem tradant: (illi enim dixerant, cum vento borea domo profectus eo pervenisset, sese dedituros) se enim domum Chersonesi habere. Cares, qui tum Lemnum incolebant, etsi praeter opinionem res ceciderat, tamen non dicto, sed secunda fortuna adversariorum capti, resistere ausi non sunt atque ex insula demigrarunt. Pari felicitate ceteras insulas, quae Cyclades nominantur, sub Atheniensium redegit potestatem.

Guerras m3dicas. Puente del Istro.

Eisdem temporibus Persarum rex Darius ex Asia in Europam exercitu trajecto Scythis bellum inferre decrevit. Pontem fecit in Histro flumine, qua copias traduceret. Ejus pontis, dum ipse abesset, custodes reliquit principes, quos secum ex Jonia et Aeolide duxerat, quibus singularum urbium perpetua dederat imperia. Sic enim facillime putavit se Graeca

lingua loquentes, qui Asiam incoherent, sub sua retenturum potestate, si amicis suis oppida tuenda tradidisset, quibus se oppresso nulla spes salutis relinqueretur. In hoc fuit tum numero Miltiades [cui illa custodia crederetur]. Hic, cum crebri afferrent nuntii male rem gerere Darium premique a Scythis, hortatus est pontis custodes, ne a fortuna datam occasionem liberandae Graeciae dimitterent. Nam si cum iis copiis, quas secum transportarat, interisset Darius, non solum Europam fore tutam, sed etiam eos, qui Asiam incoherent Graeci genere, liberos a Persarum futuros dominatione et periculo: id facile effici posse: ponte enim rescisso regem vel hostium ferro vel inopia paucis diebus interiturum. Ad hoc consilium cum plerique accederent, Hestiaeus Milesius, ne res conficeretur, obstitit, dicens non idem ipsis, qui summas imperii tenerent, expedire et multitudini, quod Darii regno ipsorum niteretur dominatio: quo extincto ipsos potestate expulsos civibus suis poenas duros: itaque adeo se abhorrere a ceterorum consilio, ut nihil putet ipsis utilius quam confirmari regnum Persarum. Hujus cum sententiam plurimi essent secuti, Miltiades non dubitans tam multis consciis ad regis aures consilia sua perventura, Chersonesum reliquit ac rursus Athenas demigravit. Cujus ratio etsi non valuit, tamen magno opere est laudanda, cum amicior omnium libertatem quam suae fuerit dominationi.

Invasión de Grecia.

Darius autem, cum ex Europa in Asiam rediisset, hortantibus amicis, ut Graeciam redigeret in suam potestatem, clasem quingentarum navium comparavit eique Datim praefecit et Artaphernem: iisque ducenta peditum, decem equitum milia dedit, causam interserens se hostem esse Atheniensibus, quod eorum auxilio Jones Sardis expugnassent suaque praesidia interfecissent. Illi praefecti regii classe ad Euboeam appulsa celeriter Eretriam ceperunt omnesque ejus gentis cives abreptos in Asiam ad regem miserunt. Inde ad Atticam accesserunt ac suas copias in campum Marathona deduxerunt. Is abest ab oppido circiter milia passuum decem. Hoc tumultu Athenienses tam propinquo tamque magno permoti auxilium nusquam nisi a Lacedaemoniis petiverunt, Phidippumque cursorem ejus generis, qui hemerodromoe vocantur, Lacedaemonem miserunt, ut nuntiaret quam celerrimo opus esse auxilio. Domi autem creant decem praetores, qui exercitui praessent, in eis Miltiadem. Inter quos magna fuit contentio, utrum moenibus se defenderent an obviam irent hostibus acieque decernerent. Unus Miltiades maxime nitebatur, ut primo quoque tempore castra fierent: id si factum esset, et civibus animum accessurum, cum viderent de eorum virtute non desperari, et hostes eadem re fore tardiores, si animadvertent auderi adversus se tam exiguis copiis dimicari.

Batalla de Maratón.

Hoc in tempore nulla civitas Atheniensibus auxilio fuit praeter Plataeenses. Ea mille missit militum. Itaque horum adventu decem milia armatorum completa sunt, quae manus mirabili flagrabat pugnandi cupiditate. Quo factum est ut plus quam collegae Miltiades valeret. Ejus ergo auctoritate impulsus Athenienses copias ex urbe eduxerunt locoque idoneo castra fecerunt. Dein postero die sub montis radicibus acie regione instructa non apertissima (namque arbores multis locis erant raras) proelium commiserunt hoc consilio, ut et montium altitudine tegerentur et arborum tractu equitatus hostium impediretur [ne multitudine clauderentur]. Datis etsi non aequum locum videbat suis, tamen fretus numero copiarum suorum configere cupiebat, eoque magis, quod, priusquam Lacedaemonii subsidio venirent, dimicare utile arbitrabatur. Itaque in aciem peditum centum, equitum decem milia produxit proeliumque commisit. In quo tanto plus virtute valuerunt Athenienses, ut decemplicem numerum hostium profligarint, adeoque eos perterruerunt, ut Persae non castra, sed naves petierint. Qua pugna nihil adhuc existit nobilius: nulla enim umquam tam exigua manus tantas opes prostravit.

Recompensa de Milciades.

Cujus victoriae non alienum videtur quale praemium Miltiadi sit tributum docere, quo facilius intel-

legi possit eandem omnium civitatum esse naturam. Ut enim populi Romani honores quondam fuerunt rari et tenues ob eamque causam gloriosi, nunc autem effusi atque obsoleti, sic olim apud Athenienses fuisse reperimus. Namque huic Miltiadi, qui Athenas totamque Graeciam liberarat, talis honos tributus est, in porticu, quae Poecile vocatur, cum pugna depingeretur Marathonia, ut in decem praetorum numero prima ejus imago poneretur, isque hortaretur milites proeliumque committeret. Idem ille populus, posteaquam majus imperium est nactus et largitione magistratum corruptus est, trecentas statuas Demetrio Phalereo decrevit.

Sitio de Paros.

Post hoc proelium classem septuaginta navium Athenienses eidem Miltiadi dederunt, ut insulas, quae barbaros adjuverant, bello persequeretur. Quo in imperio plerasque ad officium redire coegit, nonnullas vi expugnavit. Ex his Parum insulam opibus elatam cum oratione reconciliare non posset, copias e navibus eduxit, urbem operibus clausit omnique com-
meatu privavit; dein, vineis ac testudinibus constitutis, propius muros accessit. Cum jam in eo esset, ut oppido potiretur, procul in continenti lucus, qui ex insula conspiciebatur, nescio quo casu nocturno tempore incensus est. Cujus flamma ut ab oppidanis et oppugnatoribus est visa, utrisque venit in opinionem signum a classiariis regiis datum. Quo factum est ut et Parii a deditioe deterrerentur et

Miltiades, timens ne classis regia adventaret, incensis operibus, quae statuerat, cum totidem navibus atque erat profectus Athenas magna cum offensione civium suorum rediret.

Condenación de Milciades.

Accusatus ergo est proditionis, quod, cum Parum expugnare posset, a rege corruptus infectis rebus discessisset. Eo tempore aeger erat vulneribus, quae in oppugnando oppido acceperat. Itaque cum ipse pro se dicere non posset, verba fecit frater ejus Stesagoras. Causa cognita, capitis absolutus, pecunia multatus est, eaque lis quinquaginta talentis aestimata est, quantus in classem sumptus factus erat. Hanc pecuniam, quod solvere in praesentia non poterat, in vincla publica coniectus est ibique diem obiit supremum.

Hic etsi crimine Pario est accusatus, tamen alia causa fuit damnationis. Namque Athenienses propter Pisistrati tyrannidem, quae paucis annis ante fuerat, nimiam civium suorum potentiam extimescebant. Miltiades, multum in imperiis magistratibusque versatus, non videbatur posse esse privatus, praesertim cum consuetudine ad imperii cupiditatem trahi videretur. Nam in Chersoneso omnes illos quos habitarat annos perpetuam obtinuerat dominationem tyrannusque fuerat appellatus, sed justus. Non erat enim vi consecutus, sed suorum voluntate, eamque potestatem bonitate retinebat. Omnes autem et dicuntur et habentur tyranni, qui potestate sunt perpetua in ea ci-

vitae, quae libertate usa est. Sed in Miltiade erat cum summa humanitas tum mira communitas, ut nemo tam humilis esset, cui non ad eum aditus pateret; magna auctoritas apud omnes civitates, nobile nomen, laus rei militaris maxima. Haec populus respiciens maluit illum innoxium plecti quam se diutius esse in timore.

AMÍLCAR.

Su origen. Sus primeros hechos.

Hamilcar, Hannibalis filius, cognomine Barca, Kartaginiensis, primo Poenico bello, sed temporibus extremis, admodum adulescentulus in Sicilia praeesse coepit exercitui. Cum ante ejus adventum et mari et terra male res gererentur Kartaginiensium, ipse ubi affuit, numquam hosti cessit neque locum nocendi dedit, saepe e contrario occasione data lacessivit semperque superior discessit. Quo facto, cum paene omnia in Sicilia Poeni amisissent, ille Erycem sic defendit, ut bellum eo loco gestum non videretur. Interim Karthaginienses classe apud insulas Aegates a C. Lutatio, consule Romanorum, superati, statuerunt belli facere finem eamque rem arbitrio permisserunt Hamilcaris.

Revueltas de Cartago. Es nombrado Amílcar general.

At ille ut Karthaginem venit, multo aliter ac sperarat rem publicam se habentem cognovit. Namque diu-

turnitati externi mali tantum exarsit intestinum bellum, ut numquam in pari periculo fuerit Karthago, nisi cum deleta est. Primo mercennarii milites, quibus adversus Romanos usi erant, desciverunt, quorum numerus erat viginti milium. Ii totam abalienarunt Africam, ipsam Karthaginem oppugnarunt. Quibus malis adeo sunt Poeni perterriti, ut etiam auxilia ab Romanis petierint; eaque impetrarunt. Sed extremo, cum prope jam ad desperationem pervenissent, Hamilcarem imperatorem fecerunt. Is non solum hostes a muris Karthaginis removit, cum amplius centum milia facta essent armatorum, sed etiam eo compulit, ut locorum angustiis clausi plures fame quam ferro interirent. Omnia oppida abalienata, in eis Uticam atque Hipponem, valentissima totius Africae, restituit patriae. Neque eo fuit contentus, sed etiam fines imperii propagavit, tota Africa tantum otium reddidit, ut nullum in ea bellum videretur multis annis fuisse.

13.

Cayo Salustio Crispo.—Nació en la ciudad sabina de Amiterno el año 86 a. de J. C. Fué tribuno de la plebe y después legado en Siria. Excluído del Senado por el censor Apio Claudio con pretexto de su vida inmoral, fué reintegrado por César, y nombrado sucesivamente cuestor y gobernador de Africa, cargo del que se aprovechó para reunir una

gran fortuna, que le permitió adquirir una magnífica posesión de César en Tíboli y los famosos jardines Salustianos del Monte Pincio de Roma. No obstante este cúmulo de riquezas, abusivamente adquiridas, Salustio se consideraba un fracasado, creyendo que en su vida política no había alcanzado los merecidos puestos, y este dejo de descontento y amargo pesimismo es el que preside en sus escritos. Es probable que, aparte de su crimen de concusión, no fuese tan relajada su vida como sus enemigos la pintan; pero en todo caso es fuerte el contraste entre su conducta y el sentido moral de sus escritos. Más que en una ficción de austeridad debe, sin embargo, pensarse en la indulgencia con que debía juzgar su enriquecimiento, caso tan frecuente en la administración provincial de su época.

Se ha señalado como característica de las obras de Salustio su imparcialidad, y el profundo sentido moralista y dramático que imprime a la historia. En ambas cualidades ha sido comparado con Tucídides, a quien evidentemente tomó por maestro. De su imparcialidad hay que advertir, no obstante, que no siempre es el desinteresado criterio científico, como ocurre en el maestro griego, el que le hace censurar descarnadamente los dos partidos, el de los nobles y el suyo, el del pueblo, que él había defendido a lado de César, sino una cierta malevolencia crítica, como de despecho o mal humor, que le inspiraba sus sombrías pinturas de casi todos los personajes. Tampoco es comparable a Tucídides en la

profundidad crítica y filosófica, pues le aventaja con mucho el historiador griego en la sagacidad con que razona los acontecimientos y en la amplitud de sus principios filosóficos.

Es innegable que en ambas cualidades, en la ecuanimidad y en el propósito de hacer la historia razonada, pretende Salustio seguir a su modelo, y que logra frecuentemente exponer con felices razonamientos las causas de cada suceso; pero es evidente que el rasgo más acusado de Salustio es la singular viveza dramática con que sabe describir los hechos, y el arte con que acierta a presentar con pocos trazos los retratos de los personajes.

A pesar de la brevedad de su obra, ha sido admirada por el encanto de su estilo, breve y sencillo, pero de una fuerza plástica, de una dignidad y de una armonía, que no halla quien le aventaje entre los historiadores.

La primera obra de Salustio fué la *Conjuración de Catilina*. En esta obrita hace una magistral pintura de las costumbres de Roma, haciendo un vivo y conmovedor relato de la fracasada empresa. Se le ha achacado justamente el silencio en que envuelve la actuación de su enemigo Cicerón.

Unos tres años más tarde, hacia el año 40, escribió el *Bellum Iugurthinum*. Es en él admirable la caracterización del pueblo nómada y la descripción de la corrompida administración provincial, el relato dramático de la guerra y las disquisiciones y digresiones con que adorna su exposición.

La obra por la que la antigüedad especialmente le admiraba, sus *Historias*, no nos es conocida mas que por fragmentos y por los discursos de Lépido, Filipo, Cota y Macer, y por las cartas de Pompeyo desde España al Senado y la de Mitrídates al rey Arsaces.

SALUSTIO

BELLUM CATALINAE.

Retrato de Catilina.

L. Catilina, nobili genere natus, fuit magna vi et animi et corporis, sed ingenio malo pravoque. Huic ab adulescentia bella intestina, caedes, rapinae, discordia civilis grata fuere, ibique iuventutem suam exercuit. Corpus patiens inediae, algoris, vigiliae supra quam cuiquam credibile est. Animus audax, subdolos, varius, cuius rei lubet simulator ac dissimulator, alieni adpetens, sui profusus, ardens in cupiditatibus; satis eloquentiae, sapientiae parum. Vastus animus inmoderata, incredibilia, nimis alta semper cupiebat. Hunc post dominationem L. Sullae lubido maxuma invaserat rei publicae capiundae, neque id quibus modis adsequeretur, dum sibi regnum pararet, quicquam pensi habebat. Agitabatur magis magisque in dies animus ferox inopia rei familiaris et conscientia scelerum, quae utraque eis artibus auxerat, quas supra memoravi. Incitabant praeterea con-

rupti civitatis mores, quos pessuma ac divorsa inter se mala, luxuria atque avaritia, vexabant.

Corrupción de sus amigos. Proyecto de conjuración.

Sed iuventutem multis modis mala facinora edocebat. Ex illis testis signatoresque falsos commodare; fidem fortunas pericula vilia habere; post ubi eorum famam atque pudorem adriverat, maiora alia imperabat. Si causa peccandi in praesens minus subpetebat, nihilo minus insontis sicuti sontis circumvenire, iugulare: scilicet, ne per otium torpescerent manus aut animus, gratuito potius malus atque crudelis erat. Eis amicis sociisque confisus Catilina, simul quod aes alienum per omnis terras ingens erat, et quod plerique Sullani milites, largius suo usi, rapinarum et victoriae veteris memores civile bellum exoptabant, obprimundae rei publicae consilium cepit. In Italia nullus exercitus, Cn. Pompeius in extremis terris bellum gerebat; ipsi consulatum petenti magna spes, senatus nihil sane intentus: tutae tranquillaeque res omnes, sed ea prorsus opportuna Catilinae.

Reunión de los conspiradores.

Igitur circiter kalendas Iunias, L. Caesare et C. Figulo consulibus, primo singulos appellare, hortari alios, alios temptare; opes suas, inparatam rem publicam, magna praemia coniurationis docere. Ubi satis explorata sunt quae voluit, in unum omnis con-

vocat, quibus maxuma necessitudo et plurimum audacie inerat. Eo convenere senatorii ordinis P. Lentulus Sura, P. Autronius, L. Cassius Longinus, C. Cethegus, P. et Ser. Sullae Ser. filii, L. Vargunteius, Q. Annius, M. Porcius Laeca, L. Bestia, Q. Curius; praeterea ex equestri ordine M. Fulvius Nobilior, L. Statilius, P. Gabinius Capito, C. Cornelius; ad hoc multi ex coloniis et municipiis domi nobiles. Erant praeterea conplures paulo occultius consili huiusce participes nobiles, quos magis dominationis spes hortabatur quam inopia aut alia necessitudo. Ceterum iuventus pleraque sed maxume nobilium Catilinae inceptis favebat: quibus in otio vel magnifice vel molliter vivere copia erat, incerta pro certis, bellum quam pacem malebant. Fuere item ea tempestate qui crederent M. Licinium Crassum non ignarum eius consili fuisse: quia Cn. Pompeius, invisus ipsi, magnum exercitum ductabat, cuiusvis opes voluisse contra illius potentiam crescere, simul confisum, si coniuratio valuisset, facile apud illos principem se fore.

Tentativa para asesinar a los cónsules.

L. Tullo et M. Lepido consulibus, P. Autronius et P. Sulla, designati consules, legibus ambitus interrogati, poenas dederant. Post paulo Catilina pecuniarum repetundarum reus prohibitus erat consulatum petere, quod intra legitimos dies profiteri nequivit. Erat eodem tempore Cn. Piso, adulescens nobilis, summae audaciae, egens, factiosus, quem ad perturbandam rem publicam inopia atque mali mo-

res stimulabant. Cum hoc Catilina et Autronius circiter nonas Decembris, consilio communicato, parabant in Capitolio kalendis Ianuariis L. Cottam et L. Torquatum consules interficere, ipsi, fascibus correptis, Pisonem cum exercitu ad optinendas duas Hispanias mittere. Ea re cognita rursus in nonas Februarias consilium caedis transtulerant. Iam tum non consulibus modo, sed plerisque senatoribus perniciem machinabantur. Quod ni Catilina maturasset pro curia signum sociis dare, eo die post conditam urbem Romam pessimum facinus patratum foret.

Terror de Roma.

Quibus rebus permota civitas atque inmutata urbis facies erat. Ex summa laetitia atque lascivia, quae diuturna quies pepererat, repente omnis tristitia invasit: festinare, trepidare, neque loco neque homini cuiquam satis credere, neque bellum gerere, neque pacem habere, suo quisque metu pericula metiri. Ad hoc mulieres, quibus rei publicae magnitudine belli timor insolitus incesserat, adflictare sese, manus supplices ad caelum tendere, miserari parvos liberos, rogare omnia, omnia pavere, superbia atque deliciis omissis sibi patriaeque diffidere.

Catilinaria de Cicerón. Tumulto en el Senado.

At Catilinae crudelis animus eadem illa movebat, tametsi praesidia parabantur, et ipse lege Plautia interrogatus erat ab L. Paulo. Postremo dissimulandi

causa aut sui expurgandi, sicut iurgio laccessitus foret, in senatum venit. Tum M. Tullius consul, sive praesentiam eius timens sive ira conmotus, orationem habuit luculentam atque utilem rei publicae, quam postea scriptam edidit. Sed ubi ille adsedit, Catilina, ut erat paratus ad dissimulanda omnia, demisso voltu, voce supplici, postulare a patribus coepit, ne quid de se temere crederent: ea familia ortum, ita se ab adulescentia vitam instituisse, ut omnia bona in spe haberet. Ne existumarent sibi, patricio homini, cuius ipsius atque maiorum plurima beneficia in plebem Romanam essent, perdita re publica opus esse, cum eam servaret M. Tullius, inquilinus civis urbis Romae. Ad hoc male dicta alia cum adderet, obstrepere omnes, hostem atque parricidam vocare. Tum ille furibundus: "Quoniam quidem circumventus, inquit, ab inimicis praeceps agor, incendium meum ruina restinguam."

Marcha de Catilina al campamento de Manlio.

Deinde se ex curia domum proripuit. Ibi multa ipse secum volvens, quod neque insidiae consuli procedebant, et ab incendio intellegebat urbem vigiliis munitam, optimum factu credens exercitum augere, ac, prius quam legiones scriberentur, multa antecapere, quae bello usui forent, nocte intempesta cum paucis in Manliana castra profectus est. Sed Cethego atque Lentulo ceterisque, quorum cognoverat promptam audaciam, mandat, quibus rebus possent, opes

factionis confirment, insidias consuli maturent, caedem, incendia aliaque belli facinora parent: sese prope diem cum magno exercitu ad urbem accesurum.

Batalla de Pistoia.

Sed ubi, omnibus rebus exploratis, Petreius tuba signum dar, cohortis paulatim incedere iubet, idem facit hostium exercitus. Postquam eo ventum est, unde ferentariis proelium committi posset, maximo clamore cum infestis signis concurrunt; pila omitunt, gladiis res geritur. Veterani, pristinae virtutis memores, cominus acriter instare; illi haud timidi resistunt: maxuma vi certatur. Interea Catilina cum expeditis in prima acie vorsari, laborantibus succurrere, integros pro sauciis arcessere, omnia providere, multum ipse pugnare, saepe hostem ferire: strenui militis et boni imperatoris officia simul exequebatur. Petreius ubi videt Catilinam, contra ac ratus erat, magna vi contendere, cohortem praetoriam in medios hostis inducit, eosque perturbatos, atque alios alibi resistentis, interficit. Deinde utrimque ex lateribus ceteros aggreditur. Manlius et Faesulanus in primis pugnantes cadunt. Catilina postquam fusas copias seque cum paucis relictum videt, memor generis atque pristinae suae dignitatis in confertissimos hostis incurrit, ibique pugnans confoditur.

Mortandad de ambos ejércitos.

Sed confecto proelio, tum vero cerneret quanta audacia quantaque animis vis fuisset in exercitu Ca-

tilinae. Nam fere quem quisque vivos pugnando locum ceperat, eum, amissa anima, corpore tegebat. Pauci autem, quos medios cohors praetoria disicerat, paulo divorsius, sed omnes tamen advorsis vulneribus conciderant. Catilina vero longe a suis inter hostium cadavera repertus est, paululum etiam spirans, ferociamque animi, quam habuerat vivos, in voltu retinens. Postremo ex omni copia neque in proelio neque in fuga quisquam civis ingenuus captus est: ita cuncti suae hostiumque vitae iuxta pepercerant. Neque tamen exercitus populi Romani laetam aut incruentam victoriam adeptus erat. Nam strenuissimus quisque, aut occiderat in proelio, aut graviter vulneratus disceserat. Multi autem, qui e castris visundi aut spoliandi gratia processerant, volventes hostilia cadavera amicum alii, pars hospitem aut cognatum reperiebant; fuere item qui inimicos suos cognoscerent. Ita varie per omnem exercitum laetitia, maeror, luctus atque gaudia agitabantur.

14.

Oratoria.—Como la oratoria romana no evolucionaba sólo por impulso propio, sino influida por la imitación de las escuelas clásicas y por las posteriores tendencias del helenismo, comenzaron pronto a dibujarse distintas tendencias, en las que las preferencias por cada grupo se manifestaban con verdadera pasión.

Tendencia asiática.—Caracteriza a la escuela asiática de la oratoria latina en tiempo de Cicerón la brillantez de la imaginación y la exuberancia verbal. Esta extremada suntuosidad externa atendía menos a la solidez del raciocinio que a la ornamentación, llegando a ser una ampulosa y empalagosa declamación.

Fué el cónsul Quinto Hortensio (111-50), famoso orador del partido aristócrata, el más ilustre representante de la escuela asiática. De él se conocen, ya por fragmentos, ya por las citas de otros, hasta 28 discursos, siendo el más famoso su defensa de Verres. Su rival Cicerón reconoce sus grandes méritos.

Superficial como todos los de su escuela, fué Hortensio el orador copioso y brillante, de ademanes elegantes y de voz bellísima, que exornaba sus discursos con floridas amplificaciones.

Tendencia aticista.—Frente a las exageraciones orientales de la escuela de Hortensio, tan poco ajustadas al carácter severo y práctico de la tradición romana, un grupo de oradores mantenía en nombre del neoaticismo los principios de una oratoria sobria y eficaz, de más solidez en el contenido y de más ligera elegancia que la de los asiáticos.

Sobre los modelos griegos de Licias y Tucídides defendían éstos el arte seco, no sólo contra el arte recargado de los asiáticos, sino contra la oratoria vehemente y adornada de Cicerón, constituyendo una tendencia arcaizante en la oratoria romana. Los

principales defensores fueron Calvo y Bruto. Cayo Licinio Calvo fué el jefe de esta escuela, de cuyos discursos no se han conservado más que algunos fragmentos.

M. Junio Bruto, pariente de César, a quien luego asesinó, fué uno de los ilustres representantes de esta tendencia. Aparte de trabajos filosóficos, *De finibus*, *Paradoxa* y *De natura deorum*, escribió un libro retórico titulado *Orator*.

Uno de los representantes ilustres de esta tendencia aticista fué César. Nada queda de sus discursos, sino el título de alguno de ellos. Por lo que puede apreciarse en sus arengas, intercaladas en sus obras, era su oratoria, lo mismo que su estilo histórico, prototipo de limpidez y de realismo. Con pocos artificios retóricos y sin invocaciones sentimentales, sus discursos van derechos al fin, buscando los argumentos, más que en la lógica, en la realidad inmediata, en el peligro de la huída o en el aliciente del botín. Y no obstante esta despreocupación estética, sus discursos son hermosos por su corrección y su impecable nitidez.

Tendencia rodiense.—La escuela de Rodas, fundada por Esquines, tenía como defensor, cuando Cicerón fué a esta isla, al retórico Molón. Cicerón, que en sus anteriores discursos se había mostrado partidario de la escuela asiática, o al menos inclinado al adorno excesivo, adoptó el justo medio de esta tendencia, que se alejaba tanto de la sequedad o sen-

cillez de la escuela ática, de Tucídides y Lisias, como de la afectación de los orientales.

Los neoáticos romanos, émulos de Cicerón, pretendían presentarle como un ampuloso declamador asiático, ponderando su énfasis y sus adornos frente a la naturalidad y sencillez de la escuela ateniense. Este juicio, sin embargo, no tenía valor absoluto, porque el empaque oratorio de Cicerón, indudable en comparación con la escuela de Atenas, no pasaba en general del justo medio, ni la oratoria fría de Lisias hubiera sido en el ambiente romano sino una disertación académica incomprensible.

15.

Marco Tulio Cicerón.—Nació el 106 a. de J. C., en Arpino, de una familia equestre y estudió en Roma, principalmente disciplinas de Derecho y Filosofía.

Para perfeccionar su educación estuvo dos años en Grecia, donde recibió las lecciones del retórico Molón de Rodas y del filósofo Antioco de Ascalón. Vuelto a Roma, fué cuestor, pretor y cónsul, y en este cargo tuvo que deshacer la conspiración de Catilina. Por la oposición de los demagogos, sobre todo del tribuno Clodio, tuvo que expatriarse por espacio de año y medio, volviendo al fin a Roma entre grandes aclamaciones. En estos seis años de permanencia, hasta su proconsulado de Cilicia, desplegó

una enorme actividad literaria. En la lucha civil entre César y Pompeyo se inclinó a favor de éste, decayendo su influencia política tras la ruina de su partido en la batalla de Farsalia, aunque sin sufrir persecución alguna de César, y aprovechando esta obligada pasividad para sus estudios retóricos y filosóficos. Muerto el dictador, Cicerón luchó contra Antonio, siendo decapitado de orden de Octavio el año 43.

No sólo como escritor, sino como patriota, Cicerón es una de las figuras ejemplares de la humanidad, que en devoción a sus ideales humanos y a su desinteresado amor a la patria afrontó el rencor y la persecución de sus enemigos, cegados por ambiciones personales.

Es cierto que no tuvo el sentido práctico de la vida, en que sus enemigos fueron tan hábiles, y que sus cambios de partido le han hecho aparecer como un hombre inconstante. Pero lo cierto es que, sin poder negarse la evolución del espíritu de Cicerón, hay que atenuar la censura de sus veleidades en la vida pública. La inadaptación a la realidad, tan perniciosa para él, más merece admiración que censura, como que era un exceso de idealidad en un ambiente de ambiciones personales y una fiel devoción a los principios de libertad, de moderación y de pureza política en una lucha de partidos sin elevación y sin escrúpulos.

Siendo joven compuso el poema *Pontios Glaucos*,

que no ha llegado hasta nosotros, y tradujo el poema astronómico de Arato.

Oraciones.—Tenía veinticinco años cuando pronunció su primer discurso forense *Pro Quinctio* y veintiséis cuando hizo la defensa *Pro Roscio*. Como el verdadero asesino no era éste, sino un favorito de Sila, temió que el éxito resonante de su discurso le comprometiese, y se fué prudentemente a Grecia a conocer directamente su cultura. Vuelto a Roma, su actividad oratoria siguió en aumento.

Cicerón en su género, como Demóstenes en su sistema oratorio, constituyen el ideal del orador perfecto. Dotado de una majestuosa presencia, de una voz grata y expresiva, de una acción variada, sobria o arrebatadora, de una cultura dilatada, de una memoria felicísima, de una rapidez de reacciones admirable, de una espiritualidad compleja, matizada desde la pasión vehemente hasta la más fina ironía, parecía nacido para la oratoria. A sus condiciones geniales se unía una preparación artística impecable y un cuidado admirable de perfección, en el que, sin caer en las rudas vehemencias de la oratoria romana, o en la sequedad de los aticistas, ni en la florida afeminación de los orientales, sabía dar a sus impresionantes discursos, dentro del tipo de adornada gravedad, el justo tono del momento. La ciencia moderna halla en los discursos de Cicerón frecuentes argumentos que, lógica y jurídicamente estudiados, no resisten un severo análisis. Y la crítica literaria encuentra en varias de estas oraciones, co-

mo encontraban sus émulos los aticistas, un rebuscado esmero y una exagerada abundancia de recursos retóricos. Ambos reproches, perfectamente ciertos, no demuestran, sin embargo, mas que una verdad demasiado obvia, y es que este género resulta anticuado para nuestros gustos. Para quien inteligentemente sepa reconstituír el ambiente romano y admita que la primera condición de un discurso es la eficacia, que se lograba ante las multitudes con la dicción enardecedora, con los estímulos de la pasión política, y en los discursos forenses con la envoltura de la verdad y hasta con el deliberado sofisma, comprenderá que las cualidades de los discursos de Cicerón eran las debidas.

La acumulación de exclamaciones y de apóstrofes, que ahora parece exagerada, como toda profusión patética, era en el medio en que Cicerón se desenvolvía un medio efficacísimo de persuasión.

En un sentido opuesto, la admiración por el estilo de sus discursos creó en el Renacimiento una norma del lenguaje, el ciceronianismo, en que se imitaba la cláusula majestuosa y cadenciosa, llena de amplificaciones, pero no sólo aplicada a los discursos, sino a los tratados de otro orden. Así gran parte de la literatura española, en una tendencia cuyo modelo es fray Luis de Granada, parte de esta imitación de los discursos ciceronianos. Aun dentro de los discursos, Cicerón no se encierra, sin embargo, en el molde de la cláusula rotunda y melodiosa de sus peroraciones, sino que cuando el caso lo pide, como

en los momentos polémicos, sabe emplear un estilo nervioso, lleno de rapidez y de viveza.

La mayor parte de los discursos de Cicerón no se conservan, habiendo llegado hasta nosotros solamente 57 completos, 17 en fragmentos y 30 sólo en el título. De los discursos conservados, la mayoría, más o menos retocados, son reales: pero hay algunos discursos no pronunciados nunca, como son los discursos contra Verres, con excepción de uno o dos, y la segunda de sus Filípicas. Algunos hay, como el discurso *pro Milone*, tan distinto del real, que más bien es un discurso nuevo.

La cronología de sus discursos es la siguiente: los dos primeros, cuando defendía ardientemente las tendencias democráticas, *Pro Roscio e In Verrem*; inspirados en su política moderada *Pro lege Manilia*, *De lege agraria*, las cuatro Catilinas, *Pro Murena* y los cuatro discursos *Post reditum*; contra los demagogos, bajo el triunvirato, *Pro Sestio*, *Pro Caelio*, *De provinciis consularibus*, *In Pisonem* y *Pro Rabirio*: bajo la dictadura de César, *Pro Marcello*, *Pro Ligario* y *Pro Deiotaro*; contra Antonio, las catorce Filípicas.

Obras retóricas.—Los trabajos retóricos de Cicerón son especialmente interesantes porque son como la confidencia de su propia elaboración oratoria.

En las controversias romanas sobre la oratoria entre los que despreciaban todo arte, haciendo de ella un género útil, caracterizado por la claridad y

la sencillez, y los que lo fiaban todo de los recetarios retóricos, o exageraban la importancia de los adornos artísticos, Cicerón se situaba en un término prudente, defendiendo además que las reglas oratorias no pueden ser invenciones de retóricos, sino observaciones de la misma elocuencia. La oratoria para Cicerón era ante todo un don natural y un producto de la cultura, especialmente de la filosofía, mucho más que de la preceptiva retórica. En su juventud escribió el primer tratado de retórica, *De inventione*. Las demás obras retóricas son: *De oratore*, *Brutus*, *sive De claris oratoribus*, *Orator*, *Partitiones oratoriae*. Compuso también una breve disertación *De optimo genere oratorum*, como prefacio de la traducción de un discurso de Esquines y del *Discurso de la Corona* de Demóstenes.

Las *Partitiones oratoriae* eran un manual retórico, escrito para la formación de su hijo. El libro *De oratore* es una serie de diálogos en que los más ilustres oradores exponen sus teorías sobre la oratoria. Como principales interlocutores aparecen Licinio Craso, que defiende los puntos de vista de Cicerón y Marco Antonio. En la defensa de las doctrinas de Craso se ve claramente la glorificación de su propia obra.

Las dos obras retóricas, el *Brutus* y el *Orator*, son tratados de controversia, en los que Cicerón defiende su sistema oratorio, especialmente contra el grupo de la desnuda oratoria aticista, representada por Calvo y Bruto. En la primera expone la historia de

la oratoria romana, presentándola como un progreso continuado desde Catón hasta su oratoria, siendo, por tanto, todo retroceso una verdadera imperfección. Del mismo Tucídides dice Cicerón que si hubiera vivido en su tiempo, hubiese sido *maturior et mitior*. En el *Orator* razona a fondo su teoría sobre la oratoria perfecta, que no es un arte práctico sólo sino bello, y no es un tipo de estilo, ni una receta retórica, sino un arte complejo, fundado en la naturaleza, que utiliza cuantos procedimientos de expresión son necesarios.

En esta controversia de escuela los razonamientos de Cicerón se impusieron, y su oratoria, vehemente y estilizada, aunque en distinto grado que la de Demóstenes, hizo olvidar la aticista de sus competidores. No obstante, a Cicerón tras estas disputas le vencieron en algunas partes sus vencidos, y así en sus últimas oraciones, en las Filípicas, hay cierta propensión hacia la energía seca de Tucídides.

CICERON

PRO ARCHIA POETA.

Si quid est in me ingenii, iudices, quod sentio quam sit exiguum, aut si qua exercitatio dicendi, in qua me non infitior mediocriter esse versatum, aut si huiusce rei ratio aliqua ad optimarum artium studiis ac disciplina profecta, a qua ego nullum confiteor aetatis meae tempus abhorruisse, eam rerum

omnium vel in primis hic A. Licinius fructum a me repetere prope suo iure debet. Nam quoad longissime potest mens mea respicere spatium praeteriti temporis et pueritiae memoriam recordari ultimam, inde usque repetens hunc video mihi principem et ad suscipiendam et ad ingrediendam rationem horum studiorum exstitisse. Quod si haec vox, huius hortatu praeceptisque conformata non nullis aliquando saluti fuit, a quo id accepimus quo ceteris opitulari et alios servare possemus, huic profecto ipsi, quantum est situm in nobis, et opem et salutem ferre debemus. Ac ne quis a nobis hoc ita dici forte miretur, quod alia quaedam in hoc facultas sit ingenii neque haec dicendi ratio aut disciplina, ne nos quidem huic uni studio penitus umquam dediti fuimus. Etenim omnes artes, quae ad humanitatem pertinent, habent quoddam commune vinculum et quasi cognatione quadam inter se continentur.

Sed ne cui vestrum mirum esse videatur, me in quaestione legitima et in iudicio publico, cum res agatur apud praetorem populi Romani, lectissimum virum, et apud severissimos iudices, tanto conventu hominum ac frequentia, hoc uti genere dicendi, quod non modo a consuetudine iudiciorum, verum etiam a forensi sermone abhorreat, quaeso a vobis, ut in hac causa mihi detis hanc veniam, accommodatam huic reo, vobis, quem ad modum spero non molestam ut me pro summo poeta atque eruditissimo homine dicente, hoc denique praetore exercente iudicium patiamini de studiis humanitatis ac litterarum paulo

loqui liberius et in eius modi persona, quae propter otium ac studium minime in iudiciis periculisque tractata est, uti prope novo quodam et inusitato genere dicendi. Quod si mihi a vobis tribui concedique sentiam, perficiam profecto, ut hunc A. Licinum non modo non segregandum, cum sit civis, a numero civium, verum etiam, si non esset, putetis adsciscendum fuisse.

Nam ut primum ex pueris excessit Archias atque ab iis artibus, quibus aetas puerilis ad humanitatem informari solet, se adscribendi studium contulit, primum Antiochiae —nam ibi natus est loco nobili— celebri quondam in urbe et copiosa atque eruditissimis hominibus liberalissimisque studiis adfluenti, celeriter antecellere omnibus ingenii gloria contigit. Post in ceteris Asiae partibus cunctaeque Graeciae sic eius adventus celebrabantur, ut famam ingenii exspectatio hominis, exspectationem ipsius adventus admiratioque superaret. Erat Italia tum plena Graecarum artium ac disciplinarum studiaque haec et in Latio vehementius tum colebantur, quam nunc iisdem in oppidis et hic Romae propter tranquillitatem rei publicae non negligebantur. Itaque hunc Tarentini et Regini et Neapolitani civitate ceterisque praemiis donarunt, et omnes, qui aliquid de ingeniis poterant iudicare, cognitione atque hospitio dignum existimarunt. Hac tanta celebritate famae cum esset iam absentibus notus, Romam venit, Mario consule et Catulo. Nactus est primum consules eos, quorum alter res ad scribendum maximas, alter cum res gestas tum etiam studium at-

que aures adhibere posset. Statim Luculli, cum praetextatus etiam tum Archias esset, eum in domum suam receperunt. Erat iam hoc non solum ingenii ac litterarum; verum etiam naturae atque virtutis, ut domus, quae huius adulescentiae prima patuit, eadem esset familiarissima senectuti. Erat temporibus illis iucundus Metello illi Numidico et eius Pio filio, audiebatur a M. Aemilio, vivebat cum Q. Catulo et patre et filio, a L. Crasso colebatur, Lucullus vero et Drusum et Octavios et Catonem et totam Hortensiorum domum devictam consuetudine cum teneret, adficiebatur summo honore, quod eum non solum colebant, qui aliquid percipere atque audire studebant, verum etiam si qui forte simulabant.

Interim satis longo intervallo, cum esset cum M. Lucullo in Siciliam profectus et cum ex ea provincia cum eodem Lucullo decederet, venit Heracliam. Quae cum esset civitas aequissimo iure ac foedere, adscribi se in eam civitatem voluit, idque cum ipse per se dignus putaretur, tum auctoritate et gratia Luculli ab Heracliensibus impetravit. Data est civitas Silvani lege et Carbonis.

SI QUI FOEDERATIS CIVITATIBUS ADS-
CRIPTI FUISSENT, SI TUM, CUM LEX FE-
REBATUR, IN ITALIA DOMICILIUM HA-
BUISSENT ET SI SEXAGINTA DIEBUS APUD
PRAETOREM ESSENT PROFESSI.

Cum hic domicilium Romae multos iam annos haberet, professus est apud praetorem Q. Metellum familiarissimum suum. Si nihil aliud nisi de civitate

ac lege dicimus, nihil dico amplius, acusa dicta est. Qui enim horum infirmari, Grati, potest? Heracliae-
ne esse tu eum adscriptum negabis? Adest vir sum-
ma auctoritate et religione et fide. M. Lucullus qui se
non opinari, sed scire, non audisse, sed vidisse, non
interfuisse, sed egisse dicit. Adsunt Heraclienses lega-
ti, nobilissimi homines, huius iudicii causa cum man-
datis et cum publico testimonio, qui hunc adscrip-
tum Heracliensem dicunt. Hic tu tabulas desideras
Heracliensium publicas, quas Italico bello incenso ta-
bulario interisse scimus omnes. Est ridiculum ad ea
quae habemus nihil dicere, requirere quae habere
non possumus, et de hominum memoria tacere, litte-
rarum memoriam flagitare, et, cum habeas amplis-
simi viri religionem, integerrimi municipii ius iu-
randum fidemque, ea, quae depravari nullo modo
possunt, repudiare, tabulas, quas idem dicis solere
corrumpi, desiderare. An domicilium Romae non ha-
buit? Is, qui tot annis ante civitatem datam sedem
omnium rerum ac fortunarum suarum Romae collo-
cavit? An non est professus? Immo vero iis tabulis
professus, quae solae ex illa professione collegioque
praetorum obtinent publicarum tabularum auctori-
tem.

Nam cum Appii tabulae negligentius adservatae
dicerentur, Gabinii, quamdiu incolumis fuit, levitas,
post damnationem calamitas omnem tabularum fi-
dem resignasset, Metellus, homo sanctissimus mo-
destissimusque omnium, tanta diligentia fuit, ut ad
L. Lentulum praetorem et ad iudices venerit et unius

nominis litura se commotum esse dixerit. His igitur tabulis nullam lituram in nomine A. Licinii videtis. Quae cum ita sint, quid est quod de eius civitate dubitetis, praesertim cum aliis quoque in civitatibus fuerit adscriptus? Etenim cum mediocribus multis et aut nulla humili aliqua arte praeditis civitatem in Graecia homines impertiebant, Reginos credo aut Locrenses aut Neapolitanos aut Tarentinos, quod scaenicis artificibus largiri solebant id huic summa ingenii praedito gloria noluisse! Quid? Ceteri non modo post civitatem datam, sed etiam post legem Papiam aliquo modo in eorum municipiorum tabulas irrepserunt, hic qui ne utitur quidem illis, in quibus est scriptus, quod semper se Heracliensem esse voluit, reiicietur? Census nostros requiris.

Scilicet; est enim obscurum proximis censoribus hunc cum clarissimo imperatore L. Lucullo apud exercitum fuisse, superioribus cum eodem quaestore fuisse in Asia, primis Julio et Crasso nullam populi partem esse censam. Sed quoniam census non ius civitatis confirmat ac tantum modo iudicat eum, qui sit census ita se iam tum gessisse iis temporibus, quem tu criminari ne ipsius quidem iudicio in civium Romanorum iure esse versatum, is et testamentum saepe fecit nostris legibus et adiit hereditates civium romanorum et in beneficiis ad aerarium delatus est a L. Luculo pro consule. Quaere argumenta, si quae potes: numquam enim hic neque amicorum iudicio revincetur.

Quaeres a nobis, Grati, cur tanto opere hoc homine

delectemur. Quia supeditat nobis, ubi et animus ex hoc forensi strepitu reficiatur et aures convicio defessae conquiescant. An tu existimas aut suppetere nobis posse quod cotidie dicamus in tanta varietate rerum, nisi animos nostros doctrina excolamus, aut ferre animos tantam posse contentionem, nisi eos doctrina eadem relaxemus? Ego vero fateor me his studiis esse deditum: ceteros pudeat, si qui se ita litteris abdiderunt, ut nihil possint ex iis neque ad communem adferre fructum neque inadspectum lucemque proferre: me autem quid pudeat, qui tot annos ita vivo, iudices, ut a nullius umquam me tempore aut commodo aut otium meum abstraxerit aut voluptas avocarit aut denique somnus retardarit? Qua re quis tandem me reprehendat aut quis mihi iure susceat, si, quantum ceteris ad suas res obeundas, quantum ad festos dies ludorum celebrandos, quantum denique alveolo, quantum pilae, tantum mihi egomet ad haec studia recondenda sumpsero? Atque hoc eo mihi concedendum est magis, quod ex his studiis haec quoque crescit oratio et facultas, quae quantacumque in me est nunquam amicorum periculis defuit. Quae si cui levior videtur, illa quidem certe quae summa sunt, ex quo fonte hauriam sentio. Nam nisi multorum praeceptis multisque litteris mihi ab adulescentia persuasissem nihil esse in vita magno opere expetendum nisi laudem atque honestatem, in ea autem persequenda omnes cruciatus corporis, omnia pericula mortis atque exsili parvi esse ducenda, numquam me pro salute vestra in tot ac tantas dimi-

cationes atque in hos profligatorum hominum cotidianos impetus obiecissem. Sed pleni sunt omnes libri, plenae sapientium voces, plena exemplorum vetustas quae iacerent in tenebris omnia, nisi litterarum lumen accederet. Quam multas nobis imagines non solum ad intuendum, verum etiam ad imitandum fortissimorum virorum expressas scriptores et Graeci et Latini reliquerunt, quas ego mihi semper in administranda re publica proponens animum et mentem meam ipsa cogitatione hominum excellentium conformabam.

Quaeret quispiam: Qui? Illi ipsi summi viri, quorum virtutes litteris proditae sunt, istane doctrina, quam tu effers laudibus, eruditi fuerunt? Difficile est hoc de omnibus confirmare, sed tamen est quod respondeam. Ego multos homines excellenti animo ac virtute fuisse sine doctrina et naturae ipsius habitu prope divino per se ipsos et moderatos et graves existisse fateor: etiam illud adiungo, saepius ad laudem atque virtutem naturam sine doctrina quam sine natura valuisse doctrinam, atque idem ego hoc contendo, cum ad naturam eximiam et illustrem accesserit ratio quaedam conformatioque doctrinae, tum illud nescio quid praeclarum ac singulare solere existere. Ex hoc esse hunc numero, quem patres nostri viderunt divinum hominem Africanum, ex hoc C. Laelium, L. Furium, moderatissimos homines et continentissimos, ex hoc fortissimum virum et illis temporibus doctissimum, M. Catonem illum senem; qui profecto si nihil ad percipiendam colendamque virtutem litteris

adiuvarentur, numquam se ad earum studium contulissent. Quod si non hic tantus fructus ostenderetur et si ex his studiis delectatio sola peteretur, tamen ut opinor, hanc animi remissionem humanissimam ac liberalissimam iudicaretis. Nam ceterae neque temporum sunt neque aetatum omnium neque locorum: haec studia adulescentiam alunt, senectutem oblectant, secundas res ornant, adversis perfugium ac solacium praebent, delectant domi, non impediunt foris, pernoctant nobiscum, peregrinantur, rusticantur. Quod si ipsi haec neque attingere neque sensu nostro gustare possemus, tamen ea mirari deberemus, etiam cum in aliis videremus.

Quis nostrum tam animo agresti ac duro fuit, ut Roscii morte nuper non commoveretur? Qui cum esset senex mortuus, tamen propter excellentem artem ac venustatem videbatur omnino mori non debuisse. Ergo ille corporis motu tantum amorem sibi conciliarat a nobis omnibus: nos animorum incredibiles motus celeritatemque ingeniorum negligemus? Quotiens ego hunc Archiam vidi iudices —utar enim vestra benignitate, quoniam me in hoc novo genere dicendi tam diligenter attendistis— quotiens ego hunc vidi, cum litteram scripsisset nullam, magnum numerum optimorum versuum de iis ipsis rebus, quae tum agerentur, dicere ex tempore! Quotiens revocatum eandem rem dicere commutatis verbis atque sententiis! Quae vero accurate cogitateque scripsisset, ea sic vidi probari, ut ad veterum scriptorum laudem perveniret. Hunc ego non diligam, non admi-

rer, non omni ratione defendendum putem? Atque sic a summis hominibus eruditissimisque accepimus ceterarum rerum studia et doctrina et praeceptis et arte constare, poetam natura ipsa valere et mentis viribus excitari et quasi divino quodam spiritu inflari.

ORATOR

La elocuencia.

Erit igitur eloquens —hunc enim auctore Antonio quaerimus— is qui in foro causisque civilibus ita dicet, ut probet, ut delectet, ut flectat. Probare necessitatis est, delectare suavitatis, flectere victoriae: nam id unum ex omnibus ad optinendas causas potest plurimum. Sed quot officia oratoris, tot sunt genera dicendi: subtile in probando, modicum in delectando, vehemens in flectendo; in quo uno vis omnis oratoris est. Magni igitur iudicii, summae etiam facultatis esse debet moderator ille, et quasi temperator huius tripertitae varietatis; nam et iudicabit quid cuique opus sit, et poterit quocumque modo postulabit causa dicere. Sed est eloquentiae sicut reliquarum rerum fundamentum sapientia. Ut enim in vita sic in oratione nihil est difficilius quam quid deceat videre.

La oportunidad y moderación.

Est autem quid deceat oratori videndum non in sententiis solum, sed etiam in verbis. Non enim omnis

fortuna, non omnis honos, non omnis auctoritas, non omnis aetas, nec vero locus, aut tempus, aut auditor omnis eodem, aut verborum genere tractandus est, aut sententiarum semperque in omni parte orationis, ut vitae quid deceat est considerandum; quod et in re, de qua agitur, positum est et in personis, et eorum qui dicunt, et eorum qui audiunt. Itaque hunc locum longè et late patentem philosophi solent in officiis tractare —non cum de recto ipso disputant, nam id quidem unum est—, grammatici in poetis eloquentes in omni et genere et parte causarum. Quam enim indecorum est, de stillicidiis cum apud unum iudicem dicas, amplissimis verbis et locis uti communibus, de maiestate populi Romani summissis et subtiliter! Hic genere toto, at persona alii peccant, aut sua aut iudicum, aut etiam adversariorum, nec re solum, sed saepe verbo; etsi sine re nulla vis verbi est, tamen eadem res saepe, aut probatur, aut reicitur alio atque alio elata verbo. In omnibusque rebus videndum est quatenus; etsi enim suus cuique modus est, tamen magis offendit nimium quam parum; in quo Apelles pictores quoque eos peccare dicebat qui non sentirent quid esset satis.

Moderación de las licencias.

Ergo ille tenuis orator, modo sit elegans, nec in faciendis verbis erit audax, et in transferendis verecundus et parcus, et in priscis reliquisque ornamentis et verborum et sententiarum demissior; traslatione fortasse crebrior, qua frequentissime sermo omnis uti-

tur, non modo urbanorum sed etiam rusticorum: si quidem est eorum gemmare vites, sitire agros, laetas esse segetes, luxuriosa frumenta. Nihil horum parum audacter, sed aut simile est illi unde transferas, aut si res suum nullum habet nomen, docendi causa sumptum, non ludendi videtur. Hoc ornamento liberius paulo quam ceteris utetur, hic summissus, nec tam licenter tamen, quam si genere dicendi uteretur amplissimo; itaque illud indecorum, quod quale sit ex decoro debet intellegi, hic quoque apparet, cum verbum aliquod altius transfertur idque in oratione humili ponitur quod idem in alia deceret.

16.

Obras filosóficas de Cicerón.—A pesar de la modestia con que Cicerón juzgaba su obra, calificándola de traducción o copia griega, es considerable cuanto le debe la ciencia. No sólo salvó del olvido con su exposición admirables doctrinas que directamente no conocemos, sino que en muchas de ellas impuso su sello personal. No es, evidentemente, un genio filosófico, ni tiene un sistema suyo; pero en la exposición de la filosofía griega no hay sola divulgación, sino que tiene un gran relieve su juicio personal.

Es en el momento en que Pompeyo sucumbe en Farsalia cuando Cicerón, desengañado, se entrega de lleno a los estudios filosóficos. Sus obras filosóficas en orden cronológico, aparte de algunas traducciones perdidas, son:

1.º *De republica*, del que sólo poseemos algunos fragmentos y el libro que la finalizaba sobre el sueño de Escipión. Es un tratado de política en diálogo, en el que discurren los interlocutores sobre principios de educación política, formas de gobierno, etc., defendiendo el gobierno moderado, en que conservan sus fueros la autoridad y la democracia.

2.º *De legibus*, obra en seis libros, de la que sólo se han conservado tres.

3.º *Paradoxa*.

4.º *Consolatio*, obra escrita a imitación de una de Crantor, motivada por la muerte de su adorada hermana Tulia, y de la que no se conserva nada.

5.º *Hortensius*, obra en diálogo, hoy perdida, pero de la que habla con admiración San Agustín, y que constituía una apología de los estudios filosóficos.

6.º *De finibus bonorum et malorum*, en que exponía sus teorías acerca del bien y del mal supremo.

7.º *Academicae*, en que se discuten las teorías del conocimiento, según se habían expuesto desde los tiempos de Sócrates.

8.º *Tusculanae disputationes* (como meditaciones de Túsculo, granja de Cicerón), en que expone sus teorías sobre la felicidad, reconociendo la inmortalidad del alma. Aunque combate el estoicismo casi tanto como el epicureísmo, muchas de sus doctrinas en este libro son estoicas.

9.º *De natura deorum*, en la cual presenta las teorías de los epicúreos, estoicos y neoacadémicos. Re-

futa en ella duramente las teorías epicúreas y estoicas, pero sin oponer a ellas una doctrina definida.

10. *Cato maior o De senectute.*

11. *De divinatione*, en que desarrolla las opiniones de los académicos y las de Posidonio.

12. *De fato*, en que combate las doctrinas astrológicas de Posidonio.

13. *Laelius o De amicitia.*

14. *De officiis*, obra admirable, en que trata de los deberes morales y de los conflictos en los casos de moralidad y de utilidad. La mayoría de los puntos se refieren a casos concretos de la historia romana.

Epístolas.—Su valor es inapreciable para sorprender en su intimidad la vida romana. Ya contienen opiniones libres sobre diversas doctrinas, noticias de orden político, confidencias sobre personajes importantes, datos de la vida familiar, etc.

Las cartas ciceronianas comprenden cuatro colecciones:

La de Atico, en 16 libros; las *Epistolae ad familiares*, también en 16 libros; los tres libros *Ad Quintum fratrem*, y los dos libros *Ad Marcum Brutum*, en los cuales se encuentran algunas cartas de autenticidad dudosa. Las cartas dirigidas al gran amigo de Cicerón, Tito Pomponio Atico, fueron publicadas por éste. Las demás fueron recogidas y editadas por Tirón, estudioso criado de Cicerón, que inventó un sistema de escritura abreviada (*notae tironianae*). Algunas cartas no tienen en la intención el destino per-

sonal que en ellas consta, sino que se escriben para ser divulgadas. En estas cartas, destinadas a la publicidad, se ve el trabajo cuidadoso de la preparación y la estilización esmerada, como si se tratase de verdaderos ensayos. Otras tienen la trascendencia de documentos oficiales y revelan la conciencia de la responsabilidad con que están escritas. Pero, en general, el espíritu del autor se vierte sin reservas, manifestando en grata confianza familiar los sentimientos más íntimos, con una transparencia de la que no hay semejanza en los epistolarios de ninguna literatura. Sobre todo las cartas a Atico son como diario de los estados de ánimo del autor, en los que parece sentirse las palpitaciones de la vida familiar y de la vida política. En este epistolario de Atico, de cartas escritas en su mayoría al correr de la pluma, el estilo es nervioso y el lenguaje frecuentemente descuidado, abundante en palabras vulgares y en giros que no se hallan en los restantes escritos de Cicerón. La ingenua fidelidad con que Cicerón trasladaba al escrito sus estados de conciencia, con sus pasiones y debilidades, y sobre todo con la convicción de su propio mérito, ha servido para su gloria literaria, pero también para que la posteridad dé relieve a sus flaquezas humanas, a su vanidad, a sus fluctuaciones intelectuales y a su inconstancia política.

CICERON

DE NATURA DEORUM

Universalidad de la creencia en Dios.

Inter omnis omnium gentium summa constat; omnibus enim innatum est et in animo quasi insculptum esse deos. Quales sint, varium est, esse nemo negat. Cleanthes quidem noster quattuor de causis dixit in animis hominum informatas deorum esse notiones. Primam posuit eam, de qua modo dixi, quae orta esset ex praesensione rerum futurarum; alteram, quam ceperimus ex magnitudine commodorum, quae percipiuntur caeli temperatione, fecunditate terrarum aliarumque commoditatum conplurium copia; tertiam, quae terreret animos fulminibus, tempestatibus, nimbis, nivibus, grandinibus, vastitate, pestilentia, terrae motibus, et saepe fremitibus, lapideisque imbribus et guttis imbrium quasi cruentis, tum labibus, aut repentinis terrarum hiatibus, tum praeter naturam hominum pecudumque portentis, tum facibus visis caelestibus, tum stellis iis, quas Graeci cometas, nostri cincinnatas vocant, quae nuper bello Octaviano magnarum fuerunt calamitatum praenuntiae, tum sole geminato, quod, ut e patre audivi, Tuditano et Aquilio consulibus evenerat, quo quidem anno P. Africanus sol alter extinctus est, quibus exterreri homines, vim quamdam esse caelestem et divinam sus-

picati sunt; quartam causam esse, eamque vel maximam, aequabilitatem motus conversionumque caeli, solis, lunae siderumque omnium distinctionem, varietatem, pulchritudinem, ordinem, quarum rerum aspectus ipse satis indicaret non esse ea fortuita.

Argumentos de la existencia de Dios.

Qui igitur convenit, signum aut tabulam pictam cum aspexeris, scire adhibitam esse artem, cumque procul cursum navigii videris, non dubitare quin id ratione atque arte moveatur, aut, cum solarium, vel discriptum vel ex aqua, contemplere, intellegere declarari horas arte, non casu, ¿mundum autem, qui et has ipsas artes, et earum artifices, et cuncta completatur, consilii et rationis esse expertem putare? Quodsi in Scythiam aut in Britanniam sphaeram aliquis tulerit hanc, quam nuper familiaris noster effecit Posidonius, cuius singulae conversiones idem efficiunt in sole, et in luna, et in quinque stellis errantibus, quod efficitur in caelo singulis diebus et noctibus, ¿quis in illa barbaria dubitet, quin et sphaera sit perfecta ratione? Hi autem dubitant de mundo, ex quo et oriuntur et fiunt omnia, casusne ipse sit effectus, aut necessitate aliqua, an ratione ac mente divina, et Archimedes arbitrantur plus valuisse in imitandis sphaerae conversionibus quam naturam in efficiendis, praesertim cum multis partibus sint illa perfecta quam haec simulata sollertius.

Absurdo de la teoría atomista.

Sed ad maiora redeamus. Ex aethere igitur innumerabiles flammae siderum existunt, quorum est princeps sol, omnia clarrissima luce conlustrans, multis partibus maior atque amplior quam terra universa, deinde reliqua sidera magnitudinibus immensis. Atque hi tanti ignes tamque multi non modo nihil nocent terris rebusque terrestribus, sed ita prosunt, ut, si mota loco sint, conflagrare terras necesse sit a tantis ardoribus, moderatione et temperatione sublata. ¿Hic ego non mirer esse quemquam, qui sibi persuadeat corpora quaedam solida atque individua vi et gravitate ferri, mundumque effici ornatissimum et pulcherrimum ex eorum corporum concursione fortuita? Hoc qui existimat fieri potuisse, non intellego cur non idem putet, si innumerabiles unius et viginti formae litterarum vel aureae vel qualeslibet aliquo coiciantur, posse ex iis in terram excussis annales Ennii, ut deinceps legi possint, effici; quod nescio an ne in uno quidem versu possit tantum valere fortuna.

Las maravillas del mundo prueban la existencia de Dios.

Quodsi mundum efficere potest concursus atomorum, ¿cur porticum, cur templum, cur domum, cur urbem non potest? quae sunt minus operosa et multo quidem facilia. Certe ita temere de mundo effutiunt, ut mihi quidem numquam hunc admirabi-

lem caeli ornatum, qui locus est proximus, suspexisse videantur. Praeclare ergo Aristoteles: "Si essent, inquit, qui sub terra semper habitavissent bonis et inlustribus domiciliis, quae essent ornata signis atque picturis instructaque rebus iis omnibus, quibus abundant ii, qui beati putantur, nec tamen exiissent umquam supra terram, accepissent autem fama et auditione esse quoddam numen et vim deorum, deinde aliquo tempore patefactis terrae faucibus ex illis abditis sedibus evadere in haec loca, quae nos incolimus, atque exire potuissent: cum repente terram et maria caelumque vidissent, nubium magnitudinem ventorumque vim cognovissent, aspexissentque solem, eiusque cum magnitudinem pulchritudinemque, tum etiam efficientiam cognovissent, quod is diem efficeret toto caelo luce diffusa; cum autem terras nox opacasset, tum caelum totum cernerent astris distinctum, et ornatum lunaeque luminum varietatem tum crescentis, tum senescentis, eorumque omnium ortus, et occassus, atque in omni aeternitate ratos inmutabilesque cursus; quae cum viderent, profecto et esse deos et haec tanta opera deorum esse arbitrarentur."

Harmonía del universo.

Ac principio terra universa cernatur, locata in media sede mundi, solida et globosa, et undique ipsa in sese nutibus suis conglobata, vestita floribus, herbis, arboribus, frugibus, quorum omnium incredibilis multitudo insatiabili varietate distinguitur. Adde

huc fontium gelidas perennitates, liquores perlucidos amnium, riparum vestitus viridissimos, speluncarum concavas altitudines, saxorum asperitates, inpendentium montium altitudines inmensitatesque camporum; adde etiam reconditas auri argentique venas infinitamque vim marmoris. ; Quae vero et quam varia genera bestiarum vel cicurum vel ferarum! ; qui volucrum lapsus atque cantus! ; qui pecudum pastus! ; quae vita silvestrium! ; Quid iam de hominum genere dicam? qui quasi cultores terrae constituti non patiuntur eam nec inmanitate beluarum efferari nec stirpium asperitate vastari, quorumque operibus agri, insulae litoraue collucent distincta tectis et urbibus. Quae si, ut animis, sic oculis videre possemus, nemo cunctam intuens terram de divina ratione dubitaret.

Maravillas de la tierra.

Age, ut a caelestibus rebus ad terrestres veniamus, quid est in his, in quo non naturae ratio intellegentis appareat? Principio eorum quae gignuntur e terra stirpes et stabilitatem dant iis, quae sustinent, et terra sucum trahunt, quo alantur ea, quae radicibus continentur, obducunturque libro aut cortice trunci, quo sint a frigoribus et caloribus tutiores. Iam vero vites sic claviculis adminicula tamquam manibus adprehendunt, atque ita se erigunt, ut animantes. Quia etiam a caulibus, si propter sati sint, ut a pestiferis et nocentibus refugere dicuntur, nec eos ulla ex parte contingere. Animantium vero ; quanta varietas est, quanta ad eam rem vis, ut in suo quaeque

genere permaneat! Quarum aliae coriis tectae sunt, aliae villis vestitae, aliae spinis hirsutae; pluma alias, alias squama videmus obductas, alias esse cornibus armatas, alias habere effugia pinnarum. Pastum autem animantibus large et copiose natura eum, qui cuique aptus erat, comparavit.

Prodigios del instinto animal.

Data est quibusdam etiam machinatio quaedam atque sollertia, ut in araneolis aliae quasi rete texunt, ut, siquid inhaeserit, conficiant, aliae autem ex inopinato observant, et, si quid incidit, arripiunt idque consumunt. Pina vero (sic enim Graece dicitur) duabus grandibus patula conchis cum parva squilla quasi societatem coit comparandi cibi, itaque, cum pisciculi parvi in concham hiantem innataverunt, tum admonita squillae morsu pina comprimit conchas. Sic dissimillimis bestiolis communiter cibus quaeritur. In quo admirandum est, congressune aliquo inter se an iam inde ab ortu natura ipsa congregatae sint. Est etiam admiratio non nulla in bestiis aquatilibus iis, quae gignuntur in terra; veluti crocodili, fluvialesque testudines, quaedamque serpentes ortae extra aquam, simul ac primum niti possunt, aquam persequuntur.

Continuación.

Auditum est pantheras, quae in barbaria venenata carne caperentur, remedium quoddam habere, quo cum essent usae, non morirentur; capras autem in

Creta feras, cum essent confixae venenatis sagittis, herbam quaerere, quae dictamnus vocaretur, quam cum gustavissent, sagittas excidere dicunt e corpore. Cervaeque paulo ante partum perpurgant se quadam herbula, quae seselis dicitur. Iam illa cernimus, ut contra vim et metum suis se armis quaeque defendant, cornibus tauri, apri dentibus, morsu leones; aliae fuga se, aliae occultatione tutantur, atramenti effusione sepiae, torpore torpedines, multae etiam insectantis odoris intolerabili foeditate depellunt.

El hombre rey de la creación.

Hominum igitur causa eas rerum copias comparatas fatendum est, nisi forte tanta ubertas et varietas pomorum eorumque iucundus non gustatus solum, sed odoratus etiam et aspectus dubitationem adfert, quin hominibus solis ea natura donaverit. Tantumque abest, ut haec bestiarum etiam causa parata sint, ut ipsas bestias hominum gratia generatas esse videamus. ¿Quid enim oves aliud adferunt, nisi ut earum villis confectis atque contextis homines vestiantur? quae quidem neque ali, neque sustentari, neque ullum fructum edere ex se sine cultu hominum et curatione potuissent. Canum vero tam fida custodia, tamque amans dominorum adulatio, tantumque odium in externos, et tam incredibilis ad investigandum sagacitas narium, tanta alacritas in venando ¿quid significat aliud nisi se ad hominum commoditates esse generatos? ¿Quid de bubus loquar? quorum ipsa terga declarant non esse se ad

onus accipiendum figurata; cervicis autem natae ad iugum, tum vires umerorum et latidines ad aratra trahenda.

DE OFICIIS.

La inteligencia y la fuerza.

Omnino illud honestum, quod ex animo excelso magnificoque quaerimus, animi efficitur, non corporis viribus. Exercendum tamen corpus, ut oboedire consilio rationique possit in exsequendis negotiis, in labore tolerando. Honestum autem id, quod exquirimus, totum est positum in animi cura et cogitatione; in quo non minorem utilitatem afferunt, qui togati rei publicae praesunt, quam qui bellum gerunt. Itaque eorum consilio saepe aut non suscepta, aut confecta bella sunt, nonnumquam etiam illata: ut M. Catonis bellum tertium punicum, in quo etiam mortui valuit auctoritas.

La vida retirada.

Vacandum autem est omni animi perturbatione, tum cupiditate et metu, tum etiam aegritudine, voluptate nimia, iracundia; ut tranquillitas animi et securitas adsit, quae effert cum constantiam, tum etiam dignitatem. Multi autem sunt, fuerunt, qui eam, quam dico, tranquillitatem expetentes, a negotiis publicis se removerint, ad otiumque confugerint. In his et nobilissimi philosophi longeque principes et quidam homines severi et graves, nec populi, nec principum mores ferre potuerunt: vixeruntque nonnulli in agris

delectati re sua familiari. His idem propositum fuit, quod regibus, ut ne qua re egerent, ne cui parerent, libertate uterentur: cuius proprium est sic vivere, ut velis.

Lazos sociales.

Gradus autem plures sunt societatis hominum. Ut enim ab infinita illa, propior est ejusdem gentis, nationis, linguae, qua maxime homines conjunguntur: interius etiam est ejusdem esse civitatis. Multa enim sunt civibus inter se communia: forum, fana, porticus, viae, leges, jura, judicia, suffragia, consuetudines praeterea et familiaritates, multisque cum multis res rationesque contractae. Actior vero colligatio est societates propinquorum: ab illa enim immensa societate humani generis in exiguum angustumque concluditur.

EPISTOLARUM AD FAMILIARES LIBRI.

M. Cicero S. D. P. Lentulo Procos.

Quae gerantur accipies ex Pollione qui omnibus negotiis non interfuit solum, sed praefuit. Me in summo dolore, quem in tuis rebus capio, maxime scilicet consolatur spes, quod valde suspicor fore ut infringatur hominum improbitas, et consiliis tuorum amicorum, et ipsa die, quae debilitat cogitationes, et inimicorum, et proditorum tuorum. Facile secundo loco me consolatur recordatio meorum temporum, quorum imaginem video in rebus tuis; nam, etsi mi-

nore in re violatur tua dignitas, quam mea adfflictast, tamen est tanta similitudo, ut sperem te mihi ignoscere, si ea non timuerint, quae ne tu quidem umquam timenda duxisti. Sed praesta te eum, qui mihi *a teneris*, ut Graeci dicunt, *unguiculis* es cognitus; illustrabit, mihi crede, tuam amplitudinem hominum inuria. A me omnia summa in te studia officiaque expecta; non fallam opinionem tuam.

M. Cicero S. D. L. Valerio Iurisconsulto.

Cur enim tibi hoc non gratificer, nescio, praesertim cum his temporibus audacia pro sapientia liceat uti. Lentulo nostro egi per litteras tuo nomine gratias diligenter. Sed tu velim desinas iam nostris litteris uti, et nos aliquando revisas, et ibi malis esse, ubi aliquo numero sis, quam istic, ubi solus sapere videare. Quamquam qui istinc veniunt partim te superbum esse dicunt, quod nihil respondeas, partim contumeliosum, quod male respondeas. Sed iam cupio tecum coram iocari; quare fac ut quam primum venias, neque in Apuliam tuam accedas, ut possimus salvum venisse gaudere; nam, illo si veneris, tamquam Ulixes cognosces tuorum neminem.

M. Cicero S. D. C. Curioni.

Gravi teste privatus sum amoris summi erga te mei patre tuo, clarissimo viro. Qui cum suis laudibus, tum vero te filio superasset omnium fortunam, si ei contigisset, ut te ante videret, quam a

vita discederet. Sed spero nostram amicitiam non egere testibus. Tibi patrimonium dei fortunent; me certe habebis, cui et carus aequae sis et iucundus, ac fuisti patri.

Cicero S. D. C. Curioni.

Haec negotia quo modo se habeant ne epistola quidem narrare laudeo. Tibi etsi ubicumque es, ut scripsi ad te ante, in eadem es navi, tamen, quod abes, gratulor, vel quia non vides ea quae nos, vel quod excelso et inlustri loco sita est laus tua in plurimorum et sociorum et civium conspectu, quae ad nos nec obscuro nec vario sermone, sed et clarissima et una omnium voce perfertur. Unum illud nescio, gratulerne tibi an timeam, quod mirabilis est expectatio reditus tui, non quo verear ne tua virtus opinioni hominum non respondeat sed mehercule ne, cum veneris, non habeas iam quod cures; ita sunt omnia debilitata et iam prope extincta. Sed haec ipsa nescio rectene sint litteris commissa; quare cetera cognosces ex aliis. Tu tamen, sive habes aliquam spem de re publica sive desperas, ea para, meditare, cogita, quae esse in eo civi ac viro debent, qui sit rem publicam adflictam et oppressam miseris temporibus ac perditis moribus in veterem dignitatem et libertatem vindicaturus.

17.

Literatura científica.—La literatura científica se desarrolla con gran vitalidad en esta edad, surgiendo legiones de gramáticos, jurisconsultos y naturalistas, que se consagraron a estudios detallados de estas ciencias, y figuras eminentes, como las de Varrón y Nigidio Fígulo, que en su afán de saber pretendieron abarcar todas las ramas del conocimiento.

Nigidio Fígulo, contemporáneo y amigo de Cicerón, fué senador y pretor. Como Cicerón, abrazó el partido de Pompeyo, con tanto ardor, que César, creyéndole irreconciliable enemigo, le desterró, muriendo expatriado el año 45 a. de J. C. Suetonio llama a Nigidio Fígulo pitagórico y mago.

Escribió una larga obra sobre astrología y adivinación. Su ciencia astronómica y astrológica es ponderada por Lucano con los más vivos encomios. Publicó asimismo un *Tratado de los animales*, repartido en cuatro libros, mereciendo de Macrobio grandes elogios como naturalista. Por lo vasto de su conocimiento fué comparado en la antigüedad a Varrón. Cicerón acudía a él frecuentemente a consultarle en las más arduas cuestiones científicas y literarias. Escribió de matemáticas, de gramática, de filosofía, de ciencias naturales, de teología y de disciplina etrusca y augural. Como filósofo fué el representante en Roma del pitagorismo. Como gramático se hizo fa-

moso con su obra *Commentariū grammatici*, dividida en 30 libros.

Marco Terencio Varrón.—Nació en Rieti (de donde recibió su sobrenombre de Reatino) el año 116 a. de J. C. Fué discípulo de Antíoco de Ascalón y de Elio Estilón. A pesar de haberse consagrado con ahinco al estudio, intervino también muy activamente en la vida pública. Fué muy amigo de Pompeyo, a quien acompañó en las guerras contra Sertorio y contra los piratas. Desempeñó importantes cargos de tribuno, pretor, etc. Al estallar la guerra civil combatió al lado de Pompeyo contra César. Vencido su protector, se reconcilió con César, que le nombró jefe de la Biblioteca fundada por él. Desterrado por Antonio y reintegrado más tarde a Roma por Caleno, murió el año 27.

La obra de este gran polígrafo, sin par en toda la antigüedad, es inmensa, quedando noticia de 74 obras suyas en unos 620 libros. Por desgracia, una sola de sus obras ha llegado completa hasta nosotros.

Sus libros en prosa son: *Disciplinarum libri IX*, que era una enciclopedia de artes liberales; los discursos, en 22 libros: sus *Suasiones*, en tres libros; los *Logisterici*, en 76 libros, que eran ejemplos históricos moralizadores, con doble título cada uno, como *Cato de educatione filiorum*; sus *Legationes*, en tres libros: su obra *De Pompeyo*, en otros tres libros: su *Vida*, en tres libros: sus *Antiquitatum romanarum libri XLI*, de ellos 25 de cosas humanas, y 16 de cosas divinas, obra conocida en parte por las

citas de San Agustín en su libro *De civitate Dei*; sus *Imaginum libri XV*, con 700 biografías de personajes ilustres romanos y extraños; sus *Annales*, en tres libros; la obra *De bibliothecis*, en tres libros; *De lectionibus*, en tres libros; *De originibus scenicis*, en tres; *De scenicis actionibus*, en tres; *Quaestiones plautinae*, en cinco libros; *De jure civili*, en 15; *De lingua latina*, en 25; *Res rusticae*, en tres; *De arte nautica*, etc.

De toda esta enciclopedia no ha llegado a nosotros más que lo siguiente: de la obra *De lingua latina*, de los 25 libros de que constaba, solamente seis, del V al X inclusive; de su obra *De re rustica*, los tres libros que tenía, aunque con una laguna al principio del segundo libro; de sus sentencias, o de las que se le atribuyen, queda un cierto número.

En su obra *De lingua latina* expone las diversas doctrinas filosóficas sobre la evolución del lenguaje, discurrendo con gran sagacidad sobre las opuestas teorías de las escuelas griegas. Es la obra más valiosa que sobre este tema nos ha legado la antigüedad.

Su obra de agricultura *De re rustica* no es, como la de Catón, un frío formulario de recetas prácticas, sino una obra razonada, y aun animada por principios morales, en la que estudia los medios de dar impulso a la agricultura nacional.

Sus *Antigüedades divinas* son como exaltación de las creencias tradicionales, amenazadas de grave crisis. Paralelamente sus *Antigüedades humanas* son la

glorificación de las virtudes tradicionales, un poco debilitadas por la helenización de las costumbres.

En toda la gigantesca obra de Varrón resalta un fervoroso propósito patriótico de ensalzar las glorias romanas, haciendo compatible este amor patrio con una vehemente afición a la cultura griega. En su propia obra realizó la conciliación de los refinamientos de esta cultura con la severidad y el utilitarismo romano.

Fueron notables gramáticos y filólogos: Servio Clodio, que llegó a ser autoridad notable en cuestiones plautinas; Aurelio Opilio, que además de filósofo y retórico, fué autor de una obra de erudición variada titulada *Las nueve musas* y de un estudio en que se dilucidaba la autenticidad de las obras plautinas; Marco Antonio Gnifón, de origen galo, que escribió dos volúmenes, *De latino sermone*; Ateyo Pretestato el Filólogo, que compuso una gigantesca obra filológica de miscelánea, titulada *Hyle*, en 800 libros; Santra, que además de alguna tragedia y de alguna obra histórica, *De viris illustribus*, escribió una obra gramatical, *De antiquitate verborum*; Basso, autor de los libros *De origine verborum* y *De significacione verborum*.

Ilustre representante de la filosofía fué Marco Bruto, tan alabado por Cicerón en sus obras filosóficas y retóricas. Se citan de él tres libros sobre la Virtud, sobre los Deberes y sobre la Paciencia, de los cuales nada se ha conservado.

Los estudios sobre el Derecho romano tuvieron gran

importancia en esta edad, destacándose notables jurisconsultos, ya como peritos en el ejercicio, ya como escritores. Fueron de los principales Aquilio Galo, compañero de Cicerón en la Pretura, y autor de algunas fórmulas jurídicas; Servio Sulpicio Rufo, autor de 180 libros de jurisprudencia, y Elio Galo, autor de la obra *De verborum quae ad ius civile pertinent significatione*. De Derecho religioso, especialmente sobre disciplina de los augures y pontífices, escribieron varios, como Valerio Messala, Cecina y Prisco. De Derecho civil trataron especialmente Ofilio, Trebacio y Cascelio.

De la Economía doméstica escribió Macio, amigo de Cicerón, componiendo una obra en tres libros, cuyos títulos eran *Cocus*, *Cellarius*, *Salgamerius*, el cocinero, el despensero y el conservero. De la economía rural trataron Mamilio Sura y Tremelio Escopa, ambos muy utilizados por Varrón.

VARRON

DE LINGUA LATINA.

Palabras derivadas de fari.

Fatur is qui primum homo significabilem ore mittit vocem. Ab eo ante quam ita faciant, pueri dicuntur *infantes*; quom id faciant, iam *fari*, quod vocabulum a similitudine vocis pueri, id dicunt, ab hoc tempore, quod tum pueris constituent. Parcae fando, dictum *fatum* et *res fatales*. Ad hanc eamdem vocem qui

facile fantur *facundi* dicti, et qui futura, praedivinando soleant fari, *fatidici* dicti; idem *vaticinari*, quod vesana mente faciunt. Hinc *fasti* dies quibus verba certa legitima sine piaculo praetoribus licet fari. Ab hoc nefasti quibus diebus ea fari jus non est, et, si fati sunt, piaculum faciunt. Hinc *effata* dicuntur, quod augures finem auspicio- rum caelestum extra urbem agris sunt effati ubi essent; hinc *effari* templa dicuntur ab auguribus; *affantur* qui in his fines sunt. Hinc *fana* nominata, quod pontifices in sacrando fati sint finem; hinc *profanum* est quod ante fanum coniunctum fano, hinc *profanatum* in sacrificio; atque inde Herculi decuma appellata ab eo est, quod sacrificio quodam fanatur, id est ut fani lege sit. Id dicitur *polluctum*, quod a porriciendo est fictum; quom enim ex mercibus libamenta porrecta sunt Herculi in aram, tum polluctum est, ut, quom *profanatum* dicitur, id est proinde ut sit fani factum; itaque olim fano consumebatur omne quod profanum erat, ut etiam fit, quod praetor Urbis quotannis facit quom Herculi immolat publice iuvenecam.

Declinación y derivación.

Nomina declinantur aut in earum rerum discrimina, quarum nomina sunt, ut a *Terentius*, *Terenti*: aut in eas res extrinsecus, quarum ea nomina non sunt, ut ab *equo equiso*. In sua discrimina declinantur aut propter ipsius rei naturam, de quo dicitur, aut propter illius, qui dicit. Propter ipsius rei discrimina aut a toto, aut a parte. A toto, ut ab *homine ho-*

munculus, a *capite capitulum*; propter multitudinem, ut ab *homine homines*; ab eo, quod alii dicunt, *cervices*, id Ortensius in poematis *cervix*. Quae a parte declinata, aut a corpore, ut a *mamma mammosae*, a *manu manubria*: aut ab animo, ut a *prudencia prudens*, ab *ingenio ingeniosi*. Haec sine agitationibus; at ubi motus maiores, item ab animo, ut ab *strenuitate et nobilitate, strenui et nobiles*. Sic a *pugnando et currendo pugiles et cursores*. Ut aliae declinationes ab animo, aliae a corpore: sic aliae, quae extra hominem, et *pecuniosi, agrarii*, quod foris *pecunia et ager*.

18.

EDAD DE AUGUSTO

La edad de Augusto es la edad de oro de la literatura latina. Como en todas las edades de apogeo de otras literaturas, no coinciden todos los géneros en su máxima perfección, sufriendo algunos, como la oratoria, marcada decadencia; pero en general la literatura y especialmente la poesía llega en esta edad a su punto de perfección de forma. Como ocurre en otras literaturas, este refinamiento es a veces a costa de la energía, no siendo superior Virgilio a Lucrecio en la fuerza poética, ni Tito Livio en la originalidad y fuerza a Salustio y César, ni Tibulo o Propercio en la viveza del sentimiento a Catulo. Es la sistematización, la regularidad de la exposi-

ción y la brillantez del lenguaje lo que da el valor de edad de oro a este período de Augusto.

El apoyo moral que Augusto prestó a la literatura creando la biblioteca Palatina y honrándose con la íntima amistad de Virgilio y procurándose la de Horacio, y el entusiasmo con que las producciones literarias eran recibidas, contribuyó a fomentar la actividad literaria y a formar un acendrado gusto, que hizo posible el esplendoroso período de su imperio. Como ejemplo de la generosidad imperial se cuenta el caso de Lucio Vario Rufo, que recibió como premio de su tragedia *Tiestes* un millón de sextercios.

Propulsor generoso de la literatura fué también Mecenas, el primer ministro de Augusto, que no sólo amparó materialmente a los poetas, sino que se interesó por que emprendieran especiales trabajos poéticos.

Caracteriza al siglo de Augusto la exaltación poética, demostrada no sólo en el desarrollo de la poesía sino en el barniz poético con que aparecen adornados otros géneros literarios. El número de poetas no puede apreciarse, por haberse perdido sus obras y sus nombres, pero Horacio pondera la afición desmedida con que todo el mundo se dedicaba al cultivo de la poesía. Es de creer, sin embargo, que ninguno de los olvidados mereció el nombre de gran poeta. Otro carácter de esta edad es el equilibrio de la influencia griega. Mientras en la edad anterior esta influencia es objeto de lucha, predominando en unos

autores cierta rudeza romana, como en Ennio, Plauto y Lucrecio, y en otros una exagerada desnaturalización del carácter romano y una excesiva fidelidad a los modelos griegos, en esta edad el equilibrio se acentúa, predominando el fondo romano y las cualidades moralistas y satíricas de este pueblo, a la vez que la forma elegante y atildada de los modelos griegos.

Este predominio de los asuntos romanos es consecuencia también de la situación política, del orgullo nacional, exaltado en los momentos en que las armas romanas señorean el mundo. Este apogeo literario del siglo de Augusto es rápido, como fué rápida la evolución del espíritu romano, fortalecido con la magnífica expansión del imperio, y debilitado en seguida por los excesos del lujo y de la molicie. Del mismo Virgilio a Ovidio, cuya perfección técnica no disminuye, pero cuyo nervio decae lastimosamente, hay un abismo.

Publio Virgilio Marón.—Nació de acomodados campesinos en Andes, cerca de Mantua, el año 70 a. de J. C. Llevado a los quince años a Roma para completar su educación, estudió con predilección la retórica y la filosofía epicúrea con Sirón. Era de elevada estatura, delgado y moreno, de aspecto enfermizo y triste, de grave dignidad, de una delicadeza casi femenil y de una timidez llevada a la exageración. Sus primeras poesías debieron ser especialmente de carácter bucólico, siendo su amigo Polión quien le instó a que escribiese una obra de este géne-

ro. Escrita ésta desde el año 43 al 37, fué recibida con singular admiración, siendo causa de que Vario presentase a Virgilio en el Círculo literario de Mecenas. Por sugestión de Mecenas se puso inmediatamente a escribir las *Geórgicas*, en las que estuvo trabajando hasta el año 30.

A causa de un reparto de heredades entre soldados veteranos de Augusto se vió en el año 41 la familia de Virgilio desposeida de sus tierras. Logró Virgilio que interviniesen para evitar este despojo sus protectores Cornelio Galo, Varo y Asinio Polión, consiguiendo de Augusto que se les restituyesen las propiedades que les habían correspondido a Virgilio y a su hermano.

Parece que por indicación del mismo Mecenas tuvo el propósito de componer un poema épico en que se cantasen las hazañas de Augusto, pero este proyecto no llegó a verse realizado. Después de esto se dedicó a componer un poema épico, no el proyectado sobre los hechos de Augusto, sino uno nacional sobre las glorias romanas. Con su lentitud habitual y con su cuidado de perfección nunca satisfecho, se consagró durante once años a elaborar y pulir esta obra. Ya avanzada su labor, emprendió un viaje por Grecia y Asia Menor para perfeccionarla. Encontrándose en Atenas con Augusto, le indujo el Emperador a que le acompañase a Roma, enfermando en la travesía por el calor. Llegados a Brindis, allí murió a los pocos días, siendo enterrado en Nápoles. Aunque Virgilio había encargado que su *Eneida* fue-

se quemada, por no estar concluída, ni suficientemente limada, encomendó Augusto a los amigos del poeta Vario y Tucca que publicasen fielmente el original, como lo hicieron, respetando en él hasta los 58 versos incompletos.

Bucólicas.—Las 10 Bucólicas fueron escritas desde el año 42 al 39. Estas poesías fueron recibidas con calurosa admiración por sus contemporáneos, y no sólo fueron admiradas en la lectura sino que fueron cantadas en el teatro por la actriz Citeris, citada en la égloga X bajo el nombre de Lycoris. Los personajes de estas églogas son pastores, excepto en las églogas I, IX y X, en que los fingidos pastores son en realidad personajes históricos, entre ellos el mismo Virgilio. En las *Bucólicas* claramente se ve la imitación de Teócrito. Sin embargo, esta imitación, que el mismo Virgilio confiesa, no es la copia servil, sino la ocasión para una inspiración distinta. En efecto, el duro realismo y la vigorosa naturalidad del poeta siracusano se transforma en Virgilio en un dulce y refinado sentimentalismo. Los groseros pastores de Teócrito son en Virgilio pastores idealizados de la edad de oro; las luchas feroces de los pastores sicilianos son en las manos de Virgilio contiendas literarias; sus violentas pasiones amorosas son en éste un dulce sentimiento o cortésana galantería. Con un aparato muy semejante, se trata en rigor de un género nuevo: Teócrito canta la naturaleza y Virgilio la siente. Los cuadros de Teócrito son realistas y los de Virgilio sentimentales. Maravilla en Teócrito

la exactitud de sus escenarios inconfundibles y en Virgilio la espiritualidad con que los idealiza como escenarios adecuados a cada sentimiento. Teócrito gana en la energía de la descripción, y Virgilio le vence en la emoción subjetiva del paisaje, sobre todo al impregnarlo de una dulce melancolía.

En otro aspecto es enteramente original Virgilio, y es en la égloga de alusiones, en las que los supuestos pastores son en realidad personajes vivientes. Estas alusiones, imitadas luego en la poesía pastoril de las lenguas romances, despertaron la curiosidad de los lectores, prestándose a las interpretaciones más opuestas. Ha sido objeto de una especial controversia sobre todo la égloga IV:

Sicelides Musae, paulo maiora canamus!
 non omnis arbusta iuvant humilesque myricae:
 si canimus silvas, silvae sint consule dignae.
 Ultima Cumaei venit iam carminis aetas:
 magnus ab integro saeculorum nascitur ordo.
 Iam redit et virgo, redeunt Saturnia regna:
 iam nova progenies caelo demittitur alto.
 tu modo nascenti puero, que ferrea primum
 desinet ac toto surget gens aurea mundo,
 casta fave Lucina: tuus iam regnat Apollo.

En ella se profetiza el nacimiento de un niño, que volverá a instaurar la edad de oro sobre la tierra. Interpretan algunos críticos que en ella se aludía al próximo nacimiento de un hijo de Augusto y de su esposa Escribonia, mientras que entre muchos

escritores cristianos se ha querido ver un pronóstico del nacimiento de Jesucristo.

EGLOGA I.

Meliboeus. Tityrus.

M. Tityre, tu patulae recubans sub tegmine fagi,
silvestrem tenui musam meditaris avena:
nos patriae finis et dulcia linquimus arva.

Nos patriam fugimus: tu, Tityre, lentus in umbra
formonsam resonare doces Amaryllida silvas.

T. O Meliboee, deus nobis haec otia fecit:
namque erit ille mihi semper deus, illius aram
saepe tener nostris ab ovilibus imbuet agnus.

Ille meas errare boves, ut cernis, et ipsum
ludere quae vellem calamo permisit agresti.

M. Non equidem invideo, miror magis: undique totis
usque adeo turbatur agris: en ipse capellas
protenus aeger ago: hanc etiam vix, Tityre, duco.

Hic inter densas corylos modo namque gemellos,
spem gregis, a! silice in nuda conixa reliquit.

Saepe malum hoc nobis, si mens non laeva fuisset,
de caelo tactas memini praedicere quercus.

Sed tamen iste deus qui sit da, Tityre, nobis.

T. Urbem quam dicunt Romam, Meliboee, putavi
stultus ego huic nostrae similem, quo saepe solemus
pastores ovium teneros depellere fetus.

Sic canibus catulos similes, sic matribus haedos
noram, sic parvis componere magna solebam.

Verum haec tantum alias inter caput extulit urbes,
quantum lenta solent inter viburna cupressi.

M. Et quae tanta fuit Romam tibi causa videndi?

T. Libertas; quae sera tamen respexit inertem,
candidior postquam tondenti barba cadebat;
respexit tamen et longo post tempore venit,
postquam nos Amaryllis habet, Galatea reliquit.
Namque, fatebor enim, dum me Galatea tenebat,
nec spes libertatis erat nec cura peculi.
Quamvis multa meis exiret victima saeptis,
pinguis et ingratae premeretur caseus urbi,
non umquam gravis aere domum mihi dextra redibat.
M. Mirabar quid maesta deos, Amarylli, vocares;
cui pendere sua patereris in arbore poma:
Tityrus hinc aberat. Ipsae te, Tityre, pinus,
ipsi te fontes, ipsa haec arbusta vocabant.
T. Quid facerem? neque servitio me exire licebat,
nec tam praesentis alibi cognoscere divos.
Hic illum vidi iuvenem, Meliboeae, quotannis
bis senos cui nostra dies altaria fumant.
Hic mihi responsum primus dedit ille petenti:
"Pascite ut ante boves, pueri: summittite tauros".
M. Fortunate senex! ergo tua rura manebunt.
Et tibi magna satis, quamvis lapis omnia nudus
limosoque palus obducat pascua iunco.
Non insueta gravis temptabunt pabula fetas,
nec mala vicini pecoris contagia laedent.
Fortunate senex! hic inter flumina nota
et fontis sacros frigus captabis opacum.
Hinc tibi, quae semper vicino ab limite saepes
Hyblaeis apibus florem depasta salicti,
saepes levi somnum suadebit inire susurro.
Hinc alta sub rupe canet frondator ad auras:
nec tamen interea raucae tua cura palumbes,
nec gemere aëria cessabit turtur ab ulmo.

T. Antè leves ergo pascentur in aequore cervi,
et freta destituent nudos in litore pisces;
ante pererratis amborum finibus exul,
aut Ararim Parthus bibet, aut Germania Tigrim,
quam nostro illius labatur pectore voltus.

M. At nos hinc alii sitientis ibimus Afros,
pars Scythiam et rapidum Cretae veniemus Oaxen,
et penitus toto divisos orbe Britannos.

En umquam patrios longo post tempore finis
pauperis et tuguri congestum caespite culmen
post aliquod mea regna videns mirabor aristas?
Impius haec tam culta novalia miles habebit,
barbarus has segetes: en quo discordia civis
produxit miseros, his nos consevimus agros!
Insere nunc, Meliboee, puros; pone ordine vites.
Itè meae quondam felix pecus, ite capellae.
Non ego vos posthac viridi proiectus in antro
dumosa pendere procul de rupe videbo;
carmina nulla canam; non me pascente, capellae,
florentem cytisum et salices carpetis amaras.

T. Hic tamen hanc mecum poteras requiescere noctem
fronde super viridi: sunt nobis mitia poma,
castaneae molles et pressi copia lactis.

Et iam summa procul villarum culmina fumant,
maioresque cadunt altis de montibus umbrae.

Geórgicas.—Este poema fué escrito por encargo de Augusto y Mecenas, que fundaban principalmente el desarrollo del Imperio en la extensión de la agricultura.

Como Varrón, Virgilio pretende evitar la ruina de los campos de su patria, abandonados por sus an-

tiguos cultivadores que preferían la profesión de las armas, abandonando los campos y haciendo de las hoces espadas.

Tot bella per orbem,
tam multae scelerum facies: non ullus aratro
dignus honos, squalent abductis arva colonis,
et curvae rigidum falces conflantur in ensem.

El mismo Virgilio, en el libro II, v. 176, se ufana de extender entre los romanos el canto ascreo.

Ascraeum cano romana per oppida carmen.

En efecto, es a Hesíodo, al poeta de Ascra, el autor de *Las Obras y los Días*, a quien Virgilio tomó por modelo. La fuente del poema no es, sin embargo, sólo la obra de Hesíodo, fundándose además de éste en Eúferión, Nicandro y Arato, entre los griegos, y en Catón, entre los romanos. Virgilio poseía además los conocimientos tradicionales del pueblo, a los que añadía su experiencia personal. Esta suma de conocimientos da al poema una firme precisión, al extremo que los profesionales Plinio y Columela lo citaban luego como una segura autoridad.

Sorprende además la amplitud de aspectos, que no se hallan ni en las obras técnicas de Catón y de Jenofonte, como sus referencias a la geología para clasificar los terrenos, a la botánica para estudiar las condiciones de las plantas en armonía con las clases de suelo, y a la astronomía para determinar las condiciones climatológicas de cada cultivo y de cada

labor. El poema está escrito con verdadero amor por las cosas: los labradores que describe tienen una atractiva simpatía; los animales de labor, como el buey, que queda entristecido por la muerte de su compañero; el ruiseñor, al que le arrebatan el nido, todo está matizado por la dulce y amorosa tristeza del poeta. Las descripciones, acomodadas a cada caso, tienen a veces la grandeza de la epopeya.

GEORGICA

Luchas de los toros.

Illi alternantes multa vi proelia miscent
 volneribus crebris, lavit ater corpora sanguis,
 versaque in obnixos urgentur cornua vasto
 cum gemitu, reboant silvaeque et longus Olympus.
 Nec mos bellantis una stabulare, sed alter
 victus abit longeque ignotis exulat oris.
 Multa gemens ignominiam plagasque superbi
 victoris, tum quos amisit inultus amores,
 et stabula aspectans regnis excessit avitis:
 ergo omni cura viris exercet, et inter
 dura iacet pernix instrato saxa cubili
 frendibus hirsutis et carice pastus acuta,
 et temptat sese, atque irasci in cornua discit
 arboris obnixus trunco, ventosque laccessit
 ictibus, et sparsa ad pugnam proludit harena.
 Post ubi collectum robor viresque relectae
 signa movet, praecepsque oblitum fertur in hostem:
 fluctus uti, medio coepit cum albescere ponto,

longius ex altoque sinum trahit, utque volutus
ad terras immane sonat per saxa neque ipso
monte minor procumbit, at ima exaestuât unda
vorticibus nigramque alte subiectat harenam.

(III, 220-241.)

Descripción de la peste.

Hic quondam morbo caeli miseranda coortast
tempestas totoque autumnî incanduit aestu,
et genus omne neci pecudum dedit, omne ferarum,
corruptique lacus, infecit pabula tabe.
Nec via mortis erat simplex, sed ubi ignea venis
omnibus acta sitis miseros adduxerat artus,
rursus abundabat fluvidus liquor omniaque in se
ossa minutatim morbo conlapsa trahebat.
Saepe in honore deum medio stans hostia ad aram,
lanea dum nivea circumdatur infula vitta,
inter cunctantis cecidit moribunda ministros.
Aut siquam ferro mactaverat ante sacerdos,
inde neque impositis ardent altaria fibrîs,
nec responsa potest consultus reddere vates,
ac vix suppositi tinguntur sanguine cultri
summaque ieiuna sanie infuscatur harena.
Hinc laetes vituli volgo moriuntur in herbis
et dulcis animas plena ad praesepia reddunt.
Hinc canibus blandis rabies venit, et quatit aegros
tussis anhela sues ac faucibus angit obesis.
Labitur infelix studiorum atque immemor herbae
victor equos fontisque avertitur et pede terram
crebra ferit: demissae aures, incertus ibidem
sudor et ille quidem moriturus frigidus, aere
pellis et ad tactum tractanti dura resistit.

Haec ante exitium primis dant signa diebus:
sin in processu coepit crudescere morbus,
tum vero ardentis oculi atque attractus ab alto
spiritus, interdum gemitu gravis, imaque longo
ilia singultu tendunt, ita maribus ater
sanguis, et obsessas fauces premit aspera lingua.
Profuit inserto latices infundere cornu
Lenaeos: ea visa salus morientibus una.
Mox erat hoc ipsum exitio, furiisque relecti
ardebant, ipsique suos iam morte sub aegra
(di meliora piis erroremque hostibus illum!)
discissos nudis laniabant dentibus artus.
Ecce autem duro fumans sub vomere taurus
concidit et mixtum spumis vomit ore cruorem
extremosque ciet gemitus. It tristis arator
maerentem abiungens fraterna morte iuvenum,
atque opere in medio defixa relinquit aratra.
Non umbrae altorum memorum, non mollia possunt
prata movere animum, non qui per saxa volutus
purior electro campum petit amnis: at ima
solvontur latera, atque oculos stupor urget inertis,
ad terramque fluit devexo pondere cervix.

(III, 478-54.)

Cuidados del ganado menor.

Incipiens stabulis edico in mollibus herbam
canpere ovis, dum mox frondosa reducitur aestas,
et multa duram stipula felicumque manipulis
sternere sup̄ter humum, glacies ne frigida laedat
molle pecus, scabiemque ferat turpisque podagras.
Post hinc digressus iubeo frondentia capris
arbuta sufficere et fluvios praebere recentis

et stabula a ventis hiberno opponere soli
ad medium conversa diem, cum frigidus olim
iam cadit extremosque inrorat aquarius anno.
Haec quoque non cura nobis levioꝛe tuendaẽ,
nec minor usus erit, quamvis Milesia magno
vellera mutantur Tyrios incocta rubores:
densior hinc suboles, hinc largi copia lactis:
quam magis exhausto spumaverit ubere muicta,
laeta magis pressis manabunt flumina mamnis.
Nec minus interea barbas incanaque menta
Cinyphii tondent hircui saetasque comantis
usum in castrorum et miseris velamina nautis.
Pascuntur vero silvas et summa Lycaei
horrentisque rubos et amantis ardua dumos:
atque ipsae memores redeunt in tecta suosque
ducunt, et gravido superant vix ubere limen.
Ergo omni studio glaciem ventosque nivalis,
quo minor est illis curae mortalis egestas,
avertes, victumque feres et virgea laetus
pabula, nec tota claudes faenilia bruma.
At vero zephyris cum laeta vocantibus aestas,
in saltus utrumque gregem atque in pascua mittes.
Luciferi primo cum sidere frigida rura
carpamus, dum mane novom, dum gramina canent,
et ros in tenera pecori gratissimus herba.
Inde ubi quarta sitim caeli collegerit hora
et cantu querulae rumpent arbusta cicadae,
ad puteos aut alta greges ad stagna iubebo
currentem ilignis potare canalibus undam;
aestibus at mediis umbrosam exquirere vallem,
sicubi magna Iovis antiquo robore quercus
ingentis tendat ramos, aut sicubi nigrum
ilicibus crebris sacra nemus accubet umbra:

tum tenuis dare rursus aquas et pascere rursus
solis ad occasum, cum frigidus aera vesper
temperat, et saltus reficit iam roscida luna,
litoraue alcyonem resonant, acalanthida dumi.

(III, 305-338.)

Labores de primavera. Datos anteriores precisos.

Vere novo gelidus canis cum montibus umor
liquitur, et zephyro putris se glaeba resolvit,
depresso incipiat iam tum mihi taurus aratro
ingemere, et sulco attritus splendescere vomer.
Illa seges demum votis respondet avari
agricolae, bis quae solem, bis frigora sensit.
Caeditur et tilia ante iugo levis altaque fagus,
et suspensa focus explorat robora fumus.

La tormenta.

Quid tempestates autumnii et sidera dicam,
atque, ubi iam breviorque dies et mollior aestas,
quae vigilanda viris; vel cum ruit imbriferum ver,
spicea iam campis cum messis inhorruit, et cum
frumenta in viridi stipula lactentia turgent?
Saepe ego, cum flavis messorum induceret arvis
agricola, et fragili iam stringeret hordea culmo,
omnia ventorum concurrere proelia vidi,
quae gravidam late segetem ab radicibus imis
sublimem expulsam eruerent; ita turbine nigro
ferret hiems culmumque levem, stipulasque volantis.
Saepe etiam immensum caelo venit agmen aquarum,
et foedam glomerant tempestatem imbribus atris
collectae ex alto nubes; ruit arduus aether,
et pluvia ingenti sata laeta boumque labores

diluit; implentur fossae, et cava flumina crescunt cum sonitu, fervetque fretis spirantibus aequor. Ipse pater media nimborum in nocte corusca fulmina molitur dextra: quo maxuma motu terra tremit; fugere ferae, et mortalia corda per gentes humilis stravit pavor: ille flagranti aut Athon, aut Rhodopen, aut alta Ceraunia telo deicit; ingeminant austri et densissimus imber, nunc nemora ingenti vento, nunc litora plangunt.

Selección de las vacas. Tipo perfecto.

Seu quis Olympiacae miratus praemia palmae pascet equos, seu quis fortis ad aratra iuencos, corpora praecipue matrum legat. Optuma torvae forma bovis, cui turpe caput, cui plurima cervix, et crurum tenuis a mento palearia pendent; tum longo nullus lateri modus; omnia magna, pes etiam; et camuris hirtae sub cornibus aures. Nec mihi displiceat maculis insignis et albo, aut iuga detractans interdumque aspera cornu, et faciem tauro propior, quaeque ardua tota et gradiens ima verrit vestigia cauda.

Tipo del caballo.

Nec non et pecori est idem delectus equino. Tu modo, quos in spem statues summittere gentis, praecipuum iam inde a teneris impende laborem. Continuo pecoris generosi pullus in arvis altius ingreditur, et mollia crura reponit; primus et ire viam, et fluvios temptare minantis audet, et ignoto sese committere ponti; nec vanos horret strepitus. Illi ardua cervix

argutumque caput, brevis alvos obesaque terga,
luxuriatque toris animosum pectus. (Honesti
spadices glaucique, color deterrimus albis
et gilvo). Tum, siqua sonum procul arma dedere,
stare loco nescit, micat auribus et tremit artus,
collectumque premens volvit sub naribus ignem.
Densa iuba, e dextro iactata recumbit in armo;
at duplex agitur per lumbos spina, cavatque
tellurem, et solido graviter sonat ungula cornu.

Los caballos de carreras.

Nonne vides, cum praecipiti certamine campum
corripuere, ruuntque effusi carcere currus,
cum spes arrectae iuvenum, exultantiaque haurit
corda pavor pulsans? Illi instant verbere torto,
et proni dant lora; volat vi fervibus axis;
iamque humiles, iamque elati sublime videntur
aera per vacuum ferri, atque adsurgere in auras;
nec mora nec requies; at fulvae nimbus harenae
tollitur, umescunt spumis flatuque sequentum:
tantus amor laudum, tanta est victoria curae.

Los perros.

Nec tibi cura canum fuerit postrema, sed una
velocis Spartae catulos acremque Molossum
pasce sero pingui. Numquam custodibus illis
nocturnum stabulis furem incursusque luporum,
aut inpacatos a tergo horrebis Hiberos.
Saepe etiam cursu timidos agitabis onagros,
et canibus leporem; canibus venabere dammas;
saepe volutabris pulsos silvestribus apros
latratu turbabis, agens montisque per altos,
ingentem clamore premes ad retia cervom.

19.

Eneida.—La *Eneida* está dividida en 12 libros. El libro 1.º, después de una invocación a las musas, inicia la narración de la tempestad, en que a ruegos de la diosa Juno el dios Eolo deshace la armada troyana, cuyos supervivientes hallan refugio en las costas de Africa, en donde Eneas, bajo el amparo de Venus, es acogido por la reina Dido.

En el libro 2.º y en el 3.º Eneas, a instancias de Dido, cuyo amor por el héroe fomenta Venus, narra su fuga tras la ruina de Troya y la pérdida de su esposa, y los episodios hasta su arribo a Cartago.

En el 4.º Juno y Venus conciertan las bodas de Eneas y Dido; pero Júpiter le ordena que marche a Italia, traspasándose Dido con su espada cuando ve la decisión de abandonarla. En los libros sucesivos se describe la llegada a Sicilia; la visita de Eneas a la Sibila, que le guía por los infiernos; su desembarco en el país latino, las luchas de troyanos y rútuos y la muerte de Turno por Eneas.

La gloria de Virgilio está principalmente fundada en la *Eneida*. Sus contemporáneos la recibieron con la más viva admiración. Augusto le instaba a que le enviase partes del poema según los iba componiendo, y Propertio anuncia en uno de sus versos que estaba haciendo un poema más grande que la *Iliada*. El entusiasmo de la posteridad por Virgilio ha llegado hasta la devoción, considerándosele como a un ser divi-

no o un mago, y empleándose sus versos hasta como oráculos de la suerte. En el poema del Dante Virgilio es el guía que ha de descifrarle los misterios de ultratumba.

La *Eneida* es esencialmente una obra patriótica. Desaparecidas las luchas de partido, lo que interesaba bajo Augusto eran las glorias nacionales, y a esa exacerbación del patriotismo histórico responde la magna obra de Tito Livio y el poema de Virgilio. Lo mismo que el historiador romano, Virgilio olvida las rencillas que enardecieron los ánimos en tiempos de Sila y César, siendo todos en el poema gloriosos, los republicanos como Bruto y el usurpador César. Enardecido por este patriotismo el sentimiento tradicional, la *Eneida* es la apología de todo lo romano, de la religión, tan poco tomada en serio en su tiempo, y de la gravedad moral, tan ultrajada en las costumbres de su época.

Habiendo concebido la idea de componer un poema en loor de Augusto, idea que recuerda varias veces, decidió al fin dar a su obra un carácter más impersonal, cantando las glorias del nuevo imperio, a la vez que las glorias tradicionales del pueblo romano. Por esta feliz fusión de ideales la gloria de Augusto se engrandece y la gloria del pueblo romano redundada en gloria del nuevo imperio. Otro acierto de la concepción de Virgilio fué fundir en un tipo medio el modelo de epopeya histórica, a modo de crónica versificada, de bajo vuelo poético, con el modelo de epopeya mitológica, del tipo de los Argonautas, que

había desarrollado la literatura Alejandrina, logrando así gran parte de la precisión y del interés de los primeros, y la elevación poética y brillantez de forma de los segundos.

Siguiendo su admirable habilidad conciliadora, hermana en el poema las tradiciones griegas con las latinas y el pasado de Roma con el presente. El fondo lo constituyen, como indica su nombre, las hazañas de Eneas. Pero las evocaciones de este héroe sobre los tiempos de los Atridas ponen ante los ojos los tiempos homéricos, mientras que los episodios posteriores desarrollan el ciclo latino. Si por medio del recuerdo el poeta enlaza con la historia griega, por medio de hábiles alusiones hace que este poema mitológico enlace con la historia de Roma y aun con los tiempos de Augusto. En el poema romano parecen fundirse además las epopeyas griegas. El poeta virgiliano empieza en la *Odisea*, en los viajes de Eneas; pero la *Iliada* se hace revivir en los combates del Lacio, aunque no sean comparables en grandeza las luchas de los troyanos y de los rútuos en las llanuras de Italia con las de los aqueos ante los muros de Troya.

En rigor Virgilio parece haber fundido en su libro cuantos elementos culturales llegaron hasta él, siendo la filiación de su obra uno de los empeños más complicados. En efecto, no sólo refunde a Homero, sino que inserta en su poema leyendas de los poetas cíclicos y alejandrinos, enlazándolos con las tradiciones nacionales de Nevio y Enio; y, admirablemente

combinadas, reúne doctrinas filosóficas de diversas procedencias y una suma enorme de materiales de erudición, que hacen de esta obra como una enciclopedia condensada de su tiempo. Este poder genial de recoger y reflejar los más variados elementos de cultura en una obra literaria, muy semejante al de Cervantes, ha sido la causa primera de la admiración universal, que apreciaba los aciertos de cada ciencia.

El entusiasmo universal por el poema de Virgilio decayó cuando la literatura histórica pudo apreciar la grandeza que, en medio de cierta tosquedad, ofrecía la epopeya griega, exagerándose entonces la pequeñez del poema erudito. Sin que sea admisible que Virgilio pretendiese rivalizar con Homero, es indudable que pretendió escribir el poema nacional latino a semejanza de la epopeya homérica. El libro I.^o corresponde al VI de la *Odisea*, y el VII al XII de la *Iliada*.

Las reminiscencias del poema griego son numerosas: la narración que Eneas hace de sus aventuras a la reina Dido es muy semejante a la que Ulises hace de sus viajes a los feacios; la intervención de los dioses recuerda la de los dioses homéricos; los caracteres de los personajes descubren su singular paralelismo: Eneas con Aquiles, Lavinia con Helena, y Turno con Héctor, y muchos detalles, como la descripción amplificada del escudo, revelan la imitación directa. A pesar del extraordinario mérito de la *Eneida*, es indudable que no alcanza la grandeza de la

epopeya, para la que le faltaban al autor y a su tiempo las condiciones precisas. Las condiciones personales y poéticas de Virgilio; su carácter dulce, tan poco apto para la energía de la epopeya; su inspiración delicada y sentimental, tan opuesta a la fuerte invención épica y a las violencias de la imaginación; su elaboración meticulosa, tan contraria a la ruda espontaneidad; su tendencia a la imitación, tan distante de la potencia creadora de la obra homérica, no eran las más favorables para producir otra cosa que una obra exquisitamente artística, pero fría.

Del mismo modo las condiciones de su época no podían ser más adversas a una concepción de esta clase. Las luchas de los dioses de la mitología homérica, que combatían arduamente como los mortales, en un pueblo de espíritus escépticos —Virgilio mismo lo era—, no podían ser más que un adorno poético sin vigor; los fuertes rasgos de un pueblo primitivo de sentimientos espontáneos no podían ser del gusto de una sociedad elegante y mundana, enemiga de toda violencia y de todo gesto indelicado y descompuesto. Así la mitología virgiliana es un recurso decorativo, en que los dioses tienen todas las maneras del foro. Así los guerreros del poema parecen a veces el retrato del propio Virgilio, compasivos con los vencidos y entristecidos con los horrores de la matanza.

Lo mismo que en el fondo del poema, en la forma hay abundancia de primores, pero falta la grandiosidad. Los epítetos suelen ser excesivamente genéri-

cos, evocando en disfavor suyo los epítetos gráficos de la epopeya griega. Y, en general, el estilo aparece excesivamente metodizado con giros felices, con una grata armonía de tono y con una admirable maestría de versificación, pero sin las valentías del trazo y de la ornamentación de la epopeya.

Si falta la grandeza lírica, hay, en cambio, una ternura de sentimientos, que brota espontáneamente del alma buena del poeta. En todos los tristes episodios su piedad se desborda en poéticas delicadezas: los trágicos amores de Dido, la tristeza de Andrómaca y las muertes de Corebo y Eurialo le inspiran los más dulces acentos de compasión. Este sentimiento de dulce melancolía informa al poema entero.

Appendix vergiliana.—Con este nombre se conoce una colección de poesías atribuidas a Virgilio, que existía desde el siglo I de nuestra era, y que se fué aumentando con supuestas composiciones del poeta. Sorprende de este *Appendix* que los escoliastas, que con tanto cuidado se dedicaron desde la muerte del poeta a comentar sus obras, no hagan referencia a las poesías contenidas en él. De las obras contenidas en el *Appendix vergiliana*, unas son de atribución evidentemente falsa. Tales son *Dirae*, escritas por Valerio Catón, y el poema *Ciris*. El asunto de este último es la leyenda popular de Escila, que dió muerte a su padre Niso por amor al enemigo de éste, el rey Minos. Este rey, en castigo del parricidio, hace arrastrar por el mar a Escila, has-

ta que se convierte en el ave Ciris, siendo convertido su padre Niso en el águila marina que devora a su hija. Este poema no puede ser, por multitud de circunstancias, obra de Virgilio, aunque tampoco parece ser de Cornelio Galo, a quien también se ha atribuído.

Parece cierto que Virgilio compuso un poemita titulado el *Culex*, o el mosquito, imitado probablemente de un poema griego. Dan casi confirmada la autenticidad los juicios de Lucano y Marcial, que lo atribuían decididamente a Virgilio. Hacen, en cambio, dudosa la atribución los defectos del poema, tan poco en armonía con la corrección de las obras indudables; aunque estos defectos sean explicables por ser obra de la juventud de Virgilio y por no ser acaso exactamente igual al poema original el que se ha conservado. El que conocemos consta de 414 hexámetros. El personaje del poema es un mosquito, al que un pastor mató por haberle picado, sin tener en cuenta que esta picadura le había despertado y salvado de ser mordido de una serpiente. Otro poemita, incluido tardíamente en el *Appendix*, es el *Moretum*, en 124 versos, imitado de otro poeta alejandrino, Paternio, en el cual se describen jocosamente los preparativos de una comida campestre. El animado poemita *Copa*, o la tabernera, incluido en el *Appendix*, es como la invitación desenfadada y humorística que una tabernera hace para que los viandantes entren en su posada, exponiéndoles las tentadoras delicias que han de encontrar en ella. El

mismo tono humorístico, tan extraño a Virgilio, y las imperfecciones métricas, hacen que no pueda atribuírse a él.

AENEIS.

Navegación de la armada troyana. Venganza de Juno.

Vix e conspectu Siculae telluris in altum
vela debant laeti, et spumas salis aere ruebant,
cum Iuno, aeternum servans sub pectore volnus,
haec secum: "Mene incepto desistere victam,
nec posse Italia Teucrorum avertere regem?
Quippe vetor fatis. ¿Pallasne exurere classem
Argivom atque ipsos potuit submergere ponto
unius ob noxam et furias Aiacis Oili?

Ipsa, Iovis rapidum iaculata e nubibus ignem,
disiecitque rates eventitque aequora ventis,
illum exspirantem transfixo pectore flammam
turbine corripuit, scopuloque infixit acuto;
ast ego, quae divom incedo regina, Iovisque
et soror e coniunx, una cum gente tot annos
bella gero: ¿et quisquam numen Iunonis adoret
praeterea aut supplex aris imponet honorem?"

Talia flammato secum dea corde volutans,
nimborum in patriam, loca feta furentibus austris,
Aeoliam venit. Hic vasto rex Aeolus antro
luctantes ventos tempestatesque sonoras
imperio premit, ac vinclis et carcere frenat.
Illi indignantes, magno cum murmure montis,
circum claustrá fremunt; celsa sedet Aeolus arce,
sceptra tenens, mollitque animos, et temperat iras.
Ni faciat, maria ac terras caelumque profundum
quippe ferant rapidi secum, verrantque per auras:

sed pater omnipotens speluncis abdidit atris,
hoc metuens, molemque et montes insuper altos
imposuit, regemque dedit, qui foedere certo
et premere, et laxas sciret dare iussus habenas.

Ad quem tum Iuno supplex his vocibus usa est:

“Aeole, namque tibi divom pater atque hominum rex
et mulcere dedit fluctus et tollere vento,
gens inimica mihi Tyrrhenum navigat aequor,
Illium in Italiam portans victosque penates:
incute vim ventis, submersasque obrue puppes,
aut age diversos, et disice corpora ponto.

Sunt mihi bis septem praestanti corpore nymphae,
quarum quae forma pulcherrima Deiopea,
conubio iungam stabili, propriamque dicabo,
omnis ut tecum meritis pro talibus annos
exigat, et pulchra faciat te prole parentem.”

Aeolus haec contra: “Tuus, o regina, quid optes,
explorare labor; mihi iussa capessere fas est.

Tu mihi quodcumque hoc regni, tu sceptrum Iovemque,
concilias; tu das epulis accumbere divom,
nimborumque facis tempestatumque potentem.”

Se desarrolla la tempestad. Naufragios de la armada.

Haec ubi dicta, cavom conversa cuspide montem
impulit in latus: ac venti, velut agmine facto,
qua data porta, ruunt, et terras turbine perflant.

Incubere mari, totumque a sedibus imis
una Eurusque Notusque ruunt, creberque procellis
Africus, et vastos volvont ad litora fluctus.

Insequitur clamorque virum stridorque rudentum.
Eripiunt subito nubes caelumque diemque
Teucrorum ex oculis; ponto nox incubat atra.

Intonuere poli, et crebris micat ignibus aether,
praesentemque viris intentant omnia mortem.
Extemplo Aeneae solvontor frigore membra;
ingemit, et duplicis tendens ad sidera palmas,
talía voce refert: "¡O terque quaterque beati,
quis ante ora patrum Troiae sub moenibus altis
contigit oppetere! ¡O Danaum fortissime gentis
Tydide! ¡mene Iliacis occumbere campis
non potuisse, tuaque animam hanc effundere dextra,
saevos ubi Aeacidae telo iacet Hector, ubi ingens
Sarpedon, ubi tot Simois correpta sub undis
scuta virum galeasque et fortia corpora volvit."

Talia iactanti stridens aquilone procella
velum adversa ferit, fluctusque ad sidera tollit.
Franguntur remi: tum prora avertit, et undis
dat latus; insequitur cumulo praeruptas aquae mons.
Hi summo in fluctu pendent, his unda dehiscens
terram inter fluctus aperit; furit aestus harenis.
Tris Notus abreptas in saxa latentia torquet,
[saxa vocant Itali mediis quae in fluctibus aras],
dorsum immane mari summo. Tris Eurus ab alto
in brevia et syrtis urguet (miserabile visu),
inluditque vadis, atque aggere cingit harenae.
Unam, quae Lycios fidumque vehebat Oronten,
ipsius ante oculos ingens a vertice pontus
in puppim ferit: excutitur pronusque magister
volvitur in caput; ast aliam ter fluctus ibidem
torquet agens circum, et rapidus vorat acquore vortex.
Apparent rari nantes in gurgite vasto,
arma virum, tabulaeque, et Troiae gaza per undas.
Iam validam Ilionei navem, iam fortis Achatí,
et qua vectus Abas, et qua grandaevos Aletes,

vicit hiems; laxis laterum compagibus omnes accipiunt inimicum imbrem, rimisque fatiscunt.

Neptuno aplaca la tempestad.

Interea magno misceri murmure pontum emissamque hiemem sensit Neptunus, et imis stagna refusa vadis, graviter commotus, et alto prospiciens, summa placidum caput extulit unda. Disiectam Aeneae toto videt aequore classem, fluctibus oppressos Troas caelique ruina. Nec latuere doli fratrem Iunonis et irae. Eurum ad se Zephyrumque vocat; dehinc talia fatur: “; Tantane vos generis tenuit fiducia vestri? ; Iam caelum terramque meo sine numine, venti, miscere, et tantas audetis tollere moles? quos ego...! sed motos praestat componere fluctus: post mihi non simili poena commissa luetis. Maturare fugam, regique haec dicite vestro: non illi imperium pelagi saevomque tridentem, sed mihi sorte datum. Tenet ille immania saxa, vestras, Eure, domos; illa se iactet in aula Aeolus, et clauso ventorum carcere regnet.” Sic ait, et dicto citius tumida aequora placat, collectasque fugat nubes, solemque reducit. Cymothoe simul et Triton adnixus acuto detrudunt navis scopulo; levat ipse tridenti, et vastas aperit syrtis, et temperat aequor; atque rotis summas levibus perlabitur undas. Ac veluti magno in populo cum saepe coorta est seditio, saevitque animis ignobile vulgus, iamque faces et saxa volant, furor arma ministrat; tum pietate gravem ac meritis si forte virum quem

conspexere, silent, arrectisque auribus adstant,
ille regit dictis animos et pectora mulcet,
sic cunctus pelagi cecidit fragor, aequora postquam
prospiciens genitor, caeloque invectus aperto,
flectit equos, curruque volans dat lora secundo.

20.

Quinto Horacio Flaco.—Nació de una humilde familia campesina —su padre había sido esclavo— en Venusia el año 65 a. de J. C. A pesar de la escasez de medios, trasladóse el padre a Roma, para atender allí a la educación de su hijo, asistiendo a la escuela del maestro Orbilio, donde estudiaban la *Iliada* y la *Odisea*. Estando Horacio en Atenas, adonde había ido para perfeccionar sus estudios, le invitó a alistarse en el ejército que reclutaba Bruto, el asesino de César. Convertido repentinamente de estudiante en tribuno, asistió Horacio como tal a la batalla de Accio, en que el ejército de Bruto y Casio fué destrozado por el de Octavio, hallando el poeta su salvación en la huída. Desposeído como Virgilio de su pequeña finca de Venusia, que se entregó a los veteranos de Octavio, tuvo que vivir con estrechez de los escasos bienes que le restaron, hasta que la protección de Mecenas le permitió vivir con holgura. Uno de los regalos del ministro de Augusto fué una posesión de los montes sabinos, en la que Horacio vivió después la mayor parte de su vida, alejado de Roma, a la que sólo iba temporalmente.

La producción de Horacio no es considerable. Dado su maravilloso ingenio, sorprende el reducido número de obras, habiendo disfrutado en su vida de retiro de la holgura necesaria para consagrarse de lleno a la labor poética. A esta limitación debió contribuir el esmero extremado con que aspiraba a presentar sus poesías.

Aunque en las poesías de Horacio campea el agradecimiento por la protección de Augusto y de Mecenas, no llega nunca el elogio a la adulación servil. La obra de Horacio se caracteriza por un sentido humano de moderación y de amor a la vida y a la belleza.

Como poeta no tiene la exaltación del genio ni el fuego de los sentimientos, aunque sí brillantez de inspiración. Su criticismo, incompatible con el arrebatado lírico, le inclinaba más bien a la visión humorística del mundo. El humanismo admirable de Horacio es lo que da a su poesía el valor de obra universal, entendida y admirada de todos.

Su complacencia de la vida le hacía sonreír a cuantos placeres ésta ofrece, a las delicias del epicureísmo, a la serena felicidad de la vida campestre y a la tranquilidad espiritual del sistema estoico, todo con la moderación del espíritu sano y con el equilibrio que sabe apreciar juntamente las satisfacciones de los sentidos y los placeres del entendimiento.

La filosofía, llamada casera, del buen sentido y del justo medio, no era una pacífica o cómoda conciliación de escuelas, sino la voz de la razón natural y

de la experiencia de un espíritu tan despierto y receloso como el de Horacio.

La poesía de Horacio es por excelencia moralizadora, con una moral humana y ordinariamente irónica. Ambos elementos se entremezclan, con tal intimidad, que frecuentemente sus sátiras jocosas son lecciones de alta moral y sus odas verdaderas sátiras.

Las primeras compilaciones que Horacio formó de sus poesías fueron las de las sátiras y los Epodos. Correspondientes ambas a un período crítico de evolución de sus ideas, se sigue en ellas la transformación del poeta desde un grosero y rústico realismo y una desenvoltura primitiva de formas, a la tolerancia sonriente y a un refinamiento mundano.

Sátiras.—Constan de dos libros, y fueron tituladas por el autor *Sermones*, pláticas familiares. El primer libro consta de diez sátiras, y se inspiró en Lucilio. Horacio no tocó, como este poeta, la sátira política, que no se hubiera tolerado en su tiempo, y que Horacio no necesitaba cultivar por simpatizar con Augusto. Los ataques de Lucilio, llenos de gravedad y de nobleza, en Horacio son befas personales, frecuentemente expuestas con alusiones y palabras groseras; la moral de Horacio no tiene la grave austeridad de Lucilio, sino que se basa en un egoísmo utilitario.

Lentamente el trato de Mecenas y de su círculo influyen en Horacio, que va adquiriendo en sus poesías un tono menos agresivo y plebeyo, y más humorista y tolerante. Su desenfadado epicureísmo, gastro-

nómico y socarrón, se va ennobleciendo hasta adquirir cierta dignidad estoica; y sus expresiones van ganando en dignidad y elegancia.

El segundo libro de sátiras, reunido hacia el año 30, tiene un carácter moralista general. El modelo de este libro ha sido fundamentalmente los *Diálogos* de Dión de Borístenes. En armonía con el carácter de Horacio, sobre la tendencia moralizadora prevalece el sentido crítico y humorístico.

Su libro de *epodos* fué publicado a ruegos de Mecenas, y comprende 17 poesías. Horacio denominó este libro *Yambos*, por el metro de las poesías de Arquíloco, cuyo carácter satírico y cuya versificación pretendía imitar. El nombre con que conocemos este libro fué dado posteriormente; se llamó así porque, con excepción de tres poesías, todas tienen la estrofa *epodos*, de un verso largo y uno más breve.

Aunque Horacio se jacta de imitar —de ser el primero que imita— a Arquíloco, es muy distinto el carácter de sus poesías y el de las del poeta griego.

Aun en los primeros *epodos* la rudeza de Horacio está más bien en la torpeza de la expresión y en la grosería de los detalles, y no, como en Arquíloco, en el ardor de los sentimientos. La furia de la venganza y el odio implacable de Arquíloco tiene una grandeza que no se halla en las invectivas personales, llenas de palabras gruesas y de repugnante audacia.

A medida que el trato social le impuso al poeta

maneras y gustos cortesanos, los *epodos*, como las sátiras, van tomando un aire de moderación mundana: los pensamientos son más elevados, los ataques personales más humorísticos que groseros y las expresiones menos descarnadas.

HORACIO

EPODOS.

La vida del campo.

"Beatus ille qui procul negotiis,
 ut prisca gens mortalium,
 paterna rura bubus exercet suis,
 solutus omni faenore;
 neque excitatur classico miles truci,
 neque horret iratum mare,
 forumque vitat, et superba civium
 potentiorum limina.
 Ergo aut adulta vitium propagine
 altas maritat populos,
 aut in reducta valle mugientium
 prospectat errantis greges,
 inutilisque falce ramos amputans
 feliciores inserit,
 aut pressa puris mella condit amphoris,
 aut tondet infirmas ovis.
 Vel cum decorum mitibus pomis caput
 Autumnus agris extulit,
 ut gaudet insitiva decerpens pira
 centantem et uvam purpurae,

qua muneretur te, Priape, et te, pater
Silvane, tutor finium!
Libet iacere modo sub antiqua ilice,
modo in tenaci gramine.
Labuntur altis interim ripis aquae,
queruntur in silvis aves,
frondesque lymphis obstrepunt manantibus,
somnos quod invitet levis.
At cum tonantis annus hibernus Iovis
imbris nivisque comparat,
aut trudit acris hinc et hinc multa cane
apros in obstantis plagas,
aut amite levi rara tendit retia,
turdibus edacibus dolos,
pavidumque leporem et advenam laqueo gruem
iucunda captat praemia.
Quis non malarum quas amor curas habet
haec inter obliviscitur?
Quodsi pudica mulier in partem iuvenet
domum atque dulcis liberos,
Sabina qualis aut perusta solibus
pernicis uxor Apuli,
sacrum vetustis exstruat lignis focum
lassi sub adventum viri,
claudensque textis cratibus laetum pecus
distenta siccet ubera,
et horna dulci vina promens dolio
dapes inemptas adparet:
non me Lucrina iuverint conchyliis
magisque rhombus aut scari,
siquos Eois intonata fluctibus
hiems ad hoc vertat mare,
non Afra avis descendat in ventrem meum.

non attagen Ionicus
iucundior quam lecta de' pinguissimis
oliva ramis arborum,
aut herba lapathi prata amantis, et gravi
malvae salubres corpori,
vel agna festis caesa Terminalibus,
vel aedus ereptus lupo.
Has inter epulas ;ut iuvat pastas ovis
videre properantis domum;
videre fessos vomerem inversum boves
collo trahentis languido
positosque' vernas, ditis examen domus,
circum renidentis Laris!"
Haec ubi locutus faenerator Alfius,
iam iam futurus rusticus,
omnem redegit idibus pecuniam,
quaerit Kalendis ponere.

Al pueblo lamentándose de su espíritu turbulento.

Quo, quo, scelesti, ruitis? aut cur dexteris
Aptantur enses conditi?
Parumne campis atque Neptuno super
Fusum est Latini sanguinis?
Non ut superbas invidae Carthaginis
Romanus arces ureret,
Intactus aut Britannus ut descenderet
Sacra catenatus via;
Sed ut, secundum vota Parthorum, sua
Urbs haec perire dextera.
Neque hic lupis mos, nec fuit leonibus
Numquam, nisi in dispar, feris.
Furorne caecus, an rapit vis acrior

An culpa? responsum date.
 Tacent: et ora pallor albus inficit,
 Mentisque percussae stupent.
 Sic est: acerba fata Romanos agunt,
 Scelusque fraternae necis,
 Ut immerentis fluxit in terram Remi,
 Sacer nepotibus cruor.

21.

Horacio. Odas.—Tras los libros de *Sátiras* y *Epodos*, concibió Horacio el propósito de escribir sus *Odas*, imitando las poesías de Alceo, Anacreonte y Safo. A esta empresa le instaba Augusto, invitándole a cantar sus triunfos guerreros y sus conquistas, a combatir los vicios de la época con el ejemplo de las virtudes tradicionales de la antigüedad romana.

Descontados los ensayos de Catulo, en rigor Horacio fué el primero que cultivó la poesía lírica.

Las dificultades de la empresa eran enormes, porque se trataba, no sólo de trasladar originales de un contenido ideal muy diferente, sino de adaptar a una lengua de ritmo distinto las complicadas combinaciones métricas de los poetas griegos.

En esta amoldación triunfó Horacio con tal arte, que ningún poeta posterior ha podido mejorarle.

Consciente de su carácter, en las imitaciones pindáricas no trata de emular el inimitable genio, y la

arrebatada grandilocuencia de su modelo, sino que las somete a un tono distinto, en armonía con el ambiente romano y con su ingenio. Horacio no fué un mero adaptador de modelos griegos. Aunque él humildemente confiesa que su obra es sólo de laboriosidad, como la de la humilde abeja,

operosa parvus carmina fingo,

el material griego apenas le sirve más que como motivo de inspiración. Estos motivos coincidentes se encuentran en los poetas citados con gran profusión y también en Píndaro; pero a toda esta materia imprime Horacio su sello personal inconfundible, animada con un nuevo espíritu, enteramente romano.

El estilo de las *Odas* es de una soberana perfección. La lengua se pliega con tal plasticidad a las exigencias del metro, que no se siente el esfuerzo considerable que hubo de emplear el autor para montar un mecanismo tan maravillosamente delicado. Con tal exactitud se encajan las frases, que parecen éstas preparadas para ellos. Cada metro tiene sus asuntos propios, perfectamente armonizados con su marcha rítmica: la estrofa alcaica, viva y variada, que se presta por su continuidad al movimiento oratorio del pensamiento, es el metro de las odas filosóficas y patrióticas: la estrofa sáfica, más uniforme y recogida, es el metro de los sentimientos íntimos, de las odas amorosas y morales.

Epístolas.—Las cartas poéticas de Horacio, de las que no parece haber existido modelo en la litera-

tura griega, son morales y literarias. Las epístolas morales constituyen el libro primero, y las tres literarias el segundo.

Ya en edad madura y como una condensación de su moralismo, diseminado en toda su obra poética, Horacio escribió sus cartas morales. El epistolario poético del primer tomo comprende cartas de diversos asuntos, como avisos de envío y recomendaciones: pero el fondo de la mayoría de las epístolas es filosófico o moral.

Al igual que en sus restantes obras, en las epístolas romanas Horacio se desentiende desenfadamente de toda secta filosófica y se acoge a su criterio personal, que suele ser el criterio juicioso de la experiencia y de la moderación.

El estilo de las epístolas morales es naturalmente sentencioso. Su lenguaje, aun siendo producto de un exigente artificio, aparece como el habla de la conversación, sin grandes pretensiones retóricas.

Las tres epístolas literarias que constituyen el segundo libro son las que en rigor han hecho famoso este género horaciano.

La primera Epístola a Augusto es un alegato contra la tendencia arcaizante, que la exacerbación del patriotismo había producido en su tiempo. Es singularmente curiosa esta tesis, porque era Augusto precisamente quien, para reverdecer las glorias romanas, se había esforzado en exhumar y enaltecer las viejas tradiciones. Esta veneración a lo viejo, que había inspirado la elección de asuntos de origen, como la

Eneida y la obra magna de Tito Livio, había hecho que volviera a gustar la literatura sobria y fuerte de los primitivos y hasta que se imitasen palabras y giros arcaicos.

Contra esta tendencia Horacio, como Cicerón había dicho de la oratoria, sostiene la ley del progreso, afirmando que la poesía no podía detenerse en la tosca virilidad de los poetas antiguos, y que debía aspirarse a superarlos en la disciplina artística y en la labor de lima.

Estas advertencias se referían especialmente a la dramática, que, atascada en los viejos moldes, sin acertar a despertar con nuevos rumbos el interés del público, caminaba a su desaparición. La segunda Epístola es como una despedida de su actividad poética a causa de sus años y de otras circunstancias desfavorables. La tercera Epístola, que cronológicamente fué la segunda, y que ha llegado hasta la popularidad, es la epístola a los Pisones, cuyo título de *Arte poética* lleva desde la época romana.

Se ha descubierto que muchos principios técnicos de esta epístola coinciden substancialmente con los del peripatético Neptolemo de Pario. Tal hallazgo no perjudica en nada a la gloria de esta composición, cuyo mérito esencial no está en la idea primaria de sus preceptos sino en su exposición. Y aun en varios de ellos lo obvio de los principios hace que deba pensarse en la coincidencia de un tópico más que en una imitación.

El principio fundamental de esta preceptiva, como

el de toda ideología horaciana, es el justo medio, la condenación de todo lo extravagante o exagerado. Sus ideas son las de su propio arte: el *Arte Poética* es como la consagración de la obra personal del autor.

HORACIO

ODAS.

A Mecenas

Maecenas, atavis edite regibus,
 ¡o et praesidium et dulce decus meum!
 Sunt quos curriculo pulverem Olympicum
 collegisse iuvat, metaque fervidis
 evitata rotis, palmaque nobilis.
 Terrarum dominos evehit ad deos
 hunc, si mobilium turba Quiritium
 certat tergeminis tollere honoribus;
 illum, si proprio condidit horreo
 quidquid de Libycis verritur areis.
 Gaudentem patrios findere sarculo
 agros Attalicis condicionibus
 numquam dimoveas, ut trabe Cypria
 Myrtoum, pavidus nauta, secet mare.
 Luctantem Icariis fluctibus Africum
 mercator metuens, otium et oppidi
 laudat rura sui; mox reficit rates
 quassas, indocilis pauperiem pati.
 Est qui nec veteris pocula Massici
 nec partem solido demere de die
 spernit, nunc viridi membra sub arbuto

stratus, nunc ad aquae lene caput sacrae.
Multos castra iuvant, et lituo tubae
permixtus sonitus, bellaque matribus
detestata. Manet sub Iove frigido
venator, tenerae coniugis immemor,
seu visa est catulis cerva fidelibus,
seu rupit teretes Marsus aper plagas.
Me doctarum hederæ præmia frontium
dis miscent superis, me gelidum nemus
Nympharumque leves cum Satyris chori
secernunt populo, si neque tibiae
Euterpe cohibet nec Polyhymnia
Lesbom tendere barbiton.
Quodsi me lyricis vatibus inseres,
sublimi feriam sidera vertice.

A Crispo Sallustio.

Nullus argento color est avaris
abdito terris, inimice lamnae,
Crispe Sallusti, nisi temperato
splendeat usu.

Vivet extento Proculeius aevo,
notus in fratres animi paterni:
illum aget penna metuente solvi
Fama superstes.

Latius regnes avidum domando
spiritum, quam si Libyam remotis
Gadibus iungas, et uterque Poenus
serviat uni.

Crescit indulgens sibi dirus hydrops,
nec sitim pellit, nisi causa morbi
fugerit venis et aquosus albo

corpore languor.

Redditum Cyri soli Phraaten
dissidens plebi numero beatorum
eximit Virtus, populumque falsis
dedocet uti

vocibus, regnum et diadema tutum
deferens uni propriamque laurum
quisquis ingentis oculo inretorto
spectat acervos.

A Grosfo.

Otium divos rogat in patenti
prensus Aegaeo, simul atra nubēs
condidit lunam neque certa fulgent
sidera nautis,

otium bello furiosa Thrace;

otium Medi pharetra decori,

Grosophe, non gemmis neque purpura ve-
nale nec auro.

Non enim gazae neque consularis
submovet lictor miseros tumultus
mentis et curas laqueata circum
tectata volantis.

Vivitur parvo bene cui paternum
splendet in mensa tenui salinum,
nec levis sommos timor aut cupido
sordidus aufert.

¿Quid brevi fortes iaculamur aevo
multa? ¿quid terras alio calentis
sole mutamus? ¿patriae quis exsul
se quoque fugit?

Scandit aeratas vitiosa navis

Cura, nec turmas equitum relinquit,
ocior cervis et agente nimbos
ocior Euro.

Laetus in praesens animus, quod ultra est
oderit curare, et amara lento
temperet risu: nihil est ab omni
parte beatum.

Abstulit clarum cita mors Achillem,
longa Tithonum minuit senectus,
et mihi forsán tibi quod negarit
porriget hora.

Te greges centum Sicalaeque circum
mugiunt vaccae, tibi tollit hinnitum
apta quadrigis equa, te bis Afro
murice tinctae

vestiunt lanae: mihi parva rura et
spiritum Graiae tenuem Camenae
Parca non mendax dedit et malignum
spernere volgus.

A Fusco.

Inte'ger vitae scelerisque purus
non eget Mauris iaculis, neque arcu,
nec venenatis gravida sagittis,

Fusce, pharetra,
sive per Syrtis iter aestuosas,
sive facturus per inhospitalem
Caucasum, vel quae loca fabulosus
lambit Hydaspes.

Namque me silva lupus in Sabina,
dum meam canto Lalagen, et ultra
terminum curis vagor expeditis,

fugit inermem;
 quale portentum neque militaris
 Daunias latis alit aesculetis,
 nec Iubae tellus generat, leonum
 arida nutrix.

Pone me pigris ubi nulla campis
 arbor aestiva recreatur aura,
 quod latus mundi nebulae malusque
 Iuppiter urget;
 pone sub curru nimium propinqui
 solis in terra domibus negata:
 dulce ridentem Lalagen amabo,
 dulce loquentem.

DE ARTE POÉTICA.

Unidad de la composición.

Humano capiti cervicem pictor equinam
 iungere si velit, et varias inducere plumas,
 undique collatis membris, ut turpiter atrum
 desinat in piscem mulier formosa superne:
 spectatum admissi risum teneatis, amici?
 Credite, Pisones, isti tabulae fore librum
 persimilem, cuius, velut aegri somnia, vanae
 fingentur species, ut nec pes nec caput uni
 reddatur formae. "Pictoribus atque poetis
 quidlibet audendi semper fuit aequa potestas."
 Scimus, et haec veniam petimusque damusque vicissim;
 sed non ut placidis coeant inmitia, non ut
 serpentes avibus gementur, tigribus agni.
 Inceptis gravibus plerumque et magna professis
 purpureus, late qui splendeat, unus et alter

adsuitur pannus, cum lucus et ara Dianae
 et properantis aquae per amoenos ambitus agros
 aut flumen Rhenum aut pluvius describitur arcus;
 sed nunc non erat his locus: et fortasse cupressum
 scis simulare: ¿quid hoc, si fractis enatat exspes
 navibus, aere dato qui pingitur? Amphora coepit
 institui: currente rota ¿cur urceus exit?
 denique sit quod vis simplex dumtaxat et unum.

Defectos en que suelen incurrir los poetas.

Maxima pars vatum, pater et iuvenes patre digni,
 decipimur specie recti. Brevis esse laboro,
 obscurus fio; sectantem levia nervi
 deficiunt animique; professus grandia turget;
 serpit humi tutus nimium timidusque procellae:
 qui variare cupit rem prodigialiter unam,
 delphinum silvis adpingit, fluctibus aprum.
 In vitium ducit culpae fuga, si caret arte.
 Aemilium circa ludum faber imus et unguis
 exprimet, et mollis imitabitur aere capillos;
 infelix operis summa, quia ponere totum
 nesciet: hunc ego me, siquid componere curem,
 non magis esse velim quam naso vivere pravo
 spectandum nigris oculis nigroque capillo.

Invención.

Sumite materiam vestris, qui scribitis, aequam
 viribus, et versate diu quid ferre recusent,
 quid valeant umeri. Cui lecta potenter erit res
 nec facundia deseret hunc nec lucidus ordo.
 Ordinis haec virtus erit et venus, aut ego fallor,
 ut iam nunc dicat iam nunc debentia dici,
 pleraque differat et praesens in tempus omittat.

Elocución.

In verbis eiam tenuis cautusque serendis
hoc amet, hoc spernat promissi carminis auctor.
Dixeris egregie, notum si callida verbum
reddiderit iunctura novom. Si forte necesse est
indiciis monstrare recentibus abdita rerum, et
fingere cinctutis non exaudita Cethegis
continget dabiturque licentia sumpta pudenter,
et nova fictaque nuper habebunt verba fidem, si
Graeco fonte cadent parce detorta. ¿Quid autem
O Caecilio Plautoque dabit Romanus ademptum
Vergilio Varioque? Ego cur, acquirere pauca
si possum, invideor, cum lingua Catonis et Enni
sermonem patrium ditaverit et nova rerum
nomina protulerit? Licuit semperque licebit
signatum praesente nota producere nomen.

Mutabilidad del lenguaje.

Ut silvae foliis pronos mutantur in annos,
prima cadunt: ita verborum vetus interit aetas,
et iuvenum ritu florent modo nata vigentque.
Debemur morti nos nostraque: sive receptus
terra Neptunus classis Aquilonibus arcet,
regis opus, sterilisve diu palus aptaque remis
vicinas urbes alit et grave sentit aratrum,
seu cursum mutavit iniquom frugibus amnis,
doctus iter melius: mortalia facta peribunt,
nedum sermonum stet honos et gratia vivax.
Multa renascentur quae iam cecidere, cadentque
quae nunc sunt in honore vocabula, si volet usus,
quem penes arbitrium est et ius et norma loquendi.

Clases de metros.

Res gestae regumque ducumque et tristia bella
 quo scribi possent numero, monstravit Homerus.
 Versibus impariter iunctis querimonia primum,
 post etiam inclusa est voti sententia compos;
 quis tamen exiguos elegos emiserit auctor
 grammatici certant, et adhuc sub iudice lis est.
 Archilochum proprio rabies armavit iambo:
 hunc socci cepere pedem grandesque cothurni,
 alternis aptum sermonibus, et popularis
 vincentem strepitus, et natum rebus agendis.
 Musa dedit fidibus divos puerosque deorum,
 et pugilem victorem, et equom certamine primum,
 et iuvenum curas, et libera vina referre.

Estilo propio de la comedia y de la tragedia.

Discriptas servare vices operumque colores
 cur ergo, si nequeo ignoroque, poeta salutor?
 ¿cur nescire pudens prave quam discere malo?
 Versibus exponi tragicis res comica non volt;
 indignatur item privatis ac prope socco
 dignis carminibus narrari cena Thyestae:
 singula quaeque locum teneant sortita decenter.
 Interdum tamen et vocem comoedia tollit,
 iratusque Chremes tumido delitigat ore;
 et, tragicus plerumque, dolet sermone pedestri
 Telephus et Peleus, cum pauper et exsul uterque
 proicit ampullas et sesquipedalia verba,
 si curat cor spectantis tetigisse querella.

Naturalidad del lenguaje.

Non satis est pulchra esse poemata; dulcia sunt
 et quocumque volent animum auditoris agunto.
 Ut ridentibus adrident, ita flentibus adflent
 humani voltus. Si vis me flere, dolendum est
 primum ipsi tibi: tum tua me infortunia laedent,
 Telephe vel Peleu; male si mandata loqueris,
 aut dormitabo aut ridebo. Tristia maestum
 voltum verba decent, iratum plena minarum,
 ludentem lasciva, severum seria dictu.

Format enim natura prius nos intus ad omnem
 fortunarum habitum: iuvat, aut inpellit ad iram
 aut ad humum maerore gravi deducit et angit;
 post effert animi motus, interprete lingua.

Si dicentis erunt fortunis absona dicta,
 Romani tollent equites peditesque cachinnum.
 Intererit multum, divosne loquatur an heros,
 matusne senex an adhuc florente iuventa
 fervidus, et matrona potens an sedula nutrix,
 mercatorne vagus cultorne virentis agelli,
 Colchus an Assyrius, Thebis nutritus an Argis.

Relieve de los caracteres.

Aut famam sequere, aut sibi convenientia finge,
 scriptor. Honoratum si forte reponis Achillem,
 impiger, iracundus, inexorabilis, acer,
 iura neget sibi nata, nihil non arroget armis.

Sit Medea ferox invictaque, flebilis Ino,
 perfidus Ixion, Io vaga, tristis Orestes.

Siquid inexpertum scaenae committis, et aude's
 personam formare novam, servetur ad imum

qualis ab incepto processerit, et sibi constet.
 Difficile est proprie communia dicere; tuque
 rectius Iliacum carmen deducis in actus,
 quam si proferres ignota indictaque primus.
 Publica materies privati iuris erit, si
 non circa vilem patulumque moraberis orbem,
 nec verbo verbum curabis reddere fidus
 interpres, nec desilies imitator in artum,
 unde pedem proferre pudor vetet aut operis lex.

Sobriedad de la invención épica.

Nec sic incipies, ut scriptor cyclicus olim:
 "Fortunam Priami cantabo et nobile bellum."
 ¿Quid dignum tanto feret hic promissor hiatu?
 parturient montes, nascetur ridiculus mus.
 Quanto rectius hic, qui nil molitur inepte:
 "Dic mihi, Musa, virum, captae post tempora Troiae
 qui mores hominum multorum vidit et urbes."
 Non fumum ex fulgore, sed ex fumo dare lucem
 cogitat, ut speciosa dehinc miracula promat,
 Antiphaten Scyllamque et cum Cyclope Charybdin;
 nec reditum Diomedis ab interitu Meleagri,
 nec gemino bellum Troianum orditur ab ovo;
 semper ad eventum festinat, et in medias res
 non secus ac notas auditorem rapit, et quae
 desperat tractata nitescere posse, relinquit,
 atque ita mentitur, sic veris falsa remiscet,
 primo ne medium, medio ne discrepet imum.

Descripción de las edades de la vida.

Tu, quid ego et populus mecum desideret, audi.
 Si plosoris eges aulaea manentis et usque

sessuri, donec cantor "vos plaudite" dicat,
 aetatis cuiusque notandi sunt tibi mores,
 mobilibusque decor naturis dandus et annis.
 Reddere qui voces iam scit puer, et pede certo
 signat humum, gestit paribus concludere, et iram
 colligit ac ponit temere, et mutatur in horas.
 Inberbis iuvenis, tandem custode remoto,
 gaudet equis, canibusque, et aprici gramine Campi,
 cereus in vitium flecti, monitoribus asper,
 utilium tardus provisor, prodigus aeris,
 sublimis cupidusque et amata relinquere pernix.
 Conversis studiis, aetas animusque virilis
 quaerit opes et amicitias, inservit honori,
 commisisse cavet quod mox mutare laboret.
 Multa senem circumveniunt incommoda; vel quod
 quaerit, et inventis miser abstinet ac timet uti,
 vel quod res omnis timide gelideque ministrat;
 dilator, spe longus, iners, avidusque futuri,
 difficilis, querulus, laudator temporis acti
 se puero, castigator censorque minorum.
 Multa ferunt anni venientes commoda secum,
 multa recedentes adimunt: ne forte seniles
 mandentur iuveni partes, pueroque viriles:
 semper in adiunctis aevoque morabitur aptis.

Recursos de la escena.

Aut agitur res in scaenis, aut acta refertur.
 Segnius irritant animos demissa per aurem,
 quam quae sunt oculis subiecta fidelibus, et quae
 ipse sibi tradit spectator; non tamen intus
 digna geri promes in scaenam, multaque tolles
 ex oculis, quae mox narret facundia praesens:

ne pueros coram populo Medea trucidet,
 aut humana palam coquat exta nefarius Atreus,
 aut in avem Procne vertatur, Cadmus in anguem.
 Quodcumque ostendis mihi sic, incredulus odi.
 Neve minor, neu sit quinto productior actu
 fabula quae posci volt et spectanda reponi;
 nec deus intersit, nisi dignus vindice nodus
 incidarit; nec quarta loqui persona laboret.

Oficio del coro.

Actoris partes chorus officiumque virile
 defendat, neu quid medios intercinat actus
 quod non proposito conducat et haereat apte.
 Ille bonis faveatque, et consilietur amice,
 et regat iratos, et amet pacare timentis;
 ille dapes laudet mensae brevis, ille salubrem
 iustitiam, legesque, et apertis otia portis;
 ille tegat commissa, deosque precetur, et oret
 ut redeat miseris, abeat Fortuna superbis.

Historia de la música del coro.

Tibia non, ut nunc, orichalco vincta tubaeque
 aemula, sed tenuis, simplexque, foramine pauco,
 adspirare et adesse choris erat utilis, atque
 nondum spissa nimis complere sedilia flatu;
 quo sane populus numerabilis, utpote parvos,
 et frugi, castusque verecundusque coibat.
 Postquam coepit agros extendere victor, et urbis
 latior amplecti murus, vinoque diurno
 placari Genius festis inpune diebus,
 accessit numerisque modisque licentia maior.
 Indoctus quid enim saperet liberque laborum

rusticus urbano confusus, turpis honesto?
 Sic priscae motumque et luxuriam addidit arti
 tibicen, traxitque vagus per pulpita vestem
 (sic etiam fidibus voces crevere severis)
 et tulit eloquium insolitum facundia praeceps,
 utiliumque sagax rerum et divina futuri
 sortilegis non discrepuit sententia Delphis.

Origen del drama satírico.

Carmine qui tragico vilem certavit ob hircum,
 mox etiam agrestis Satyros nudavit, et asper,
 incolumi gravitate, iocum temptavit, eo quod
 illecebris erat et grata novitate morandus
 spectator, functusque sacris, et potus et exlex.
 Verum ita risores, ita commendare dicacis
 conveniet Satyros, ita vertere seria ludo,
 ne, quicumque deus, quicumque adhibebitur heros,
 regali conspectus in auro nuper et ostro,
 migret in obscuras humili sermone tabernas
 aut, dum vitat humum, nubis et inania captet,
 effutire levis indigna tragoedia versus,
 ut festis matrona moveri iussa diebus,
 intererit Satyris paulum pudibunda protervis.

Lenguaje propio del drama satírico.

Non ego inornata et dominantia nomina solum
 verbaque, Pisones, Satyrorum scriptor amabo:
 nec sic enitar tragico differre colori,
 ut nihil intersit, Davosne loquatur, et audax
 Pythias, emuncto lucrata Simone talentum,
 an custos famulusque dei Silenus alumni.
 Ex noto fictum carmen sequar, ut sibi quivis

speret idem, sudet multum frustraue laboret
 ausus idem: tantum series iuncturaque pollet,
 tantum de medio sumptis accedit honoris.
 Silvis deducti caveant, me iudice, Fauni,
 ne velut innati triviis, ac paene forenses,
 aut nimium teneris iuvenentur versibus umquam,
 aut inmunda crepent ignominiosaue dicta:
 offenduntur enim, quibus est equos, et pater, et res:
 nec, siquid fricti ciceris probat et nucis emptor,
 aequis accipiunt animis donantve corona.

El verso yámbico.

Syllaba longa brevi subiecta vocatur iambus,
 pes citus: unde etiam trimetris accrescere iussit
 nomen iambeis, cum senos redderet ictus,
 primus ad extremum similis sibi: non ita pridem,
 tardior ut paullo graviorque veniret ad auris,
 spondeos stabilis in iura paterna recepit
 commodus et patiens, non ut de sede secunda
 cederet, aut quarta socialiter. Hic et in Acci
 nobilibus trimetris adparet rarus et Enni.
 In scaenam missos cum magno pondere versus
 aut operae celeris nimium, curaue carentis,
 aut ignoratae premit artis crimine turpi.

El público y el arte.

Non quivis videt inmodulata poemata iudex;
 et data Romanis venia est indigna poetis.
 ¿Idcircone vager scribamque licenter? ¿an omnis
 visuros peccata putem mea, tutus et intra
 spem veniae cautus? Vitavi denique culpam,
 non laudem merui. Vox exemplaria Graeca

nocturna versate manu, versate diurna.
 At vestri proavi Plautinos et numeros et
 laudavere sales, nimium patienter utrumque,
 ne dicam stulte, mirati, si modo ego et vos
 scimus inurbanum lepido seponere dicto,
 legitimumque sonum digitis callemus et aure.

Historia de la dramática.

Ignotum tragicæ genus invenisse Camenæ
 dicitur, et plaustri vexisse poemata Thespis,
 quæ canerent, agerentque, peruncti faecibus ora.
 Post hunc personæ pallæque repertor honestæ
 Aeschylus, et modicis instravit pulpita tignis,
 et docuit magnumque loqui nitique cothurno.
 Successit vetus his comoedia, non sine multa
 laude; sed in vitium libertas excidit et vim
 dignam lege regi: lex est accepta, chorusque
 turpiter obticuit, sublato iure nocendi.
 Nil intemptatum nostri lique're poetæ,
 nec minimum meruere decus, vestigia Graeca
 ausi deserere, et celebrare domestica facta,
 vel qui praetextas vel qui docuere togatas.
 Nec virtute foret clarisve potentius armis
 quam lingua Latium, si non offenderet unum-
 quemque poetarum limæ labor et mora. Vos, o
 Pompilius sanguis, carmen reprehendite quod non
 multa dies et multa litura coercuit, atque
 praesectum decies non castigavit ad unguem.

Rarezas de algunos poetas.

Ingenium misera quia fortunatius arte
 credit, et excludit sanos Helicone poetas

Democritus, bona pars non unguis ponere curat,
 non barbam, secreta petit loca, balnea vitat.
 Nanciscetur enim pretium nomenque poetae,
 si tribus Anticyris caput insanabile numquam
 tonsori Licino commiserit. ¡O ego, laevos,
 qui purgor bilem sub verni temporis horam!
 non alius faceret meliora poemata: verum
 nil tanti est. Ergo fungar vice cotis, acutum
 reddere quae ferrum valet, exsors ipsa secandi;
 munus et officium, nil scribens ipse, docebo:
 unde parentur opes, quid alat formetque poetam,
 quid deceat, quid non, quo virtus, quo ferat error.

Conocimientos del poeta.

Scribendi recte sapere est et principium et fons.
 Rem tibi Socraticae poterunt ostendere chartae;
 verbaque provisam rem non invita sequentur.
 Qui didicit patriae quid debeat et quid amicis,
 quo sit amore parens, quo frater amandus et hospes,
 quod sit conscripti, quod iudicis officium, quae
 partes in bellum missi ducis, ille profecto
 reddere personae scit convenientia cuique.
 Respicere exemplar vitae morumque iubebo
 doctum imitatore[m] set vivas hinc ducere voces.
 Interdum speciosa locis morataque recte
 fabula, nullius veneris, sine pondere et arte,
 valdius oblectat populum meliusque moratur
 quam versus inopes rerum nugaeque canorae.

Prosaísmo romano.

Grais ingenium, Graís dedit ore rotundo
 Musa loqui, praeter laudem nullius avaris.

Romani pueri longis rationibus assem
 discunt in partis centum diducere.—“Dicat
 filius Albini: si de quincunce remota est
 uncia, ¿quid superat?” poteras dixisse. “Triens.”...
 [“¡ eu !”

rem poteris servare tuam. Redit uncia, ¿quid fit?
 —“semis”. ¿An, haec animos aerugo et cura peculi
 cum semel imbuerit, speremus carmina fingi
 posse linenda cedro et levi servanda cupresso?

Fin armónico de la poesía.

Aut prodesse volunt aut delectare poetae,
 aut simul, et iucunda et idonea dicere vitae.
 Quidquid praecipies, esto brevis, ut cito dicta
 percipiant animi dociles teneantque fideles;
 omne supervacuum pleno de pectore manat.
 Ficta voluptatis causa sint proxima veris:
 ne quodcumque velit poscat sibi fabula credi,
 neu pransae Lamiae vivom puerum extrahat alvo.
 Centuriae seniorum agitant expertia frugis,
 celsi praetereunt austera poemata Ramnes:
 omne tulit punctum qui miscuit utile dulci,
 lectorem delectando pariterque monendo.
 Hic meret aera liber Sosis, hic et mare transit
 et longum noto scriptori prorogat aevom.

Moderación de la crítica.

Sunt delicta tamen, quibus ignovisse velimus:
 nam neque chorda sonum reddit quem volt manus et mens
 poscentique gravem persaepe remittit acutum,
 nec semper feriet quodcumque minabitur arcus.
 Verum ubi plura nitent in carmine, non ego paucis

offendar maculis quas aut incuria fudit,
aut humana parum cavit natura. ; Quid ergo est?
Ut scriptor si peccat idem librarius usque,
quamvis est monitus, venia caret; et citharoedus
ridetur, chorda qui semper oberrat eadem:
sic mihi, qui multum cessat, fit Choerilus ille,
quem bis terve bonum cum risu miror; et idem
indignor, quandoque bonus dormitat Homerus;
verum operi longo fas est obrepere somnum.
Ut pictura poesis: erit quae, si propius stes,
te capiat magis, et quaedam, si longius abstes.
Haec amat obscurum; volet haec sub luce videri,
iudicis argutum quae non formidat acumen;
haec placuit semel, haec deciens repetita placebit.

En poesía no caben medianías.

O maior iuvenum, quamvis et voce paterna
fingeris ad rectum, et per te sapis, hoc tibi dictum
tolle memor; certis medium et tolerabile rebus
recte concedi. Consultus iuris et actor
causarum mediocris abest virtute disertí
Messallae, nec scit quantum Cascellius Aulus,
sed tamen in pretio est: mediocribus esse poetis
non homines, non di, non concessere columnae.
Ut gratas inter mensas symphonia discors,
et crassum unguentum, et Sardo cum mella papaver
offendunt, poterat duci quia cena sine istis,
sic animis natum inventumque poema iuvandis,
si paulum summo decessit, vergit ad imum.
Ludere qui nescit, campestribus abstinet armis,
indoctusque pilae discive trochive quiescit,
ne spissae risum tollant inpune coronae:

qui nescit, versus tamen audet fingere. ¿Quidni?
 liber et ingenuos, praesertim census equestrem
 summam nummorum, vitioque remotus ab omni.
 Tu nihil invita dice's faciesve Minerva:
 id tibi iudicium est, ea mens. Siquid tamen olim
 scripseris, in Maeci descendat iudicis auris,
 et patris et nostras, nonumque prematur in annum
 membranis intus positis; delere licebit
 Quod non edideris; nescit vox missa reverti.

Carácter educador de la poesía.

Silvestris homines sacer interpresque deorum
 caedibus et victu foedo deterruit Orpheus,
 dictus ob hoc lenire tigres rabidosque leones;
 dictus et Amphion Thebae conditor urbis,
 saxa movere sono testudinis et prece blanda
 ducere quo vellet. Fuit haec sapientia quondam,
 publica privatis discernere sacra profanis,
 concubitu prohibere vago, dare iura maritis,
 oppida moliri, leges incidere ligno.
 Sic honor et nomen divinis vatibus atque
 carminibus venit. Post hos insignis Homerus
 Tyrtaeusque mares animos in Martia bella
 versibus exacuit; dictae per carmina sortes,
 et vitae monstrata via est, et gratia regum
 Pieriis temptata modis, ludusque repertus,
 et longorum operum finis: ne forte pudori
 sit tibi Musa lyrae sollers et cantor Apollo.

El genio y el arte.

Natura fieret laudabile carmen an arte,
 quaesitum est: ego nec studium sine divite vena,

nec rude quid prosit video ingenium: alterius sic altera poscit opem res, et coniurat amice.
 Qui studet optatam cursu contingere metam,
 multa tulit fecitque puer, sudavit et alsit,
 abstinuit venere et vino; qui Pythia cantat
 tibicen didicit prius extimuitque magistrum.
 Nunc satis est dixisse "ego mira poemata pango;
 occupet extremum scabies; mihi turpe relinqui est,
 et, quod non didici, sane nescire fateri".

La crítica servil.

Ut praeco, ad merces turbam qui cogit emendas,
 adsentatores iubet ad lucrum ire poeta
 dives agris, dives positus in faenore nummis.
 Si vero est, unctum qui recte ponere possit,
 et spondere levi pro paupere et eripere atris
 litibus implicitum, mirabor, si sciet inter
 noscere mendacem verumque beatus amicum.
 Tu, seu donaris, seu quid donare voles cui,
 nolito ad versus tibi factos ducere plenum
 laetitiae; clamabit enim "pulchre, bene, recte",
 pallescet super his, etiam stillabit amicis
 ex oculis rorem, saliet, tundet pede terram.
 Ut qui conducti plorant in funere, dicunt
 et faciunt prope plura dolentibus ex animo, sic
 derisor vero plus laudatore movetur.

Necesaria severidad de la crítica.

Reges dicuntur multis urgere culullis
 et torquere mero, quem perspexisse laborant
 an sit amicitia dignus; si carmina condes,
 numquam te fallent animi sub volpe latentes.

Quintilio siquid recitares, "corrige, sodes, hoc, aiebat, et hoc". Melius te posse negares, bis terque expertum frustra, delere iubebat, et male tornatos incudi reddere versus. Si defendere delictum quam vertere mallet, nullum ultra verbum aut operam insumebat inanem, quin sine rivali teque et tua solus amares. Vir bonus et prudens versus reprendet inertis, culpabit duros, incomptis adlinet atrum transverso calamo signum, ambitiosa recidet ornamenta, parum claris lucem dare coget, arguet ambigue dictum, mutanda notabit, fiet Aristarchus nec dicet "cur ego amicum offendam in nugis?" Hae nugae seria ducent in mala derisum semel exceptumque sinistre.

Los malos poetas.

Ut mala quem scabies aut morbus regius urget, aut fanaticus error, et iracunda Diana, vesanum tetigisse timent fugiuntque poetam qui sapiunt; agitant pueri, incautique sequuntur. Hic, dum sublimis versus ructatur et errat, si veluti merulis intentus decidit auceps in puteum foveamve, licet succurrite longum clamet io, cives, non sit qui tollere curet. Si curet quis opem ferre, et demittere funem: "¿qui scis an prudens huc se deiecerit atque servari nolit? Dicam, Siculique poetae narrabo interitum: "deus immortalis haberi dum cupit Empedocles, ardentem frigidus Aetnam insiluit". Sit ius liceatque perire poetis: invitum qui servat idem facit occidenti.

Nec semel hoc fecit, nec si retractus erit, iam fiet homo et ponet famosae mortis amorem. Nec satis adparet, cur versus factitet; utrum minxerit in patrios cineres; an triste bidental moverit incestus: certe fuit, ac velut ursus, obiectos caveae valuit si frangere clatros, indoctum doctumque fugat recitator acerbus; quem vero arripuit, tenet, occiditque legendo, non missura cutem nisi plena cruoris hirudo.

22.

Poesía dramática.—Durante la edad de Augusto la poesía dramática, con excepción de la popular, que no ha trascendido a la literatura, se reduce casi a amoldaciones artificiosas de algunas tragedias griegas y a un género oscuro, que se dice inventado por Melisso, de la *fábula trabeata*, así llamada por la toga *trabea* o purpúrea, tal vez porque los personajes fuesen del orden ecuestre. El mismo Augusto había escrito una tragedia titulada *Ajax*. Mecenas compuso dos tragedias, *Octavia* y *Prometeo*, y Asinio Polión se cita como autor de otras.

Una obra dramática importante de esta época debió ser la *Medea* de Ovidio. El asunto, tantas veces tratado en el teatro, debió haber interesado especialmente a Ovidio, pues lo trata además en otras dos ocasiones: en las *Heroidas*, en la carta de Medea a Jasón, y en las *Metamorfosis*. De esta tragedia no

han llegado hasta nosotros mas que dos versos, por lo que no es posible emitir juicio sobre ella. Debió, sin embargo, tener las altas cualidades de las demás poesías de Ovidio, lo que parece confirmarse con el elogio de Quintiliano.

Lucio Vario Rufo (74-14, a. de J. C.).—Fué influyente amigo de Augusto y de Mecenas, a la vez protector y amigo de Virgilio. Fué autor de un poema, *De morte Caesaris*; de un panegírico de Augusto y de algunas tragedias. Quintiliano hace de una tragedia suya un vivo elogio, considerando que ella y la *Medea* de Ovidio son las más notables producciones del teatro romano.

Domicio Marso (54-4).—Fué autor de un tratado *De urbanitate*, de algunas elegías y de un poema, *Amazonide*. Celebran a Marso con grandes elogios, Ovidio en sus *Pónticas*, IV, ep. últ., y repetidas veces Marcial.

Cayo Meliso.—Suetonio, en su libro *De Grammaticis*, 21, da algunas noticias de su vida. Nacido libre en Espoleto, fué expuesto por la discordia de sus padres y vino a parar a la servidumbre de Mecenas, quien encantado de sus condiciones le manumitió, considerándole como un amigo y presentándole a Augusto. Este le encomendó la ordenación de su Biblioteca. Compuso una colección de 150 poesías festivas, e inventó un nuevo género de fábulas togadas, que tituló *trabeatas*.

23.

Poesía elegíaca.—Como otros géneros poéticos, y en mayor grado que ellos, la elegía romana alcanza su perfección clásica o formal en los momentos en que defectos internos la disponían a inminente ruina.

Al fin en la épica el esmero y la erudición se apoyaban en una inspiración seria; y otros géneros líricos, como las odas horacianas, alternaban su frivolidad con reflexiones elevadas. Es precisamente en la elegía, donde la inspiración y la sinceridad del pensamiento reclaman el primer lugar, donde éstos empiezan a desvanecerse, concentrando la atención en los adornos de la decoración mitológica, en las sutilezas amorosas y en el preciosismo de la versificación.

C. Cornelio Galo.—Nació de humilde origen en Frejus, ciudad de la Galia. Condiscípulo y protegido de Augusto, ascendió a elevados puestos, siendo procónsul del Egipto. Envanecido por sus cargos, se hizo hasta erigir estatuas y mandó que en las pirámides se grabasen sus hazañas. Acusado por ello y condenado, no pudo resistir la humillación y se dió muerte.

Sus elegías, en cuatro libros, se refieren a Licoris, a la bella actriz Citeris, que cantaba en el teatro las *Bucólicas* de Virgilio, a quien este poeta evoca con el mismo nombre pastoril en la égloga X, y que,

como la Lesbia de Catulo, fué también amada de otros literatos.

No se conservan las poesías de este autor, con excepción de algunos versos citados por otros poetas. Parece que dominaba en ellas la tendencia alejandrina, y que los asuntos de sus amores con la bella actriz se enlazaban con las más complicadas evocaciones mitológicas.

Para ponderar el mérito de este poeta se aducen los elogios de Virgilio en la égloga X, en los que se celebra su inspiración, profetizándole la inmortalidad. Pero hay que tener en cuenta que en la ocasión en que Virgilio compuso sus *Bucólicas*, a raíz de la intervención de su amigo Cornelio Galo, para que le reintegrasen sus tierras, el elogio puede tener el carácter de un cumplimiento de gratitud.

Se ha atribuído a este autor la *Ciris* del *Appendix vergiliana*, pero no hay razón seria que abone esta atribución.

Albio Tibulo.—Nació el año 54 a. de J. C., y murió aproximadamente de treinta y cinco años. Gozó de posición desahogada, aunque en sus poesías alude a su pobreza. Fué de complexión débil y de un espíritu reconcentrado y melancólico. Se observa que en sus poesías no hace referencia a protectores ni amigos, con la sola excepción de su íntimo Mesala Corvino y del poeta Macer. Cabe explicar esto por la vida singular del poeta, dedicada a sus vicios y pasiones, y algo retraída del trato social.

Entre las obras que han venido circulando bajo

el nombre de Tibulo hay varias apócrifas. De los cuatro libros atribuidos, sólo son suyos los dos primeros, con 16 elegías, y algunas piezas del cuarto. El libro tercero está compuesto de poesías de Ligdano, pseudónimo de un poeta de la tertulia literaria de Mesala Corvino, que canta sus desgraciados amores, y del *Panegírico* de Mesala, composición de 211 hexámetros de gusto depravado. Entre las doce poesías del libro cuarto hay una cierta disparidad; aunque todas ellas se refieren a los amores de Cornuto y Sulpicia, las cinco primeras tienen el sello indeleble de la inspiración y de la factura de Tibulo; pero las cinco siguientes tienen una especial delicadeza femenil, que ha hecho sospechosa su atribución, habiéndose llegado a pensar si serán de Sulpicia.

Las poesías de asunto no erótico tienen un valor inferior. La VII del libro primero está dedicada a Mesala, para cantar su triunfo sobre los aquitanos, y la X está consagrada a cantar los horrores bélicos y las delicias de la paz campestre. Del libro segundo la elegía I es la descripción de una fiesta primaveral, la II es una felicitación a Cornuto, y la V un canto en honor del hijo de Mesala.

Es dudoso que los cinco nombres que canta en sus poesías respondan a otras tantas amadas. Delia, a quien celebra en el primer libro, es el pseudónimo de Plania, según el testimonio de Apuleyo. Némesis, a quien dedica el segundo, es tal vez la misma Glicera. Su amada Sulpicia del cuarto era so-

brina de su amigo Mesala. Delia y Némesis destruyeron el patrimonio del poeta y amargaron su vida con sus veleidades. Algunas poesías son eco de estos momentos de hastío de la vida, en los que sólo encuentra grata la imagen de la muerte.

La originalidad de Tibulo es muy reducida. Fuera del tema vivo de sus amores, lo demás parece un acoplamiento de pensamientos extraños. A Virgilio sobre todo sigue con una fidelidad excesiva: en el mismo tono que él se lamenta de haber sido desposeído de sus tierras, y en términos demasiado semejantes describe el Lacio y narra los presagios de la Sibila. Pero no es sólo de este autor, sino de Lucrecio y de Catulo de quienes toma asuntos e ideas.

Las poesías de Tibulo carecen de profundidad y de rigor en la ilación, como si el autor, sin plan fijo, se distrajese a cada paso por impresiones nuevas. Algunas de ellas son como un deshilvanado conjunto de ideas, superpuestas caprichosamente: en otras, la digresión hace olvidar el pensamiento inicial: en otras, sin disciplina alguna del orden, se amplifica desproporcionadamente una idea trivial.

Las poesías de Tibulo, mucho más que las de Propercio, tienen una cierta espontaneidad de sentimiento. Sin llegar a la fogosidad de Catulo, ante la cual su pasión amorosa es pálida y confusa, tienen a veces sus versos emoción, sobre todo cuando en ellos se muestra la dulce melancolía del desencanto. El tema de las desventuras es el predilecto

de su espíritu enfermizo: su enfermedad en tierra extraña, las infidelidades de sus amadas y la obsesión de la muerte es lo que especialmente hace vibrar su alma. Aun en las poesías en que la erudición y la técnica se sobreponen, aparece este arte como disimulado por cierta sencillez externa. La mitología alejandrina y los recursos retóricos todavía no llegan a enturbiar la limpidez de su lenguaje, ni a embarazar su noble estilo. Bajo esta aparente facilidad hay que reconocer, sin embargo, que lo más sobresaliente de la poesía de Tibulo es precisamente la perfección técnica, especialmente la métrica, en la que es modelo insuperable.

Sexto Propercio Caro.—Nació en la pequeña ciudad umbra de Asís hacia el año 49 a. de J. C., de una familia acomodada. Como Virgilio y Tibulo, se vió desposeído de algunas tierras por el reparto que Augusto hizo el año 41 a sus veteranos.

La publicación del primer libro de elegías le abrió las puertas del círculo literario de Mecenas. La amistad de este prócer influyó en su vida de poeta, porque él fué quien le inspiró la idea de componer algunas poesías patrióticas, fundadas en la historia y en la leyenda romana. Su borrascosa vida de pasiones terminó cuando sólo contaba unos treinta y tres años.

Las elegías de Propercio forman cinco libros, aunque han sido también ordenados en cuatro.

El primer libro y parte del segundo, formando un grupo de 35 elegías, lo dedicó a su amada Cintia.

La descripción que de su belleza hace en la elegía III es de una brillantez incomparable. Se cree que Cintia fué Hostia, la nieta del poeta Hostio, que escribió el *Bellum Istricum*. A los cinco años de relaciones, interrumpidos por querellas a causa de sus reales o supuestas infidelidades, murió Cintia, y entonces el poeta evoca la sombra de su amada, recordando los días venturosos de su amor.

El último libro comprende las poesías patrióticas y de temas diversos. Unas elegías cantan asuntos recientes, como la batalla de Acio; pero en general se refieren a los mitos de la historia romana sobre los orígenes de costumbres y fiestas.

El asunto que en su vida social y poética obsesionó a Propercio fueron los temas de amor sensual. El mismo declara que el solo título de gloria que ambiciona es que los enamorados puedan decir sobre su tumba que en ella descansa el poeta de la pasión:

Nec poterunt juvenes nostro reticere sepulcro:
ardoris nostri, magne poeta, jaces.

(L, VII, 23.)

“A cada hombre la naturaleza da una pasión —dice Propercio—, y a mí me ha dado la de amar siempre, la de no ser ciego a la belleza:

Unicuique dedit vitium natura creato.
Mi fortuna aliquid semper amare dedit.
Me licet et Thamyrae cantoris fata sequantur
nunquam ad formosas, invide, caecus ero.”

(II, XXII, 17.)

El amor múltiple a que le llevaban sus pasiones lo disculpa como un recurso previsor contra las posibles veleidades de la amada, como en la nave por previsión se llevan dos anclas. En el paralelo de este autor con Tibulo apenas pueden hallarse puntos de referencia entre sus temperamentos poéticos, entre la dulzura de Tibulo y la exaltación de Propercio. Por eso no es posible decidir la primacía de uno de estos poetas, de condiciones tan diversas: de genio poético y de arte imperfecto el uno, y artista consumado, con poco vuelo de inspiración el otro. La preocupación máxima de Tibulo es la perfección métrica; mientras que Propercio, atento a sus imágenes poéticas, es un descuidado versificador. Mientras Tibulo descuella por su sentimiento bucólico, por la dulzura y la sencillez de su espíritu y por la transparencia del lenguaje, Propercio sobresale por la fuerza de sus sentimientos, por su imaginación fecunda, por la riqueza de ideas y por la obscuridad y retorcimiento de su expresión. Tibulo es, por su educación y por sus inclinaciones, un romano, hijo espiritual de Lucrecio y Virgilio; Propercio es, por sus gustos, un alejandrino. Tibulo aventaja a Propercio en el concepto clásico de la poesía y en la perfección técnica; pero Propercio le supera en talento poético y en la profundidad de sus sentimientos; Propercio es más poeta; Tibulo, más clásico.

El alejandrino de Propercio, llevado hasta la pedantería, ahoga sus mejores cualidades de inspiración. La manía de la erudición mitológica le lleva

a dislocar constantemente los asuntos, desviándolos con digresiones caprichosas. Como sus modelos alejandrinos Calímaco y Filetas, gusta de toda clase de sutilezas de ingenio y de pueriles habilidades, como antítesis, simetría de frases, rima interna, etc.

TIBULO

I, I.

Divitias alius fulvo sibi congerat auro
 Et teneat culti iugera multa soli,
 Quem labor adsiduus vicino terreat hoste,
 Martia cui somnos classica pulsa fugent:
 Me mea paupertas vita traducat inertí,
 Dum meus adsiduo luceat igne focus.
 Iam mihi, iam possim contentus vivere parvo,
 Nec semper longae deditus esse viae,
 Sed Canis aestivos ortus vitare sub umbra
 Arboris ad rivos praetereuntis aquae.
 Nec tamen interdum pudeat tenuisse bidentes,
 Aut stimulo tardos increpuisse boves,
 Non agnamve sinu pigeat fetumve capellae
 Desertum oblita matre referre domum.
 At vos exiguo pecori, furesque lupique,
 Parcite: de magno praeda petenda grege.
 Ipse seram teneras maturo tempore vites
 Rusticus, et facili grandia poma manu:
 Nec Spes destituat sed frugum semper acervos
 Praebeat, et pleno pinguia musta lacu.
 Nam veneror, seu stipes habet desertus in agris,
 Seu vetus in trivio florea sarta lapis:

Flava Ceres, tibi sit nostro de rure corona
Spicea, quae templi pendeat ante fores:
Pomosisque ruber custos ponatur in hortis,
Terreat ut saeva falce Priapus aves.
Et quodcumque mihi donum novus educat annus,
Libatum agricolam ponitur ante deum.
Vos quoque, felicitis quondam, nunc pauperis agri
Custodes, fertis munera vestra, Lares.
Tunc vitula innumeros lustrabat caesa iuencos:
Nunc agna exigua hostia parva soli.
Agna cadet vobis quam circum rustica pubes
Clamet “;io, messes, et bona vina date!”
Hic ego pastoremque meum lustrare quotannis,
Et placidam soleo spargere lacte Palem.
Adsitis, divi, nec vos de paupere mensa
Dona, nec e puris spernite fictilibus.
Fictilia antiquus primum sibi feci agrestis
Pocula de facili conposuitque luto.
Non ego divitias patrum fructusque requiro,
Quos tulit antiquo condita messis avo:
Parva seges satis est, satis est requiescere lecto
Si licet et solito membra levare toro.

I, 10.

Quis fuit, horrendos primus qui protulit enses?
Quam ferus et vere ferreus ille fuit!
Tum caedes hominum generi tum proelia nata,
Tum brevior dirae mortis aperta viast.
A nihil ille miser meruit! nos ad mala nostra
Vertimus, in saevas quod dedit ille feras.
Divitis hoc vitiumst auri; nec bella fuerunt,
Faginus adstabat cum scyphus ante dapes,

Non arces, non vallus erat, somnumque petebat
 Securus varias dux gregis ister oves.
 Tunc mihi vita foret dulcis, nec tristia nossem
 Arma nec audissem corde micante tubam:
 Nunc ad bella trahor, e iam quis forsitan hostis
 Haesura in nostri tela gerit latere.
 Sed patrii servate Lares: aluistis et idem,
 Cursarem vestros cum tener ante pedes.
 Neu pudeat prisco vos esse e stipite factos:
 Sic veteris sedes incoluistis avi.
 Tum melius tenuere fidem, cum paupere cultu
 Stabat in exigua ligneus aede deus.
 Hic placatus erat, seu quis libaverat uvam,
 Seu dederat sanctae spicea sarta comae:
 Atque aliquis voti compos liba ipse ferebat
 Postque comes purum filia parva favum.

24.

Publio Ovidio Nasón.—Nació en Sulmona el año 43 a. de J. C., de una familia equestre y acomodada. Se educó en Roma, estudiando oratoria al uso, de suasorias o fingidas causas, y siguiendo, por obedecer los mandatos imperiosos de su padre, la jurisprudencia, llegando por poco tiempo a desempeñar un empleo secundario en la judicatura. Pero sus inclinaciones eran opuestas a estos estudios, y una afición desmedida le arrastraba hacia la poesía, en la que hallaba tal facilidad, que los versos se le formaban, según su expresión, ellos solos:

Sponte sua carmen numeros veniebat ad aptos
et quod tentabam dicere versus erat.

(*Trist.* IV, X, 25.)

Sus primeras poesías las compuso en la adolescencia y fueron dirigidas a Corina, a quien siguió cantando después:

Carmina cum primum populo juvenilia legi
barba resecta mihi bisve semelve fuit:
moverat ingenium totam cantata per urbem
nomine non vero dicta Corinna mihi.

(*Trist.* IV, X, 57.)

Para perfeccionar su educación estuvo en Sicilia, Grecia y Asia Menor. Muy pronto contrajo matrimonio, repudiando a su mujer con el pretexto de modesta alcurnia. Ejerció los cargos de triunviro y decenviro, rehusando la dignidad de senador, por dedicarse de lleno a su afición favorita.

Contrajo nuevas nupcias, que fueron poco duraderas por haber repudiado a su esposa. Ya en edad madura contrajo nuevo matrimonio con una viuda, de la ilustre familia de los Flavios, cuyas virtudes hicieron la felicidad del poeta.

Además de su posición desahogada, y de sus dichas familiares, gozaba Ovidio de cuanto la sociedad podía ofrecerle, de la efusiva amistad personal del Emperador y de los más influyentes personajes, de la admiración de los círculos literarios de Fabio Máximo y de Valerio Mesala, y de una popularidad raras veces alcanzada por un poeta.

En estos momentos de plena felicidad una orden de Augusto, recibida inopinadamente por el poeta, le exige que parta inmediatamente para Tomos (la actual Dobrudja), en el glacial país de los getas, en la costa occidental del Mar Negro. Dedúcese, por coincidir el destierro del poeta con el de Julia, nieta del emperador y por la alusión que Ovidio hace a algún acto licencioso de la corte, que acaso Augusto pudo descubrir que la desmoralización de su nieta se debiese a las lecturas del *Ars amandi*, de Ovidio, castigándole como causante del crimen.

Ovidio cuenta, con conmovedora congoja, la despedida de su esposa y la marcha de Roma (*Trist.* I, III).

En un clima glacial, en una ciudad amenazada a cada paso por los ataques de los bárbaros, en una casa sombría como una cárcel, angustiado por su alejamiento de Roma y por la separación de su esposa, se entregó Ovidio a la desesperación, agotando su actividad poética en maldiciones contra aquellos cariñosos amigos que ahora le abandonaban, en inabables lamentos, y en desgarradoras súplicas y adulaciones serviles al César. Nada sirvió para conmover el ánimo de Augusto, ni las súplicas de la virtuosa esposa del poeta, ni las peticiones de sus influyentes amigos. Viéndose morir, rogó al menos que su cadáver fuese llevado a Roma, y compuso su propio epitafio:

Hic ego qui iaceo tenerorum lusor amorum
ingenio perii, Naso poeta, meo.

At tibi qui transis ne sit grave quisquis amasti
dicere: Nasonis molliter ossa cubent.

(*Trist.* III, III, 73.)

Pero ni esta fortuna alcanzaron sus restos, que recibieron sepultura en un lugar, hoy ignorado, del destierro.

La poesía de Ovidio, por haberse acentuado la perfección de forma hasta el acicalamiento y la abundancia de elementos poéticos hasta la exageración, señala el momento en que se inicia el rápido declive de la literatura viva hacia el retoricismo. En cuanto a los elementos de construcción, la poesía de Ovidio es como la apoteosis del alejandrinismo, un desarrollo magnífico, de una exuberancia exagerada, de los elementos utilizados por Tibulo y Propercio. Los recursos mitológicos, ya profusamente usados por el último, en Ovidio se extienden hasta constituir como el ambiente de sus poesías o como el adorno obligado de todos los cuadros. La riqueza de medios de exposición y de recursos poéticos es tan grande, que más bien perjudica a la obra, dando una impresión de frío amaneramiento retórico que distrae del mismo asunto. La imponderable perfección de la versificación de Ovidio y la soltura maravillosa de sus versos es consecuencia en gran parte del desarrollo técnico que había alcanzado en sus predecesores; pero ante todo es un don natural del poeta, por quien las mayores dificultades métricas son vencidas sin el menor esfuerzo. El atildamiento y la erudición son tan inseparables del poeta, que no le abandonan ni

en las situaciones más patéticas y desgarradoras de la vida.

Poesías amorosas ovidianas.—Estas poesías fueron escritas desde su adolescencia hasta los cuarenta y cinco años. Son de este género los *Amores*, *Las Heroidas*, el *Ars amandi*, *Remedia amoris* y su tragedia juvenil *Medea*. Relacionada con ellas está su obra *Cosméticos*. La poesía erótica de Ovidio, en cuanto al sentimiento, es inferior a la de los elegíacos anteriores, a Tibulo y Propercio, y mucho más a Catulo. En estas poesías Ovidio canta el amor vital, sin detenerse ante el más desnudo realismo, o un amor ficticio de retórica galantería, o de pasiones imaginarias de leyenda. Los temas de su amor no surgen de la vida, siendo al parecer una ficción sus amores con Corina y hasta la existencia de esta amada, sino de los libros de erudición mitológica. Las primeras poesías de Ovidio fueron elegías amorosas, que lograron entusiasta admiración. Su colección de *Amores*, publicada primero en cinco libros, fué refundida luego en tres por el mismo autor. Las poesías de esta obra son eróticas, con algunas excepciones.

Las *Heroidas*, escritas en la misma época de los *Amores*, son 16 cartas, que diversas heroínas de la leyenda griega dirigen a sus maridos ausentes: Dido a Eneas, Briseida a Aquiles, Medea a Jasón, etcétera. Parece que se inspiró en la carta de Aretusa a Licotas de su amigo Propercio.

En ellas cada una expone su pasión, sus celos y sus sufrimientos, y se esfuerzan en atraer a sus

amantes. Su amigo Sabino escribió, para completar esta obra, las respuestas, y entonces Ovidio hizo algunas cartas dobles, las de Leandro y Hero, Paris y Helena, etc. En ellas sorprende especialmente la fina penetración con que se estudian las complejidades del alma femenina. El *Ars amandi* es un tratado de tres libros con 1.165 dísticos. Es un complicado arte de enamorados, en el que se hace alarde de conocer con absoluta maestría los motivos y recursos eróticos. El primer libro contiene las reglas del arte de enamorar; el segundo expone las normas para conservar el amor, y el tercero expone los principios generales del arte amatorio. La obra *Remedia amoris*, como indica su nombre, quiere ser el antídoto contra la pasión amorosa, dando las normas que han de seguirse para huír de ella. El poema *Medicamenta faciei*, o tratado de cosméticos, ha llegado incompleto hasta nosotros, quedando sólo 50 dísticos. Lleva una jocosa introducción sobre el asunto general, y sigue una larga serie de preparaciones cosméticas.

Las *Metamorfosis* constan de 15 libros y contienen unos 12.000 hexámetros. Esta obra, de una enorme complicación, la elaboró en el espacio de seis años. Comienza el poema después del diluvio con la leyenda de Deucalión y Pirra. Enlazadas hábilmente unas con otras, desfilan numerosas leyendas de la mitología y de la fábula: la de Píramo y Tisbe, la de Jasón y Medea, la de Progne y Filomena, las de Orfeo, Escila, Faetón, Niobe, etc. Los dos últimos libros com-

prenden leyendas romanas, terminando la obra con una apoteosis de César y Augusto.

La fantasía soberana del poeta señorea aquí a sus anchas, y su fastuoso lenguaje envuelve graciosamente los pintorescos asuntos. Las dificultades de la narración, que tanto hace propender al prosaísmo, son salvadas con una naturalidad admirable, en la que no tiene par en la literatura.

La elegía etiológica Fasti. Los *Fastos*, escritos al mismo tiempo que las *Metamorfosis*, son como el calendario de las fiestas romanas. Estaban terminados los correspondientes a los seis primeros meses cuando sobrevino su destierro. En él quiso continuarlas, pero abandonó al fin la obra, siendo publicada sólo después de su muerte. El poema no sólo describe las fiestas romanas y los ritos, sino que se remonta a explicar sus orígenes, entretejiendo pintorescas leyendas. Así, un asunto anodino, de usos rituales, de etimologías y explicaciones astronómicas, se convierte en las manos del poeta en un tema entretenido y hasta impregnado de grato humorismo en algunas regocijadas historias. Por el tono estos fastos resultan una irreverente parodia del culto oficial, refiriendo novelas y cuentecillos regocijantes de los ritos sagrados. Lo curioso es que, según parece, su propósito era satisfacer a los deseos de Augusto de realzar las tradiciones romanas, glorificando sus orígenes.

Poesías de Tomos.—Las poesías descritas en Tomos fueron: los *Tristes*, las *Cartas Pónticas*, *Ibis*,

Halientica y tres panegíricos a la muerte de Augusto, al triunfo de Tiberio y a la familia imperial, éste en lengua gética.

Estudiada esta producción con un criterio al parecer lógico, pero no universal, sorprende ingratamente que el poeta, en vez de rendir su poesía al dolor, desnudándola de sus galas, la presente con tan cuidado atavío, que difícilmente logre convencer de la intensidad de su sentimiento. Era, en efecto, de esperar, que si el poeta no enmudecía en su desgracia, había de sufrir una evolución violenta ante una situación tan distinta. Y esta evolución apenas es sensible. Ovidio, como hombre, toma el asunto de su malaventura; pero como poeta se ha petrificado en su elaboración artificiosa, y sigue con su florida exornación de los tiempos felices. Sus *Tristes*, en cinco libros, con 1.764 dísticos, contiene al principio el relato conmovedor de su proscripción a partir de su salida de Roma, describiendo en términos lacrimosos la separación, los incidentes del viaje y las horribidas condiciones del destierro. Desde el libro II todo es una lamentación de su infortunio y una exculpación de sus supuestas faltas: en él implora la clemencia de Augusto, sincerándose de haber escrito versos amorosos, que tantos ilustres poetas, como Homero, habían compuesto, sin considerárseles por ello reos de un delito.

Las *Cartas Pónticas*, en IV libros, con 1.637 dísticos, son epístolas poéticas a personas determinadas, en las cuales, de un modo semejante al de los

Tristes, expone sus desventuras y sus esperanzas de perdón.

Su *Halieutica*, o poema de los peces, escrito en el destierro, no llegó a ser terminado.

El *Ibis*, imitado del *Ibis* de Calímaco, es una invectiva contra un enemigo, probablemente contra el que debió ser principal culpable de su destierro. La serie de imprecaciones y de maldiciones que vierte sobre él va envuelta en alusiones tan oscuras y en una erudición tan complicada, que apenas puede vislumbrarse su sentido.

OVIDIO

TRISTIUM LIBRI.

III

Cum subit illius tristissima noctis imago
 Qua mihi supremum tempus in Urbe fuit,
 Cum repeto noctem qua tot mihi cara reliqui,
 Labitur ex oculis nunc quoque gutta meis.
 Iam prope lux aderat qua me' discedere Caesar
 Finibus extremae iusserat Ausoniae.
 Nec spatium fuerat, nec mens satis apta parandi:
 Torpuerant longa pectora nostra mora.
 Non mihi servorum, comites non cura legendi,
 Non aptae profugo vestis opisve fuit.
 Non aliter stupui, quam qui Iovis ignibus ictus
 Vivit, et est vitae nescius ipse suae.
 Ut tamen hanc animi nubem dolor ipse removit,
 Et tandem sensus convaluere mei,
 Adloquor extremum maestos abiturus amicos,

Qui modo de multis unus et alter erant.
Uxor amans flentem flens acrius ipsa tenebat,
Imbre per indignas usque cadente genas.
Nata procul Libycis aberat diversa sub oris,
Nec poterat fati certior esse mei.
Quocumque aspiceres, luctus gemitusque sonabant,
Formaque non taciti funeris intus erat.
Femina virque meo, pueri quoque funere maerent,
Inque domo lacrimas angulus omnis habet:
Si licet exemplis in parvis grandibus uti,
Haec facies Troiae, cum caperetur, erat.
Iamque quiescebant voces hominumque canumque,
Lunaque nocturnos alta regebat equos.
Hanc ego suspiciens et ab hac Capitolia cernens,
Quae nostro frustra iuncta fuere lari,
“Numina vicinis habitantia sedibus, inquam,
Iamque oculis nunquam templa videnda meis,
Dique relinquendi, quos urbs habet alta Quirini,
Este salutati tempus in omne mihi!
Et quamquam sero clipeum post vulnera sumo,
Attamen hanc odiis exonerate fugam,
Caelestique viro, quis me deceperit error,
Dicite, pro culpa ne scelus esse putet!
Ut quod vos scitis, poenae quoque sentiat auctor,
Placato possum non miser esse deo”.
Hac prece adoravi superos ego, pluribus uxor,
Singultu medios impediante sonos.
Illa etiam ante lares passis adstrata capillis
Contigit extinctos ore tremente focos,
Multaque in adversos effudit verba penates
Pro deplorato non valitura viro.
Iamque morae spatium nox praecipitata negabat,
Versaque ab axe suo Parrhasis arctos erat.

Quid facerem? blando patriae retinebar amore:
Ultima sed iussae nox erat illa fugae.
A! quotiens aliquo dixi properante "Quid urges?
Vel quo festinas ire, vel unde, vide!"
A! quotiens certam me sum mentitus habere
Horam, propositae quae foret apta viae.
Ter limen tetigi, ter sum revocatus, et ipse
Indulgens animo pes mihi tardus erat.
Saepe vale dicto rursus sum multa locutus,
Et quasi discedens oscula summa dedi.
Saepe eadem mandata dedi meque ipse fefelli,
Respiciens oculis pignora cara meis.
Denique "Quid propero? Scythia est, quo mittimur".
[inquam
"Roma relinquenda est. Utraque iusta mora est.
Uxor in aeternum vivo mihi viva negatur,
Et domus et fidae dulcia membra domus,
Quosque ego dilexi fraterno more' sodales,
O mihi Thesea pectora iuncta fide!
Dum licet, amplectar. Numquam fortasse licebit
Amplius. In lucro est quae datur hora mihi."
Nec mora, sermonis verba imperfecta relinquo,
Complectens animo proxima quaeque meo.
Dum loquor et flemus, caelo nitidissimus alto,
Stella gravis nobis, Lucifer ortus erat.
Dividor haud aliter, quam si mea membra relinquam.
Et pars abrumpi corpore visa suo est.
Sic doluit Mettus tunc, cum in contraria versos
Ultiores habuit proditiōnis equos.
Tum vero exoritur clamor gemitusque meorum,
Et feriunt maestae pectora nuda manus.
Tum vero coniunx, umeris abeuntis inhaerens,
Miscuit haec lacrimis tristia verba meis:

“Non potes avelli. Simul hinc, simul ibimus” inquit:
Te sequar et coniunx exulis exul ero.
Et mihi facta via est, et me capit ultima tellus:
Accedam profugae sarcina parva rati.
Te iubet a patria discedere Caesaris ira,
Me pietas. Pietas haec mihi Caesar erit”.
Talia temptabat, sicut temptaverat ante,
Vixque dedit victas utilitate manus.
Egredior, sive illud erat sine funere ferri,
Squalidus inmissis hirta per ora comis.
Illa dolore amens tenebris narratur obortis
Semiarimis media procubuisse domo,
Utque resurrexit foedatis pulvere turpi
Crinibus et gelida membra levavit humo,
Se modo, desertos modo complorasse penates,
Nomen et erepti saepe vocasse viri,
Nec gemuisse minus, quam si nataeque meumque
Vidisset structos corpus habere rogos,
Et voluisse mori, moriendo ponere sensus,
Respectuque tamen non periisse mei.
Vivat! et absentem —quoniam sic fata tulerunt—
Vivat ut auxilio sublevet usque suo.

25.

Prosa. Sin llegar, con mucho, al esplendor de la poesía, se sabe que la prosa fué cultivada intensamente, bajo un aspecto más científico que literario. Este carácter, dada la evolución incesante de la ciencia, hizo que las más leídas obras en pro-

sa fueran olvidándose ante las posteriores, no conservándose apenas nada de estas producciones.

La historia no sufre una disminución comparable a la de la oratoria con la implantación del poder absoluto, pero sí se ve limitada en su campo, excluyendo el género apasionado de la historia contemporánea y teniendo que refugiarse, a pesar de la tolerancia de Augusto, en la historia nacional.

La historiografía del tiempo de Augusto no tiene más que un nombre glorioso, el de Tito Livio.

Tito Livio nació en Padua el año 59 a. de J. C. de una familia noble, muriendo en su ciudad natal el año 17 d. de J. C. Se educó en Roma y allí vivió la mayor parte de su vida, gozando de la amistad personal del emperador. Fué preceptor del futuro emperador Claudio. La enorme obra de Tito Livio *Ab urbe condita*, en la que trabajó desde los treinta y cinco años hasta su muerte, comprendía 142 libros. De ella decía Marcial que no le cabía en la biblioteca. Su propósito al parecer fué escribir hasta la muerte de Augusto, en 150 libros; pero por enfermedad o por otras causas no la continuó en los últimos años de su vida, terminando con la muerte de Druso.

Las fuentes principales de Tito Livio fueron los analistas romanos y Polibio. De esta gigantesca obra no han llegado a nosotros más que 35 libros. Son los libros 1-10 hasta la tercera guerra samnita, y los libros 21-45, con algunas lagunas en los cinco últimos. Indirectamente conocemos esta obra en sus libros perdidos por los sumarios que se hicieron de ella,

hacia el siglo IV. Uno de ellos, el de Julio Obsequens, recoge los milagros citados en la obra de Tito Livio. Desde el punto de vista histórico, los reparos puestos a esta obra son fundados. La parcialidad patriótica de Tito Livio le lleva a cantar como virtudes los excesos guerreros y los casos de crueldad y de perfidia, que censura duramente cuando son cometidos por sus enemigos.

Desde la publicación de esta obra fué considerada como la suprema autoridad histórica, siendo la fuente común para los historiadores y los poetas posteriores. Su obra no es, como la de Salustio, escrita entre las luchas encarnizadas de los partidos, particular, pasional y dramática, sino nacional, y de una pura exaltación patriótica, como escrita en un momento en que las contiendas políticas habían desaparecido y en que toda la política era exterior, basada en el predominio del Imperio romano sobre el mundo. El fin principal de la obra, como Tito Livio declara en su introducción, fué panegírico y poético, tanto como científico. En ella se propuso recordar con religioso entusiasmo las antiguas virtudes nacionales, como medio de contener la degeneración moral que amenazaba a la existencia del imperio, y superar en el estilo a los historiadores romanos que le habían precedido. Sin ánimo de desfigurar la verdad, dominó en él la preocupación patriótica y artística. Este propósito de idealizar y embellecer la historia lo cumplió a la perfección. Su obra no era, como las antiguas historias, el punto de

vista de un hombre público, sino el de un literato, a quien seducía tanto como la gloria de la antigua Roma la brillantez del estilo.

En su historia no hay el concepto profundo de otros historiadores, ni en sus descripciones un severo cuidado de la exactitud: pero hay una brillantez de exposición y una viveza lírica, en la que no tiene igual en la literatura.

Llaman la atención en la obra de Tito Livio los discursos profusamente intercalados, al extremo de que sólo en los 35 libros conservados aparecen hasta 400. En unos discursos arbitrarios acierta a exponer las situaciones y los caracteres de los personajes con arte exquisito. El estilo de Tito Livio recuerda en la pompa majestuosa el de Cicerón y en la brillante elevación el de Virgilio. Su lenguaje, como resultado de su admiración por las tradiciones romanas y por la dicción esmerada o afectada, abunda en palabras y giros arcaicos y poéticos. Asilio Polión burló en Tito Livio el provincialismo o patavinitas de su lenguaje, que, si existía, no acierta a descubrir la crítica.

Pompeyo Trogo, de origen galo, escribió su *Historiae Philippicae* en 44 libros. Era una verdadera historia universal, al estilo de los compendios griegos. Aunque de ella nada se ha conservado, perdura, sin embargo, un compendio suyo, hecho por Justino, al parecer en la época de los Antoninos. El título de *Historiae Philippicae* hace suponer que Trogo Pompeyo seguía demasiado fielmente los libros griegos, para quienes naturalmente la con-

quista macedónica de Filipo era punto histórico capital.

A juzgar por el extracto de Justino, la obra, sin enlace y sin profundidad alguna, era una colección de luchas interesantes, con una propensión hacia la historia anecdótica.

TITO LIVIO

ANNALES.

Nombramiento de Aníbal.

Missus Hannibal in Hispaniam, primo statim adventu omnem exercitum in se convertit. Hamilcarem viventem redditum sibi veteres milites credere; eundem vigorem in vultu, vimque in oculis, habitum oris, lineamentaue intueri: deinde brevi effecit ut pater in se minimum momentum ad favorem conciliandum esset. Nunquam ingenium idem ad res diversissimas, parendum atque inperandum, habilis fuit. Itaque haud facile discerneres, utrum imperatori, an exercitui carior esset. Neque Hasdrubal alium quenquam praeficere malle, ubi quid fortiter ac strenue agendum esset; neque milites alio duce plus confidere, aut audere.

Retrato de Aníbal.

Plurimum audaciae ad pericula capessenda, plurimum consilii inter ipsa pericula erat. Nullo labore aut corpus fatigari, aut animus vinci poterat; ca-

loris ac frigoris patientia par; cibi potionisque desiderio naturali, non voluptate modus finitus; vigiliarum, somnique nec die, nec nocte discriminata tempora; id, quod gerendis rebus superesset, quieti datum; ea neque molli strato, neque silentio arcessita. Multi saepe militari sagulo opertum, humi iacentem inter custodias stationesque militum conspexerunt. Vestitus nihil inter aequales excellens: arma atque equi conspiciebantur. Equitum peditumque idem longe primus erat; princeps proelium inibat, ultimus confecto proelio excedebat. Has tantas viri virtutes ingentia vitia aequabant: inhumana crudelitas, perfidia plus quam Punica, nihil veri, nihil sancti, nullus deum metus, nullum iusiurandum, nulla religio.

Sitio de Sagunto.

Hannibal, infesto exercitu ingressus fines, pervastatis passim agris, urbem tripartito adgreditur. Angulus muri erat in planiorem patentioremque, quam cetera circa, vallem vergens: adversus eum vineas agere instituit, per quas aries moenibus admoveri posset. Set ut locus procul muro satis aequus agendis vineis fuit, ita haudquaquam prospere, postquam ad effectum operis ventum est, coeptis succedebat. Et turris ingens imminebat; et murus, ut in suspecto loco, supra ceterae modum altitudinis munitus erat; et iuventus delecta, ubi plurimum periculi ac laboris ostendebatur, ibi vi maiori obsistebat. Ac primo missilibus submovere hostem, nec quidquam satis tutum munientibus pati. Deinde iam

non pro moenibus modo atque turri tela micare, sed ad erumpendum etiam in stationes operaque hostium animus erat; quibus tumultuariis certaminibus haud ferme plures Saguntini cadebant, quam Poeni.

26.

Oratoria.—La revolución política consumada en Augusto con la pérdida de las libertades públicas tenía que influir poderosamente en la decadencia de la oratoria. Desarrollada ésta sobre todo en los debates del Senado y en los grandes procesos políticos, en un ambiente de extrema libertad, quedó sin aplicación al asumir Augusto todos los poderes, quedando reducida la oratoria a los procesos privados y a los discursos retóricos, que en privado se pronunciaban como torneos oratorios, discurriendo sobre causas ficticias. Lo absurdo de este género sin vida, y el abuso de los recursos ciceronianos, con la inevitable degeneración hacia las sutilezas y la ampulosidad, hizo que la oratoria caminara rápidamente hacia su ruina.

Se da en la oratoria el singular contraste de que, mientras la oratoria viva desaparece por falta de ambiente, la educación retórica adquiere una gran importancia en la formación de la juventud, y la afición a las declamaciones se extiende como una moda imperiosa. La verdadera oratoria muere, y el retoricismo oratorio se desborda hasta envolver todos

los géneros literarios, informando la literatura entera de la decadencia y ahogando las más salientes cualidades del clasicismo.

Marco Valerio Mesala Corvino. (64 a. de J. C.).—Este ilustre general y orador fué amigo de Horacio y protector de Tibulo, de Macer y de Ovidio. Su tertulia literaria reunió a ilustres literatos.

Fué famoso orador forense. Horacio no encuentra otro tipo mejor de comparación para el jurisconsulto y orador forense:

Consultus iuris et actor
causarum mediocris abest virtute disertī
Messalae, nec scit quantum Cascellius Aulus.

(*Epist. ad Pis.*, 371.)

La educación retórica había existido siempre; pero después de Augusto llegó a constituir como el fundamento de la preparación de la juventud. Sin eficacia y sin responsabilidad, los autores de controversias y suasorias no tenían que someter su argumentación a los hechos y a las leyes, sino que para el éxito de sus discursos podían inventar hechos y hacerse a capricho una jurisprudencia. En todas estas composiciones de mero lucimiento los hechos imaginarios había que complicarlos con toda clase de sutilezas, y la expresión había que adornarla superándose continuamente todos los preciosismos del lenguaje; había que suplir la falta de ideas con palabras brillantes y el vacío de las sentencias con juegos de palabras. Estos desenvolvimientos de te-

sis y discursos de ensayo existían de antes, y Cicerón los consideraba muy útiles para el orador. Pero siempre se había entendido que eran mera ejercitación mental y preparación de la oratoria verdadera, no un género oratorio propio sin fin ulterior.

Lucio Anneo Séneca, el retórico, padre de Séneca el filósofo, nació en Córdoba.

Oratorum et rhetorum sententiae, divisiones, colores.—Esta obra está dividida en dos partes, *Suasorias* y *Controversias*. Las *Suasorias*, de carácter histórico o político, son siete, constituyendo cada una un libro. Los temas son deliberaciones o vacilaciones en casos dudosos, como estos: Delibera Agamenón si debe sacrificar a Ifigenia, habiendo dicho Calcante que de otro modo no podría emprenderse la navegación; delibera Cicerón si debe quemar sus escritos, habiéndole prometido Antonio que le respetaría la vida si lo hiciese.

Las *Controversias*, de carácter forense, están divididas en diez libros, completos el I, II, VII, IX y X, y los otros cinco sólo conocidos por extractos. Son temas forenses ficticios, de una complicada casuística algunos, como los argumentos de una enredada fábula dramática.

En cada uno de estos apuntamientos de disertación Séneca va exponiendo los puntos de vista, las opiniones o colores de filósofos y oradores diversos: del español Porcio Latrón, de Labieno, Arelio Fusco, Fabiano, Montano, etc.

El libro de Séneca es importante como documen-

to histórico, que nos muestra por dentro aquellas escuelas oratorias de su época, en las que la generalidad de los maestros defendían la oratoria, no para probar o convencer, sino para declamar por el gusto solo de hacerlo.

LUCIO ANNEO SENECA

CONTROVERSIA VI.

FUR ACCUSATOR PRODITIONIS.

Iniuriarum sit actio. Fur contione prohibeatur. Quidam cum divitem proditionis accusasset, noctu parietem eius perfodit et scrinium in quo missae erant ab hostibus litterae sustulit. Damnatus est dives. Cum contionari vellet accusator, a magistratu prohibitus agit iniuriam.

Id solum sustuli quod fur reliquisset. Nihil magis fur timui quam ne dominus furtum nollet agnoscere. Ruentem civitatis statum unius parietis ruina suspendit. Profiteor indicium: furti mei civitas conscia est. Furtum est quod timet dominus agnoscere? quod qui perdidit supplicium tulit, praemium qui subripuit? Cui magis permisisses loqui, si eodem tempore et fur venisset et dominus? Mille navium duces furto Troiam cepistis. Si bene furto evertuntur urbes, quanto melius liberantur? In forum veni, narravi nocturnam expeditionem meam. Convenerant omnes tamquam ad contionem. Cur me submoves ante accu-

sationem, cum nec proditores inauditi pereant. O furtum in contione narrandum! proditoris vigilantissimum pectus et in exitia semper nostra sollicitum publica fata sopierant; ita etiam ministros eius alligaverat somnus, ut mihi videbar hostium muros. Furtum vocas quo nihil melius anno tuo factum est? Nemo fur rempublicam cogitat. Nihil non licet pro republica facere.

27.

Literatura científica.—La literatura científica siguió su desarrollo normal en esta época, contando con ilustres cultivadores, especialmente la filosofía, la jurisprudencia y la gramática.

Los estudios geográficos, que con una finalidad práctica habían sido impulsados por César, fueron también continuados en esta edad. Vespasiano Agripa, el yerno de Augusto, organizó los materiales para publicar unos enormes mapas del Imperio, que habían de ser colocados en un pórtico especial. No realizó del todo su empresa; pero los datos acumulados y los comentarios de Agripa fueron depositados en los archivos oficiales. De ellos se aprovechó luego Plinio para su magna obra.

La filosofía se cultivó con gran provecho en la edad de Augusto, prevaleciendo siempre la filosofía moral, aunque interesando también las cuestiones metafísicas y los problemas de la naturaleza. No obstan-

te esta gran afición, no son numerosas las obras de carácter filosófico. Las de los dos Sestos, padre e hijo, sobre doctrinas pitagóricas fueron escritas en griego. Representantes ilustres de esta escuela fueron Crasicio y Papinio Fabiano, este último autor también de una obra titulada *Causas naturales* y de otros libros sobre zoología y botánica, muy utilizados en la *Historia Natural*, de Plinio.

La jurisprudencia tiene ilustres cultivadores, siendo los principales Labeón y Capítón.

Entre los gramáticos de esta edad, además de Varrón y de César, alcanzaron gran renombre Messala, Higino y Palemón; Cecilio Epirota, que empezó a comentar en las escuelas de Virgilio y a otros poetas recientes; Afrodisio, que escribió sobre ortografía; Cornificio, autor de un tratado de etimología, etc.

Marco Verrio Flaco, liberto, fué elegido por Augusto como preceptor de sus nietos. Instalado en el palacio con toda su escuela, enseñaba en el atrio de la casa Catulina, que formaba parte del palacio imperial. Murió anciano bajo el reinado de Tiberio.

De las dos obras gramaticales de Verrio Flaco, *De verborum significatu* y *De priscis verbis Catonis*, la primera nos es conocida por un extracto incompleto de Festo, que a su vez fué abreviado por Paulo Diácono.

Se citan de él otras obras, *Rerum memoria dignarum*, *Rerum etruscarum*, y los *Fastos*, que compuso para ser esculpidos en una lápida de mármol en Palestrina.

El español **Julio Higino**, liberto de Augusto, es famoso como historiador, gramático y agrónomo. Llegó a ser jefe de la Biblioteca de Palacio y escribió las siguientes obras: *De vita rebusque illustrium virorum*, *De situ urbium italicarum* y *De familiis troianis*. Además se citan con su nombre, aunque por las diferencias de lengua se duda de su autenticidad, un libro de fábulas y una obra astronómica en cuatro libros.

Marco Vitrubio Polión.—La mayor parte de su vida corresponde al período de César. Su famosa obra *De architectura*, en diez libros, fué dedicada a Augusto. Es muy importante, por ser la única obra de este género que la antigüedad nos ha legado y por los preciosos datos que suministra sobre la ciencia de la construcción en Roma.

Su lengua, interesantísima por los nombres peculiares de oficio, está llena de giros oscuros, y literariamente es muy poco recomendable.

Marco Antistio Labeón.—Fué jurisconsulto famoso, escribiendo unos 400 libros sobre derecho pontificio y augural, comentarios de las doce Tablas e interpretaciones jurídicas y filológicas.

Representaba la tendencia de la vieja tradición romana, defendiendo los principios republicanos y un criterio arcaizante en el derecho.

Cayo Ateyo Capitón, por el contrario, fué el defensor del derecho nuevo, llegando a ser favorito de Augusto, que le concedió el consulado en el año 5 d. de J. C.

Monumentum Ancyranum.—Augusto, que había escrito una historia, *De vita sua*, en 13 libros, compuso un índice de los hechos principales de su reinado, *Index rerum a se gestarum*, para que fuese esculpido en una lámina de bronce, ordenando que fuese reproducida en distintos puntos del Imperio. Una copia del *Index* ha sido hallada en 1861 en las paredes de mármol del templo de Augusto de An-cira (Galicia). Esta inscripción aparece mutilada en algunas partes.

VITRUBIO

DE ARCHITECTURA.

El mortero.

De arenae copiis cum habeatur explicatum, tum etiam de calce diligentia est adhibenda, uti de albo saxo aut silice coquatur; et quae erit ex spisso et duriore, erit utilis in structura, quae autem ex fistuloso, in tectoriis. Cum ea erit extincta, tunc materia ita misceatur, ut si erit fossitia, tres arenae et una calcis confundantur; si autem fluviatica aut marina, duae arenae in unam calcis coniiciantur: ita enim erit justa ratio mixtionis temperaturae. Etiam in fluviatica aut marina si quis testam tusam et succretam ex tertia parte adiecerit, efficiet materiae temperaturam ad usum meliorem.

La madera.

Materies caedenda est a primo autumno ad id tempus, quod erit ante quam flare incipiat Favonius.

Caedi autem ita oportet, ut incidatur arboris crassitudo ad mediam medullam, et relinquatur, uti per eam exsiccescat stillando succus. Ita qui inest in his inutilis liquor effluens per torulum, non patietur emori in eo saniem, nec corrumpi materiae qualitatem. Tunc autem cum sicca et sine stillis erit arbor, deiiciatur, et ita erit optima in usu.

Eae autem inter se discrepantes et dissimiles habent virtutes, ut robur, ulmus, populus, cupressus, abies et ceterae quae maxime in aedificiis sunt idoneae. Namque non potest id robur, quod abies, nec cupressus, quod ulmus, nec ceterae easdem habent inter se natura rerum similitates; sed singula genera principiorum proprietatibus comparata alios alii generis praestant in operibus effectus.

28.

Edad Argentea.—Los síntomas de la decadencia, aparecidos al finalizar el siglo de Augusto, esto es, la pérdida de la moderación clásica, bien manifiesta en algunos excelsos poetas, como Ovidio, se acentúa gravemente en la época imperial.

El impulso propio de la decadencia, y la manía retórica desarrollada en las escuelas, empujaba hacia una afectación erudita, que había de acabar rápidamente con las más esenciales cualidades del clasicismo.

Esta época ofrece aún escritores de gran relieve,

con más fuerte personalidad algunos que las mismas grandes figuras de la edad de Augusto, como Séneca, Marcial y Lucano, pero sin la armonía y perfección formal del clasicismo. Son estos potentes espíritus de una marcada originalidad, pero que aparecen como extranjeros, de una espiritualidad extraña al genio, o por lo menos a la tradición latina, considerada como clásica.

Hay algún genio, como Tácito, que en medio de la corriente del mal gusto logra con su talento y con su arte hacerse un magnífico estilo personal; caso singular de un artista que sabe sacar del odioso retoricismo un arte impresionante y bello. Fuera de esto, la literatura produjo obras eruditas y de brillante forma, pero de valor secundario en cuanto a la inspiración.

Poesía didáctica.—Es curiosa la coincidencia, probablemente casual, de dos poetas, Germánico y Manilio, que a la vez emprenden la poetización del tema de la naturaleza física, de tan enormes dificultades para conseguir un éxito estimable.

Germánico Claudio.—Hijo de Claudio y de su esposa Mesalina, fué después adoptado por Tiberio. A éste es a quien Ovidio dedicó sus *Fastos*. Tácito escribió con tonos patéticos la vida de este príncipe, que murió trágicamente a los treinta años, el 19 d. de J. C.

Aratea Phaenomena.—Este es el título del poema de Germánico, atribuído malamente por algunos a Domiciano. El poema es una adaptación del célebre

libro *Los fenómenos*, del alejandrino Arato. Esta obra griega había sido traducida por Cicerón en su juventud. Lactancio menciona también una traducción de *Los fenómenos*, de Arato, hecha por Ovidio. La adaptación de Germánico es bastante libre, y revela talento poético y maestría en la lengua y en la versificación.

Marco Manilio.—Aparece en algunos manuscritos con el nombre de Marco Mallio, y es conocido sólo por su poema, sin tener de él noticia biográfica alguna. Su libro debió ser escrito al final del reinado de Augusto o en los comienzos del de Tiberio.

Su obra *Astronómica*, en cinco libros, es propiamente un poema astrológico. El autor emprende su trabajo con la seriedad y el interés científico de una obra profunda.

Este libro, en la primera impresión, trae el recuerdo del poema de Lucrecio. Sin embargo, entre el gran poema de la naturaleza, de interés universal y eterno, y este poema, pseudocientífico, de interés puramente histórico, las diferencias son tales, que apenas queda otra relación importante que la de la semejanza externa. El poema de Lucrecio nace del desasosiego eterno del alma ante las inquietantes interrogaciones de la naturaleza y de la vida humana, mientras que la curiosidad que mueve al poeta astrólogo es de carácter puramente individual, sin interés humano: el uno es el juego de la buena ventura y el otro el problema más hondo del espíritu. El poema de Lucrecio es una obra filosófica, de grandes prin-

cipios, a los que se subordinan todas las concepciones sobre la naturaleza, que surgen como audaces hipótesis o atisbos geniales: el de Manilio quiere ser una obra técnica, de un astrónomo, como en su tiempo se entendía la astronomía, que estudia el firmamento como regulador del destino de los hombres. En el antiguo poema los detalles de la organización del cielo no entraban para nada, por carecer de interés; al contrario, en esta astrología poética lo que importaba era clasificar y estudiar minuciosamente los cuerpos celestes. El autor, de indudable espíritu poético, tenía conciencia de las dificultades que había de ofrecerle un tema, árido como pocos, para elaborar sobre él un poema. Con esa convicción hace esfuerzos sobrehumanos para ingerir en cuanto pueda algo que vivifique aquella armazón antipoética, y logra en algunos preámbulos y digresiones dar muestras de su elevación. Fuera de estos casos, el autor cae enredado en el embrollo seco de su ciencia, tejiendo un poema prosaico. Sólo cuando se desentien- de Manilio de su asunto concreto y de su técnica y se eleva a principios filosóficos y morales, es cuando surge el poeta de verdad. Tal ocurre cuando canta la grandeza de la razón humana y la ley del progreso, cuando defiende como Lucrecio la evolución ciega de la materia y el determinismo ineludible de los hechos físicos, y cuando quiere hacer descansar en estos principios la conciencia y la moral de la humanidad. En todas estas vehementes alegaciones se ve el espíritu del poema *De rerum natura*, aunque, en

general, los principios filosóficos, como el de la armonía del universo y el culto de la ciencia, parecen directamente tomados del estoico Posidonio. Así resulta la obra de Manilio un poco desconcertante, fría, impenetrable y hasta grotesca, cuando trata de poetizar una ciencia pueril y a nuestros ojos ridícula; y elevada y poética, de una fuerza comparable a la de Lucrecio, cuando deja esta ciencia y se va a las regiones de la filosofía. El error inicial del poeta de pretender casar una falsa ciencia experimental y detallista, imposible en sus tiempos, con una ciencia metafísica, es lo que ha hecho un monstruoso conglomerado de su poema.

El lenguaje, desigual, no llega a la viveza y a la variedad del de Lucrecio.

Poesía alegórica.—Sorprende cómo en los períodos literarios de Cicerón y de Augusto, en que se intentó naturalizar todos los géneros griegos, no se hizo lo mismo con las fábulas esópicas.

Será interesante saber las circunstancias por las cuales un esclavo macedonio, Fedro, se interesó por este género.

Fedro, natural de Macedonia e hijo de esclavos, fué manumitido por Augusto.

Sus fábulas fueron publicadas, según se cree, en tiempo de Tiberio. Por una alusión al poderoso ministro de Tiberio, Seyano, fué encerrado Fedro en la prisión. Librado de ella por los buenos oficios de Fileto, Particulón y Eutico, que de esclavos habían

llegado a una posición elevada, mostróles Fedro su agradecimiento dedicándoles las fábulas.

La vanidad, fuertemente arraigada y confesada con pueril ingenuidad, es una de las características de este autor extraño. Con frecuencia sale al público a hablar de su persona: ya se defiende de los críticos, incapaces de apreciar su mérito, como ocurre en el apólogo del cerdo y de la margarita; y recuerda satisfecho que a pesar de sus años conserva algo de su estro poético, comparable al aroma que la vieja percibe en el cántaro exhausto de rico vino.

Fedro confiesa que sus asuntos los toma del fabulario de Esopo. Sus fábulas no son, sin embargo, como las de Esopo, escuetas narraciones simbólicas, sino que les añade aditamentos de carácter moralizador y adornos literarios. Pero no sólo Fedro da giros y metros nuevos a estos viejos temas, sino que inventa temas desconocidos hasta entonces.

Varias de las fábulas son de una profunda intención social y apuntan a circunstancias de su tiempo, adivinándose fácilmente en ellas el esclavo que ha sufrido las injurias y opresiones de la dura organización romana. Una queja amarga e impotente contra el dominio absoluto de los señores se siente en varias fábulas, como en la del asno y el pastor, en la que el asno resignado se muestra indiferente a la idea de cambiar de dueño, en la del león, para quien no hay más ley que la de sus zarpas cuando llega el momento de repartir los despojos

de la obra común, y en la de las pobres ranas, que pagan inocentes las riñas de los potentes toros. Como un canto a la libertad perdida por la estulticia del pueblo, Fedro lanzaba intencionados símiles: eran las ranas, que por capricho de tener un régimen organizado, piden un rey, y logran de Júpiter un tarugo, y luego un basilisco que las devora; eran las palomas, cuyos peligros y zozobras iba a evitar un insinuante y cariñoso milano, que se erige en rey absoluto y las extermina.

En la intención moral Fedro se sitúa en un término medio.

No es la escueta observación de la naturaleza la que ha sugerido, como en Esopo, los temas morales, sino que es una provocación artificial que le suministra los elementos de algunas fábulas, sin llegar al artificio de la fábula moderna, en que la tesis es previa y el asunto es rebuscado. No es tampoco la aplicación moral la que surge por sí misma del símil, sino que Fedro aspira a relacionarla con la moral de su época y de su pueblo, sin llegar al sentido universal y humano que pretende lograrse en la moral de las fábulas modernas.

Fedro no es ni un gran poeta ni un maestro de la lengua; pero su brevedad, su lenguaje intencionado y el valor moral de sus fábulas justifican el aprecio con que es usado en las clases.

Vicisitudes de las colecciones de sus fábulas.— Las fábulas de Fedro, sea por razones políticas o literarias, no parece que obtuvieron una gran difu-

sión o estimación en su época. Es significativo que Séneca no conociese los libros publicados de estas fábulas, cuando en sus *Consolationes*, escritas en el destierro, dice que este género literario no había sido cultivado por los romanos. Marcial, en cambio, demuestra conocer las fábulas de Fedro:

An aemulatur improbi iocos Phaedri?

(III, 20).

La extrañeza de que Marcial llame improbo a Fedro ha llevado a formular caprichosas conjeturas, una de ellas la de la posible existencia de otro Fedro fabulista de tiempos posteriores. Esta suposición es, sin embargo, innecesaria, porque la calificación de *improbo* o *endiablado* es evidentemente alusión jocosa a la intención satírica del fabulista.

Vuelve a ser mencionado Fedro en el siglo v por Aviano en la traducción de las fábulas de Babrio. Las fábulas de Fedro empezaron a correr prosificadas no mucho tiempo después, incorporándose a una colección o fabulario latino que con el nombre de *Romulus* se manejó durante la Edad Media, y en la cual se contenían fábulas de nuestro autor y otras traducidas de Esopo. Un manuscrito, el *Pitoeanus*, cuya redacción corresponde al siglo x, sirvió de base a la edición *princeps* de 1596. A principios del siglo xviii apareció el *Appendix*, con 30 fábulas desconocidas hasta entonces, sumando con las conocidas y con las que se reconstituyeron de la prosificación del *Romulus*, las 150 fábulas que poseemos, sin contar el prólogo y el epílogo.

FEDRO

FÁBULAS.

Asinus ad senem pastorem.

In principatu commutando saepius
 Nil praeter domini nomen mutant pauperes.
 Id esse verum parva haec fabella indicat.

Asellum in prato timidus pascebat senex.
 Is hostium clamore subito territus
 Suadebat asino fugere, ne possent capi.
 At ille lentus: Quaeso, num binas mihi
 Clitellas impositorum victorem putas?
 Senex negavit. Ergo quid refert mea,
 Cui serviam, clitellas dum portem meas?

Pullus ad Margaritam.

In sterquilinio Pullus gallinaceus,
 Dum quaerit escam, Margaritam repperit:
 "Jaces indigno, quanta res, inquit, loco!
 Te si quis pretii cupidus vidisset tui,
 Olim rediisses ad splendorem pristinum.
 (Ego, qui te inveni, potior cui multo est cibus,
 Nec tibi prodesse, nec tu mihi quidquam potes."
 Hoc illis narro qui me non intelligunt.

Anus ad amphoram.

Anus jacere vidit epotam amphoram,
 Adhuc Falerna faece, e testa nobili
 Odorem quae jocundum late spargeret.
 Hunc postquam totis avida traxit naribus:
 O suavis anima! quale in te dicam bonum!

Antehac fuisse, tales cum sint reliquiae?
Hoc quo pertineat, dicet qui me noverit.

Ranae regem petierunt.

Athenae cum florerent aequis legibus,
procax libertas civitatem miscuit
Frenumque solvit pristinum licentia.
Hic, conspiratis factionum partibus,
Arcem tyrannus occupat Pisistratus.
Cum tristem servitutem flerent Attici,
(Non quia crudelis ille, sed quoniam grave
Omne insuetis onus) et coepissent queri,
Aesopus talem tum fabellam rettulit.

Ranae vagantes liberis paludibus
Clamore magno regem petiere a Jove,
Qui dissolutos mores vi compesceret.
Pater deorum risit atque illis dedit
Parvum tigillum, missum quod subito vadi
Motu sonoque terruit pavidum genus.
Hoc mersum limo cum jaceret diutius,
Forte una tacite profert e stagno caput
Et, explorato rege, cunctas evocat.
Illae, timore posito, certatim adnatant
Lignumque supra turba petulans insilit.
Quod cum inquinassent omni contumelia,
Alium rogantes regem misere ad Jovem,
Inutilis quoniam esset qui fuerat datus.
Tum misit illis hydram, qui dente aspero
Corripere coepit singulas. Frustra necem
Fugitant inertes; vocem praeludit metus.
Furtim igitur dant Mercurio mandata ad Iovem.
Afflictis ut succurrat. Tunc contra Deus:

“Quia nolulistis vestrum ferre, inquit, bonum,
”Malum perferte.” *Vos quoque, o cives, aut,
Hoc sustinete, majus ne veniat, malum.*

29.

Poesía dramática.—Ya en tiempo de Augusto la poesía dramática había evolucionado en dos sentidos desfavorables a su desarrollo literario: uno por desviación hacia el elemento más popular, degenerando la comedia de costumbres en otros géneros, como el mimo y la pantomima, y refugiándose la obra seria en el tipo de tragedia griega, que no podía interesar al gran público. Después de la muerte de Augusto ambas tendencias se acentúan, y el ambiente se hace más desfavorable aún para la producción dramática. En efecto, una supuesta alusión al emperador Tiberio en el *Atreo* de Emilio Escauro le atrajo la indignación y el castigo del César, y la representación de otra tragedia del consular Publio Pomponio Segundo, en tiempo de Claudio, provocó un grave tumulto. En estas condiciones no es raro que las pocas comedias togadas o pretextadas que se escribieron no tuvieran éxito, y que la tragedia enmudeciera, con alguna excepción, no del todo comprensible, como la de Séneca, que se permitió defender en el teatro principios de libertad y de moderación, poco compatibles con la situación política.

Lucio Anneo Séneca.—Era hijo de Séneca el retórico. Nació en Córdoba el año 4 a. de J. C., y murió el 65 después.

Sábese que fué senador en tiempo de Calígula, y aun se cree que cuestor y pretor. Parece que por sus ilícitos amores con la hermana del emperador, Julia, fué desterrado a la isla de Córcega. A los ocho años fué llamado por Agripina para encargarle la educación de su hijo Nerón, llegando a ser por su valimiento en la corte, por sus grandes riquezas y por su excepcional talento uno de los más grandes personajes. Bajo la rígida disciplina de Séneca se educó Nerón, quien en unión de Burro siguió ejerciendo gran influjo durante los primeros años de reinado, siendo verdadero árbitro del imperio. La creciente e incorregible insolencia del emperador hizo ver a Séneca la conveniencia de alejarse de él, y obtuvo permiso de marcharse a su retiro, para consagrarse a sus trabajos literarios. Pero acusado en el año 65 de ser uno de los cómplices de la conspiración de Pisón, recibió de Nerón la orden de darse muerte. Apresuróse a cumplir este mandato metiéndose en un baño y abriéndose las arterias de los brazos, despidiéndose de la vida con la más dulce serenidad.

La fuerte personalidad humana y literaria de Séneca le deparó en vida apasionados admiradores y vehementes enemigos. Su obra compleja, imperfectamente comprendida, ha sido también juzgada con parcialidad, por estudiarse con criterios parciales y

con vista a determinados detalles sus grandes defectos y sus extraordinarios méritos.

La producción y la vida de Séneca ofrecen matices de una espiritualidad tan compleja que desconciertan: una cortesanía mundana compatible con una intensa vida interior; una extrema ambición de riquezas al lado de una sobriedad ascética; una propensión a las concepciones exaltadas, ahogada en una serenidad estoica; la efervescencia de la imaginación y el desbordamiento retórico detrás de la frase comprimida y lapidaria.

Las obras de Séneca, varias de ellas perdidas, comprendían los más variados géneros; teatro, geografía, filosofía, cartas, discursos, ciencias naturales, etc. Sus primeras obras parecen ser las geográficas, *De situ Indiae*, *De situ et sacris Aegyptiorum*, todas perdidas. Las filosóficas empiezan también en su juventud.

Obras dramáticas.—Las tragedias atribuídas a Séneca, son: de Eurípides, *Hércules furioso*, *Thyeste*, *Hipólito*, *las Troyanas* y *Medea*: de Sófocles *Edipo* y *Hércules sobre el Eta*; y de Esquiles, *Agamenón*. Han quedado, además, tres extensos fragmentos de una tragedia, de *Las fenicias*. De la fábula prae-texta queda un ejemplo en su *Octavia*. Estas tragedias están destinadas a la lectura, sin que, al parecer, ninguna llegase a ser representada.

Las obras dramáticas que conocemos con el nombre de Séneca han sido atribuídas ya al retórico, ya

al filósofo; Sidonio Apolinar pensaba que eran de otro Séneca.

Juzgando por el fondo y el estilo, aunque éste ofrece notables diferencias en algunas de las tragedias, la atribución es muy fundada. En la profesión de principios filosóficos, en el fulgor de la imaginación y en el lenguaje, hay una semejanza evidente entre las tragedias y las obras indudables de Séneca. Más aún que en los principios filosóficos, se descubre en las tragedias el espíritu de Séneca en su entereza contra la adulación de la corte y contra la tiranía, en sus ideales de libertad humana y de justicia. El defecto fundamental de las tragedias de Séneca es que pertenecen a un género falso, a una especie intermedia entre la dramática y la oratoria.

Tomadas de modelos tan distintos como Esquiles, Sófocles y Eurípides, las amoldaciones han esfumado los caracteres más salientes, desfigurando la grandiosa simplicidad del *Agamenón* de Esquiles y la elegante moderación de Sófocles con una moldeación uniforme y una exposición afectada, llena de pesadas y retorcidas declamaciones.

Toda la viveza de la acción dramática se desvanece al convertir la acción en una sucesión de monólogos, en que los actores, con una especie de discurso o cantata, enteran al oyente de sus afectos.

La acción era un pretexto para la declamación. La simplificación que se hace en la riqueza de matices de la tragedia griega es porque este valor interno no se apreciaba, dando así espacio para ampliar una idea

o un hecho con prolijos detalles y con preciosismos afectados. Este derroche retórico pesa como losa de plomo sobre las tragedias, que desaparecen de la atención del lector. Muchos de los coros, como piezas aisladas, tienen profundidad y arte, y algunos una delicada elevación lírica, siendo además interesantes por la riqueza de moldes métricos.

La imaginación brillante de Séneca, unida a cierto preciosismo retórico, hace que se desate ésta para expresar una idea sencilla en las más amplias y pintorescas perífrasis. Para decir que a Tieste no le ama su hermano desarrolla este oriental período:

Amat Tyesten frater? aethereas prius
 Perfundet Arctos pontus, et Siculi rapax
 Consistet aestus unda, et Ionio seges
 Matura pelago surget, et lucem dabit
 Nox atra terris, ante cum flammis aquae,
 Cum morte vita, cum mari ventus fidem
 Foedusque jungent.

En lo que tiene de personal el teatro de Séneca, puede señalarse como el rasgo más característico la simplicidad y lo hiperbólico. En los sentimientos faltan generalmente los matices y gradaciones: la dignidad personal se convierte inmediatamente en arrogancia y fiereza; lo exaltado o heroico llega hasta la demencia furiosa; y las emociones trágicas apenas se sostienen, resolviéndose en seguida en pinturas truculentas o en macabras escenas de sangre.

No sin razón se han visto como en germen, en

las tragedias de Séneca, caracteres que luego aparecen bien definidos en el teatro clásico español. Tales son: un gusto especial por lo violento y heroico, la admiración por el valor personal, la susceptibilidad del honor y un tono de gallarda jactancia, con cierta hinchazón o empaque oratorio. Los personajes hablan todos con la misma florida oratoria y los niños tienen la entereza y desenvoltura de los mayores y afrontan la muerte con la serenidad de los héroes.

SENECA

AGAMENÓN.

Act. IV. Coro de griegos.

Argos nobilibus nobile civibus,
 Argos iratae carum novercae,
 semper ingentes educas alumnos,
 imparem aequasti numerum deorum:
 tuus ille bissereno meruit labore
 allegi caelo magnus Alcides;
 cui lege mundi Juppiter rupta
 roscidae noctis geminavit horas,
 jussitque Phoebum tardius celeres
 agitare currus, et tuas lente
 semeare bigas, pallida Phoebe;
 retulitque pedem, nomen alternis
 stella quae mutat, seque mirata est
 Hesperum dici; Aurora movit
 ad solitas vices caput, et relabens
 imposuit senis humero mariti.

frigidus custos nescius somni,
 linqueret cum jam nemus omne fulvo
 plenus Alcides vacuum metallo.
 Tractus ad caelum canis inferorum
 triplici catena, tacuit, nec ullo
 latravit ore, lucis ignotae
 metuens colorem. Te duce, succedit
 mendax Dardaniae domus,
 et sensit arcus iterum timendos:
 te duce, concidit totidem diebus,
 Troja quot annis.

30.

Poesía satírica.—La génesis de la poesía satírica de este tiempo está explicada graciosa y exactamente por Juvenal en su primera sátira. Ante la vileza y la inmoralidad reinante de la sociedad romana es difícil no escribir sátiras. En un momento en que la relajación ética había llegado al desenfreno y en que los mismos severos estoicos se las arreglaban para seguir predicando sus doctrinas y saboreando las dulzuras de una vida libre, no es extraño que espíritus fieles a sus convicciones de conciencia sintiesen la repulsión y la indignación de la inmoralidad corriente y de la moral histriónica. Literariamente la educación gregaria de rectores y mitólogos había llegado a tal densidad, que, no sólo espíritus rebeldes, sino cuantos sentían vagamente la independencia de su personalidad comenzaban a sentir hastío de aquel

intolerable condimento de giros hinchados y contrahechos y de embrollo mitológico.

En ambas tendencias la reacción satírica se produjo, siendo los más ilustres representantes de ella Persio, Petronio, Marcial y Juvenal.

Aulo Persio Flaco.—Nació en Volterra, ciudad de Etruria, el año 34 d. de J. C., de una familia ecuestre y acomodada.

Era Persio de complexión enfermiza, de singular belleza, de tímida dulzura y de vida virtuosa. Murió de su afección de estómago a los veintiocho años. En Roma estudió con ilustres maestros: la gramática con Palemón, la retórica con Flaco y la filosofía con el noble estoico Cornuto. Sus excelentes condiciones le granjearon la simpatía y la amistad de los más nobles personajes de su tiempo.

En Persio es ante todo simpática la rectitud moral, no dándose en él el caso, frecuente en la época, de una contradicción entre las licencias de la vida y el culto de una moral austera. Se ha considerado sorprendente que en edad juvenil Persio fustigase con burlas tan acres los vicios de la sociedad en que vivía. Pero a ello contribuyó, aparte de su temperamento pesimista y su puritanismo, el duro contraste entre la idea que él se había formado de la sociedad, por el círculo estrecho de su familia y de sus maestros, y la que ésta le ofrecía en los relajados círculos cortesanos y en la desenfrenada masa de la plebe.

Las sátiras son seis: La primera, *Los vicios litera-*

rios; la segunda, *El deseo*; la tercera, *La pereza*; la cuarta, *La persecución de los grandes*; la quinta, *La verdadera libertad*; y la sexta, *Los avaros*. Estas sátiras fueron publicadas después de la muerte del poeta por Cesio Basso, teniendo que ser retocadas por Cornuto la última, que había quedado sin terminar.

El fondo filosófico de sus sátiras lo constituyen los principios estoicos, sin que el poeta ofrezca otros aspectos que los más vulgares de esta filosofía. El tono seco y dogmático de sermón estorba a la viveza que era de esperar en este género. La forma revela una continua aspiración al supremo retorcimiento y a la máxima oscuridad, quedando impresa en ella, más que las huellas del ingenio del artífice, las muestras de su lastimosa fatiga. Esta propensión a la desviación era tal, que verdaderos enigmas de sus sátiras no son más que pensamientos triviales copiados de otro autor, a los que les da los más extraños giros.

La chocante popularidad de que durante tantos siglos han gozado las sátiras de Persio es explicable por haber sido las tendencias moralistas base principal de la cultura durante la Edad Media.

Cayo Petronio Arbitro.—Aunque se ha pensado si el Petronio literato sería distinto del conocido cortesano de Nerón, cuya semblanza debemos a Tácito, no hay razón ninguna para admitirlo. Por esta semblanza sabemos que era un personaje rico, indolente, de vida regalada y libre, verdadero árbitro de la elegancia de la corte, a lo que debió su

sobrenombre; que desempeñó elevados cargos con singular energía y competencia, y que llegó a gozar de la absoluta confianza y familiaridad de Nerón, hasta que la envidia del poderoso Tigelino le hizo caer en la desgracia, acusándole de estar en relaciones con alguno de la conspiración de Pisón. Viendo Petronio que su muerte era inevitable, envió a Nerón un escrito con una enumeración de las infamias y crímenes del cruel emperador. Inmediatamente se dió muerte.

Poseíamos de la novela de Petronio extractos, que permitían formarse idea del desarrollo de la acción, y que descubrían bellezas espléndidas de esta obra sugestiva. Pero el hallazgo de un fragmento de cierta extensión, *El convite de Trimalción*, ha permitido observar con más detalle primores de esta incomparable obra de arte.

El *Satiricón* es una admirable novela realista de las costumbres romanas del Imperio y una galería de tipos picarescos o cómicos de las vías de Roma, de sus figones y de los refugios de la miseria. Como documento para conocer la historia moral de la Roma de Nerón, el valor de la obra de Petronio es inapreciable. El asunto son las aventuras de tres personajes: Encolpio, un joven desvergonzado; su amigo, el desastrado poeta Eumolpo, y otros dos amigos dignos de ellos.

La literatura satírica anterior a Petronio era ante todo subjetiva, y como efloración de la agudeza y de las intenciones del poeta. Al contrario, Petronio no

intenta provocar la risa con su ingenio, sino que la halla en las cosas, limitándose a sorprenderlas con arte exquisito en las situaciones que la vida depara. La sonriente inmoralidad de Petronio, que a nuestros ojos parece impúdico cinismo, no es sino retrato del desnudo realismo moral de la sociedad en que vivía.

El arte fino de este libro consiste especialmente en que la caracterización maravillosa de los personajes se hace sin necesidad de descripciones, solamente por sus propias acciones o palabras.

Un carácter especial del realismo de Petronio es la minuciosidad. No se interesa en evocaciones ni en consideraciones prolijas; pero quiere dar idea exacta de los cuadros: así describe con puntual detalle el refugio de los hambrientos protagonistas, la casa de Trimalción, la garita del perro, la lista de los platos...

Fuera de su intención satírica, Petronio nada pone, siendo esclavo de su fidelidad visual y auditiva. Los personajes cada uno hablan su lenguaje, impecable o grosero. Este maestro observador de las costumbres sabe seleccionar con mano hábil en la vida corriente los momentos de embarazosa comicidad que lo cotidiano ofrece.

La filosofía, con sus más sublimes pensamientos, cuanto en la vida se tiene por importante o serio, todo se disuelve en esta obra desenvuelta al contacto de una risa corrosiva que nada respeta.

Petronio emplea los elevados pensamientos de los

estoicos, pero en tono de parodia, en boca de los más grotescos personajes.

La parte del convite de Trimalción es de una gracia objetiva inimitable. Trimalción, que en tiempos fué un esclavo, es al presente dueño de una incalculable fortuna y señor de innumerables esclavos; sus haciendas son tantas que ni recuerda el número ni el nombre, y por un boletín se entera de lo ocurrido en sus dominios. Este nuevo rico se siente gran señor y erudito, y sienta generosamente a su mesa a cuantos llegan, y allí muestra su cultura citando a Homero, y su refinamiento artístico con orquestas y danzas escogidas, aunque a veces se le escapa un término cerril o un terno grosero, o se pega con un convidado o confiesa que le encanta especialmente la armonía de la trompeta.

PERSIO

SATIRAE.

SÁTIRA II.

Oposición entre las palabras y ruegos y los actos.

Hunc, Macrine, diem numera meliore lapillo,
 Qui tibi labentes apponit candidus annos.
 Funde merum Geniis: non tu prece poscis emaci,
 Quae nisi seductis nequeas committere divis,
 At bona pars procerum tacita libabit acerra.
 Haud cuivis promptum est, murmurque humilesque su-
 Tollere de templis, et aperto vivere voto. [surros

Mens bona, fama, fides, haec clare, et ut audiat hospes :
 Illa sibi introrsum, et sub lingua immurmurat ; ô si
 Ebullit patruï praeclarum funus ! et ô si
 Sub rastro crepet argenti mihi seria dextro
 Hercule ! pupillumve utinam, quem proximus haeres
 Impello, expungam ! namque est scabiosus, et acri
 Bile tumet. Nerio jam tertia ducitur uxor.
 Haec sancte ut poscas, Tiberino in gurgite mergis
 Mane caput bis, terque, et noctem flumine purgas,
 Heus age, responde, (minimum est quod scire laboro)
 De Jove quid sentis ? estne ut praepone're cures
 Hunc cuiquam ? cui nam ? vis Stajo ? an scilicet haeres ?
 Quis potior iudex, puerisve quis aptior orbis ?
 Hoc igitur, quo tu Jovis aurem impellere tentas,
 Dic agedum Stajo : pro Juppiter, o bone, clamet,
 Juppiter ! at sese non clamet Juppiter ipse ?
 Ignovisse putas, quia cum tonat, ocyus ilex
 Sulfure discutitur sacro, quam tuque, domusque ?
 An quia non fibris ovium, Ergennaque jubente,
 Triste jace's lucis, evitandumque bidental,
 Idcirco stolidam praebet tibi vellere barbam
 Juppiter ? aut quidnam est, qua tu mercede deorum
 Emeris auriculas ? pulmone, et lactibus unctis ?
 Ecce avia, aut metuens divum matertera, cunis
 Exemit puerum, frontemque, atque uda labella
 Infami digito, et lustralibus ante salivis
 Expiat, urentes oculos inhibere perita.
 Tunc manibus quatit, et spem macram supplice voto
 Nunc Licini in campos, nunc Crassi mittit ni aedes,
 Hunc optent generum rex, et regina : puellae
 Hunc rapiant : quicquid calcaverit hic, rosa fiat.
 Ast ego nutrici non mando vota ; negato,
 Juppiter, haec illi quamvis te albata rogarit,

Poscis opem nervis, corpus fidele senectae:
Esto, age: sed grandes patinae tucetaque crassa
Annuere his superos vetuere, Jovemque morantur:
Rem struere exoptas caeso bove, Mercuriumque
Arcessis fibra: da fortunare penates
Da pecus, et gregibus fetum: quo, pessime, pacto,
Tot tibi cum in flammis junicum omenta liquescant?
Et tamen hic extis, et opimo vincere farto
Intendit: jam crescit ager, jam crescit ovile,
Jam dabitur, jamjam: donec deceptus, et exspes
Nequicquam fundo suspiret nummus in imo.
Si tibi crateras argenti, incusaque pingui
Auro dona feram, sudes, et pectore laevo
Excutias guttas, lactari praetrepidum cor;
Hinc illud subiit, auro sacras quod ovato
Perducis facies; nam fratres inter aënos,
Somnia pituita qui purgatissima mittunt,
Praecipui sunt, sitque illis aurea barba:
Aurum, vasa Numae, Saturniaque impulit aera,
Vestalesque urnas, et Thuscum fictile mutat.
O curvae in terras animae, et caelestium inanes!
Quid juvat hoc, templis nostros immittere mores,
Et bona diis ex hac scelerata ducere pulpa?
Haec sibi corrupto casiam dissolvit olivo:
Et Calabrum coxit vitiato murice vellus;
Haec baccam conchae rasisse, et stringere venas
Ferventis massae crudo de pulvere jussit.

PETRONIO

SATIRICÓN

La cena de Trimalción.

In his eramus lautitiis, cum ipse Trimalchio ad symphoniam allatus est, positusque inter cervicalia munitissima expressit imprudentibus risum. Pallio enim coccineo adrasum excluserat caput, circaque oneratas veste cervices laticlaviam immiserat mappam, fimbriis hinc atque illinc pendentibus. Habebat etiam in minimo digito sinistrae manus anulum grandem subauratum, extremo vero articulo digiti sequentis minorem, ut mihi videbatur, totum aureum, sed plane ferreis veluti stellis ferruminatum. Et ne has tantum ostenderet divitias, dextrum nudavit lacertum armilla aurea cultum et eboreo circulo lamina splendente conexo.

Trimalción invita a iniciar la cena.

Iam Trimalchio eadem omnia, lusu intermisso, poposcerat feceratque potestatem clara voce, si quis nostrum iterum vellet mulsum sumere, cum subito signum symphonia datur et gustatoria pariter a choro cantante rapiuntur. Ceterum inter tumultum cum forte paropsis excidisse et puer iacentem sustulisset, animadvertit Trimalchio, colaphisque opiurgari puerum ac proicere rursus paropsidem iussit. Insecutus est lecticarius argentumque inter reliqua purga-

menta scopis coepit everrere. Subinde intraverunt duo Aethiopes capillati cum pusillis utribus, quales solent esse qui harenam in amphitheatro spargunt, vinumque dedere in manus: aquam enim nemo porrexit. Laudatus propter elegantias dominus: "Aequum," inquit, Marx amat." Itaque iussi suam cuique mensam assignari. Obiter et putidissimi servi minorem nobis aestum frequentia sua facient."

Brindis de Trimalción.

Statim allatae sunt amphorae vitreae diligenter gypsatae, quarum in cervicibus pittacia erant affixa cum hoc titulo: "Falernum Ophimianum annorum certum." Dum titulos perlegimus, complosit Trimalchio manus et: "Eheu, inquit, ergo diutius vivit vinum quam homuncio. Quare tangomenas faciamus. Vita vinum est. Verum Opimianum praesto. Heri non tam bonum posui, et multo honestiores cenabant. Potantibus ergo nobis et accuratissime lautitias mirantibus larvam argenteam attulit servus sic aptatam, ut articuli eius vertebraeque laxatae in omnem partem flecterentur. Hanc cum super mensam semel iterumque abiecisset, et catenatio mobilis aliquod figuras exprimeret, Trimalchio adiecit:

Eheu nos miseros, quam totus homuncio nil est.
Sic erimus cuncti, postquam nos auferet Orcus.
Ergo vivamus, dum licet esse bene.

Alardes eruditos de Trimalción.

Interpellavit tum dulces fabulas Trimalchio: nam iam sublatum erat ferculum, hilaresque convivae vino sermonibusque publicatis operam coeperant dare. Is ergo reclinatus in cubitum: "Hoc vinum, inquit, vos oportet suave faciatis. Pisces natare oportet. Rogo, me putatis illa cena esse contentum, quam in theca repositorii videratis? *Sic notus Ulixes?* Quid ergo est? Oportet etiam inter cenandum philologiam nosse. Patrono meo ossa bene quiescant, qui me hominem inter homines voluit esse. Nam mihi nihil novi potest afferri, sicut ille fericulus iam semel habuit praxim. Caelus hic, in quo duodecim dii habitant, in totidem se figuras convertit, et modo fit aries. Itaque quisquis nascitur illo signo multa pecora habet, multum lanae, caput praeterea durum, frontem expudoratam, cornum acutum. Plurimi hoc signo scolastici nascuntur et arietilli." Laudamus urbanitatem mathematici itaque adiecit: "Deinde totus caelus taurulus fit. Itaque tunc calcitrosi nascuntur et bubulci et qui se ipsi pascunt. In geminis autem nascuntur bigae et boves et colei et qui utroque parietes linunt. In cancro ego natus sum: ideo multis pedibus sto, et in mari et in terra multa possideo: nam cancer et hoc et illoc quadrat." Sophos! universi clamamus, et sublatis manibus ad camaram iuramus Hipparchum Aratumque comparandos illi homines non fuisse.

31.

Marco Valerio Marcial.—Nació en la antigua BÍlbilis, Calatayud, el año 40 a. de J. C., de una familia burguesa medianamente acomodada. Marcial es, no sólo en la literatura latina, sino en la universal, el epigramático más ilustre.

La obra de Marcial consta de una parte, titulada *De spectaculis*, y de 14 libros. De éstos, el libro XIII lleva el título de *Xenia* y el XIV el de *Apophoreta*. El libro *De spectaculis*, del que sólo se conservan 32 epigramas, trata de las fiestas y juegos organizados por Tito y Domiciano. Las *Xenia*, o aguinaldos, son una colección de 127 dísticos, cada uno de los cuales servía para anunciar el envío de un regalo. Los *Apophoreta* son composiciones que acompañaban también a los regalos. Este nombre se daba a los mismos regalos que en los banquetes se ofrecían a los convidados. Los regalos a que Marcial se refiere suelen ser libros. Estos eran generalmente libros clásicos de un tamaño minúsculo. Los otros 12 libros restantes son los que contienen los verdaderos epigramas, con un total de 1172 poesías, y unos 9000 versos. En esta suma enorme de epigramas, como él advierte, hay de todo:

Sunt bona, sunt quaedam mediocria, sunt mala plura

Aunque la modestia del poeta hace invertir las

proporciones. Sobre su nombre ha proyectado la crítica la sombra de una mancha moral, presentando como repugnante pordiosero juglaresco sus elogios a quienes le amparaban o podían ampararle en situaciones apuradas. Este reproche, sin embargo, aplicable (y no aplicado a los más ilustres literatos de épocas en que la adulación era forma normal cortesana, no estorba en nada a la gloria del poeta, cuya personalidad destaca con relieve singular en el marco de su época. Es el reproche que podía hacerse con tanta razón a su contemporáneo Estacio, que elogiaba a compás de los favores, y con doblada razón a los que, sin verse en la angustiosa estrechez de estos poetas, rendían su pluma a los poderosos.

Aunque se haya podido señalar alguna posible influencia de poetas anteriores en Marcial, lo típico de éste es su fuerte originalidad. Fiado en su talento poético y en la fuerza de su observación de la vida, no sólo se libra de la manía común del retoricismo, sino que la burla y la combate con calor. Marcial representa el grito de rebeldía contra el artificio de la literatura, ahogada en las salas de los dómynes retores. El poeta, que por necesidades de la vida material moja su pluma en la adulación de los grandes, se rebela con fiera independencia espiritual contra la necia tiranía de los retóricos contorsionistas, y los pone en la picota de sus burlas, con un canto a la naturalidad y al realismo. Este realismo se desborda en su obra en abundancia y en variedad, en los tipos, detalles pintorescos, costumbres, etc.

El caso de Marcial, de una poesía que arrumba la ortopedia retórica al uso y que se muestra rebosante de ingenio, con desembarazo y exquisito arte, con galas cosechadas por sus manos, y con una risueña y elegante sencillez, tiene tanto de extraordinario en el ambiente de su época que le acerca al portento. Su espíritu travieso y desbordado, en vez de repetir una vez más las manidas sutilezas de fortuna, halla en la vida por todas partes motivos nuevos y aspectos siempre variados, sonando sus versos a cosa nueva y fresca, a gracia viviente y pura que mana de la naturaleza.

Eco fiel e indiscreto de todo realismo, Marcial entrega sin velar a su pluma cuantas ideas le sugiere la experiencia, cayendo en crudas gracias vedadas al buen gusto. No es Marcial un inmoral en el sentido estricto, ni por su vida intachable, ni por sus intenciones literarias. Es el escepticismo y su despreocupación naturalista lo que le hace no detenerse ante los cuadros reservados. Su escepticismo era fundado ante el caso de los filósofos, que en magníficas moradas pregonaban la pobreza, y de los moralistas, que, como él dice, iban a ver las desenvolturas teatrales para poder decir luego que salían indignados. Su propósito no era directamente moralizador, a estilo de los Catones que tanto desprecio le inspiraban, ni en su carácter la forma de la indignación podía ser otra que la risa despiadada y frívola de un mundano, que está al tanto de la moral práctica y de la de los teorizantes de ella.

A pesar de que Marcial, por sus frecuentes libertades, no ha podido leerse en las escuelas, y a pesar de que las alusiones, hoy enigmáticas, a muchos personajes, hacen oscuras algunas poesías, ha sido siempre estimado como singular poeta.

Decio Junio Juvenal.—Nació en Aquino hacia el año 60 d. de J. C. y murió hacia el 140. Por él mismo sabemos que estuvo desterrado. Créese infundada la tradición de que el destierro lo hubiese sufrido por un verso mortificante para el actor Paris, favorito del Emperador. Parece que fué discípulo de Quintiliano, y que él mismo se dedicó durante algún tiempo a esta profesión de retor o maestro de oratoria. Bajo este aspecto de elocuente orador de oficio es como le conoció Marcial. Fué en edad madura cuando abandonó su profesión retórica y se dedicó al cultivo de la poesía.

Sus *sátiras* componen cinco libros, que comprenden 16 composiciones en este orden: la vocación de satírico, los hipócritas, los estorbos de Roma, el rodaballo, los parásitos, las mujeres, los hombres de letras, la nobleza, las travesuras, los deseos, el lujo de la mesa, la vuelta de un amigo, los remordimientos, la educación, las supersticiones de Egipto, y el estado militar. En la primera sátira, a modo de prólogo de su obra, expone que es la depravación social y literaria de su tiempo lo que le ha movido a recoger la punzante indignación de Lucilio para flagelar tantos vicios. En la tercera, la mejor y más célebre de sus sátiras, describe con trazos expresivos los vicios gene-

rales de Roma, en la que no pueden vivir mas que los poseedores de fortuna y la gente sin decoro.

En las dirigidas contra ciertos vicios, como la sexta y la novena, pinta con inflamada dignidad la repugnante corrupción a que el pueblo había llegado. La séptima, los hombres de letras, es un cuadro que pinta con vivos colores la situación desconsoladora en que vivían los dedicados a profesiones liberales. La octava es como una vibrante alocución a la juventud romana para que deje su vergonzosa molicie y recobre las varoniles virtudes de sus antepasados.

Juvenal es la antítesis en muchos puntos de su amigo Marcial. Mientras éste, por temperamento y por propósito, opta por tomar la vida sin asombro ni indignación, envolviendo su escepticismo en una burla continua, Juvenal, con humor más serio y atrabilia-rio, se descompone con rencorosa indignación.

Marcial, aunque imbuído también en su juventud de la educación retórica, supo desasirse de un golpe de ella, buscando al aire libre los motivos y ropajes de su inspiración. Juvenal, en cambio, no olvida nunca su antiguo oficio de retor, y en el cajón de sus recuerdos es donde halla las sentencias agudas de los centones de escuela, las citas a propósito y los tópicos de las descripciones. Con todo, Juvenal tiene en sus sátiras momentos felices y siempre una elevación moral que le salva.

Su fin moral es lo que ha sostenido su gran celebridad, incomprendible por sólo los méritos literarios.

MARCIAL

EPIGRAMMATUM LIBRI.

A Liciniano.

Verona docti syllabas amat vatis:
 Marone felix Mantua est:
 Censetur Apona Livio suo tellus,
 Stellaque nec Flacco minus.
 Apollodoro plaudit imbrifer Nilus;
 Nasone Peligni sonant.
 Duosque Senecas, unicumque Lucanum
 Facunda loquitur Corduba.
 Gaudent iocosae Canio suo Gades;
 Emerita Deciano meo.
 Te, Liciniane, gloriabitur nostra,
 Nec me tacebit Bilbilis.

A Elia desdentada.

Si memini fuerant tibi quattuor Aelia dentes:
 Exspuit una duos tussis, et una duos.
 Jam secura potes totis tussire diebus:
 Nil istic quod agat tertia tussis habet.

A Fidentino plagiario de sus versos.

Fama refert nostros te, Fidentine, libellos
 Non aliter populo, quam recitare tuos.
 Si mea vis dici, gratis tibi carmina mittam.
 Si dici tua vis, haec eme, ne mea sint.

A Celia, censurando su hipocresía.

Amissum non flet, cum sola est Gellia, patrem:
 Si quis adest, lussae prosiliunt lacrymae.
 Non dolet hic, quisquis laudari, Gellia, quaerit;
 Ille dolet vere, qui sine teste dolet.

Contra un mal médico.

Nupèr erat medicus, nunc est vespillo Diaulus:
 Quod vespillo facit, fecerat et medicus.

JUVENAL

SATIRAE.

Sátira V.

Si te propositi nondum pudet, atque eadem est mens,
 Ut bona summa putes, aliena vivere quadra;
 Si potes illa pati, quae nec Sarmentus iniquas
 Caesaris ad mensas, nec vilis Galba tulisset;
 Quamvis jurato metuam tibi credere testi.
Ventri nihil novi frugalius: hoc tamen ipsum
 Defecisse puta, quod inani sufficit alvo.
 Nulla crepido vacat? nusquam pons, et tegetis pars
 Dimidia brevior? tantine injuria cenae?
 Tam jejuna fames? cum possis honestius illic
 Et tremere, et sordis farris mordere canini?
 Primo fige loco, quod tu discumbere jussus
 Mercedem solidam veterum capis officiorum.
 Fructus amicitiae magnae cibus; imputat hunc rex,
 Et quamvis rarum, tamen imputat: ergo duos post

Si libuit menses neglectum adhibere clientem,
Tertia ne vacuo cessaret culcitra lecto,
Una simus, ait: votorum summa: quid ultra
Quaeris? habet Trebius propter quod rumpere somnum
Debeat, et ligulas dimittere, sollicitus me
Tota salutatrix jam turba peregerit orbem
Sideribus dubiis, aut illo tempore, quo se
Frigida circumagunt pigri sarraca Bootae.
Qualis cena tamen? Vinum, quod succida nolit
Lana pati: de conviva Corybanta videbis.
Jurgia proludunt: sed mox et pocula torques
Saucius, et rubra deterges vulnera mappa,
Inter vos quoties, libertorumque cohortem
Pugna Saguntina fervet commisa lagena.
Ipse capillato diffusum consule potat,
Calcatamque tenet bellis socialibus uvam,
Cardiaco nunquam cyathum missurus amico.
Cras bibit Albanis aliquid de montibus, aut de
Setinis, cujus patriam, titulumque senectus
Delevit multa veteris, fuligine testae,
Quale coronati Thrasea, Helvidiusque bibebant,
Brutorum et Cassi natalibus. Ipse capaces
Heliadum crustas, et inaequales beryllo
Virro tenet phialas: tibi non committitur aurum,
Vel si quando datur, custos affixus ibidem,
Qui numeret gemmas, unguesque observet acutos.
Da veniam, praeclara illic laudatur Jaspis.
Nam Virro (ut multi) gemmas ad pocula transfert
A digitis, quas in vaginae fronte solebat
Ponere zelotypo juvenis praelatus Hiariae.
Tu Beneventani sutoris nomen habentem
Siccabis calicem nasorum quattuor, ac jam
Quassatum, et rupto poscentem sulfura vitro.

Si stomachus domini fervet vinoque, ciboque,
Frigidior Geticis petitur decocta pruinis.
Non eadem vobis poni modo vina querebar.
Vos aliam potatis aquam: tibi pocula cursor
Getulus dabit, aut nigri manus ossea Mauri,
Et cui per mediam nolis occurrere noctem,
Clivosae veheris dum per monumenta Latinae.
Flos Asiae ante ipsum, pretio majore paratus
Quam fuit et Tulli, census pugnacis, et Anci.
Et ne te teneam: Romanorum omnia regum
Frivola; quod cum ita sit, tu Getulum Ganymedem
Respice, cum sities: nescit tot millibus emptus
Pauperibus miscere puer; sed forma, sed aetas
Digna supercilio. Quando ad te pervenit ille?
Quando vocatus adest calidae gellidaeque minister?
Quippe indignatur veteri parere clienti,
Quodque aliquid poscas, et quod se stante recumbas.
Maxima quaeque domus servis est plena superbis.
Ecce alius quanto porrexit murmure panem,
Vix fractum, solidae jam mucida frusta farinae,
Quae genuinum agitent, non admittentia morsum;
Sed tener et niveus, mollique silligine factus
Servatur domino: dextram cohibere memento;
Salva sit artoptae reverentia, finge tamen te
Improbulum; superest illic, qui ponere cogat.
Vin' tu consuetis audax conviva canistris
Impleri, panisque tui novisse colorem?
Scilicet hoc fuerat propter quod saepe, relicta
Conjuge, per montem adversum, gellidasque cucurri
Esquillias, fremeret saeva cum gradine vernus
Juppiter, et multo stillaret penula nimbo.

32.

Poesía lírica, poesía bucólica y erótica.—Es indudable que en esta edad la poesía constituía una de las aficiones más extendidas de la sociedad romana. El testimonio de Marcial y Juvenal dan fe de la abundancia de poetas. Sábese que las veladas literarias o lecturas públicas se celebraban con una profusión extremada y que en ellas ingenios de todos órdenes daban a conocer al público sus poesías. Por no haber llegado a reproducirse por escrito unas, y otras por la injuria del tiempo, casi todas estas pequeñas composiciones, naturalmente del género lírico la mayoría de ellas, han desaparecido y con ellas los nombres de los autores.

Con excepción de Estacio, que dejó una interesante muestra de su producción lírica en las *Silvas*, los solos nombres importantes de poetas líricos que han llegado hasta nosotros son Cessio Basso (sin obras) y Calpurnio Sículo.

Cesio Basso.—No poseemos sus obras poéticas, sino sólo el testimonio de Quintiliano, que le consideraba como uno de los pocos poetas líricos que fuera de Horacio merecían ser leídos. Queda en cambio de Cesio Basso la parte final de un tratado *De metris*.

Tito Calpurnio Sículo.—Es interesante Calpurnio por haber sido el único bucólico después de Virgi-

lio. Poseemos de él siete églogas. En ellas trata de imitar decididamente a Virgilio, en algunas con cierta fortuna, y con menos acierto en otras, por romper con exageraciones de cierta tosquedad la inimitable delicadeza de los originales. Lo mismo que en algunas églogas de Virgilio, en varias de Calpurnio hay alusiones a la actualidad romana.

La ficción de la poesía pastoril de Virgilio se acentúa en estas églogas, esfumándose el encanto campestre y acentuándose lo convencional, el simbolismo de los personajes y las sutilezas de una galantería cortesana.

Los elogios a Nerón de las églogas primera, cuarta y séptima quieren rememorar el agradecimiento de Virgilio a Augusto por la devolución de sus tierras; pero el elogio toma de tal modo el carácter de panegírico descompasado y servil, que hace olvidar su condición bucólica.

No carece, sin embargo, Calpurnio de condiciones poéticas, y en las descripciones hay trozos de un realismo feliz.

Corpus priapeorum.—Es una colección de poesías variadas, en su mayoría obscenas, de distintos autores.

33.

Poesía épica.—Si con un poeta del temperamento y de la educación literaria de Virgilio la épica

romana había producido nada más que un poema erudito, clásico por su impecable factura, pero de moderada elevación, era difícil que con la invasión del retoricismo esta poesía se elevase a mayor altura. No era de esperar que de las salas de retores surgieran los cantores apasionados de la epopeya. No había más que seguir humildemente el camino trillado o rebelarse. Así las composiciones épicas de este período fueron de dos clases: las ortodoxas, las escritas con arreglo a los cánones viejos, de asunto legendario, de máquina divina y de lenguaje poco inteligible, y las heterodoxas, la *Farsalia*, en que con irreverente impiedad el poeta tiraba malhumorado los instrumentos del rito poético.

Marco Anneo Lucano.—Nació en Córdoba el año 39 d. de J. C.

Era sobrino de Séneca el filósofo. Recibió su formación retórica y filosófica en Roma, y residió algún tiempo en Atenas para ampliar su cultura.

A Suetonio debemos algunas noticias del poeta. Según este historiador, dió a conocer las primeras producciones de su ingenio con una lira de Nerón en un certamen quinquenal, recitando después un poema sobre la guerra civil (la *Farsalia*), en cuya introducción se atrevió a ponderar cuánto le faltaba para llegar al autor del *Culex* (a Virgilio). Llamado de Atenas por Nerón, le presentó éste al círculo de sus amigos, honrándole con la pretura. No duró, sin embargo, mucho en su amistad; pues indignado porque mientras él estaba recitando Nerón se sa-

lió, no pudo contenerse después en sus actos ni en sus palabras contra el emperador, llegando una vez en un retrete público a citar el hemistiquio de Nerón "Sub terris tonuisse putes" acompañándolo de cierta libertad; acto que fué divulgado. Finalmente, fué como el portavoz de la conjuración de Pisón, haciendo la apología del tiranicidio y amenazando con tal atrevimiento, que hablaba de "quitar la cabeza" al César.

Descubierta la conjuración, no dió muestras de tanta arrogancia, pues confesó de plano su intento, e implorando perdón, citó los que estaban comprometidos en la revuelta, incluyendo a su propia madre, esperando que con esto podría salvarse. Pidiendo que le concedieran el género de muerte, escribió una carta a su padre para que fuesen corregidos unos versos suyos, y después de un banquete entregó sus brazos a un médico para que le abriese las arterias. (Suetonio, *Reliquae*, pág. 299.)

En su cortísima vida Lucano dió muestras de una gran fecundidad, escribiendo unas *Saturnales*, 10 libros de *Silvas*, varias epístolas y algunas obras dramáticas, entre ellas las tragedias *Medea* y *Orfeo*, y por último el libro *De bello civili* o *Farsalia*. Con excepción de este gran poema, todas las demás han desaparecido.

Lucano poseyó, como tal vez ningún poeta ha tenido, el don de la improvisación. Aun sus obras publicadas salían de sus manos con una facilidad de la que no hay ejemplo.

La fecundidad literaria u originalidad; su carácter impulsivo, revelado en su entusiasmo apasionado por los ideales republicanos y en su odio imprudente contra Nerón; toda su vida intensa, desarrollada en una juventud que termina a los veintiséis años, hacen de este egregio poeta un tipo representativo del mayor interés. En la vida y en la obra de Lucano se descubre un vivo sentimiento de rebeldía contra el poder tiránico, sentimiento familiar que arraigaba en su tío Séneca, en cuyas tragedias se respira el odio contra la violencia del poder.

Para un espíritu recogido y meticuloso como Virgilio la historia nacional, sedimentada y sin pasiones, ornada con todos los motivos ornamentales que pacientemente su erudición había allegado, era el trabajo más a propósito. Para un espíritu encendido por pasiones políticas, y cuyo fuego juvenil le animaba a confiar en su potente inspiración, más que en los recursos de una laboriosa cultura, ningún tema más sugestivo que el de las guerras de partido, cuyas consecuencias aún palpitaban, ni ningún camino más atrayente que el de entregarse a su inspiración, despojándose de vestiduras viejas y armas inútiles, que en su inexperiencia más habían de servirle de estorbo que de ayuda.

Así nació la *Farsalia*, porque era el asunto que podía deslumbrar entonces en un poema épico, y así nació el género nuevo, porque la fundada confianza en sus fuerzas hercúleas animaban a Lucano a acometer la empresa por sí solo.

Un singular espíritu filosófico, de educación o de raza, anima este bello poema. En él abundan pensamientos de la más generosa filosofía, respirando una gran simpatía por las nobles figuras del desinterés y de la democracia, como Catón. Este filósofo consecuente, que sólo se guía por la razón, y este patricio republicano, que todo lo supedita al Estado, es el bello ideal de los sentimientos del poeta.

Un hombre apasionado por la vida y por la verdad había de preferir tomar la historia como es, animada por las luchas, tal vez desfigurándola inconscientemente por sus pasiones, pero no sustituyéndola caprichosamente por sus ficciones poéticas. Si los tres primeros libros contienen elogios a Nerón, obligado servilismo o cortesanía por amistad, no son éstos más que personales, combatiendo siempre a los fundadores del Imperio.

Desde el cuarto libro, a partir de la fecha en que rompe con Nerón, sus ataques contra los verdugos de la libertad son más desnudos.

Esta obra revolucionaria, de un género nuevo, desconcertante, de una épica sin dioses ni tramoya mitológica, escandalizó a los retóricos conservadores, que no sólo creían obligado este ornato en la alta poesía, sino que lo empleaban en sus discursos y en la vida cotidiana. Ni poesía podía llamarse siquiera a un género que no estaba elaborado según los cánones tradicionales, y que buscaba la inspiración en los hechos mismos, en vez de sacarla de Virgilio o de los demás modelos. A este anatema de los censo-

res de oficio contra un poema que la gente admiraba alude Marcial:

Sunt quidam qui me dicunt non esse poetam,
sed qui me vendit bibliopola putat.

(XIV, 199.)

Desafortunado con la crítica contemporánea, que le negaba por rebelde el título de poeta, por parecerle vanas niñerías en una época de descreimiento la intervención de los dioses, no ha tenido mayor fortuna Lucano con la crítica moderna, que se asombra de que el poeta ponga en boca de Cicerón un discurso que no pudo pronunciar por no estar en la batalla, y de que se apasione exageradamente por los que defendieron las libertades públicas.

La misma fogosidad personal que le destaca de la monotonía literaria de su época, se le reprocha como un gran defecto. Su imaginación fulgurante y exaltada, su abundancia de recursos para presentar las facetas de las ideas, la pintoresca y fuerte viveza con que describe plástica y brillantemente las cosas y su majestuosa versificación se reputan injustamente en Lucano como hiperbólica fantasía, patetismo enfermizo e hinchazón retórica. La crítica inteligente, sin embargo, que no sea de un cerrado clasicismo escolar, no podrá dejar de reconocer al fin que este precoz romántico, de un romanticismo que llevaba en las venas, dejó a los veintiséis años, cuando no podía ser la obra sino un ensayo de sus portentosas facultades, uno de los más grandes poemas de la antigüedad.

LUCANO

DE BELLO CIVILI.

Ataque de la caballería.

Quippe' ubi non sonipes motus clangore tubarum
 Saxa quatit pulsu rigidos vexantia frenos
 Ora terens spargitque iubas et subrigit aures
 Incertoque pedum pugnat non stare tumultu:
 Fessa iacet cervix, fumant sudoribus artus,
 Oraque proiecta squalent arentia lingua,
 Pectora rauca gemunt, quae creber anhelitus urguet,
 Et defecta gravis longe trahit ilia pulsus,
 Siccaque sanguineis durescit spuma lupatis.
 Iamque gradum neque verberibus stimulisque coacti
 Nec quamvis crebris iussi calcaribus addunt:
 Volneribus coguntur equi, nec profuit ulli
 Cornipedis rupisse moras: neque enim impetus ille
 Incursusque fuit: tantum perfertur ad hostem
 Et spatium iaculis oblato vulnere donat.
 At vagus Afer equos ut primum emisit in agmen,
 Tunc campi tremuere' sono, terraque soluta,
 Quantus Bistonio torquetur turbine pulvis,
 Aera nube sua texit traxitque tenebras.

(IV, 750-768).

Palabras de Amyclas.

Multa quidem prohibent nocturno credere ponto:
 Nam sol non rutilas deduxit in aequora nubes
 Concordesque tulit radios: noton altera Phoebi,
 Altera pars boream diducta luce vocabat.

Orbe quoque exhaustus medio languesque recessit
 Spectantis oculos infirmo lumine passus:
 Lunaque non gracili surrexit lucida cornu
 Aut orbis medii puros exesa recessus,
 Nec duxit recto tenuata cacumina cornu
 Ventorumque notam rubuit, tum lurida pallens
 Ora tulit voltu sub nubem tristis ituro.
 Sed mihi nec motus nemorum nec littoris ictus
 Nec placet incertus, qui provocat aequora, delphin,
 Aut siccum quod amat quodque ausa volare
 Ardea sublimis pinnae confisa natanti,
 Quodque caput spargens undis, velut occupet imbrem,
 Instabili gressu metitur littora cornix.

34.

Cayo Valerio Flaco.—Sábese que vivió en la época de los Flavios. Las *Argonáuticas* de Valerio Flaco están divididas en ocho libros, comprendiendo en total 5593 hexámetros. La obra directamente se inspira en la traducción que bajo Augusto había hecho Varrón Atacinio de las *Argonáuticas* de Apolonio de Rodas. Por lo demás, el asunto había sido repetidas veces tratado en la literatura por Ennio, Ovidio y Séneca, siendo la figura de Medea acaso la más vulgarizada de la tragedia latina.

El desarrollo es muy desigual. Los elementos tratados en los grandes poemas griegos están como soslayados o reducidos a episodios rápidos. Cuando la caracterización adquiere intensidad es cuando se tra-

ta de asuntos conocidos más a fondo, como al aparecer en escena Medea, momento en el cual el relato adquiere una emoción dramática. Aquí la deformación del adaptador es sensible, transcribiendo, no las tintas delicadas de la narración griega, sino los fuertes trazos de la Medea romanizada, que el teatro había popularizado.

Como era lógico, dado el tema y los antecedentes del autor, el poema sigue, en lo que cabe, la tradición, aprovechándose de las invenciones de Homero y de Virgilio, y utilizando mientras puede sus elementos formales, añadida naturalmente la ornamentación retórica, tan en boga. El talento del poeta le evita, sin embargo, el caer en grandes exageraciones, y el poema, dentro de los caracteres de la decadencia, todavía recuerda la moderación clásica.

Tito Cacio Silio Itálico (25-101).—Se ha dudado de su patria, pensándose si sería de Italia o de la Itálica andaluza. Prototipo del hombre práctico y acomodaticio, fué en su juventud orador del género de los delatores y político, partidario de los que sucesivamente ascendían al Imperio. Nombrado procónsul de Asia por Trajano, desempeñó este cargo con gran habilidad: con la gran fortuna que había labrado se retiró a sus fincas de la Campania, consagrándose a proteger a los literatos y a cultivar las letras. El término de su opulenta vida fué morir de hambre, a causa de una intensa afección de estómago. Su poema *Punica*, en 17 libros, tiene por asunto la segunda guerra púnica. El empeño del poeta no deja de

tener originalidad. Pretendiendo hacer un poema histórico, no se entrega, como Lucano, a él, sino que aspira a combinarlo con la leyenda. Toma de Tito Livio el asunto; pero en vez de buscar inspiración en los hechos, busca combinarlos con los elementos de los poemas de Homero y de Virgilio. Este empeño, sin embargo, era vano, porque Silio Itálico carecía de condiciones poéticas. Su obra es la paciente labor del aficionado curioso, que entremezcla, sin arte para modificarlos, los elementos de la historia de Tito Livio y los de la *Ilíada* y la *Eneida*. Es la obra de un gran señor que en sus ocios se entretuvo durante treinta años en casar notas poéticas e históricas, dejando una obra monumental por su volumen, con sus 12000 versos, pero de muy ligero valor literario.

La modificación única de los personajes es para estropearlos. Silio Itálico, como Estacio, como Séneca y como su época, no conoce los términos medios, y los héroes clásicos toman en él los perfiles simples de los recitados callejeros, haciendo del protagonista Aníbal un furioso en sus actos y un *miles gloriosus* en sus recitados.

Publio Papinio Estacio.—Hijo de otro poeta, nació en Nápoles el 40 a. de J. C. Como Lucano, obtuvo muy joven preciados triunfos en concursos literarios de su ciudad natal y más tarde de Roma, recibiendo un lauro en esta ciudad en el festival de Minerva. Desairado en el certamen del Capitolio y afectado profundamente por esta derrota, se volvió a su ciudad natal, en la que murió hacia el año 96.

Las graves censuras contra el poeta, que escribía de encargo las más encomiásticas poesías, no son muy fundadas, cuando la vocación íntima le llevó a emprender, entre las estrecheces de la vida ordinaria, obras de tan grave empeño como sus epopeyas. Dotado del don de la improvisación, como Lucano, escribía sus poesías con extrema facilidad, siendo precisamente las mejores aquellas que no le daban ocasión para recargarlas con su erudición pedantesca. Poeta de grandes facultades, de una luminosa imaginación y de una facilidad admirable, hubiera sido un gran poeta, de no esclavizarle en las obras serias el peso de la educación retórica de su época.

Las obras de Estacio son las *Silvas*, la *Tebaida* y la *Aquileida*. No han llegado hasta nosotros ni su obra dramática *Agave*, ni el poema épico que compuso para cantar las victorias de Domiciano contra los germanos.

La *Tebaida* contiene 12 cantos y más de 9.000 versos. Esta obra es fruto de un esfuerzo laborioso de doce años. El tema es la expedición de los Siete contra Tebas, y el asunto culminante el duelo de los hermanos Eteócles y Polínice, hijos de Edipo y hermanos de Antígona. El tema de la lucha contra Tebas, tan repetido en el teatro griego por Esquilo, Sófocles y Eurípides, había sido tratado en un poema por Antímaco de Colofón. En esta *Tebaida* es donde Estacio se inspiró para componer sus obras. El asunto se prestaba a variaciones y descripciones del más vivo colorido, y en ellas Estacio vierte profusa-

mente sus galas mitológicas y su erudición escolar. No bastándole todos los elementos del Olimpo, aún amplía el número con personificaciones de cualidades, complicando el brillante cuadro mitológico.

La obra está falta de unidad, como si la hubiera escrito a trozos independientes, pareciendo, más bien que un poema, una serie de batallas y de episodios.

La deformación característica, como la del teatro de Séneca, es la exageración: exageración melodramática al caracterizar los personajes, queriéndoles dar relieve, y exageración retórica al ampliar con interminables digresiones y explicaciones los más acabados detalles. Los personajes casi todos son héroes, sin gradación ni matices, como en las narraciones vulgares, en que es preciso recargar las tintas para sostener el interés del público.

El éxito de la *Tebaida* en el público romano, como la glorificación del Dante, que le admira y le imita, es muy explicable por las circunstancias. En momentos en que el simbolismo y el retoricismo llegan a su apogeo, el alarde de imaginación de Estacio tiene que ser incluido entre lo maravilloso.

La *Aquileida* quedó sin terminar, no restando más que los dos primeros libros, con 1127 hexámetros. En ella no sigue servilmente Estacio la disposición de la obra homérica, sino que pretendía refundir cuanto en el ciclo griego se refería al héroe, escribiendo como un poema personal de Aquiles.

Las *Silvas*, en cinco libros, el último de ellos incompleto, fueron publicadas después de la muerte

del poeta. Son una colección de 32 poesías de ocasión de muy diversas materias, y algunas de ellas improvisadas. Las dirigidas a Domiciano y a los personajes de la corte pasan los límites del más hiperbólico encomio humano.

Otras silvas, a modo de ecos de sociedad, son descripciones de fiestas y moradas de elevados personajes de Roma.

Y por último, hay algunas epístolas consolatorias o elogios fúnebres. Estas composiciones, sin grandes méritos, tienen la frescura de la improvisación, y por los detalles minuciosos tienen hasta un valor arqueológico.

VALERIO FLACO

ARGONÁUTICA.

Exposición de Jasón a Eetes.

Rex Hyperionide, quem per freta tanta petundum
 Caelicolae, et prima dignum statuere carina,
 Si quando hic aliquam nostro satus orbe solebat
 Thessaliam, si quos Phryxus memorare Pelasgos;
 Hi tibi, tot casus, horrenda tot avia mensi,
 Cernimur; ipse egomet proprio de sanguine Phryxi,
 Namque idem Cretheus ambobus et Aeolus auctor
 Cum Jove, Neptunoque, et cum Salmonide Nympha;
 Meque nec huc enses, arcaeque egere paternae,
 Nec tua, Thessalicis quamquam inclyta nomina terris,
 Sponte sequor: cui non jusso tot adire voluptas
 Monstra maris? cui Cyaneos intrare fragores?

Sceptra tui toto Pelias sub nomine Phaebi
Maxima sorte tenens, totque illa creantia divos
Oppida, tot vigili pulcherrima flumina cornu,
Ille meum imperiis urget caput, ille labores
Dat varios; suus ut magnum rex spargit ab Argis
Alciden, Sthenelo ipse satus; tamen aspera regum
Perpetimur juga, nec melior parere recuso.
Hic sibi me auratae pecudis quiscumque periculis
Exuvias perferre jubet: tibi gratia nostri
Sit praecor haec, meritique locus, quod jussa recepi,
Teque alium, quam quem Pelias speratque cupitque,
Promisi et meliora tuae mihi foedera dextrae.
Si petere hoc saevi statuissem sanguine belli,
Ossa dabat Pindusque rates, quotque ante sequuti
Inde nec audacem Bacchum, nec Perseo reges,
Sed me nuda fides, sanctique potentia justī
Huc tulit, et medii sociatrix gratia Phryxi,
Jamque tibi nostra geniti de stirpe nepotes.
Vix tandem longis quaesitam Colchida votis
Contigimus, qualemque dabat te fama, videmus;
Tu modo ne claros Minyis invideris actus.
Non aliena peti, terrisve indebita nostris,
Si quis et in precibus vero locus, atque ea Phryxo
Crede dari, Phryxum ad patrios ea ferre penates
Munera tu contra victum mihi vecta per aequor
Accipe, Taenarii chlamydem de sanguine aheni,
Frenaque, et accinctum gemmis fulgentibus ensē:
Hoc patrium decus, haec materni texta laboris,
Hic dapithes assuerat eques. Da, jungere dextram,

35.

Prosa.—La prosa había sufrido ya desde los tiempos de Augusto, en el más caracterizado representante de ella, Tito Livio, el influjo de los modelos retóricos y poéticos, dando brillantez a la narración, pero amenazándola de un amaneramiento, del que difícilmente habría de librarse. Las circunstancias posteriores, la educación declamatoria de la juventud y la ampulosidad y retorcimiento creciente de la lengua poética, contribuyeron a que el retoricismo de la prosa, lejos de atenuarse, fuese en aumento.

Historia.—La historia no tiene en absoluto en la situación política el obstáculo invencible que halla la oratoria, privada de la libertad pública y sin las sensacionales causas forenses, que eran ocasión de lucimiento para los grandes oradores. Es cierto que en la historia había asuntos vedados, en los cuales no podía entrarse impunemente. Hacer el elogio de Casio y Bruto le cuesta la vida a Cremucio Cordo: una apreciación favorable a los antiguos republicanos era un crimen condenado con la muerte. Había que contentarse con la historia oficial, reconociendo que César asumió el poder absoluto sacrificándose por la patria, y que Augusto firmaba las proscripciones en masa muy contra su voluntad, por la presión de Anto-

nio. Había además que aceptar la inseparable consecuencia de la tiranía, que es el silencio de la verdad y la adulación y aplauso de todos los crímenes y corrupciones. Aún cabía, sin embargo, remontarse a la historia, donde las pasiones se han aquietado: pero precisamente para esto faltaba entonces inteligencia y competencia. La historia seguía interesando, pero no como investigación de la verdad, sino como entretenimiento pintoresco o como una lección moral.

Cayo Velejo Patérculo.—Era natural de la Campania. Sábese que militó a las órdenes de Tiberio y que éste, al subir al trono, le nombró pretor.

Es autor de un compendio de historia griega y romana. Los capítulos de historia griega se reducen a unas vagas y genéricas nociones. En la historia romana los hechos van narrándose con más amplitud a medida que se acercan a su tiempo, siendo muy interesante la parte contemporánea.

La veracidad histórica y su sinceridad queda malparada en varios casos, sobre todo en la semblanza servil de Tiberio, llena de desmedidos elogios. Por el tono su obra nos parece una declamación retórica. A pesar de sus defectos históricos y literarios, Velejo se muestra como escritor inteligente y sagaz al definir las causas de los hechos y al expresar gráficamente sus ideas.

Valerio Máximo.—Apenas se tienen noticias de su vida. Sábese que fué protegido del cónsul Pompeyo y que acompañó a éste al Asia durante su consulado el año 27 de J. C.

Su obra, dedicada a Tiberio, se tituló *Factorum et dictorum memorabilium libri*. La obra comprende nueve libros y está distribuída en noventa y cuatro grupos de materias: de la religión, del valor, de los géneros de muerte insólita, etc.

En cada uno de ellos enumera los casos que conoce de la historia extraña, y a continuación los romanos. Se habla de un décimo libro, que, si alguna vez ha existido, aún no ha llegado hasta nosotros.

En la adulación al odioso emperador Tiberio supera a Veleyo Patérculo, presentándolo como un ser celestial, dotado de las más excelsas cualidades. El palacio imperial era para Valerio un beneficentísimo templo, y Tiberio el divino emperador; los dioses recibían acatamiento por tradición, los Césares, por devoción.

A Valerio no le interesa demasiado la historia, sino lo pintoresco o moral de la historia. La utilidad de la moral en acción es, como él confiesa, lo que le movió a formar esta compilación. Las consecuencias morales que el autor saca de los hechos son, sin embargo, muy restringidas, limitándose a la moraleja escueta que del hecho se desprende, sin elevarse jamás a principios más altos. El lenguaje de Valerio Máximo es retorcido y presuntuoso, con exclamaciones y apóstrofes, como en las arengas.

Durante la Edad Media, en que los ejemplos moralizadores fueron uno de los motivos más corrientes de erudición, Valerio, *el de las historias*, fué tal vez el más conocido de los autores latinos. Lo mis-

mo los moralistas posteriores y tratadistas de política utilizaron a cada paso sus enseñanzas.

Quinto Curcio Rufo.—No se sabe ni aun la fecha aproximada de su vida. Él habla de un emperador que ha traído la paz al mundo, por lo que algunos han supuesto que vivió bajo Augusto. Créese, sin embargo, que corresponde a la época de Claudio.

Es autor de una voluminosa historia de Alejandro. De los diez libros de que constaba faltan los dos primeros, presentando también grandes lagunas los restantes. Tiene este libro, entre otros méritos, el de ser la primera historia que se escribió en Roma de un país extraño. No es una obra con estricta intención histórica y menos con un valor crítico, sino un libro de aventuras o un romance heroico, emprendido por la admiración de lo maravilloso. Es como la obra de un juglar de gestas caballerescas, para quien lo importante son las hazañas extraordinarias, las batallas, las muertes terroríficas, lo que puede cautivar a un público primitivo e impresionable. Los héroes son, como en los posteriores libros de caballerías, el prototipo de nobles sentimientos. Los actos normales apenas existen.

Alejandro es el compendio de las virtudes. Avisado de que el médico quiere envenenarle, toma sin recelo la copa que éste le ofrece. Su muerte es llorada por sus enemigos.

Aunque no poseemos datos suficientes de la evolución primitiva de la leyenda de Alejandro, es de creer que no fué Quinto Curcio quien inventó este

aspecto romántico, sino que la elaboración poética del mito debió desarrollarse en la misma Grecia. Desde luego, por las mismas palabras del autor, *plura transcribo quam credo*, se deduce que la transfiguración o la narración hiperbólica de sus hazañas se admitía en obras anteriores. Lo que probablemente es romano y debido a Quinto Curcio es el uso desmedido de las arengas, detalle conocido de los historiadores griegos, pero sobre todo utilizado por Tito Livio. En la historia de Curcio las arengas no son obligado prelude de las batallas, sino de cualquier acto importante.

La factura de este libro es muy semejante a la de Velejo Patérculo y Valerio en cuanto al tono oratorio y a la fantasía oriental, que, aunque nacida, no en Oriente, sino en las escuelas de declamadores de Roma, casa bien con el ambiente de esta historia. Sin valor histórico alguno, esta obra revela una fina penetración y una concepción inteligente de la historia como obra humana y moral. Alejandro, dechado de virtudes, va dejándose vencer de sus triunfos, endureciéndose sus sentimientos en las guerras y enardecíéndole hasta la locura su manía de grandezas.

VALERIO MAXIMO

FACTORUM DICTORUMQUE MEMORABILIIUM LIBRI.

Irreligiosidad de Dionisio de Siracusa.

Syracusis Dionysius genitus, tot sacrilegia sua, quot jam recognoscimus, jocosis dictis prosequi

voluptatis loco duxit; fano enim Proserpinae spoliato Locris, quum per altum secundo vento classe veheretur ridens amicis: "Videtisne, ait, quam bona navigatio ab ipsis immortalibus sacrilegis tribuatur?" Detracto etiam Jovi Olympio magni ponderis aureo amiculo, quo eum tyrannus Hiero e manubiis Carthaginensium ornauerat, injectoque ei laneo pallio, dixit, aestate grave amiculum aureum esse, hieme frigidum; laneum autem ad utrumque tempus anni aptius. Idem Epidauri Aesculapio barbam auream demi iussit: quod affirmaret, non convenire, patrem Apollinem imberbem, ipsum barbatum conspici. Idem mensas argenteas atque aureas e fanis sustulit: quodque in his more Graeciae scriptum erat, bonorum deorum eas esse, uti se bonitate eorum praedicavit. Idem Victorias aureas et pateras, et coronas, quae simulacrorum porrectis manibus sustinebantur, tollebat, et eas se accipere, non auferre, dicebat; perquam stultum esse argumentando, a quibus bona precamur, ab his porrigentibus nolle sumere.

Digna respuesta de los privernates.

Q. Priverno capto, interfectisque qui id oppidum ad rebellandum incitaverant, senatus indignatione accensus consilium agitabat, quidnam sibi de reliquis quoque Privernatibus faciendum esset: ancipiti igitur casu salus eorum fluctuabat, eodem tempore et victoribus et iratis subjecta. Ceterum quum auxilium unicum in precibus restare animadverterent, ingenui et Italici sanguinis oblivisci non potuerunt: princeps

enim eorum in curia interrogatus, *quam poenam mererentur*, respondit: *Quam merentur, qui se dignos libertate judicant*. Verbis arma sumserat, exasperatosque patrum concriptorum animos inflammaverat; sed Plautius consul, favens Privernatium causae, regressum animoso ejus dicto obtulit, quaesivitque *qualem cum eis Romani pacem habituri esent. impunitate donata*. At is constantissimo vultu, *Si bonam dederitis, inquit, perpetuam; si malam, non diuturnam*. Qua voce perfectum est, ut victis non solum venia, sed etiam jus et beneficium nostrae civitatis daretur.

QUINTO CURCIO

DE REBUS GESTIS ALEXANDRI MAGNI.

Valor de Alejandro y de los suyos.

Alexander non ducis magis, quam militis, munera exsequebatur, opimum decus, caeso Rege expetens. Quippe Darius curru sublimis eminebat, et suis ad se tuendum, et hostibus ad incessendum, ingens incitamentum. Ergo frater ejus Oxathres, cum Alexandrum instare ei cerneret, equites, quibus praecerat, ante ipsum currum Regis objecit, armis et robore corporis multum super caeteros eminens, animo vero, et pietate in paucissimis. Illo utique proelio clarus, alios improvide instantes prostravit, alios in fugam avertit. At Macedones circa Regem erant, mutua adhortatione firmati, cum ipso in equitum agmen

irrumpunt. Tum vero similis ruinae strages erat. Circa currum Darii jacebant nobilissimi duces, ante oculos Regis egregia morte defuncti, omnes in ora proni, sicut dimicantes procubuerant, adverso corpore vulneribus acceptis. Inter hos Atizyes, et Rheomithres, et Sataces praetor Aegypti, magnorum exercituum praefecti, noscitantur. Circa eos cumulata erat peditum equitumque obscurior turba. Macedonum quoque non quidem multi, sed promptissimi tamen, caesi sunt. Inter quos Alexandri dextrum femur leviter mucrone perstrictum est. Jamque qui Darium vehebant equi, confossi hastis, et dolore efferrati, jugum quatere, et Regem curru excutere coeperant: cum ille, veritus ne vivus veniret in hostium potestatem, desiliit et in equum, qui ad hoc ipsum sequebatur, imponitur, insignibus quoque imperii, ne fugam proderent, indecorè abjectis. Tum vero caeteri dissipantur metu, et qua cuique patebat ad fugam via erumpunt, arma jacentes, quae paullo ante ad tutelam corporum sumpserant.

36.

Publio Cornelio Tácito.—Vivió aproximadamente desde el 55 hasta bastante después del 117. Parece que era natural de las Galias. Se educó en Roma y allí tuvo por maestros a los célebres oradores Marco Aprio y Julio Segundo, y según se cree a Quin-

tiliano. Uni6 a T6cito intima amistad con Plinio. Estuvo casado con la hija de Julio Agr6cola, e intervino muy activamente en la vida pol6tica, desempeñando elevados cargos; de pretor en tiempo de Domiciano, y de c6nsul en el de Nerva. Finalmente fu6 proc6nsul del Asia. No se tienen noticias posteriores de 6l, pero es indudable que viv6 a6os despu6 del 117, puesto que cita en el libro segundo de sus *Anales* el principio del Imperio de Adriano, y es de creer que tardase a6os en escribir los catorce libros restantes.

La obra hist6rica de T6cito se ha salvado gracias a los dos manuscritos de M6dicis de los siglos IX y XI, descubiertos en el siglo XVI por Poggio y Nicoli, de los cuales el primero contiene el principio de los *Anales* y el segundo la continuaci6n de los *Anales* y de las *Historias*.

La sombr6a pintura que en los *Anales* y en las *Historias* hace T6cito de esta 6poca ha hecho que se mirase con recelo la veracidad hist6rica de su obra, atribuyendo las negras tintas a la misantrop6a del autor, o a su odio revolucionario. No pod6a comprenderse, despu6 de las serenas exposiciones de Tito Livio, que la obra de T6cito pudiera ser el verdadero retrato moral del Estado romano.

Y sin embargo, la cr6tica ha podido comprobar que, si bien el autor siente predilecci6n por los fondos oscuros y se complace en dar relieve a los hechos y personajes t6tricos, no es arrastrado por la pasi6n para desfigurar la verdad.

Las ideas políticas de Tácito animan su obra, pero sin la pasión que se ha querido suponer en ella. Tácito es un enemigo de las ferocidades de Domiciano, y en ellas añora la organización aristocrática de la república romana, aunque con un templado sentido práctico considera conveniente la monarquía suave, como la de Trajano.

Para Tácito la historia no es una sucesión, sino un riguroso encadenamiento de hechos. Esta concepción suya es la que obligó a ir remontando obra tras obra su investigación, y la que le hace mostrar los hilos de cada hecho con tal arte, que parece se asiste a un desenlace dramático.

Para Tácito la historia es ante todo filosofía. No concibe la historia como una narración escueta, o como una apología, o como una tribuna para el lucimiento oratorio, las tres direcciones de la historia romana, sino como un objeto de investigación psicológica. Los hechos han de ser trazados con todo su rigor lógico y los personajes han de ser analizados en sus más íntimos sentimientos. Ante sus magistrales razonamientos la evolución histórica aparece como un proceso inevitable. Después de esto la historia ha de ser una lección. Las reflexiones intelectuales y las sentencias morales que surgen a cada paso parecen como la eflorescencia de los hechos.

En la obra histórica de Tácito los personajes están caracterizados de mano maestra con el arte del más hábil autor dramático.

Si el arte de la composición histórica es perfecto,

el arte descriptivo y pictórico de Tácito es maravilloso y de una fuerza y sobriedad que no tiene igual entre los más brillantes narradores.

No cabe nada más impresionante que estos cuadros trazados con pocas pinceladas, de una intensidad y un colorido que subyuga. El estilo de Tácito es obra suya, y como el trofeo de su educación. Desatendido en su época el fondo literario para atender a los refinamientos de la lengua, Tácito aspiró, por el contrario, a someter la lengua a las necesidades del fondo. Su lengua es única, invención genial e inimitable, generalmente nerviosa, como su carácter, pero sin receta fija; ornada y hasta cadenciosa a veces, y de repente rápida y como centelleante. Es ante todo una lengua gráfica, que sabe destacar las cosas, y una lengua inteligente, que requiere una fina atención, como para lectores advertidos y despiertos.

Diálogo de los oradores.—La primera obra de Tácito fué el *Diálogo de los oradores*. Tácito no sólo recibió una completa educación oratoria, sino que se dedicó durante su juventud a este arte, para el que tenía excelentes condiciones. Su libre y potente espíritu se rebeló pronto contra las corrientes de la oratoria de su tiempo, envilecida por los delatores y convertida en insoportable declamación enfática por los retores de oficio. Tácito renovó la elocuencia elevada y enérgica de Cicerón, y técnica y prácticamente tuvo por modelo a este gran maestro.

El diálogo fué escrito cuando Tácito tenía apro-

ximadamente veinte años (hacia el 80). Es una serie de discusiones literarias que los interlocutores sostienen, primero sobre la superioridad de la elocuencia o de la poesía, después sobre la superioridad de los oradores antiguos o de los modernos, y por último sobre las causas de la corrupción de la elocuencia en su tiempo. Tácito en estas discusiones hace por parecer como transcriptor, dando imparcialmente relieve a las razones que cada uno de los partidarios aduce en defensa de su causa, aunque su inclinación por la escuela antigua es evidente.

Desde el siglo XVI se han suscitado dudas sobre la autenticidad de esta obra. No sólo chocaba que Tácito hubiera sido el autor de un género tan dispar del de sus *Historias*, sino que se veía una diferencia tal en la forma, que costaba creer que estilos tan diferentes y casi tan opuestos pudieran ser del mismo autor. Y en efecto el estilo del *Diálogo* ofrece un tipo de período trabado, cadencioso y ciceroniano, tan alejado del período impetuoso y seco de Tácito, que parecen de autores distintos. Una observación más detenida, sin embargo, ha venido a probar que, a pesar de los moldes distintos de cláusula, el lenguaje no difiere esencialmente, y sobre todo una consideración de gran peso: la diferencia cronológica ha servido para explicar las divergencias que existan. En efecto, desde la publicación de esta obra hasta la siguiente, *Agrícola*, han debido transcurrir cerca de veinte años. Y en ese tiempo es precisamente cuando la vida literaria del Tácito orador evolucio-

na hacia los estudios históricos. El *Diálogo de los oradores* es un producto tanto de Tácito como de su educación retórica: mientras que las obras siguientes son de Tácito, del nuevo sistema ideológico y formal que él se elabora. El punto de unión entre ambas no es, a pesar de todo, muy difícil de señalar, bastando observar en el *Diálogo* la fuerte caracterización de los personajes y su intensa vida, y el retrato que hace de la corrupción ética y literaria para ver la mano inconfundible de Tácito.

Agrícola.—Un nuevo estado de cosas políticas, la revolución que acabó con el Imperio del terror de Domiciano, ejercido durante diez y seis años, permitió a historiadores y poetas dar expansión a sus sentimientos e ideas. Este es el momento en que se publican las *Sátiras* de Juvenal, y que invita a Tácito para forjar sus historias. El odioso despotismo de Domiciano iba a ser enjuiciado a la luz del día, y en este proceso Tácito iba a descubrir las lacras sociales y a mostrar sus ideales políticos.

La vida de Agrícola, aparecida el año 97, tiene por el fondo y aun también por la forma, un poco retórica, todo el carácter de un panegírico. Tácito pone de relieve los triunfos de Agripa en la conquista de Bretaña, que según él no llegó a dominar porque Domiciano, celoso de sus triunfos, le destituyó prematuramente.

Germania.—Esta obra, aparecida el año 98, es un estudio minucioso y verídico, en cuanto puede serlo un libro forjado con datos indirectos, de las

costumbres de los germanos, comparadas con las romanas. Consta de dos partes, una que contiene la descripción general de la *Germania* y un estudio sobre el origen de sus habitantes y sobre sus costumbres: y la segunda que comprende el estudio detallado de distintos pueblos de la *Germania*.

Historias.—Tácito, que había comentado la historia contemporánea, pretendiendo poner en claro la feroz tiranía de Domiciano, vió que aquel estado de cosas no era sino consecuencia de los hechos anteriores, y se decidió a escribir el relato de los reinados pasados desde la muerte de Nerón. Este relato constituye las *Historias*. Del mismo modo, escritas las *Historias*, comprendió que el período que éstas abarcan no tenía explicación perfecta sin los antecedentes del comprendido desde Tiberio hasta Nerón y emprendió el estudio de los *Anales*. Y como al fin la tiranía no era sino consecuencia del poder absoluto fundado por Augusto, ya al escribir los *Annales* concibió la idea, que anuncia en el libro IV y que no llegó a realizar, de escribir también la historia de este emperador.

Las historias estudian en los tres primeros libros las guerras civiles en los imperios de Galva, Otón y Vitelio, y en los siguientes los de Vespasiano y Tito. De ellas poseemos los cuatro libros primeros y gran parte del quinto.

Annales.—Su título era *Ab excessu divi Augusti libri*.

Los *Annales* enlazan con las *Historias* y son un

paso más en la marcha ascendente que Tácito iba proponiéndose. Los *Annales* comprenden tres grupos: uno el imperio de Tiberio, otro el de Calígula y Claudio, y el último el de Nerón. De ellos poseemos sólo los cuatro libros, el comienzo del quinto y el final del sexto, siguiendo una gran laguna hasta el libro XI, que continúa hasta el XVI, del cual falta el final, correspondiente a los dos últimos años de Nerón.

TACITO

ANALES.

Encumbramiento de Augusto.

Postquam, Bruto et Cassio caesis, nulla iam publica arma, Pompeius aput Siciliam opressus; exutoque Lepido, interfecto Antonio, ne Iulianis quidem partibus nisi Caesar, dux reliquus, posito triumviri nomine, consulem se ferens, et ad tuendam plebem tribunicio iure contentum, ubi militem donis populum annona, cunctos dulcedine otii pellexit, insurgere paulatim, munia senatus magistratuum legum in se trahere, nullo adversante; cum ferocissimi per acies aut proscriptione cecidissent; ceteri nobilium, quanto quis servitio promptior, opibus et honoribus extollerentur, ac, novis ex rebus aucti, tuta et praesentia, quam vetera et periculosa mallent. Neque provinciae illum rerum statum abnuebant, suspecto senatus populique imperio ob certamina po-

tentium et avaritiam magistratuum, invalido legum auxilio, quae vi, ambitu, postremo pecunia turbabantur.

Hipocresía de Tiberio y servilismo de los poderosos.

At Romae ruere in servitium consules, patres, equites: quanto quis inlustrior, tanto magis falsi ac festinantes; vultuque composito, ne laeti excessu principis, neu tristiores primordio, lacrimas, gaudium, questus, adulationem miscebant. Sex. Pompeius et Sex. Apuleius consules primi in verba Tiberii Caesaris iuravere; aputque eos Seius Strabo et C. Turranus, ille praetoriarum cohortium praefectus, hic annonae; mox senatus, milesque, et populus. Nam Tiberius cuncta per consules incipiebat, tamquam veterem re publica, et ambiguus imperandi. Ne edictum quidem, quo patres in curiam vocabat, nisi tribuniciae potestatis praescriptione posuit, sub Augusto acceptae. Verba edicti fuere pauca, et sensu permodesto: "De honoribus parentis consulturum, neque abscedere a corpore; idque unum ex publicis muneribus usurpare." Sed, defuncto Augusto, signum praetoriis cohortibus ut imperator dederat; excubiae arma, cetera aulae; miles in forum, miles in curiam comitabatur; litteras ad exercitus tamquam adepti principatu misit, nusquam cunctabundus nisi cum in senatu loqueretur. Causa praecipua ex formidine ne Germanicus, in cuius manu tot legiones, immensa sociorum auxilia, mirus apud populum favor, habere imperium

quam exspectare mallet. Dabat et fama, ut vocatus electusque potius a re publica videretur, quam per uxorium ambitum et senili adoptione inrepsisse. Postea cognitum est ad introspectiendas etiam procerum voluntates inductam dubitationem: nam verba, vultus in crimen detorquens, recondebat.

37.

Cayo Plinio Cecilio Segundo.—Llámase ordinariamente el Joven para distinguirlo de su tío Plinio el Viejo. Nació en Como el año 62 y murió hacia el 113. Educóse en Roma y tuvo por maestros a Quintiliano y Nicetes. Desempeñó altos cargos públicos, siendo cónsul el año 110 en tiempo de Trajano, y procónsul de Bitinia hacia el 112.

Como orador forense fué de los más famosos de su época. Como abogado intervino en procesos resonantes, como el de Junio Pastor, y en juicios de gran trascendencia, como el que sostuvo en defensa de los ciudadanos de la Bética contra Bebio Massa. Sábese que publicó unos 16 discursos forenses, que había elaborado con exquisito cuidado, y de los que estaba prendado el autor. Su esperanza de que lograría con ellos la inmortalidad no ha podido cumplirse, porque ni uno solo ha sobrevivido. Parece que Plinio fué el que inauguró la extraña costumbre de leer en veladas públicas los discursos forenses. Aunque éstos no se conservan, podemos deducir por

los antecedentes del autor, por sus juicios sobre la oratoria, expuestos en otros escritos, y por el lenguaje del *Panegírico* de Trajano, que el estilo de estos discursos era abundante y ampuloso.

Plinio se muestra el admirador ferviente de Cicerón, pero no de cualidades íntimas de éste, de su vehemencia y eficacia, sino de lo que él consideraba su estilo sublime, esto es, la forma, y en ella especialmente de lo grandioso y florido, de sus frases adornadas y de sus cadenciosas cláusulas.

El *Panegírico* de Trajano es el discurso que Plinio pronunció en acción de gracias al emperador, cuando éste le promovió al consulado. En el acto de posesión era costumbre dirigir sólo unas palabras de agradecimiento, y es de creer que el discurso pronunciado sería breve. Más tarde debió ampliarlo y darle una forma esmerada, leyéndolo en el círculo de sus amistades y publicándolo al fin. Este discurso, el único que poseemos, logró enorme celebridad en su época y fué el modelo en que se inspiraron los retóricos y panegiristas posteriores. Las alabanzas, por lo desmesurado y por el número, sobrepasan toda medida. El reinado de Trajano es una prueba de la existencia de la Providencia. La hermosura física del emperador, su belleza moral, todos los actos de su imperio, aun los más menudos y contradictorios, el emperador y su esposa, su familia y los amigos merecen los más altos y rebuscados elogios. El discurso es elocuente y sentido cuando el autor rememora la opresión de los reinados anteriores y

canta las libertades presentes, cuando compara las arbitrariedades y crueldades pasadas con la nueva organización humanitaria y justa del Imperio.

En todo el *Panegírico* frente al elogio de Trajano se pone la censura enconada o satírica contra el feroz Domiciano. Plinio parece en él portavoz de los que sufrieron los atropellos del tirano, y en su acusación saca a luz las viles artes con que se servía de unas clases sociales para atropellar a otras.

La construcción del discurso es de una habilidad lógica extraordinaria. Su estilo es brillante, pero recargado de toda clase de adornos retóricos y afeado por una extrema hinchazón. Plinio fué también poeta y escribió una tragedia cuando sólo tenía catorce años. Las cartas comprendían 10 libros. Durante su vida se habían publicado los nueve primeros, y después de su muerte se agregó a éstos un décimo libro de correspondencia con Trajano, que comprendía 122 cartas de Plinio y 51 del emperador.

En las cartas parece haber pretendido imitar a Cicerón, aunque su epistolario dista un abismo del de éste. La vida política, en efecto, sin luchas apasionadas y sin ningún suceso trascendental, no se parecía en nada a la agitación de los tiempos del ilustre tribuno, ni podía, por tanto, una correspondencia sobre ella despertar el interés y la emoción del modelo. Además, muchas de las cartas de Cicerón eran cartas reales y confidenciales, siendo pocas las que desde luego estaban destinadas a la publicidad, mientras que las cartas de Plinio suelen ser retóri-

cas, a modo de obsequios literarios, estampas de relatos o descripciones con que regalaba a sus amigos, juegos de ingenio, elogios de propios méritos, etc. De este anodino epistolario destacan las dos interesantísimas cartas dirigidas a Tácito, la XVI y XX del libro sexto, en las que gráfica y patéticamente describe la erupción del Vesubio y la muerte de su tío Plinio el Viejo.

Tiene un gran valor histórico la Correspondencia de Trajano. En ella Plinio expone sus puntos de vista sobre diversas cuestiones, y trata con él de asuntos diversos de administración, de libertades municipales, obras públicas, etc., todo ello con el tono de timidez e indecisión que le es característico.

De este libro son excepcionalmente célebres las cartas 96 y 97, que se refieren al trato dado a los cristianos. Las brevísimas respuestas del Emperador revelan, por el contrario, todo el espíritu de decisión, de clarividencia política y de liberalidad de este insigne César. El defecto de vanagloria que se le ha achacado a Cicerón por sus cartas le es también imputable a Plinio en grado mayor, con la agravante de que en Cicerón, por ser las cartas confidenciales o de limitada difusión, su vanagloria tiene el sello de ingenuidad, mientras que en estas cartas, de destino público, la confesión de sus méritos es una jactancia consciente y pueril. La diferencia de Cicerón, en cuanto al estilo, es también muy marcada. Cicerón escribía sus cartas en un lenguaje distinto de sus escritos, habiendo en las cartas familiares a veces tal

espontaneidad y descuido, que parece una lengua distinta por sus palabras y por sus construcciones vulgares. Las cartas de Plinio, por el contrario, son exquisitamente literarias, de vocabulario escogido, de construcción impecable y de un torneamiento artístico, desarrollado con exquisito cuidado y minuciosidad.

Ciertamente hay una diferencia entre el estilo de su discurso y de sus cartas, y es que en éstas se marca una propensión a la brevedad de la frase; pero ésta no es la frase corta de la conversación, sino la sentencia aguda, la antítesis graciosa; en una palabra: el prurito de multiplicar ingeniosas sutilezas y brillantes expresiones.

SOBRE LA MUERTE DE SU TIO PLINIO EL VIEJO

C. PLINIUS TACITO SUO S.

Petis ut tibi avunculi mei exitum scribam, quo verius tradere posteris possis. Gratias ago: nam video morti eius, si celebretur a te, inmortalem gloriam esse propositam. Quamvis enim pulcherrimarum clade terrarum, ut populi, ut urbes, memorabili casu quasi semper victurus occiderit, quamvis ipse plurima opera et mansura condiderit: multum tamen perpetuitati eius scriptorum tuorum aeternitas addet. Equidem beatos puto quibus deorum munere datum est aut facere scribenda aut scribere legenda, beatis-

simos vero quibus utrumque. Horum in numero avunculus meus et suis libris et tuis erit. Quo libentius suscipio, deosco etiam quod iniungis. Erat Miseni classemque imperio praesens regebat. Nonum Kal. Septembres, hora fere septima, mater mea indicat ei apparere nubem inusitata et magnitudine et specie. Usus ille sole, mos frigida, gustaverat iacens studebatque: poscit soleas, ascendit locum ex quo maxime miraculum illud conspici poterat. Nubes, incertum procul intuentibus ex quo monte (Vesuvium fuisse postea cognitum est) oriebatur, cuius similitudinem et formam non alia magis arbor quam pinus expresse- rit. Nam longissimo velut trunco elata in altum quibusdam ramis diffundebatur, credo, quia recenti spiritu evecta, dein senescente eo destituta aut etiam pondere suo victa in latitudinem vanescebat: candida interdum, interdum sordida et maculosa, prout terram cineremve sustulerat. Magnum propiusque noscendum, ut eruditissimo viro, visum. Iubet Liburnicam aptari: mihi, si venire una vellem facit copiam: respondi studere me malle, et forte ipse quod scriberem dederat. Egrediebatur domo: accipit codicillos Rectinae Tasci inminente periculo exterritae (nam villa eius subiacebat, nec ulla nisi navibus fuga): ut se tanto discrimini eriperet orabat. Vertit ille consilium et quod studioso animo inchoaverat obit maximo. Deducit quadriremes, ascendit ipse, non Rectinae modo sed multis (erat enim frequens amoenitas orae) laturus auxilium. Properat illuc unde alii fugiunt, rectumque cursum, recta gubernacu-

la in periculum tenet, adeo solutus metu ut omnis illius mali motus, omnis figuras, ut deprenderat oculis, dictare enotaretque. Iam navibus cinis incidebat, quo propius accederet, calidior et densior, iam pumices etiam nigrique et ambusti et fracti igne lapides, iam vadum subitum ruinaque montis litora obstantia. Cunctatus paulum an retro flecteret, mox gubernatori ut ita faceret monenti "fortes" inquit fortuna iuvat: Pomponianum pete. Stabiis erat, diremp-tus sinu medio: nam sensim circumactis curvatisque litoribus mare infunditur. Ibi, quamquam nondum periculo adpropinquante, conspicuo tamen, et cum cresceret, proximo, sarcinas contulerat in naves, certus fugae, si contrarius ventus resedisset: quo tunc avunculus meus secundissimo invectus complectitur trepidantem, consolatur, hortatur, utque timorem eius sua securitate leniret, deferri in balineum iubet: lotus accubat, cenat aut hilaris aut, quod est aequè magnum, similis hilari. Interim e Vesuvio monte pluribus in locis latissimae flammae altaque incendia relucebant, quorum fulgor et claritas tenebris noctis excitabatur. Ille agrestium trepidatione ignes relictos desertasque villas per solitudinem ardere in remedium formidinis dictitabat. Tum se quieti dedit, et quievit verissimo quidem somno. Nam meatus animae, qui illi propter amplitudinem corporis gravior et sonantior erat, ab iis qui limini obversabantur audiebatur. Sed area ex qua diaeta adibatur ita iam cinere mixtique pumicibus oppleta surrexerat ut, si longior in cubiculo mora, exitus negaretur. Excita-

tus procedit seque Pomponiano ceterisque qui pervigilaverant reddit. In commune consultant, intra tecta subsistant an in aperto vagentur. Nam crebris vastisque tremoribus tecta notabant et quasi emota sedibus suis nunc huc nunc illuc abire aut referri videbantur. Sub dio rursus quamquam levium exesorumque punicum casus metuebatur: quod tamen periculorum collatio elegit. Et apud illum quidem ratio rationem, apud alios timorem timor vicit. Cervicalia capitibus imposita linteis constringunt: id munimentum adversus incidentia fuit. Iam dies alibi, illic nox omnibus noctibus nigrior densiorque; quam tamen faces multae variaque lumina solabantur. Placuit egredi in litus et ex proximo aspicere ecquid iam mare admitteret; quod adhuc vastum et adversum permanebat. Ibi super abiectum linteum recubans semel adque iterum frigidam aquam poposcit hausitque. Deinde flammae flammarumque praenuntius odor sulphuris alios in fugam vertunt, excitant illum. Innitens servolis duobus absurrexit, et statim concidit, ut ego colligo, crassiore caligine spiritu obstructo clausoque stomacho, qui illi natura invalidus et angustus et frequenter aestuans erat. Ubi dies redditus (is ab eo quem novissime viderat tertius), corpus inventum integrum, inlaesum opertumque ut fuerat indutus: habitus corporis quiescenti quam defuncto similior. Interim Miseni ego et mater. Sed nihil ad historiam, nec tu aliud quam de exitu eius scire voluisti. Finem ergo faciam. Unum adiciam omnia me quibus interfueram quaeque statim, cum maxime

vera memorantur, audieram persecutum. Tu potissima excerpes. Aliud est enim epistulam aliud historiam, aliud amico aliud omnibus scribere. Vale.

38.

Obras filosóficas de Lucio Anneo Séneca.—La primera obra de sentido filosófico parece haber sido *Consolación a Marcia*, escrita en tiempo de Calígula. En su destierro de la isla de Córcega escribió la consolación a Helvia y la consolación a Polibio. Sin cronología determinada, pero indudablemente pertenecientes a esta primera época de Nerón, son *De tranquillitate animi*, *De ira* y *De brevitae vitae*.

Durante su valimiento en la corte escribió *De clementia*, *De vita beata*, *De beneficiis*, y *De constantia sapientis*. Al último período de su vida, después de caer en desgracia del emperador, pertenecen *De otio*, *De providentia*, las *Cartas a Lucilio* y las *Quaestiones naturales*. Otras obras filosóficas que no han llegado a nosotros son las *Exortationes*, *De officiis*, *De immatura morte*, *De matrimonio*, *De amicitia*, *De remediis fortuitorum*, *De superstitione*, su *Philosophia moralis* y los restantes epistolarios a Cesonio, a Novato, etc.

No hay un solo autor en toda la literatura latina que más dificultades ofrezca para definirlo y sobre quien los juicios sean naturalmente más inciertos. Y es que su fuerte y compleja personalidad espiritual escapa a todos los moldes de clasificación y requiere

más amplio análisis de todos los elementos que han contribuído a formarla.

Los filósofos clasificados se escandalizan de su libre ideología, que parece reductible al marco del estoicismo y que de repente se escapa de las normas estoicas. Y los críticos y biógrafos se asombran de los impulsos vehementes de este hombre, que conquista la sociedad romana con su trato mundano y se entrega a las prácticas de austeridad con tal rigor, que tiene que ser separado de ellas por su padre; que se nos aparece como pensador de abstracciones y como hombre de pasiones violentas.

La filosofía de Séneca, un poco desconcertante y heterogénea, por afluir a ella diversos sistemas, tiene un sello de fuerza y de originalidad que le distingue de los demás pensadores romanos. Sin desdeñarse, como él expone, de seguir la vía vieja de sus predecesores, sus razonamientos, más que como un eco del pasado, aparecen como destellos del choque de su entendimiento con la vida real. Sus obras, penetradas de la realidad de su tiempo, más que especulaciones filosóficas, parecen predicaciones de actualidad sobre los vicios reinantes y respuestas a las angustias espirituales de sus contemporáneos.

Las cartas a Lucilio, obra inmortal, mal estimada por la crítica, constituyen, por la animación del lenguaje y por su densa y brillante espiritualidad, uno de los libros más importantes de la literatura romana. Su estilo característico, el de sus cartas y obras filosóficas, ha sido juzgado de muy diversos mo-

dos, aunque conviniendo todos los criterios en su originalidad. Para algunos su expresión epigramática y sus frases centelleantes son un grave defecto, como si todos los géneros literarios y todos los temperamentos hubieran de vestir un ropaje uniforme, el estilo trabado de Cicerón o César. A esta falta de comprensión moderna ha contribuído mucho la autoridad de Quintiliano, que con un criterio retórico y con algo de pasión personal censuraba las frases quebradas del gran maestro, y encontraba su dicción vulgar y machacada, sus pensamientos inanes y su erudición plebeya.

Con la vaga fórmula de estilo de mal gusto o estilo de la decadencia se ha juzgado el de Séneca, sin ser en serio analizado ni comprendido.

EPISTULA IX.

Seneca Lucilio suo salutem.

Desinamus, quod voluimus, velle. Ego certe id ago senex: eadem velle, quae puer nolui. In hoc unum eunt dies, in hoc noctes, hoc opus meum est, haec cogitatio: imponere veteribus malis finem. Id ago, ut mihi instar totius vitae dies sit. Nec mehercules tamquam ultimum rapio, sed sic illum adspicio, tamquam esse vel ultimus possit. Hoc animo tibi hanc epistulam scribo, tamquam me cum maxime scribentem mors evocatura sit. Paratus exire sum et ideo fruar vita, quia quam diu futurum hoc sit, non nimis pendeo. Ante senectutem curavi ut bene vi-

verem, in senectute ut bene moriar: bene autem mori est libenter mori. Da operam ne quid umquam invitus facias. Quicquid necesse futurum est repugnanti, id volenti excipit, partem acerbissimam servitutis effugit, facere quod nolit. Non qui iussus aliquid facit miser est, sed qui invitus facit. Itaque sic animum componamus, ut quicquid res exiget, id velimus: et in primis finem nostri sine tristitia cogitemus. Ante ad mortem quam ad vitam praeparandi sumus. Satis instructa vita est, sed nos in instrumenta eius avidi sumus: deesse aliquid nobis videtur et semper videbitur. Ut satis vixerimus, nec anni nec dies faciunt, sed animus. Vixi, Lucili carissime, quantum satis erat: mortem plenus exspecto. Vale.

EPISTULA X.

Seneca Lucilio suo salutem.

Mentiuntur qui sibi obstare ad studia liberalia turbam negotiorum videri volunt: simulant occupationes et augent et ipsi se occupant. Vaco, Lucili, vaco et ubique sum, ibi meus sum. Rebus enim me non trado, sed commodo, nec consector perdendi temporis causas. Et quocumque constiti loco, ibi cogitationes meas tracto et aliquid in animo salutare converso. Cum me amicis dedi, non tamen mihi abduco nec cum illis moror, quibus me tempus aliquod congregavit aut causa ex officio nata civis, sed cum optimo quoque sum: ad illos, in quocumque loco, in quocumque saeculo fuerunt, animum meum

mitto. Demetrium, virorum optimum, mecum circumfero et relictis conchyliatis cum illo seminudo loquor, illum admiror. Quidni admirer? Vidi nihil ei deesse. Contemnere aliquis omnia potest, omnia habere nemo potest. Brevissima ad divitias per contemptum divitiarum via est. Demetrius autem noster sic vivit, non tamquam contempserit omnia, sed tamquam aliis habenda permiserit. Vale.

DE IRA.

Magna pars querelas manu fecit aut falsa suspicando aut levia adgravando. Saepe ad nos ira venit, saepius nos ad illam. Quae numquam arcessenda est. Etiam cum incidit, reiciatur. Nemo dicit sibi: hoc propter quod irascor, aut feci aut fecisse potui. Nemo animum facientis, sed ipsum aestimat factum: atque ille intuendus est, voluerit an inciderit, coactus sit an deceptus, odium secutus sit an praemium, sibi morem gesserit an manum alteri commo- daverit. Aliquid fortuna, ut ferre aut pati humanum sit aut humile. Eo nos loco constituamus, quo ille est cui irascimur: nunc facit nos iracundos iniqua nostri aestimatio et quae facere vellemus, pati nolumus. Nemo se differt: atqui maximum remedium irae dilatio est, ut primus eius fervor relanguescat et caligo quae premit mentem, aut residat aut minus densa sit. Quaedam ex his quae te praecipitem ferebant, hora non tantum dies molliet, quaedam ex toto evanescent: si nihil egerit petita advocatio, adparebit iam iudicium esse, non iram.

39.

Aurelio Cornelio Celso.—Sábese que vivió en tiempo de Tiberio. Fué Celso un espíritu de insaciable curiosidad, que cultivó los más variados géneros científicos y literarios, por desgracia perdidos para nosotros en su mayor parte.

De su obra enciclopédica *De artibus*, en 20 libros, sólo poseemos los ocho libros sobre la Medicina. Estos eran los libros VI-XIII de la gran enciclopedia, que contenía estudios sobre la elocuencia, la jurisprudencia, el arte militar, la agricultura y la medicina. Los libros de *Medicina* están basados principalmente en Hipócrates y Asclepiades. Quintiliano lo cita como un orador y retórico notable. Columela, en su *Agricultura*, le cita con frecuencia y con singular elogio.

El lenguaje de Celso tiene cualidades excelentes, no estando desprovisto de cierta elegancia y elocuencia. Por estos méritos, con notable exageración, se le dió a Celso en el Renacimiento el título de *Cicerón de la medicina*, así como los médicos, por el mérito de su ciencia, le llamaron el *Hipócrates latino*.

Quinto Remnio Palemón.—Fué hijo de una esclava. Manumitido, se dedicó a la enseñanza, siendo uno de los más ilustres gramáticos de Roma. Asombraba por su prodigiosa memoria y por su facilidad de expresión, componiendo también muy fáciles versos. Suetonio, de quien son estos datos, refiere que

era tal su orgullo, que afirmaba que con él habían nacido las letras latinas y con él morirían. Parece que fué también Palemón famoso por sus vicios.

Su *Ars grammatica* gozó de gran autoridad en su tiempo.

Quinto Asconio Pediano.—Suetonio cita a Asconio Pediano como historiador ilustre. Según este autor, Asconio quedó ciego a los treinta y siete años, viviendo hasta los ochenta y cinco. Fué comentador ilustre de Cicerón, de Salustio y de Virgilio.

No son de este autor los comentarios de los discursos *In Verrem*, pero sí los descubiertos por Poggio de otros discursos de Cicerón.

Marco Valerio Probo.—Fué militar. Habiéndose dedicado a leer unos libros por pasar el tiempo, comenzó a hacer en ellos por curiosidad anotaciones diversas. Aficionado a ese ejercicio, se dedicó a compulsar variantes, a hacer correcciones de textos y a ilustrar con notas diversas obras, llegando a ser una autoridad en este ejercicio. Así surgieron sus famosos comentarios sobre Terencio, Lucrecio, Virgilio, Horacio y Persio. Escribió también una *Silva* o miscelánea de observaciones de lenguaje antiguo, calificada por Suetonio de mediocre. Su libro *De notis* era un curioso tratado de las abreviaturas jurídicas, del que no nos queda mas que un extracto.

CELSO

MEDICINA.

Síntomas de la apendicitis y tratamiento.

Is autem morbus, qui in intestino pleniore est, in ea maxime parte est, quam caecam esse proposui. Vehemens fit inflatio, vehementes dolores, dextra magis parte; intestinum, quod verti videtur, prope spiritum elidit. In plerisque post frigora cruditatesque oritur, deinde quiescit; et per aetatem saepe repetens sic cruciat, ut vitae spatium nihil demat. Ubi is dolor coepit, admovere sicca et calida fomenta oportet, sed primo lenta, deinde validiora; simulque frictione ad extremas partes, id est crura brachiaque materiam evocare; si discussus non est, qua dolet, cucurbitulas sine ferro defigere.

40.

Marco Fabio Quintiliano.—Nació en Calahorra el año 35. Se educó en Roma durante algunos años, al cabo de los cuales volvió a su país natal. El emperador Galba le llevó de nuevo a Roma y allí Quintiliano, que era hijo de un maestro retórico, se dedicó a la abogacía, interviniendo en los célebres procesos de Neviano y de la reina Berenice; abrió además una escuela de elocuencia, en la que tuvo, entre otros insignes discípulos, a Plinio el Joven, según éste declara en el proemio del libro IV de las

Cartas. El emperador Vespasiano dió carácter oficial a esta escuela, siendo Quintiliano el primer profesor de Roma que recibió sus emolumentos del Estado. La doctrina y la elocuencia de Quintiliano adquirió por ella extraordinaria fama. Fué también preceptor Quintiliano de los sobrinos del emperador Domiciano, presuntos herederos del trono.

No sólo su profesión le creó una situación muy desahogada, sino que le proporcionó consideraciones extremadas, a tal punto que en sus últimos años, como homenaje a sus merecimientos, se le confirió el título de cónsul, dignidad a la que antes no hubiera soñado en aspirar un maestro de retórica.

Hombre de sentimientos delicados, vió amargada su vida por terribles desgracias familiares, viendo morir joven a su esposa, y perdiendo luego a sus dos hijos, jóvenes de brillante porvenir. A estas desgracias, de las que no se consoló en toda su vida, alude en la introducción del libro VI de su obra.

Murió Quintiliano, según se cree, un año antes que Domiciano, o sea el 95.

Su libro *De causis corruptae eloquentiae* se ha perdido, no siendo conocido mas que por referencias sueltas que se hallan en otros escritores.

Los discursos que con el nombre de Quintiliano se han conservado no son suyos, al parecer. De estos discursos hay unos muy breves, en número considerable, que algunos han atribuído al padre del autor; los más extensos, en número de 21, han circulado durante mucho tiempo con el nombre de Quin-

tiliano; pero ni por los antecedentes ni por el estilo deben ser de él, al menos en la forma en que los conocemos. Él mismo confiesa, en efecto, que algunos oyentes habían publicado imprudentemente ejercicios de clase sin garantía y sin consentimiento suyo.

El trabajo que ha consolidado la imperecedera fama de Quintiliano es su gran obra *De institutione oratoria*. Esta obra, emprendida por los reiterados ruegos de sus admiradores y discípulos, fué terminada poco antes de morir el autor, que no pudo revisarla.

La concepción de una obra de conjunto de este género es de una gran originalidad, no habiendo nada en la literatura griega ni latina que pueda compararse a ella.

El libro X es una historia condensada de la literatura griega y latina. Con razón se ha llamado la primera literatura comparada conocida. Aun formulado el juicio de los escritores griegos y latinos desde un punto de vista retórico, la crítica moderna ha admirado en Quintiliano la aguda penetración y el tino certero con que enjuicia a cada uno.

Las finas observaciones pedagógicas de Quintiliano, después de los siglos transcurridos, están vivas. Sus reglas de educación intelectual descubren la larga y meditada experiencia de un maestro excepcional. Los problemas de enseñanza que con gran precisión plantea son numerosos: las ventajas de la enseñanza oral y de la lectura; de la enseñanza pri-

vada y de la colectiva. Los preceptos de educación revelan una experiencia maravillosamente atenta y una comprensión de la armonía de todos los problemas docentes. El maestro no sólo ha de tener ciertas condiciones morales, sino aun sentimentales. La enseñanza retórica de su tiempo la consideraba absurda, pidiendo una acción durable y continua desde la cultura primaria.

Quintiliano representa la reacción contra la corriente literaria de su época, y especialmente contra la oratoria, tan falta de solidez como sobrada de sutilezas y adornos retóricos.

Sus gustos serios y su temperamento moderado le llevaban al clasicismo. Su ecuanimidad le situaba entre dos tendencias opuestas, entre la que ya apuntaba de reversión arcaizante hacia la latinidad bronca y viril de los primitivos y la actual de incontinencia retórica y de ridículo contorsionismo.

Él admira el aticismo o la sobriedad expresiva de los antiguos escritores como Ennio, Catón, Calvo y Bruto; pero cree que deben admirarse sin imitarse, con la admiración del arte primitivo y con el culto de lo venerable, con un respeto como de "bosque sagrado".

Con un imperceptible asomo de ironía hace la pintura de los oradores fogosos de su tiempo, que gesticulan y se golpean y elevan la voz con arrebatadora vehemencia para no decir nada importante. Quintiliano se lamenta de que a esta melodramática violencia llamasen fuerza oratoria. Sobre todo com-

bate la oratoria forense al uso, hueca y ampulosa, defendiendo que nada puede reemplazar al estudio serio ni a la preparación lógica. El estilo exagerado de su época, plagado de sentencias y de flores retóricas, lo describe con gráfica maestría:

“Falluntur plurimum qui vitiosum et corruptum dicendi genus, quod aut verborum licentia exsultat, aut puerilibus sententiolis lascivit, aut immodico tumore turgescit, aut inanibus locis bacchatur, aut casuris flosculis nitet, aut praecipitia pro sublimibus habet, aut specie libertatis insanit, magis existimant populare.”

Su modelo ideal era Cicerón, en quien casaban con discreto tino la solidez del pensamiento, la vehemencia varonil y la cuidada elegancia de la forma. Su modelo de prosa para la juventud era Tito Livio, no tan gran historiador como Salustio, pero que lograba esa armonía del arte clásico, ni duro y seco, ni demasiado muelle y florido.

Se reprocha en este punto a Quintiliano que se excede un poco en la admiración por la brillantez de forma de Cicerón y en el gusto por el florido Tito Livio; pero no puede olvidarse que él veía estos autores junto a las declamaciones de su época, y que comparados con ellas Cicerón y Tito Livio eran una maravilla de simplicidad y de moderación.

Dentro de la enseñanza retórica, Quintiliano propende ante todo a la sencillez. Todavía en su obra asusta la clasificación de figuras retóricas, las divisiones minuciosas y la reglamentación de las

obras literarias; pero comparada con las complicaciones usuales, su obra era un alarde de claridad y de simplificación.

Los juicios de Quintiliano sobre los autores son de una gran serenidad y mesura, notándose una benigna atenuación en los juicios adversos. Por eso sorprende el juicio extremadamente desfavorable de Séneca, cuyos defectos exagera. Ya Quintiliano (X, I) pretende excusarse de la supuesta parcialidad que le achacaban contra este escritor, y es posible que sinceramente le desagradase lo que él creía amanerada originalidad y estilo deshilvanado; pero no acaba de comprenderse la severidad de este juicio formulado con una crudeza no habitual.

El estilo de Quintiliano es de la más grave elegancia académica, siempre entonada, y florida a veces, pero que nunca toca en el límite de la afectación ni de la pedantería.

El esfuerzo generoso de Quintiliano para volver al clasicismo no tuvo el merecido éxito y en ello las doctrinas de este autor en los tiempos posteriores no fueron estimadas.

Cuando en el siglo xv apareció un manuscrito completo de su obra, Quintiliano volvió a ser leído con entusiasmo, que no ha decaído hasta que la retórica ha sufrido nuevas crisis en los tiempos modernos. Los dos primeros libros, que contienen preciosas enseñanzas pedagógicas, y el último, que es una sagaz reseña literaria, tienen y tendrán un valor eterno.

Marcial, con natural afecto, pero con justicia, celebra al preceptor y al orador insigne:

Quintiliane, vagae moderator summe juventae,
Gloria romanae, Quintiliane, togae.

(II, 99).

QUINTILIANO

INSTITUTIONES ORATORIAE.

Epicos latinos.

Idem nobis per Romanos quoque auctores ordo ducendus est. Itaque ut apud illos Homerus, sic apud nos Vergilius auspiciatissimum dederit exordium, omnium eius generis poetarum graecorum nostrorumque haut dubie ei proximus. Utar enim verbis isdem, quae ex Afro Domitio iuvenis excepi: qui mihi interroganti, quem Homero crederet maxime accedere, "secundus, inquit, est Vergilius, propior tamen primo quam tertio". Et hercule ut illi naturae caelesti atque immortalis cesserimus, ita curae et diligentiae vel ideo in hoc plus est, quod ei fuit magis laborandum, et quantum eminentibus vincimur. fortasse aequalitate pensamus. Ceteri omnes longe sequentur. Nam Macer et Lucretius legendi quidem. sed non ut phrasin, id est corpus eloquentiae faciant, elegantes in sua quisque materia, sed alter humilis, alter difficilis. Ennium sicut sacros vetustate lucos adoremus, in quibus grandia et antiqua robora iam non tantam habent speciem quan-

tam religionem. Propiores alii atque ad hoc, de quo loquimur, magis utiles. Lascivus quidem in herois quoque Ovidius et nimium amator ingenii sui, laudandus tamen in partibus. Cornelius autem Severus, etiamsi sit versificator quam poeta melior, si tamen [ut est dictum] ad exemplar primi libri bellum Siculum perscripsisset, vindicaret sibi iure secundum locum. Serranum consummari mors immatura non passa est, puerilia tamen eius opera et maximam indolem ostendunt et admirabilem praecipue in aetate illa recti generis voluntatem. Multum in Valerio Flacco nuper amisimus. Vehemens et poeticum ingenium Saleii Bassi fuit, nec ipsum senectute maturavit. Rabirius ac Pedo non indigni cognitione, si vacet. Lucanus ardens et concitatus et sententiis clarissimus, sed, ut dicam quod sentio, magis oratoribus quam poetis imitandus.

Elegiacos latinos.

Elegia quoque Graecos provocamus, cuius mihi tersus atque elegans maxime videtur auctor Tibullus. Sunt qui Propertium malint. Ovidius utroque lascivior, sicut durior Gallus. Satira quidem tota nostra est, in qua primus insignem laudem adeptus Lucilius quosdam ita deditos sibi adhuc habet amatores, ut eum non eiusdem modo operis auctoribus, sed omnibus poetis praeferre non dubitent. Ego quantum ab illis, tantum ab Horatio dissentio, qui Lucilium fluere lutulentum et esse aliquid, quod tollere possis, putat. Nam eruditio in eo mira et li-

bertas atque inde acerbitas et abunde salis. Multum eo est tersior ac purus magis Horatius et, nisi labor eius amore, praecipuus. Multum et verae gloriae quamvis uno libro Persius meruit. Sunt clari hodieque et qui olim nominabuntur. Alterum illud etiam prius saturae genus, sed non sola carminum varietate mixtum condidit Terentius Varro, vir Romanorum eruditissimus. Plurimus hic libros et doctissimos composuit, peritissimus linguae latinae et omnis antiquitatis et rerum graecarum nostrarumque, plus tamen scientiae collaturus quam eloquentiae. Iambus non sane a Romanis celebratus est ut proprium opus, ** quibusdam interpositus: cuius acerbitas in Catullo Bibaculo, Horatio, quamquam illi epodos intervenit, reperietur. At lyricorum idem Horatius fere solus legi dignus: nam et insurgit aliquando et plenus est iucunditatis et gratiae et variis figuris et verbis felicissime audax. Si quem adicere velis, is erit Caesius Bassus, quem nuper vidimus, sed eum longe praecedunt ingenia viventium.

Observaciones pedagógicas.

Sumat igitur ante omnia magister parentis erga discipulos suos animum, ac succedere se in eorum locum a quibus sibi liberi traduntur, existimet. Ipse nec habeat vitia, nec ferat. Non austeritas eius tristis, non dissoluta sit comitas: ne inde odium, hinc contemptus oriatur. Plurimus ei de honesto ac bono sit sermo: nam quo saepius monuerit, hoc rarius castigabit. Minime iracundus, nec ta-

men eorum quae emendanda erunt, dissimulator: simplex in docendo, patiens laboris, assiduus potius quam immodicus. Interrogantibus libenter respondeat, non interroganter percontetur ultro. In laudandis discipulorum dictionibus nec malignus, nec effusus: quia res altera taedium laboris, altera securitatem parit. In emendando quae corrigenda erunt, non acerbus, minimeque contumeliosus. Nam id quidem multos a proposito studendi fugat, quod quidam sic objurgant, quasi oderint. Ipse aliquid, imo multa quotidie dicat, quae secum audita referant. Licet enim satis exemplorum ad imitandum ex lectione suppeditet, tamen viva illa, ut dicitur, vox alit plenius, praecipueque praeceptoris, quem discipuli, si modo recte sunt instituti, et amant, et verentur. Vix autem dici potest, quanto libentius imitemur eos, quibus favemus.

41.

Cayo Plinio Segundo.—Fue llamado el Viejo por oposición a su sobrino e hijo adoptivo el orador y epistológrafo. Nació en Como el año 23. Fue militar y desempeñó también importantes cargos públicos, que no le impidieron el consagrarse con ardor a los estudios más heterogéneos. Según Suetonio, mandaba la escuadra de Miseno cuando se produjo la erupción del Vesubio. Llevado por su curiosidad científica, se acercó en un pequeño barco para estudiar de cerca el fenómeno, y cuando pretendió ale-

jarse no pudo por falta de viento. Envolviéronle pronto las cenizas y pavesas, y allí murió, según se cree, rematado por un esclavo, a quien le suplicó, entre las angustias de la asfixia, que le diera la muerte.

Plinio es el más ilustre representante de la ciencia romana. La insaciable sed de la ciencia le hizo reunir y compulsar multitud de libros antiguos, calculándose que los utilizados en su gigantesca *Historia Natural* suman 2000. Fruto de su saber enciclopédico fueron diversas obras históricas y filológicas, como *Bella Germaniae*, en 30 libros; *De vita Pompeii Secundi*, en tres libros; *A fine Aufidi Bassi*, que era en rigor una amplia historia romana, en 30 libros; y *Dubius sermo*, en ocho libros. Todas estas obras han desaparecido, aunque de la última conocemos algunos fragmentos por las citas de los gramáticos posteriores. La única obra conservada de Plinio es su monumental *Naturalis Historia*, en 37 libros. El libro I es como un índice de materias y de fuentes; el II es el estudio general del Universo; los cuatro siguientes, III-IV, contienen estudios geográficos; los cinco siguientes, VI-XI, están dedicados a fisiología y zoología; desde el XII al XIX se estudia la botánica; desde el XX al XXVII, la botánica médica; desde el XXVIII al XXXII, la zoología médica; el XXXIII estudia la mineralogía, y los cuatro últimos libros se refieren a las aplicaciones de los minerales, bellas artes, etc.

El ateísmo de Plinio no es una pura negación de la divinidad, sino, como el de Lucrecio, una vehemen-

te aversión a las creencias de los dioses. Se distingue, sin embargo, en que a Lucrecio esta negación le conduce a la exaltación de la razón humana y de la ciencia, mientras que el positivismo de Plinio le lleva a insistir más bien en el pesimismo estoico de las miserias humanas, considerando una desgracia el nacer a la vida y una serie continuada de desdichas la vida misma. Este concepto pesimista, que asoma también a veces en la filosofía de Séneca, llega luego a ser un lugar común aun en escritores cristianos.

Los reproches que a la ciencia de Plinio ha ido formulando la crítica son infundados. La credulidad con que acoge noticias fabulosas de pueblos remotos y toda clase de leyendas sobre costumbres de los animales, su propensión a lo maravilloso y los innumerables errores científicos en que incurre, son lo natural e inevitable en una época en que la experiencia sistemática no existía.

Pomponio Mela.—Sábese que era español y que vivió en tiempos de Calígula y de Claudio.

Las fuentes principales de Pomponio Mela son: Hiparco Annón y Cornelio Nepote. Su obra *De Chorographia* consta de tres libros.

Sexto Julio Frontino (40-103).—Desempeñó elevados cargos públicos, ejerciendo varias veces el consulado. Las obras de Frontino son: *Stratagemata*. Consta de cuatro libros, aunque se cree que sólo los tres primeros son suyos. Esta obra, literariamente insignificante, es como documento histórico de gran

valor, por ser compilación de obras que se han perdido, y por ofrecer datos del mayor interés.

De aquis urbis Romae. En ella se estudiaba la complicada conducción de aguas de la ciudad. El título *De aquaeductibus* es de los copistas de la Edad Media. *De finibus* es uno de los varios tratados de límites que se escribieron en esta época. Otros libros atribuídos a Frontino, como *De re agraria* y *De Colonis*, no son suyos, sino de autores posteriores a la época de los Antoninos.

Lucio Junio Moderato Columela.—Fué natural de Cádiz. Su obra *De re rustica* consta de 12 libros. La obra de Columela es muy rica en el contenido tanto de datos de los agrónomos anteriores como de la propia experiencia del autor. Junto a ella no tienen valor las obras clásicas de Catón y Varrón.

Es curioso que el libro X, dedicado a los jardines, está escrito en verso, con excelentes hexámetros.

El estilo es de una gran sencillez en general, resultando, a pesar de la aridez del asunto, una obra verdaderamente atractiva.

PLINIO

HISTORIA NATURALIS.

Libro XVI

Pomiferae arbores, quaeque mitioribus succis voluptatem primae cibis attulerunt, et necessario alimento delicias miscere docuerunt, sive illae ultro,

sive ab homine didicere blandos saponos adoptione et connubio, idque munus etiam feris volucrisque dedimus, intra praedictas constant. Proximum erat narrare glandiferas quoque, quae primae victum mortalium aluerunt, nutrices inopis ac ferae fortis, ni praeverti cogeret admiratio usu comperta, quaenam qualisque esset vita, sine arbore ulla, sine frutice viventium. Diximus et in Oriente quidem juxta Oceanum complures ea in necessitate gentes. Sunt vero in Septentrione visae nobis Chaucorum, qui majores minoresque appellantur. Vasto ibi meatu, bis dierum noctiumque singularum intervallis, effusus in immensum agitur oceanus, aeternam operiens rerum naturae controversiam, dubiumque terrae fit, an parte in maris. Illic misera gens tumulos obtinet altos, aut tribunalia structa manibus ad experimenta altissimi aestus, casis ita impositis: navigantibus similes, cum integat aquae circumdata, naufragis vero cum recesserint, fugientesque cum mari pisces circa tuguria venantur. Non pecudem his habere, non lacte ali, ut finitimis, ne cum feris quidem dimicare contigit, omni procul abacto frutice. Ulva et palustri junco funes nectunt ad praetexenda piscibus retia: captumque manibus lutum ventis magis quam Sole siccant: terra cibos et rigentia septentrione viscera suaurunt. Potus non nisi ex imbre servato scrobibus in vestibulo domus. Et hae gentes, si vincantur hodie a Populo Romano servire se dicunt. Ita est profecto; multis fortuna parcat in poenam.

COLUMELA

DE RE RUSTICA.

Plantas comestibles.

Leguminum genera cum sint complura, maxime grata et in usu hominum videntur faba, lenticula, pisum, phaselus, cicer, cannabis, milium, panicum, sesama, lupinum, linum etiam, et ordeum quia ex eo ptisana est. Item pabulorum optima sunt Medica et foenum Graecum nec minus vicia. Proxima deinde cicera et ervum et farrago, quae est ex ordeo. Sed de his prius disseremus, quae nostra causa seminantur, memores antiquissimi praecepti, quo monemur, ut locis frigidis occissime, tepidis celerius, calidis novissime seramus. Nunc autem proinde ac si temperatae regioni praecepta dabimus.

MELA

DE SITU ORBIS.

Descripción de España.

Pyrenaeus primo hinc in Britannicum procurrit Oceanum; tum in terras fronte conversus, Hispaniam irrumpit, et minore eius parte ad dextram exclusa trahit perpetua latera continuus, per omnem donec provinciam longo limite immisssus in ea littora, quae occidenti sunt adversa, perveniat. Ipsa Hispania, nisi qua Gallias tangit, pelago undique incincta est: ubi

illis adhaeret, maxime angusta, paulatim se in Nostrum et Oceanum mare extendit: magisque et magis latior ad occidentem abit, ac fit ibi latissima. Viris, equis, ferro, plumbo, aere, argento auroque etiam abundans, et adeo fertilis, ut sicubi ob penuriam aquarum effeta et sui dissimilis est, linum tamen aut spartum alat. Tribus autem est distincta nominibus: parsque eius Tarraconensis, pars Baetica, pars Lusitania vocatur. Tarraconensis altero capite Gallias, altero Baeticam Lusitaniamque contingens, mari latera obicit Nostro, qua meridiem; qua septentrionem spectat, Oceano. Illas fluvius Anas separat, et ideo Baetica maria utraque prospicit; ad occidentem, Atlanticum; ad meridiem, Nostrum. Lusitania Oceano tantummodo obiecta est, sed latere ad septentriones, fronte ad occasum.

42.

Edad de cobre.—La edad de cobre se caracteriza por una deformación completa de los caracteres antiguos, esto es, por una exageración de cualidades que, armonizadas y sobriamente utilizadas, habían constituido el período de equilibrio del clasicismo, y que, empleadas sin proporción ni medida, habían de constituir un barroquismo degenerado. Los principales factores de esta decadencia fueron la tendencia arcaizante, el helenismo, el preciosismo sofístico, y el desplazamiento de la cultura, que de romana fué haciéndose provincial y extraña.

La tendencia arcaizante de esta época no era un fenómeno enteramente nuevo en la literatura. Ya en la edad de Augusto había quienes sentían predilección por los escritores anteriores, prefiriendo Lucrecio a Virgilio, y Lucilio a Horacio. Esta tendencia se afianzó y exageró en la edad de plata, teniendo Quintiliano que combatir a los que se entusiasmaban por la seca y enérgica sobriedad de los primitivos, contrapuesta al florido retoricismo de su época. En la edad siguiente esta afición arcaizante se exacerba y llega a prevalecer por algún tiempo. Adriano se muestra como entusiasta admirador de los primitivos, poniendo por modelo de la oratoria, no a Cicerón, sino a Catón; de la poesía, no a Virgilio, sino a Ennio, y de la historia, no a Salustio, sino a Antípates. Son especialmente el retórico Frontón, Apuleyo y Aulo Gelio los que sostuvieron este gusto arqueológico, que prevaleció durante algún tiempo en la literatura.

El helenismo, siempre influyente en la literatura latina, tomó nuevos vuelos bajo Adriano, llegando algunos escritores, como Adriano, Suetonio, Frontón y Apuleyo, a escribir indistintamente en latín y en griego, y habiendo algunos, como Apiano, Marco Aurelio y Juliano, que escribieron sólo en esta lengua. Todo ello contribuyó a la desestimación de la literatura clásica, cada vez menos admirada.

El preciosismo sofístico culmina en Apuleyo, admirador, por otra parte, de los primitivos. Ya el preciosismo en el estilo se había iniciado dentro del mis-

mo período clásico en Ovidio, y había progresado en la edad de plata en el florido retoricismo, que invadió a la oratoria y que reselló la literatura entera. Además de este culteranismo de forma, un agudo conceptismo se desarrolla en la edad siguiente, poniéndose en moda todas las habilidades oratorias y recetarios de la escuela sofística, con sus paralelismos, antítesis, asonancias y demás artificios. Así se constituyó una escuela literaria, en que lo de menos era el fondo y en que lo único importante era el malabarismo del pensamiento y las florituras del estilo. Este vicio del estilo efectista y amanerado, la última vanidad de la literatura latina, no abandonó ya a ésta hasta su muerte.

La inevitable descentralización política del vasto imperio romano fué acompañada también de una descentralización literaria y lingüística, por la cual, bajo cierta aparente uniformidad antigua, créanse nuevos núcleos, sobre los cuales habían de constituirse culturas y lenguas distintas.

El predominio de la contribución literaria de España, tan relevante en la edad de plata, cede en esta época a la de Africa (Frontón, Apuleyo), y más tarde a la de Francia. La literatura era por esta causa un mosaico, en que los temperamentos de razas distintas y la peculiar educación de los escritores imponían un sello de heterogeneidad y de *barbarie*.

Un hecho trascendental, que cambia la ideología de la cultura y crea una literatura nueva, es el de la difusión del cristianismo. La adaptación del latín in-

fluyó en la suerte de esta lengua, contribuyendo a su estudio y difusión, y de otro lado rebajando la lengua literaria hasta el nivel del vulgo.

Al llegar el cansancio y la debilidad del genio latino, y al fin el convencimiento de su esterilidad, surgió el afán de recoger lo que quedaba, entrándose en la era de las compilaciones y de los extractos. Este empeño, lastimoso como síntoma, porque envolvía la confesión de la impotencia, sirvió, sin embargo, para salvar del naufragio de los tiempos las reliquias de muchas obras.

Poesía. Poesía épica.—La poesía cristiana se acerca a los modelos clásicos.

Cayo Vettio Aquilino Juvenco.—Fue español, presbítero, y vivió en tiempo de Constantino. Su *Historia evangélica* es un poema sobre los Evangelios, en que sigue con escrupulosa fidelidad el relato bíblico, el cual intenta revestir con las formas de los poemas de Virgilio. Con gran habilidad, y haciendo alarde de un recuerdo exacto de la *Eneida* y de las *Geórgicas*, vence la difícilísima empresa de amoldar cosas tan diversas como el espíritu evangélico y las galas poéticas de la leyenda latina. Frecuentemente la gravedad y sencillez del fondo sufre con los poéticos simbolismos y perífrasis del original, y a veces, a pesar de la intención piadosa, se llega hasta la profanación, impregnando el piadoso relato de un tinte pagano.

Dúdase si una historia del Antiguo Testamento,

de la que quedan unos pocos fragmentos, puede ser de este autor.

Claudio Claudiano.—Era natural de Alejandría, y vivió en la segunda mitad del siglo iv y principios del v. Antes de trasladarse a Roma, hacia el 390, se había distinguido en su ciudad natal como poeta, escribiendo en griego algunas obras. Antes de salir de Alejandría es de creer, dada la perfecta romanización de esta ciudad, que Claudiano dominase ya el latín con la misma facilidad que su lengua materna. Llegado a Roma, fué pronto el poeta cortesano, poniéndose sobre todo en relación estrecha con Estilicón, el famoso general de Honorio, vencedor de los godos, a cuyas virtudes guerreras y políticas dedica Claudiano los más entusiastas elogios. La protección de Estilicón le proporcionó grandes ventajas y honores, recibiendo el título de patricio. Por último, los emperadores Honorio y Arcadio, a petición del Senado, hicieron levantarle una estatua en la plaza de Trajano, de la cual se ha conservado el pedestal con la inscripción. En ella se glorifica al poeta que reunió el espíritu de Virgilio y el genio de Homero. Se cree que se trasladó a Alejandría para desposarse con una ilustre dama de esta ciudad, y que al poco tiempo de este matrimonio le sorprendió la muerte, sin haber realizado su vehemente deseo de volver a Roma.

Sus obras son: *In consulatum Olybrii et Probinii*, *In Rufinum*, *De tertio consulatu Honorii*, *De quarto consulatu Honorii*, *De nuptiis Honorii et Mariae*,

Ephithalamium Palladii et Celerinae, De bello Gildonico, De consulatu Manlii Theodori, In Eutropium, De consulatu Stilichonis, De bello Gothico, De sexto consulatu Honorii, De raptu Proserpinae y otras poesías breves, epigramáticas o idílicas.

La mayoría de estas obras fueron compuestas en el espacio de nueve años, comprendidos entre 395 y 404. Casi todas ellas son panegíricos, invectivas y epitalamios.

El epitalamio *De nuptiis Honorii et Mariae* es, por su amplitud y la brillantez del simbolismo, uno de los más interesantes poemas del autor. El Amor avisa a su madre Venus que con sus flechas ha encendido el corazón de Honorio por la hija de Estilicón. Venus aprueba esto y sobre la espalda del viejo marino Tritón va en busca de María, cuyo corazón consigue al momento. Por la semejanza de esta máquina alegórica con el canto nupcial de Estacio se ha pensado si Claudiano se inspiraría en él; pero esta suposición es innecesaria, porque los amores de Dido en la *Eneida* y otros antecedentes revelan que había una fórmula tradicional, idéntica en el fondo.

La epopeya mitológica *De raptu Proserpinae* es una obra de maravillosa ejecución, llena de bellísimas descripciones y admirable por su lenguaje y versificación. El poema, a pesar de estos méritos, es de una falsedad manifiesta, y las brillantes y pomposas imágenes y el amaneramiento de la forma dejan la fría sensación de lo artificial.

Más en armonía con su carácter en los cantos de

guerras y victorias y en sus loas a la grandeza del Imperio, sabe elevarse hasta las alturas de la épica. Por desgracia, el tema contemporáneo de las conmociones de Roma ni ofrecía la unidad necesaria para un poema, ni, por su interés actual y candente, admitía las exornaciones mitológicas y las fantásticas alegorías de este nuevo alejandrinismo, que presentan como sospechosa la sinceridad indudable de su exaltación.

Claudiano es el último poeta nacional, el poeta oficial, heraldo de las viejas virtudes de la raza y de las glorias de los gobernantes presentes, de Honorio, y sobre todo del gran caudillo Estilicón. Toda la obra poética de Claudiano aparece efectivamente inspirada en un exaltado patriotismo, más aún romano que imperial. Se ha hecho notar con razón la diferencia con que él exalta al mismo emperador Honorio y a Estilicón, a quien diviniza en sus elogios como el genuino representante de la ciudad eterna, salvada por él de las feroces invasiones godas. Estilicón no es un gran general a quien se adula con encomios desmedidos por sus hazañas, sino la personificación de Roma, que pugna por sobrevivirse. Esta creencia optimista en la perpetuidad del imperio y este amor apasionado a las glorias y virtudes del gran pueblo constituye el fermento poético de estos poemas.

El panegírico más extenso es el de Estilicón, que comprende tres libros con 1230 hexámetros.

Las llamadas invectivas de Claudiano no son, en rigor, sino imprecaciones patrióticas contra los ene-

migos de Roma. Es inútil citar como antecedentes las invectivas de Arquíloco y todas las invectivas apasionadas o satíricas de la literatura romana, porque las de Claudiano no se inspiran ni en una aversión personal, ni en la repulsión a un vicio, ni en una intención moralizadora, sino que son como el natural reverso del panegírico romano, la execración de los enemigos de la patria.

Las dos invectivas se refieren a los dos ministros del emperador Arcadio: al omnipotente Rufino, al que representa como el monstruo favorito de las furias, y al terrible Utropio, que como favorito del Emperador le sucedió, eunuco del más vil origen, que había impuesto un régimen de terror y de inmoralidad en el Imperio de Oriente. Esta última invectiva toma un sentido sarcástico cuando pinta a Eutropio en un consejo de guerra asistido de compañeros del hampa.

Ha parecido que algunas de las poesías sobre temas cristianos eran apócrifas; pero en ningún caso podía extenderse esta duda sobre todas ellas, lo que produce la firme convicción de que, ya fuese por sentimiento íntimo, ya por el deseo de congraciarse con sus íntimos amigos y decididos cristianos Estilicón y Honorio, Claudiano defendió estas ideas.

Cayo Solio Modesto Apolinar Sidonio.—Nació en Lión del año 420 al 430. Intervino activamente en las luchas de Roma por la sucesión del trono, especialmente al proclamarse emperador su suegro Avito, aunque supo amoldarse siempre a las circunstancias,

congraciándose con los vencedores y logrando importantes cargos. En Roma le fué erigida una estatua, y fué consagrado obispo de Clermont el año 470, dignidad que renunció luego, muriendo, según indica su epitafio, el 21 de agosto bajo el imperio de Cenón.

De este autor queda un epistolario, en el cual se incluyen además 13 poesías, y una colección de poemas.

Forman la colección poética 19 composiciones, casi todas panegíricos y epitalamios. En ellas hace gala de una erudición extensa, aunque superficial, especialmente sobre la literatura latina. Tenía, al parecer, Sidonio Apolinar una singular facilidad para la versificación y en su juventud cultivó la poesía con gran aplauso, abandonándola luego por creerla incompatible con su dignidad sacerdotal. En sus poesías, prosaicas y sin inspiración, se nos muestra como un mediano poeta.

El epistolario, de 147 cartas en nueve libros, está imitado de los de Plinio y Símaco. Estos escritos son únicamente cartas por tener un destinatario y por su forma especial, pero en rigor son amanerados ensayos sobre los más diversos asuntos de la época. Son especialmente interesantes estas cartas como documentos históricos y por revelar bien el espíritu del autor, infantilmente vanidoso, como Plinio, pagano en sus pensamientos y en sus gustos, a pesar de su profesión religiosa. En el estilo de las cartas resalta una ampulosidad tan extremada, que parece verse el pro-

pósito de no emplear una expresión que pueda parecer fácilmente inteligible.

San Paulino de Perigeux.—Fué autor de algunas poesías, entre ellas un poema sobre la vida de San Martín.

JUVENCO

LIBRI EVANGELIORUM.

Crucifixión y muerte de Jesús.

At postquam ventum est ubi ruris Golgotha nomen,
 Permixtum felli vinum dant pocula Christo,
 Ille sed in summo gustu tractata recusat,
 Nec tamen insultans hominum furor omnia poscit.
 Iamque cruci fixum pendeat in arbore corpus,
 Intactaeque dedit tunicae sub sorte per omnes
 Militis unius servans possesso textum.
 Et scriptum causae titulum meritique locarunt,
 Quod rex Iudaeae plebis gentisque fuisset.
 Accidit, ut pariter poenae consortia ferrent
 Latrones hinc inde duo; sed caeca furentis
 Insultat plebis fixo vaesania Christo.
 Iam medium cursus lucis conscenderat orbem,
 Cum subito ex oculis fugit furvisque tenebris
 Induitur trepidumque diem sol nocte recondit.
 Ast ubi turbatus nonam transegerat horam,
 Consternata suo redierunt lumina mundo.
 Et Christus magna genitorem voce vocabat
 Hebraeae in morem linguae; sed nescia plebes
 Heliam vocitare putat. Tum concitus unus
 Cogebat spongo turpi calamoque revincto

Inpre'ssum labiis acidum potare saporem.
 Cetera turba furens tali cum voce cachinnat:
 "Spectemus pariter, caelo ne forte remissus
 Helias veniat, celsa qui in sede quiescit,
 Liberet et misero cofixum stipite regem."
 Tum clamor Domini magno conamine missus
 Aetheriis animam comitem commiscuit auris.

CLAUDIANO

DE EQUO HONORII.

Foelix sonipes, tanti cui fraena mereri
 Numinis, sacris licuit servire iupatis.
 Seu tua per campos vento iuba lusit Iberos,
 Seu te Cappadocum gelida sub valle natantem
 Argaeae lavere nives: seu laeta solebas
 Thessaliae, rapido perstringere pascua saltu:
 Accipe regales cultus, crine superbus
 Erecto virides spumis perfunde Smaragdos.
 Luxurient tumido gemmata monilia collo,
 Nobilis auratosiam purpura vestiat armos,
 Et medium te Zona liget, variata colorum
 Floribus, castae manibus sudata Serenae
 Persarum gentile decus. Sic quippe laborat
 Maternis studiis, nec dedignatur equestres
 Moliri phaleras, genero latura decorum.

In laudes Stilichonis.

Quem populi plausu, procerum quem voce petebas,
 Aspice Roma virum iam tempora desine longe
 Dinumerare viae, visoque assurgere semper
 Pulvere, non dubiis ultra torquebere votis.

Totus adest oculis, aderat qui mentibus olim,
 Spe maior, fama melior, venerare curulem,
 Quae tibi restituit fasces: complectere dextram,
 Subiuga quae Poenos iterum Romana redegit.
 Excipe magnanimum pectus, quo fraena reguntur
 Imperii, cuius libratur sensibus orbis.
 Os sacrum quod in aere colis, miraris in auro,
 Cerne libens hic est pro te bellator ubique
 Defensor Libyae, Rheni pacator et Istri.

43.

Poesía lírica. Pentadio.—Vivió en tiempo de Diocleciano y fué autor de algunas poesías en dísticos.

Porfirio Optaciano.—Era natural de Africa. Condenado, se ignora por qué causa, al destierro, envió a Constantino, con motivo del vigésimo aniversario de su elevación al trono, un libro con 28 poesías en honor suyo. El fondo de estas poesías no tiene mérito excepcional, pero el virtuosismo métrico de ellas causa verdadero asombro.

Antes y después de Optaciano han sido frecuentes los juegos métricos de las poesías de figura, formadas con versos de distinta extensión, y de las poesías de combinación, como en los acrósticos, formadas por versos en los que se cambia una palabra o una frase; pero nunca antes, ni tal vez después, se ha llegado al maravilloso malabarismo de Optaciano, que, además de estas poesías, tiene algunas,

como la 28, en que cada dístico elegíaco va repitiendo en el primer lugar del hexámetro la palabra final del pentámetro, y en el final la inicial del pentámetro y la final del hexámetro, y luego en el pentámetro, en el primer lugar, la final del hexámetro, y en el final la primera del hexámetro, de este modo:

Blanditias fera mors Veneris persensit amando,
permisit solitae nec Styga tristitiae.

Tristitiae Syga nec solitae permisit, amando
persensit Veneris mors fera blanditias.

Hay versos de medida métrica igual leídos en ambas direcciones. Pero sobre todo son de una dificultad enorme los cuadrados de triple combinación, en los que forman palabras las primeras letras, las últimas y las diagonales.

Décimo Magno Ausonio.— Conócense de este poeta minuciosos datos biográficos, la mayoría suministrados por él mismo en sus obras. Hijo de un ilustre médico, nació en Burdeos hacia el 310, y fué profesor de gramática y retórica de esta Universidad por espacio de treinta años. Hacia el 365 fué llamado por Valentiniano a la corte de Tréveris para encargarle de la educación del príncipe heredero Graciano. Por la protección de la familia imperial fué honrado con elevados cargos, como el de la administración de la Galia, nombrándole Graciano cónsul en el año 379. Asesinado Graciano (383), se retiró Ausonio a su ciudad natal, pasando los últimos años entregado a los estudios literarios.

Ausonio fué maestro de San Paulino y amigo de Símaco. Sus obras son: *Ephemeris*, *Parentalia*, *Commemoratio professorum Burdigalensium*, *Epitaphia*, *De duodecim Caesaribus*, *Ordo nobilium urbium*, *Ludus septem sapientium*, *Cento nuptiarum*, *Ydyllia*, *Eclogarium*, *Epistulae*, *Epigrammata*, y el discurso *Gratiarum actio*.

Ephemeris es la descripción de una jornada ordinaria del poeta: es interesante porque en ella se intercala una plegaria cristiana. *Parentalia* es un grupo de 30 poesías en que se invoca a otros tantos parientes fallecidos.

La *Commemoratio professorum Burdigalensium* es una colección de 36 semblanzas de otros tantos profesores que habían sido de la Universidad de Burdeos. *Epitaphia* son 36 retratos de héroes troyanos y legendarios, la mayoría traducción de una de las colecciones griegas.

De duodecim Caesaribus es la historia de Suetonio, ampliada hasta Cómodo, puesta en versos breves, de carácter escolar y mnemotécnico. El *Ludus septem sapientium* es una de las mejores obras de Ausonio, en que se explican las sentencias más famosas de los siete sabios, con un lenguaje afectadamente arcaico, que quiere recordar el estilo de Plauto.

El *Cento Nuptialis* es una colección de epitalamios desenfadadamente obscenos. *Ydyllia* es una colección de 20 poemas en metro heroico o elegíaco. El más interesante y famoso es el X, titulado *Mo-*

sela, de 483 hexámetros, en el que describe minuciosa y pintorescamente un viaje por el Mosela, desde Tréveris hasta la desembocadura del Mosela en el Rin.

Sus *Epistulae*, en prosa y en verso, tienen valor como documentos históricos de la vida y de la ideología del autor, cuyo cristianismo, si no oportunista, como se ha dicho, aparece por lo menos extraño y superficial, compatible con un fuerte ideal pagano.

Sus *Epigramas* son 112, de contenido muy variado. Unos son imitaciones de poemas griegos, escritos, ya en griego, ya en latín, ya en una mezcla de frases griegas y latinas. Otros son originales, como el de la muerte de su esposa.

El discurso *Gratiarum actio*, compuesto a imitación del panegírico de Trajano hecho por Plinio, fué pronunciado por Ausonio cuando Graciano le nombró cónsul. En lo servil de los elogios desproporcionados Ausonio va más allá aún que su modelo.

Poeta de escaso merecimiento por su fondo, ha sido justamente celebrado por la admirable perfección métrica.

La poesía de Ausonio es, en general, poesía de ocasión; son cantos a cuanto le rodea: poesías de atención a sus protectores, a sus parientes, a sus compañeros de profesión y a sus amigos; y descripciones de sus viajes, de la campiña francesa, etc. Fuera de esto, las poesías sobre asuntos clásicos, los héroes troyanos, los Césares romanos y las fiestas, parecen composiciones académicas de entretenimiento.

Ausonio no tiene sentimiento ni inspiración de gran poeta, pero es el diestro artífice, para quien hacer buenas poesías es un juego fácil. Es el virtuoso del verso, con su memoria prodigiosa, que le permitía saberse en detalle toda la obra de Virgilio, y con la destreza de su continua experiencia académica. Jugaba Ausonio con la inspiración de los viejos poetas y con el complicado material métrico, combinando pensamientos y versos clásicos y manejando, en un alarde de dominio, los metros conocidos, ya en la disposición normal, ya modificados y combinados por él, ya complicados con figuras y coincidencias de palabras, de acrósticos, etc.

Pervigilium Veneris.—El *Pervigilium Veneris*, o vela de Venus, de autor desconocido, es probablemente de la época de los Antoninos. Es una obra excepcional, por su gracia poética y por sus bellezas, en el ambiente de pedantería o de puerilidad de la poesía de esta época. En rigor es un epitalamio, un himno a la unión fecunda de Ver, la primavera, y de la Tierra, lleno de imágenes floridas. Algunas de las estrofas, por la fineza de los símiles y por los sentimientos delicados, hacen recordar los epitalamios de Catulo.

San Dámaso (305-384).—El Papa San Dámaso, contemporáneo de Ausonio, fué uno de los más antiguos poetas cristianos. La mayoría de sus versos fueron escritos para los sepulcros de las catacumbas.

San Hilario.—Fué obispo de Poitiers. Las obras de San Hilario son: *De fide*, 12 libros; *De Synodis*,

Adversus Arianos, Contra Auxentium, Contra Dioscurum y los comentarios de los Salmos. Las obras polémicas contra los arrianos se caracterizan por la nitidez y precisión de sus razonamientos lógicos, pero no ofrecen gran valor literario. Frente a la violencia de los polemistas africanos San Hilario se destaca por una dulzura admirable, que le lleva a concebir la religión especialmente bajo el aspecto del amor. Fué autor San Hilario también de algunas poesías religiosas.

San Ambrosio.—Fué autor de himnos sagrados, algunos de ellos incorporados a la liturgia de la Iglesia, y que llevan un sello de sobriedad y de severa grandeza.

Aurelio Prudencio Clemente (348-410).—Era español.

Este admirable poeta es indudablemente el primer poeta cristiano latino. Sin grave exageración se ha podido llamar el Lucrecio y el Píndaro del cristianismo. Dotado de genio poético y de cultura clásica, sus obras tienen solidez de fondo, emoción y una suave brillantez de forma. Por su majestad y por su vehemencia este insigne poeta español evoca los nombres de Lucano y de Séneca. Prudencio es a la vez el pensador profundo, el cristiano apasionado y el literato de viva sensibilidad, que además sabe escribir con precisión y brillantez.

La poesía de Prudencio no es una ficción artística, sino una explosión de sus sentimientos y una proyección de sus ideas cristianas. Sus poesías, rebosantes

de vida y sinceridad, no tienen nada que ver con los entretenimientos métricos y los pacientes juegos de mosaico de otros poetas.

Sin la tosca rebeldía contra el clasicismo, mantenida por Comodiano, y sin la servil sumisión a los modelos clásicos, practicada por Juvenco, este excelente poeta sabe hacer vibrar a los asuntos nuevos y vestirlos con el decoro de la poesía clásica. Los poemas didácticos son: *Psychomachia*, un poema alegórico, en que las pasiones luchan dentro del espíritu humano; *Anartigenia*, exposición del origen del mal, contra las doctrinas de los Marcionitas; *Apotheosis*, exposición de las doctrinas de la Santísima Trinidad, contra los arrianos y los maniqueos; *Contra Symmachum*, paráfrasis de los sermones de San Ambrosio, y *Dittochaeon*, epigramas de asuntos bíblicos.

Su obra *Contra Symmacum*, históricamente la más interesante, es una verdadera filosofía de la historia, en que expone la evolución providencial de la Roma pagana hacia el cristianismo. Los poemas líricos de Prudencio son: El *Catemerinon*, o colección de himnos para las diversas horas del día, y el *Peristephanon*, colección de himnos en honor de los mártires.

Si Prudencio triunfa en las poesías didácticas, donde su numen poético especialmente brilla es en las líricas. Su ágil espíritu de observación, su imaginación rápida y su cultura histórica se desenvuelven en ellas con gran libertad. Con singular acierto sabe tratar los temas actuales, poetizándolos con felices imágenes y adornándolos con diversas evocaciones.

El *Peristephanon*, serie de loas de mártires, de una estructura extraña, es un poema del más elevado lirismo. Con admirable habilidad para variar los temas, tan semejantes de ordinario, el poeta sabe caracterizar magistralmente a sus héroes y describir con prolija minuciosidad cada uno de los géneros de martirio. En el relato introduce reflexiones morales, o bien da expansión a sus sentimientos, o hace hablar a los interlocutores como en un cuadro dramático.

Finalmente, Prudencio es un maestro de la versificación. No sólo en el desarrollo del verso sabe agrupar con arte consumado los incidentes alrededor del tema capital de cada poesía, sino que en el desenvolvimiento de las estrofas se mueve con singular soltura, y aun se permite alardear de su facilidad métrica, jugando con toda clase de combinaciones.

San Paulino.—San Paulino, llamado de Burdeos por su nacimiento, o de Nola por haber regentado esta diócesis, nació el año 353. Hizo una vida mundana hasta los treinta y siete años, en que la ferviente religiosidad de su esposa y la muerte de su hijo le movieron a consagrarse a la religión, marchando a España y luego a Nola, en donde fué consagrado obispo el año 409. Discípulo predilecto de Ausonio, abandonó a éste sin contestar siquiera a sus repetidas cartas, y se unió en estrecha amistad con San Agustín. Sus poesías son: *Epístolas a Ausonio*, *Poesías profanas* y *poesías cristianas*, entre ellas, de las más conocidas, *Natalitia*, en honor de San Félix, patrón de Nola.

Las poesías profanas corresponden a su vida seglar en Burdeos.

En prosa escribió, además de sus epístolas, el *Panegírico de Teodosio*.

Las poesías profanas son composiciones cortas, de gracia ligera y festiva, de asuntos de ocasión, como sobre la remisión de algún regalo, etc.

Las poesías religiosas de San Paulino no tienen ni sombra de la elevación de las de Prudencio, pero sí claridad y fineza.

AUSONIO

MOSELLA.

Purior hic campis aër: Phoebusque sereno
 Lumine' purpureum reserat jam sudus Olympum.
 Nec jam consertis per mutua vincula ramis
 Quaeritur exclusum viridi caligine caelum:
 Sed liquidum jubar et rutilam visentibus aethram
 Libera perspicui non invidet aura diei.
 In speciem cum me patriae, cultumque nitentis
 Burdigalae, blando pepulerunt omnia visu,
 Culmina villarum, pendentibus edita ripis,
 Et virides Baccho colles et amoena fluenta
 Subterlabentis tacito rumore Mosellae.
 Salve amnis laudate agris, laudate colonis,
 Dignata imperio debent cui moenia Belgae:
 Amnis odorifero juga vitea consite Baccho,
 Consite gramineas amnis viridiffime ripas:
 Naviger, ut pelagus: devexas pronus in undas,
 Ut fluvius, vitreoque lacus imitate profundo:

Et rivos trepidi potis aequiperare meatu,
 Et liquido gelidos fontes praecellere potu,
 Omnia solus habes, quae fons, quae rivus, et amnis,
 Et lacus et bivio refluus manamine pontus.
 Tu placidis prolapsus aquis, nec murmura venti
 Ulla, nec occulti pateris luctamina saxi.
 Non superante vado rapidos reparare meatus
 Cogaris, exstantes medio non aequore terras
 Interceptus habes: justi ne demat honorem
 Nominis, exclusum si dividat insula flumen.
 Tu duplices sortite vias, cum amne fecundo
 Defluis, ut celere's feriant vada concita remi:
 Et cum per ripas nusquam cessante remulco
 Intendunt collo malorum vincula nautae.

Pervigilium Veneris.

Cras amet, qui numquam amavit, quique amavit
 cras amet.

Ipsa Nimfas Diva loco jussit ire myrteo,
 Et puer comes puellis. Nec tamen credi potest
 Esse amorem feriatum, si sagittas vexerit.
 Ite Nimfae: posuit arma, feriatum est Amor.
 Jussus est inermis ire, durus ire jussus est;
 Neu quid arcu, neu sagitta, quid igne laederet.
 Sed tamen cavete Nimfae, quod Cupido pulcher est:
 Totus est inermis idem, quando nudus est Amor.

44.

Poesía didáctica. Comodiano.—Se ha supuesto que este obispo poeta era africano, pero no hay datos de su origen. Parece que floreció en la segunda

mitad del siglo III. Su obra *Adversus gentium deos pro Christiana disciplina Instructiones* está dividida en dos libros y comprende 80 instrucciones en acrósticos.

El *Carmen apologeticum adversus Iudaeos et Gentes* comprende 1053 hexámetros.

Frente al clasicismo, ya servil, como el de Juvenco, ya moderado, como el de otros poetas cristianos, Comodiano sigue un camino nuevo, renegando de la tradición pagana. Su temperamento fogoso y acometedor le lleva a la polémica, y en ella, más que con las armas del raciocinio, lucha con las del anatema y con la amenaza de los castigos.

Con brusca intolerancia, no sólo combate contra los paganos y judíos, sino que vierte su ira descompuesta y sus más fuertes dicterios sobre su literatura y sus poetas, sobre los cristianos tímidos y sobre sus excesos. Esta misma violencia de sentimientos, que le hace frecuentemente caer en grosería vulgar, sirve a veces para animar su poesía con un tono de emoción, como ocurre en la descripción del juicio final:

Conclamant, pariter plangentes, sero gementes:
 Ululatur, ploratur, nec spatium datur iniquis.
 Lactanti quid faciet mater, cum ipsa cremabit?
 In flamma ignis Dominus judicabit iniquos.

La métrica de Comodiano tiene un gran interés histórico porque en ella empieza a prevalecer el acento sobre la cantidad, siendo, por tanto, una obra

de transición, como anuncio de que la rítmica acentual iba a desterrar a la métrica cuantitativa, aun en las obras literarias. Solamente en los últimos pies del hexámetro procura conservar la cadencia latina.

Marco Aurelio Olimpio Nemesiano.—Nació en Cartago y vivió en tiempo de Caro.

De su poema de caza *Cynegetica* no se han conservado mas que 325 versos. Debía ser muy extensa, pues sólo el proemio comprende 103 versos. En él jactanciosamente expone que, por estar ya tratados los temas mitológicos, ha elegido un asunto nuevo, callando que se proponía simplemente imitar las *Cynegeticas* de Gracio, de las que toma sin escrúpulo sus materiales. Fuera del proemio, casi todo el resto de lo conservado se dedica al amaestramiento de los perros de caza y de los caballos. Son de Nemesiano también cuatro églogas, que han sido durante mucho tiempo atribuídas a Calpurnio Sículo. En ellas Nemesiano toma servilmente por modelo a Virgilio: también procuró imitar las bucólicas de Calpurnio, de las que ingirió en las suyas algunos versos.

Nemesiano gozó de gran celebridad en su tiempo como poeta. Sin embargo, fuera de la cultura de la versificación, casi todo su mérito se reduce a concertar con habilidad temas y versos de otros autores.

Rufio Festo Avieno.—Este insigne poeta geógrafo vivió en el siglo iv. Se ha dudado si nació en España o en Italia. Sábese que gozó de una posición desahogada. Gozó de gran estimación, y fué procón-

sul de Africa y de Acaya. Entre otras obras perdidas, fué Avieno autor de una nueva traducción de los *Fenómenos* de Arato. Conservó el metro del original, pero amplió considerablemente el poema (el de Arato tenía 1154 versos y el de Avieno llegó a 1878). Parece que la traducción la hizo teniendo a la vista las anteriores de Cicerón y de Germánico, especialmente esta última, a la que imita en la forma. Servio da cuenta de obras de Avieno completamente perdidas, escritas ambas en senarios yámbicos; una adaptación poética del *Epítome* de Tito Livio, y una refundición de las leyendas de la *Eneida*. La pérdida del primero es más lamentable por haberse perdido el original del célebre historiador latino.

Sus obras geográficas fueron: *Descriptio orbis terrae*, compuesta a imitación del periplo de Dionisio, y que contiene 1394 hexámetros, y su poema *Ora maritima*, o descripción de los mares, en versos yámbicos, cuyos oscuros pasajes han servido para las más caprichosas interpretaciones en la identificación de diversos lugares. Por conservarse la obra de Dionisio el Periegeta puede apreciarse bien que Avieno, salvo algunas interpretaciones y algunas ampliaciones poéticas, no intentó mejorar la obra original.

La obra *Ora maritima* comprendía la descripción de las costas desde Bretaña hasta el mar Negro: pero la parte conservada abarca únicamente las comprendidas desde aquéllas hasta Marsella. El texto parece haber sufrido mucho en la transmisión es-

crita, no conservándose ni siquiera el códice que sirvió para la primera edición de 1488. Las fuentes de esta obra son mucho más complicadas que las de la anterior, basándose en Eratóstenes, Piteas de Masilia y otros varios geógrafos.

Avieno aparece como un verdadero poeta, que imita con fortuna el lenguaje de Virgilio.

El fabulista **Flavio Aviano** debió vivir en el siglo IV o a principios del V. Fué el más conocido de los fabulistas latinos durante la Edad Media, constituyendo sus apólogos la base de los fabularios esópicos más usados. Sólo cuando se volvieron a leer en el original las fábulas de Esopo y se determinaron bien las de Fedro es cuando este autor empezó a ser olvidado.

Se conocen de él 42 fábulas, en las que imita a Esopo, a Fedro, a Ticiano, aunque sin nombrar a éste. Están escritas en dísticos, con un lenguaje artificioso, en el que se remeda el estilo de Virgilio.

Marciano Mineo Félix Capela.—Era africano, natural de Madauro. Vivió en la primera mitad del siglo V. Su obra *De nuptiis Philologiae et Mercurii* es una miscelánea en verso y en prosa, como las sátiras de Varrón. En estas bodas de la Filología y de Mercurio aparecen las siete artes liberales, a cada una de las cuales corresponde un canto y un discurso, que forman cada uno de los libros.

Rutilio Claudio Namaciano.—Este excelente poeta era natural de las Galias. Su poema *De reditu suo*, en dos libros, es la descripción de un viaje que el

poeta hizo el año 416 desde Roma hasta las Galias. El poeta muestra su aversión al cristianismo y su entusiasmo por las glorias de Roma, en cuya perpetua dominación cree, en momentos en que Italia estaba ya gravemente amenazada. La forma es de una sorprendente elegancia y la versificación de una gran soltura.

45.

Historia. Cayo Suetonio Tranquilo.—Aunque por su vida corresponde Suetonio a la edad anterior, sus obras no fueron publicadas hasta los tiempos de Adriano. Nació hacia el año 75, ignorándose su nacionalidad. Sábese que ejerció la abogacía bajo Trajano y sirvió de secretario al emperador Adriano, hasta que por ciertas confianzas fué expulsado de palacio. Tuvo gran amistad con Plinio, quien le favoreció con su protección. Por mediación de éste, Trajano concedió a Suetonio gozase de las ventajas de la ley de los tres hijos, aunque no los tenía. En las cartas de Plinio hay otras interesantes noticias sobre su vida. En una del año 105 le insta a que publique sus obras. Murió hacia el año 160.

Suetonio fué un polígrafo fecundo, que escribió, como Varrón, de las materias más heterogéneas: historia, instituciones, gramática, ciencias naturales, etc.

Una sola de sus obras se ha conservado, la obra histórica *De vita Caesarum*, y trozos de otra, *De viris illustribus*. Todas las demás han perecido.

Estas eran: *De genere vestium*, *De institutione officiorum*, *Historia Eudicra*, *De regibus*, *De rebus variis*, etc. Una obra extensa era *Prata*, de la que se conservan algunas citas: por ellas se deduce que el libro IV trataba de las leyes; el V, de las costumbres; el VIII, del calendario; el IX, de física; el X, de zoología; el XI, de botánica, y el XII, de mineralogía.

De la obra *De viris illustribus* quedan trozos de alguna extensión: el último libro, de gramáticos y retóricos, contiene 25 biografías, pero de los demás libros de poetas, oradores, historiadores y filósofos no se han salvado mas que trozos sueltos. Su obra *De vita Caesarum* comprende las biografías desde César a Domiciano inclusive. Esta obra, conservada en conjunto, aún tiene una laguna al principio.

Se ha imputado a Suetonio la libertad con que recoge hechos públicos y privados, tradiciones y anécdotas, y la despreocupación con que expone lo más íntimo, con todas las flaquezas y monstruosidades morales de los más corrompidos de los emperadores. Pero hay que convenir en que un régimen personal, en que la ley era el César, la vida política no puede historiarse más que sacando a luz ésta, con todas las intrigas y perversidades. Ciertamente que había antes de Suetonio el género biográfico, en el cual, como ocurre en la obra de Nepote, no se utilizaban sino con suma discreción y dignidad los datos de la vida privada. Pero adviértase que el caso es muy distinto, pues se trataba de historias de vidas ejempla-

res, para presentarlas a la admiración de la posteridad, y en ellas importaban ante todo las virtudes heroicas o cívicas; Suetonio, en cambio, no eligió sus personajes, que en general no se prestaban para el panegírico, y sin más propósito que el de presentar la verdad y aprovechar sus numerosos datos, vertió cuanto tenía, con una lamentable despreocupación moral si se quiere, pero con una fidelidad escrupulosa, que ha servido para conocer a fondo las almas de sus personajes.

Sus mismos defectos como historiador y literato, su falta de método para enlazar y vestir la historia, su carencia de profundidad mental para razonarla y su carencia de arte psicológico para caracterizar los personajes, en una palabra, su inhibición, todo cuanto amengua el valor de la historia como arte lo aumenta como exposición de la verdad, de la cual aparece Suetonio como un testigo terriblemente indiscreto, pero veraz.

Ciertamente al lado de la historia pública, con su grave dignidad y su belleza artística, las historias personales de Suetonio parecen relatos difamadores o murmuraciones de vecindad. La obra de Suetonio bajo el aspecto artístico no tiene importancia alguna, ni parece haberlo pretendido el autor. En una época de preciosismo literario, no se ve en él preocupación retórica alguna, ni casi esmero. La obra de Suetonio es como el complemento de la de Tácito. Esta es la historia pública, que usa fórmulas más ambiguas y genéricas. La de Suetonio es el comen-

tario privado lanzado a la calle por quien cree que las cosas se cuentan al desnudo con las más puntuales señales.

Eutropio.—Se ignora su patria. Sábese que alcanzó los reinados de Constantino el Grande, Juliano el Apóstata, Joviano y Valente, y que tomó parte en la guerra contra los partos en tiempo de Juliano el Apóstata.

Su obra *Breviarium ab urbe condita*, fué escrita a ruego del emperador Valente. Consta de 10 libros: los seis primeros, que comprenden hasta el asesinato del César, se basan en el *Epítome* de Tito Livio. Los cuatro últimos, que narran la vida de los emperadores hasta Joviano, se basan en Suetonio, hasta donde llega esta historia, salvando la crudeza del modelo, pero recogiendo a grandes rasgos los datos y el espíritu de las biografías. El autor se limita a esquematizar los hechos, sin permitirse intercalar apreciaciones personales, ni menos esforzarse en depurar la verdad.

La afición desarrollada desde este tiempo a los extractos históricos, la comodidad natural de abarcar en sucintas reseñas toda la historia romana y la claridad del estilo han hecho de la obra de Eutropio un libro popular, que mereció ser traducido al griego en la misma época romana.

Scriptores Historiae Augustae.—Se denominan así la serie de historiadores que escribieron alguna vida de los Césares. Lo conservado comprende la biografía no sólo de emperadores, sino de césares

o sucesores al trono, usurpadores y pretendientes, desde Adriano hasta Numeriano, con una gran laguna desde los Filipos hasta el comienzo del reinado de los Valerianos. Toda la obra conservada comprende seis autores, de ellos cuatro, Elio Esparciano, Julio Capitolino, Vulcacio Galiano y Trebelio Polión, que suponen a Diocleciano emperador, y dos, Elio Lampridio y Flavio Vopisco, que le conocen como particular.

Esparciano, autor de las biografías de Adriano, Elio Vero, Didio Juliano, Septimio Severo, Pescenio Niger, Caracalla y Geta, declara en la vida de Elio Vero que se proponía historiar no sólo las vidas de los emperadores, sino de todos aquellos que por parentesco con ellos o por adopción en la familia imperial habían sido llamados Césares. Se ignora si este propósito llegó a realizarlo; pero no han quedado de este historiador más que las biografías citadas.

Elio Lampridio, que muchos identifican con Esparciano, escribió las biografías de Cómodo, Helio-gábalo y Alejandro Severo.

Flavio Vopisco, natural de Siracusa, que vivió en tiempo de Constantino, escribió la vida del emperador Aureliano. Esta biografía tiene excepcional importancia histórica, porque fué redactada, si hemos de creerle, teniendo a la vista las efemérides de su reinado, todos los materiales oficiales proporcionados al autor por el prefecto de Roma Junio Tiberciano y los escritores griegos de la Biblioteca

Ulpiana. Así Vopisco pudo redactar una biografía fehaciente, en la cual inserta documentos comprobatorios, que dan a su obra excepcional valor. Este autor compuso también las biografías de Tácito, Probo, Firmo, Saturnino, Próculo, Caro, Numeriano y Carino. En la vida de Aureliano declara su intento de escribir la de Apolonio de Tiana, pero nada se ha conservado de esta obra, si es que de hecho llegó a escribirla.

Trebelio Polión vivió en tiempo de Constantino y fué autor de las vidas de los emperadores desde Filipo hasta Claudio; pero de sus obras sólo quedan un fragmento de la vida de Valeriano y las vidas de Valeriano el Joven y de los dos Galienos, de los treinta tiranos, y la de Claudio.

Capitolino, del tiempo de Diocleciano y de Constantino, fué autor de las biografías de Antonino Pío, de Marco Aurelio, Vero, Pertinax, Macrino, los Maximinos, los Gordianos, Máximo y Balbino. Vulcanio Galiano, que vivió en tiempo de Diocleciano, ha dejado únicamente la biografía de Avidio Casio.

Todavía en la *Historia Augusta* hallamos referencias a otros autores, hasta el número de 35, cuyas obras no han llegado hasta nosotros. Entre ellos está Mario Máximo, que desempeñó importantes cargos públicos. Escribió, continuando la obra de Suetonio, un ciclo de doce biografías, desde Nerva hasta Heliogáballo. La continuación, no sólo se entiende en sentido cronológico, sino en el carácter, procurando, como Suetonio, hacer una historia animada, en la que ver-

tía las más escabrosas noticias de la vida íntima de la corte. Aniano Marcelino dice de esta obra que en su tiempo era leída con avidez.

Elio Junio Cordo escribió la continuación de la obra de Mario Máximo, deteniéndose en los emperadores Alejandro Severo y Gordiano III. Capitolino, el único que cita a este autor, nos da idea del carácter de esta obra, llena, como sus modelos, de indiscreciones cortesanas, pero que hubiera sido históricamente utilísima por los incontables detalles en que se entretenía y por los cuales Capitolino censura al autor. A éstos pueden agregarse: Aurelio Filipo, que historió la vida de su discípulo Alejandro Severo; Eucolpio, autor de la vida de este mismo emperador; Suetonio Optaciano, que escribió la vida de Tácito, y otros, como Vulcacio Terenciano, Elio Sabino, etc.

Los problemas históricos que suscita la *Historia Augusta* han sido ampliamente discutidos, sin que los más importantes hayan hallado hasta ahora soluciones satisfactorias. El problema de las fuentes se ha creído varias veces resuelto. Las frecuentes coincidencias de varias de las biografías de la serie hicieron pensar que la obra en conjunto se había inspirado en alguna gran colección, a la que se bautizó con el nombre de *Crónica Imperial*. Pero esta hipótesis no se ha confirmado con hallazgo alguno, y la existencia de esta fuente común no pasa de la categoría de conjetura.

Se ha llegado a suponer que, en conjunto, los detalles de las biografías no son sino invenciones agrega-

das a los datos conocidos por los mismos autores o bien por refundidores tardíos, suponiéndose que no sólo inventaban detalles caprichosos, y que eran falsos los testimonios que se aducían, los documentos oficiales, las cartas y los discursos aducidos como prueba de su honradez histórica, sino que hasta las obras y autores citados en la *Historia Augusta*, y de los cuales no se tienen noticias por otros conductos, eran pura invención de estos falsarios. Pero esta solución es evidentemente exagerada. No es admisible, en primer lugar, que la *Historia Augusta* sea una ficción muy posterior, debida a un escritor desconocido, porque el más somero análisis descubre que, en medio de cierta uniformidad y de continuas repeticiones, esta obra no puede ser de un solo autor, por las diferencias esenciales que las distintas biografías ofrecen. Aun la uniformidad en la técnica no puede exagerarse, porque a pesar de la pauta común, que es la historia de Suetonio, con sus menudas anécdotas, los detalles minuciosos y la intimidad escabrosa, hay modalidades muy distintas en cada biografía. Que la obra no es, además, posterior a Constantino, se prueba con graves indicios, como es la ausencia de la biografía de este emperador y el que no aparece aún en tal obra el nombre de Constantinopla, fundada en el año 350.

Descartadas todas estas soluciones radicales, que nada logran resolver en este problema, no cabe más que la esperanza de ir puntualizando con paciencia la complicada genealogía de esta obra. Así se entre-

vé que en ella debieron explotarse profusamente dos historiadores griegos: Dexipo, autor de una extensa crónica romana con 12 libros, perdida después, que alcanzaba hasta el año 270, y Herodiano, autor de las biografías de los 13 emperadores que reinaron desde Cómodo hasta Gordiano III.

La credulidad histórica que puede ofrecer la *Historia Augusta* es desde luego muy relativa, porque se ve el decidido intento de hacer ante todo una obra amena, que excitase la maliciosa curiosidad del público, esto es, seguir el camino de Suetonio, sin los medios de comprobación de éste, y con libertad desbordada para intercalar episodios recreativos.

Ammiano Marcelino.—Nació en Antioquía y vivió aproximadamente del 330 al 400. En su larga vida militar tuvo ocasión de visitar la mayor parte de las provincias del Imperio, preparando los materiales de su obra. A ella se consagró durante los diez últimos años de su vida.

Este historiador pretende reaccionar contra la historia atomizada y anecdótica, y emprende la magna empresa de continuar la obra de Tácito. La historia de Ammiano Marcelino comprendía 31 libros, abarcando desde los tiempos de Nerva hasta la muerte de Valente; pero se han conservado de ella los 13 primeros.

Dotado de una gran cultura, de un fino espíritu de observación y de una absoluta probidad histórica, pocos como él estaban capacitados para la magna

obra, que es indudablemente la fuente más segura de todo este período.

Sobre todo tiene excepcional importancia como historia militar y emoción, especialmente en los relatos de las campañas en que el autor ha tomado parte, como son las guerras de Juliano contra los Persas, en las cuales hay descripciones de gran colorido y animación.

La cultura le mueve además a animar la historia con noticias de un gran valor arqueológico de los lugares que recorría. Con un concepto muy profundo de la historia observa las costumbres y caracteres de cada pueblo y razona los hechos históricos, apelando frecuentemente a reflexiones filosóficas y morales. No llega, evidentemente, a la habilidad de su modelo en la trabazón metódica y sobre todo en la emoción dramática, en que es Tácito maestro inimitable. Aunque todavía podía hacerse notar en descargo de Ammiano que los hechos que narra no tienen la fuerza pasional de los de la primera parte de la historia. En lo que no tiene punto de semejanza y lo que hace ingrata una obra científicamente notable, es en el estilo, desmañado e inexpresivo, lleno de perífrasis oscuras y de frases abstractas.

SUETONIO

DE VITA CAESARUM.

Retrato de Nerón.

Statura fuit prope iusta, corpore maculoso et fae-

tido, subflavo capillo, vultu pulchro magis quam venusto, oculis caesis et hebetioribus, cervice obesa, ventre proiecto, gracillimis cruribus, valitudine prospera; circa cultum habitumque adeo pudendus, ut comam semper in gradus formatam peregrinatione Achaica etiam pone verticem summiserit, ac plerumque synthesium indutus, ligato circum collum sudario prodierit in publicum sine cinctu et discalciatus.

Su vanagloria.

Maxime autem popularitate efferebatur, omnium aemulus, qui quoquo modo animum vulgi moverent. Exiit opinio post scaenicas coronas proximo lustro descensurum eum ad Olympia inter athletas; nam et luctabatur assidue, nec aliter certamina gymnica tota Graecia spectaverat quam brabeutarum more in stadio humi assidens, ac, si qua paria longius recessissent, in medium manibus suis protrahens. Destinaverat etiam, quia Apollinem cantu, Solem aurigando, aequiperare existimaretur, imitari et Herculis facta; praeparatumque leonem aiunt, quem vel clava, vel brachiorum nexibus, in amphitheatri arena, spectante populo, nudus elideret.

HISTORIA AUGUSTAE SCRIPTORES

ELIO LAMPRIDIO.

Fastuosidad de Eliogábalo.

Primus fecit de piscibus isitia, primus de ostreis, et leiostreis, et aliis huiusmodi marinis conchis, et

locustis, et cammaris. et scillis. Stravit et triclinia de rosa, et lectos et porticus, ac sic per ea deambulavit, idque omni florum genere, liliis, violis, hyacinthis et narcissis. Hic non nisi unguento nobili aut croco piscinis infectis natavit. Nec cubuit in accubitis facile, nisi iis quae pilum leporinum haberent, aut plumas perdicum, subalares saepe culcitrans mutans.

Hic solido argento factos habuit lectos, et tricliniaries et cubiculares. Comedit saepius ad imitationem Apicii calcanea camelorum, et cristas vivis gallinaeis demptas, linguas pavonum et lusciniarum: quod qui ederet, ab epilepsia tutus diceretur. Exhibuit et Palatinis ingentes dapes extis mullorum refertas, et cerebellis phoenicopterum et perdicum ovis, et cerebellis turdarum, et capitibus psittacorum et fasianorum et pavonum.

Habuit et leones et leopardos exarmatos in deliciis: quos edoctos per mansuetarios subito ad secundam et tertiam mensam jubebat accumbere, ignorantibus cunctis quod exarmati essent, ad pavorem et ridiculum excitandum. Misit et uvas Apamenas in praesepia equis suis: et psittacis atque fasianis leones pavit et alia animalia.

Oppressit in tricliniis versatilibus parasitos suos violis et floribus.

EUTROPIO

BREVIARIUM.

Origen de Roma.

Romanum imperium, quo neque ab exordio ullum fere minus, neque incrementis toto orbe amplius humana potest memoria recordari, a Romulo exordium habet; qui Reae Silviae, Vestalis virginis, filius et, quantum putatus est, Martis, cum Remo fratre uno partu editus est. Is cum inter pastores latrocinaretur, decem et octo annos natus urbem exiguam in Palatino monte constituit, XI Kal. Maias, Olympiadis sextae anno tertio, post Troiae excidium, ut qui plurimum minimumque tradunt, anno trecentesimo nonagesimo quarto.

Rómulo, primer rey.

Condita civitate, quam ex nomine suo Romam vocavit, haec fere egit. Multitudinem finitimorum in civitatem recepit, centum ex senioribus legit, quorum consilio omnia ageret quos senatores nominavit propter senectutem. Tum, cum uxores ipse et populus suus non haberent, invitavit ad spectaculum ludorum vicinas urbi Romae nationes, atque earum virgines rapuit. Comotis bellis propter raptarum iniuriam, Caeninenses vicit, Antemnates, Crustuminos, Sabinos, Fidenates, Veientes. Haec omnia oppida urbem cingunt. Et cum, orta subito tempestate, non comparuisset, anno regni tricesimo septimo ad deos tran-

sisse creditus est, et consecratus. Deinde Romae per quinos dies senatores imperaverunt, et, his regnantibus, annus unus completus est.

46.

Oratoria.—La oratoria, que por impulso propio, desde la época clásica, tendía al retoricismo, siguió en gran parte afectada de este mal en la última edad imperial. Dentro de cierta unidad se señalan en la oratoria dos tendencias: la africana, caracterizada por la fuerza y la exuberancia, y la francesa, menos rica en impulso oratorio, pero más correcta. En esta edad la afición de la retórica se mantiene muy viva en todo el sur de Francia, siendo centros florecientes de elocuencia Marsella, Narbona, Tolosa y Burdeos.

Marco Cornelio Frontón.—Nació en Cirta, de Numidia, y vivió aproximadamente entre los años 100 y 175. Fué preceptor de los futuros emperadores Marco Aurelio y Vero. Tuvo grandes riquezas, siendo dueño de los famosos huertos Mecenacianos y obtuvo importantes cargos, logrando el título de cónsul el año 143. Angustiaron su existencia crueles enfermedades y desgracias familiares. Fué considerado como hombre de gran nobleza de espíritu y de inmaculada vida, que le atrajo la admiración de sus contemporáneos. Se ha hecho notar especialmente su corrección y su orgulloso puritanismo, que le lle-

vaba a no solicitar jamás favores personales de los emperadores, que fueron sus discípulos y que le honraron con su cordial amistad.

Los juicios extremadamente laudatorios que sus contemporáneos formularon de él hacían más sensible la pérdida de sus obras. Su relieve había sido extraordinario, siendo cronológicamente el primero de los grandes escritores africanos: la admiración por sus discursos y por sus tendencias literarias fué tal, que le siguió inmediatamente una pléyade de escritores, los que constituyeron la escuela frontoniana. Aulo Gelio, afiliado a su escuela arcaizante, recoge en las *Noches Aticas* sus enseñanzas y sus palabras con verdadera veneración.

Por un verdadero azar, en el año 1815, en un palimpsesto descubierto por Mai en la biblioteca Ambrosiana de Milán, se encontraron algunas obras de Frontón. Más tarde, el 1823, descubrióse en Roma otra parte del códice, poseyéndose así 194 páginas de las 340 de que constaba el manuscrito.

Sus escritos epistolares son las cartas a Marco Aurelio, en diez libros; a Vero, en dos, y a Antonino Pío y a sus amigos, en otros dos libros.

Dirigidas a Marco Aurelio tiene algunas disertaciones de carácter histórico, retórico y filosófico, tituladas: *De eloquentia*, *De bello parthico*, *De orationibus*, *Principia historiae*, *Laudes fumi et pulveris*, *Laudes negligentiae*, *De feriis alsiensibus* y *Arion*. El hallazgo de estas obras sació la curiosidad sobre tan interesante personaje, aunque su escaso valor

científico y literario produjo completa decepción. No se comprendía, a la vista de sus obras, de contenido ideológico tan mediocre, de criterio retórico tan desorientado y de un estilo tan artificial, que aquéllo hubiera podido ser aplaudido con devoción.

Los escarceos *Laudes negligentiae* y *Laudes fumi et pulveris* son ejemplos curiosos de inanidad y de retoricismo.

Sus teorías retóricas, comparadas con las severas enseñanzas de Quintiliano, parecen más bien de un obsesionado que de un preceptor profesional. La oratoria para Frontón es lo más importante, el más elevado ejercicio de la inteligencia humana; no es un medio, sino el fin de la ciencia, junto a la cual la filosofía es un inútil y árido devaneo: y en la oratoria el fin supremo no es la convicción, sino el deleite de la frase hábil, haciendo consistir esta belleza del estilo, no en la fastuosa cadencia oratoria al uso, llena de florituras, sino en una afectada sencillez, que pretendía remediar la austera lengua de Ennio, de Catón y de Lucrecio. La manía de lo viejo prendió durante algún tiempo, imponiéndose esa afectación arcaizante de palabras y giros, cuya impropiedad y dislocación se descubre al momento.

Frontón es, ante todo, el retórico minucioso y verbalista. Lo que interesa de Cicerón no son sus grandes obras; para él sus escritos interesantes son las cartas... porque en ellas se encuentran palabras y giros infrecuentes.

Uno de sus escritos históricamente más interesan-

tes es su oración contra los cristianos, en que recoge todas las acusaciones y calumnias que el vulgo pagano había amontonado sobre la nueva Iglesia, y a la cual replicó uno de los más grandes apologistas: Minucio Félix.

Lucio Apuleyo.—Nació de una rica e ilustre familia en Madauro (Africa) hacia el año 120 y murió después del 180. Recibió una esmerada educación científica en Madauro y en Cartago, y más tarde en Roma, donde estudió matemáticas, música, y sobre todo filosofía. Detenido en Trípoli por motivos de salud, residió allí algún tiempo y contrajo matrimonio con una viuda rica y de edad, Emilia Pudentila, lo que le acarreó un proceso por haberle acusado los aspirantes a la herencia de haber vencido por medios ilícitos la voluntad de la viuda. Agitado por una honda inquietud espiritual, se consagró a estudiar con afán principios religiosos, iniciándose en los misterios de diversas religiones. Por esto y por el carácter de algunas de sus obras, Apuleyo, lo mismo que Virgilio, fué tenido por un mago o hechicero. Prueba inequívoca de la celebridad de que gozó es el número de estatuas que sus admiradores le erigieron. Más tarde aparece en Cartago investido de la dignidad de *Sacerdos civitatis*, que implicaba la dirección de las fiestas sagradas.

Como ocurre a veces con algunos escritores representativos de una tendencia muy definida, como Plauto y San Jerónimo, a Apuleyo le han sido indebidamente atribuídas muchas obras de autores desconoci-

dos. La producción literaria de Apuleyo debió ser enorme. Él mismo habla de sus numerosas obras, de los más diversos géneros literarios, latinas y griegas, en prosa y en verso, y refiere haber escrito poemas épicos, poesías líricas, tragedias, comedias, sátiras, discursos, diálogos, historias y otras obras. De toda la vasta producción de Apuleyo, sólo seis obras han llegado hasta nosotros: *Apología*, *Florida*, *Metamorphoseon*, *De Deo Socratis*, *De Platone eiusque dogmate* y *De mundo*, si es que este último es auténtico. Desde luego ha sido ya rechazada la atribución de *Ascrepius* y *De herbarum virtutibus*.

La *Apología*, cuyo título es *Pro se de magia liber*, es un discurso, ampliación del que pronunció en defensa propia en la causa de su matrimonio. En él rechaza la acusación de haberse servido de hechizos para lograr la voluntad de su esposa. La desmesurada extensión de este discurso, dividido en dos libros, revela a las claras que es una composición retórica, construída sobre el recuerdo del discurso oral, y adornada, con calma, con prolijas divagaciones de su extensa cultura. No sin razón se han recordado, al hablar de Apuleyo, los discursos ciceronianos, cuyo lenguaje, elocuente y movido, tan felizmente imita.

Florida es, como indica su nombre, un florilegio de discursos. Esta selección no fué formada por el autor, sino hecha en época posterior. Comprende lo conservado 27 extractos de discursos, 23 reunidos en un manuscrito y cuatro que se han incorporado al

manuscrito *De Deo Socratis*. Como orador se había distinguido excepcionalmente, siendo muy celebrados algunos discursos académicos que pronunció en Roma. Establecido después en Cartago, se dedicó con más ahinco a este arte, pronunciando multitud de oraciones en latín y en griego. La gloria de Apuleyo se basó principalmente en las deslumbrantes oraciones populares, que a estilo de los declamadores sofistas pronunció en diversas ciudades. Estos discursos eran recogidos con avidez, y se divulgaban profusamente. Sus oraciones son amenas divagaciones del más abigarrado carácter. En las que conocemos de la colección domina el elemento anecdótico, entremezclando con los relatos de la historia pintoresca sutilezas sofísticas y alardes de la más variada erudición. Aparte de lo entretenido del asunto, debía subyugar al auditorio la magia de su estilo y el torrente de su elocuencia, que para el gusto moderno resulta fantasmagórica, pero que indudablemente compendia cuantas habilidades ha sabido emplear la oratoria. La riqueza léxica es enorme, manejando una amplia lengua clásica, enriquecida con arcaísmos, neologismos y palabras vulgares. En la estructura del estilo se ve con qué calculada habilidad para el efecto acústico emplea las frases simétricas y acumula las ampliaciones sinónimas, cerrando los períodos con expresiones rotundas, dirigidas a levantar al auditorio. La filosofía era el fondo principal de la cultura de Apuleyo, y su máxima satisfacción literaria la constituía el denominarse a sí propio *platonicus philosophus*. *De*

Platone eiusque dogmate es un resumen en dos libros del sistema filosófico de Platón. La parte de lógica es un añadido de diverso autor.

El fondo de esta obrita lo constituyen la *República*, las *Leyes*, y el *Timeo* de Platón; pero parece que no fueron utilizadas directamente estas fuentes sino a través de los comentarios platónicos de su contemporáneo Albino.

De Deo Socratis es también, en el fondo, platónico, aunque la fuente inmediata debe ser Xenócrates o Posidonio. Es un tratado que contiene la doctrina de los demonios, comprendiendo en esta denominación todos los espíritus, buenos o malos, intermedios entre Dios y el hombre.

De mundo es una adaptación o traducción de un libro, probablemente de Posidonio, que se ha venido atribuyendo a Aristóteles, y en el cual se expone una teoría monoteísta semejante a la cristiana. Se ha dudado si esta obra es realmente de Apuleyo, por ofrecer diferencias de estilo.

El platonismo de Apuleyo no es el de un fiel y escrupuloso discípulo. Le interesan en conjunto las doctrinas, pero en ellas lo que se deduce es el misticismo y su origen pitagórico o religioso. Esta inquietud y esta propensión a los misterios de las religiones informa todas sus obras.

Metamorphoseon, en 11 libros, es la obra que ha hecho inmortal el nombre de Apuleyo. El asunto es la metamorfosis en asno de un rico comerciante de Corinto llamado Lucio, que conserva sus facultades

humanas con excepción del habla. El protagonista es el que narra sus aventuras cuando recobra la forma humana.

El cuento de *Anon y Psique*, insertado desde el libro IV, 28, al VI, 24, es una de las joyas de la literatura universal.

Como Apuleyo confiesa, la idea de la obra la tomó de un original griego, del *Asno de oro*, de Lucio de Patras. No se conserva éste, pero sí un resumen del tiempo de Apuleyo, que demuestra la amoldación. Esta es libre, no limitándose Apuleyo a un arreglo sino a una ampliación, tan extensa y tan distinta, que hace un libro nuevo, en el que el autor imprime el sello de su espíritu y de su estilo. El libro, como cuadro social en el que se pinta el relajamiento moral de la sociedad y como relato de entretenimiento, es admirable.

El lenguaje de Apuleyo, con todos los grandes méritos y sus múltiples defectos, tiene aquí su máxima caracterización. En sus manos el complicadísimo lenguaje es un artificio de juego, que maneja con sin igual destreza. Sus retruécanos de mal gusto, la simetría de sus cláusulas y todo el efectismo retórico, que repele el gusto clásico, se compensan con la habilidad del arte descriptivo, con su encantadora gracia y con el maravilloso dominio del idioma. El mérito extraordinario de éste reside en la plasticidad con que se va amoldando a las situaciones, elevándose con todos los recursos del preciosismo literario cuando lo pide el asunto, o descendiendo a las más

gráficas y desgarradas expresiones en las escenas populares.

Como los grandes maestros de las literaturas modernas, Apuleyo tiene el don de conducir y cautivar la atención, que recorre con avidez los cuadros pintorescos, recreándose en los tipos graciosamente caracterizados.

Panegiristas.—La idea de Plinio de saludar con un elogioso discurso de gracias al emperador Trajano tuvo imitadores en tal grado, que los panegíricos llegaron a ser uno de los principales géneros oratorios, especialmente en los tiempos de Diocleciano y de Constantino. Entre los *Panegyrici latini* conservados, la mayoría son franceses y de autores desconocidos; cuatro son del maestro Eumenio de Autum, recitados en los años 297, 310 y 311; de Naxario es un panegírico de Constantino, pronunciado hacia el 320; de Claudio Mamertino, uno de Juliano el Apóstata; de Pacato, uno de Teodosio. Entre todos descuella especialmente Símaco.

Quinto Aurelio Símaco (345-405).—Descendiente de una noble familia, desempeñó altos cargos públicos, siendo procónsul de Africa, prefecto de Roma en 384 y cónsul en 391. Perteneció al reducido partido aristocrático que defendió el paganismo agonizante, y cuando el emperador Valentiniano II dió la orden de quitar del Senado el altar de la Victoria, fué Símaco quien elevó la petición de que fuese repuesto, invocando las tradiciones del Estado romano. Intervino más tarde en las luchas dinásticas

del Imperio desfavorables a su causa, teniendo, sin embargo, la habilidad de congraciarse con el vencedor Teodosio, a quien dedicó un panegírico.

Se conocen de Símaco, aunque incompletos, los panegíricos de Valentiniano II y de su hijo Graciano. También se conservan algunos fragmentos de cinco discursos pronunciados en el Senado.

Las *Epístolas* de Símaco, colección de 900 cartas reunidas por su hijo, constan de 10 libros. El último contiene su correspondencia con los emperadores Valentiniano, Graciano, Teodosio, Arcadio y Honorio; al final se agregan 49 relaciones, de las cuales la III contiene su famosa apología del paganismo. Las relaciones de Símaco con lo más brillante de la sociedad de su siglo dan algún valor histórico a estas cartas.

Su fama de ser el más grande de los oradores de la época no se justifica al leer hoy los fragmentos de sus ocho discursos, lo que hace pensar que acaso sus más excelsas condiciones de orador se referían especialmente a la elocución.

El estilo de las cartas, remilgadamente esmerado, recuerda el de Plinio.

47.

Literatura latino-cristiana. — Las conmociones políticas del Imperio en el siglo III iban anulando la personalidad romana y con ello desvaneciendo su

literatura. Helenizado el Imperio, y sometido a las influencias orientales en las ideas y en las costumbres, y desplazados los focos de civilización a regiones de una idealidad muy distinta, como la de Africa y la de las Galias, el espíritu pagano aparece disociado, sin lazo posible de unión, convergiendo la atención y los principales esfuerzos literarios hacia el ideal creciente del cristianismo. La literatura cristiana de los primeros siglos había vivido la vida popular. La heterogénea población cristiana de las Catacumbas, cosmopolita y oriental en gran parte, se servía con preferencia del griego, que parecía iba a ser la lengua oficial de la Iglesia, y que lo hubiese sido tal vez sin la influencia preeminente de las comunidades africanas y de sus grandes doctores. Ya en Roma y en todo el Imperio en el siglo II la nueva religión empieza a preocupar a las clases elevadas, surgiendo a fines de este siglo y principios del III los primeros apologistas: Tertuliano y Minucio Félix.

A partir de este tiempo, sin interrupción, las nuevas ideas crean una nueva literatura de teólogos y apologistas, que exponen y defienden su credo, y de historiadores y poetas, que pretenden emular las glorias paganas. El retoricismo vacío, a que había degenerado la última literatura pagana, se anima con la pasión de las nuevas doctrinas, y aunque el mal gusto del lenguaje sigue naturalmente en boga, sin comparación posible con la sobria elegancia del clasicismo, empieza la nueva literatura a recor-

dar la profundidad y la sinceridad de los mejores tiempos.

Como en todas las conquistas de la civilización, como había ocurrido en la helenización, que había embellecido al espíritu de Roma sin debilitar del todo sus viejas cualidades, así el cristianismo triunfante le depura y le eleva, pero sin ahogar las cualidades inmortales del genio latino, antes bien fundiendo en un ideal común el amor del misticismo y el culto de la tradición y de la belleza.

La disciplina del Estado y la universalidad romana aparecen como molde de su jerarquía y del catolicismo cristiano.

Quinto Septimio Florente Tertuliano.—Nació en Africa y vivió aproximadamente desde el 150 al 230. Fué maestro de oratoria antes de convertirse al cristianismo. Los escritos ortodoxos son: *Apologeticus*, *Ad Nationes*, *De idolatria*, *De testimonio animae*, *De cultu feminarum*, *De pallio*, *De patientia*, *De Poenitentia*, *De oratione*, *De baptismo*, *De spectaculis*, *Ad uxorem*, *Ad martyres*, *Adversus Iudaeos*, *De corona militis*, y *De praescriptionibus haereticorum*.

Los escritos, después de caer en la herejía del montanismo en el 202, son: *De fuga*, *De exhortatione castitatis*, *De virginibus velandis*, *De monogamia*, *De pudicitia*, *De anima*, *De carne Christi*, *De resurrectione carnis*, *Scorpiace*, *Ad scapulam*, *De ieiunio*, *Adversus Praexeam*, *Adversus Hermogenem*, *Adversus Marcionem* y *Adversus Valentinianos*.

A pesar de un movimiento de estilo de cierta violencia y rudeza, que da un aire de sequedad a sus escritos, tienen el sello oratorio, y descubren los tradicionales recursos de los declamadores, con sus amplificaciones, sus flores y sus giros simétricos. Tertuliano es el pensador inflexible, que al razonar dogmatiza, dando a sus escritos una forma de orgullosa brusquedad. Su pasión le lleva, más bien que al razonamiento conciliador y justo, al ataque. No admite concesión doctrinal ni social con los paganos y con su filosofía, y en su afán de lucha se complace en extender y en generalizar sus enemigos. Con los paganos no puede admitirse trato ni comercio: su literatura es aborrecible: las mismas inclinaciones indiferentes de la naturaleza y las mismas afecciones familiares han de sacrificarlas todos los cristianos al más severo ascetismo.

Este espíritu de lucha contra los enemigos le lleva a concebir una religión de odio: uno de los placeres de los cristianos en la otra vida será, según él, ver torturar en el infierno a los paganos. La doctrina de Tertuliano es la doctrina de la exageración. Su heterodoxia montanista empieza oficialmente al romper con la Iglesia, porque ésta rechaza la doctrina de la implacable justicia divina y de los pecados imperdonables: pero en el fondo el rigorismo cristiano, que constituye su herejía, es criterio de todas sus obras y posición normal de su espíritu, enemigo de toda moderación humana.

Minucio Félix.—Era abogado, natural de Africa,

como Tertuliano, y autor como él de escritos en defensa del cristianismo.

Su obra *Octavius* es un diálogo, en que intervienen el pagano Cecilio Natal, Octavio Januarío y el autor. Cada uno defiende sus ideales, hasta que el pagano Natal se convierte al cristianismo. Estos tres personajes, dos cristianos y un pagano, durante las vacaciones de los tribunales, en sus paseos por la costa de Ostia, empiezan a entablar una conversación sobre el cristianismo, porque el pagano Cecilio había hecho una reverencia a una imagen del dios Serapis. En un ambiente de afectuosa amistad y con un tono de elevada delicadeza la discusión se anima y los personajes exponen sus puntos de vista. Admira con qué imparcialidad Minucio Félix recoge las acusaciones que se hacían contra las nuevas doctrinas, poniendo en boca de Cecilio el reproche de que el dogma pugna con la tendencia de la razón humana, de que la nueva religión iba contra las tradiciones religiosas sobre las cuales se había cimentado la gloria romana, y de que en las ceremonias y en sus festines secretos cometían crímenes e inmoralidades. A estas objeciones y calumnias responden mesuradamente los cristianos, mostrando cómo muchos de los principios, la inmortalidad del alma y la existencia y providencia de Dios, los habían reconocido con su razón natural los más ilustres filósofos gentiles, y cómo los supuestos crímenes que Frontón había antes formulado, no eran sino una interpretación maliciosa del vulgo pagano.

Al notar el carácter de generalización filosófica de la *Apología* de Minucio Félix, se ha planteado la duda de si el autor acepta íntegras las creencias cristianas o se limitaba a aceptar grandes principios, como el monoteísmo, la providencia y la justicia divina, y la fortaleza de los espíritus religiosos, que coincidían con doctrinas filosóficas espiritualistas y con principios estoicos. Pero esto parece infundado, porque el cristianismo perfecto de Minucio Félix está probado por otras partes, deduciéndose que es como una táctica apologética de iniciación al cristianismo y no de instrucción y defensa de todos sus dogmas.

El contraste con Tertuliano no puede ser más completo. Cuanto se destaca Tertuliano por su severidad y su intransigencia brilla Minucio Félix por su conciliadora dulzura.

Tertuliano espera vencer por la solidez de su argumentación y por la vehemencia de sus exhortaciones, sin detenerse en el cuidado de las formas; Minucio Félix piensa en el valor del arte literario y reviste sus raciocinios con las bellas galas de la elocuencia clásica.

Este diálogo tan interesante como libro apologético, es ante todo una obra literaria. Evoca desde el primer momento los diálogos filosóficos de Cicerón, cuyo espíritu y cuyo estilo toma.

San Cipriano.—Tascio Cecilio Cipriano (200-258) fué obispo de Cartago. Sus obras son: *Ad Donatum*, *Quod idola dii non sint*, *Ad Quirinum*,

De habitu virginum, De catholicae Ecclesiae unitate, De lapsis, De dominica oratione, De mortalitate, Ad fortunam, De opere et eleemosynis, De bono patientiae, De zelo et livore. Se conservan también 91 cartas, un sermón y un estudio sobre el bautismo de los herejes.

Se considera a San Cipriano como discípulo de Tertuliano, y en efecto se ve indudable la influencia de sus obras, aunque de ellas no aprovecha más que lo que se amolda a sus ideas.

En el fondo San Cipriano representa el equilibrio entre la hosca intransigencia de Tertuliano y la amable condescendencia de Minucio Félix. Sin acercarse ni de lejos a la enfermiza exaltación de Tertuliano, tiene en sus apologías vehemencia y pasión, no habiendo hasta San Agustín un defensor más ardoroso de la Iglesia. Su moral estrecha es compatible con el espíritu de piedad y con la benignidad humana.

En el estilo (las obras) de San Cipriano están afeadas por el mal gusto del retoricismo afectado, con sus interminables y rebuscadas digresiones y el flujo de imágenes y de frases acumuladas sin medida ni gracia.

Arnobio.—Nació en Sicca, de Africa, y fué maestro de oratoria en tiempo de Diocleciano. Antes de su conversión al cristianismo, verificada en virtud de un sueño, había combatido ardorosamente esta religión.

Su obra *Adversus nationes* consta de siete libros,

y es un tratado doctrinal contra el gentilismo. Este libro fué escrito a raíz de su conversión, antes de ser instruído en los dogmas cristianos y de recibir el bautismo. La imaginación fogosa y la facundia incoercible de Arnobio se desatan en su obra en un estilo lleno de vastos períodos, ampliados en continuas evocaciones y símiles.

Su impulso combativo y su celo religioso le mueven a impugnar las doctrinas del paganismo con una violencia semejante a la de Tertuliano y con un crudo espíritu satírico.

Su fe ingenua, que le llevaba a defender en público una religión mal conocida, le conduce a errores de doctrina y a una posición extraña respecto de la filosofía. Arnobio defiende el cristianismo con la razón natural y a Platón como piadoso y divino filósofo.

Lucio Cecilio Firmiano Lactancio.—Fué profesor de oratoria en Nicomedia y preceptor de Crispo, hijo de Constantino. Sábese que murió viejo y pobre.

Sus obras auténticas son: *De ira Dei*, *De opificio Dei*, *Institutiones divinae* y *Epitome Institutionum*. Se duda de la autenticidad del libro *De mortibus persecutorum*.

No se han conservado el *Convivium*, *Itinerarium*, *Grammaticus* y sus libros dirigidos a Asclepiades, a Probo, a Severo y a Demetriano. La razón de la duda sobre la autenticidad del libro *De morte persecutorum* es la rudeza de sentimiento que este libro revela, en el que con terrible delectación se des-

criben las muertes atormentadas de algunos enemigos de la Iglesia.

Sin embargo, se ha hecho notar con razón que algunas páginas de Lactancio revelan ideas semejantes. El libro *De opificio Dei* es una curiosa exposición de las maravillas del cuerpo humano en respuesta a la idea pesimista de los estoicos, concluyendo que todas las excelencias de los animales son nada ante la superioridad de la razón.

Su obra *Institutiones divinae* es un amplio estudio en siete libros sobre el origen y la significación de las falsas religiones, comparándolas con la verdadera.

Las obras de Lactancio se distinguen por su carácter filosófico. En ellas se combaten las distintas sectas filosóficas, especialmente el epicureísmo y el estoicismo: pero no combate la filosofía, como Tertuliano, ni se desentiende de ella, aferrado a las Escrituras, como San Cipriano, sino que admite los buenos principios de Sócrates, Platón, Cicerón y Séneca, e intenta defender el cristianismo con las armas del raciocinio.

Lactancio, como los demás apologistas, y en mayor grado que ellos, es un orador que escribe. A esto contribuía el haber sido maestro de oratoria antes de su conversión al cristianismo. Se le ha llamado con razón el Cicerón cristiano. Quizá ninguno se ha acercado tanto como Lactancio al arte complejo de la oratoria de Cicerón, de quien imita

admirablemente la manera de presentar los asuntos en una estructura muy perceptible.

LACTANCIO

INSTITUTIONES DIVINAE.

De falsa sapientia.

Summus ille noster Platonis imitator existimavit philosophiam non esse vulgarem; quod eam non nisi docti homines adsequi possint. "Est, inquit philosophia paucis contenta iudicibus, multitudinem consulto ipsa fugiens." Non est ergo sapientia, si ab hominum coetu abhorret, quoniam si sapientia homini data est, sine ullo discrimine omnibus data est, ut nemo sit prorsus qui eam capere non possit. At illi virtutem humano generi datam sic amplexantur, ut soli omnium publico bono frui velle videantur, tam invidi, quam si velint deligare oculos, aut effodere ceteris, ne solem videant. Nam quid est aliud hominibus negare sapientiam, quam mentibus eorum verum ac divinum lumen auferre? Quod si natura hominis sapientiae capax est, oportuit et opifices et rusticos, et mulieres, et omnes denique qui humanam formam gerunt, doceri, ut sapiant; populumque ex omni lingua, et condicione, et sexu, et aetate conflari. Maximum itaque argumentum est philosophiam neque ad sapientiam tendere neque ipsam esse sapientiam.

48.

San Ambrosio (340-397).—Natural de Tréveris, de una ilustre familia —su padre había sido prefecto de las Galias—, fué abogado, gobernador de Milán y, finalmente, obispo de esta ciudad.

Hombre de una prodigiosa actividad, intervino en la vida pública como defensor de la Iglesia. Hombre práctico y de acción, se ocupó menos de cuestiones teológicas que de los grandes problemas sociales de su época, elevando una protesta en defensa de las ideas de los senadores cristianos cuando se pretendía volver a poner en el salón del Senado el altar de la Victoria, y dirigiendo instrucciones a los emperadores Graciano y Teodosio sobre las cuestiones religiosas y aun sobre la gobernación del Estado.

Entre sus numerosas obras las hay dogmáticas, pero abundan las de moral y disciplina. Además de sus *Oraciones*, de sus *Cartas* y de sus *Comentarios*, escribió: *De fide*, *De mysteriis*, *De Incarnatione*, *De Virginitate*, *De officiis ministrorum*, *De bono mortis*, *De fuga saeculi*, etc.

Aun en las obras de teología pura y en los *Comentarios* se descubre el hombre de acción, y sus reflexiones, más que observaciones místicas, son moralización práctica de las historias bíblicas.

La perfecta cultura humana de San Ambrosio sale a luz en sus obras, apareciendo en ella a cada paso ejemplos y testimonios, no sólo de filósofos profanos, sino de literatos latinos, especialmente de Virgilio.

Empapado de estos gustos de la literatura pagana, San Ambrosio no sólo cita a sus autores, sino que a veces los sigue y los remeda. Así, la obra *De officiis ministrorum* tiene por modelo el libro *De officiis* de Cicerón.

Rufino de Aquilea.—Vivió aproximadamente entre los años 345 y 410. Fué amigo y después adversario de San Jerónimo, con el que sostuvo una viva polémica.

Autor de algunas obras teológicas y filosóficas fué, además, Rufino traductor de la *Crónica* de Eusebio.

San Jerónimo.—Nació en Estridón de Dalmacia el año 331 y murió en Belem el 420. Las obras principales son: las *Cartas*, la traducción de la Biblia, *Comentarios* de diversos libros sagrados, *Vidas* de Santos, *Cuestiones hebraicas*, etc.

Las obras de San Jerónimo son pura efusión de su espíritu. Sus cartas, sobre todo, revelan en toda su intensidad los afectos variados que las animan, ajustándose el estilo a todos los tonos del sentimiento.

Contrastan las obras de San Jerónimo con las de San Ambrosio, sobre todo en sus relaciones con la literatura pagana. Mientras que San Ambrosio está impregnado de la literatura clásica, San Jerónimo prescinde de ella. El estilo de San Ambrosio revela su ponderación espiritual, mientras que el de San Jerónimo muestra la viveza y fogosidad de su temperamento. Todas las emociones de San Jerónimo son fuertes: su indignación contra los errores y los vi-

cios, su desdén sarcástico contra los filósofos, su amor a sus discípulos. En los ataques contra sus enemigos, su furor belicoso se acerca al de Tertuliano; también se aproxima en la rigurosa estrechez de las ideas de moral y en la intransigencia contra los paganos; la renunciación obligada a las inclinaciones de la naturaleza y a los placeres más inofensivos tienen en ambos una gran semejanza.

San Jerónimo, como complemento natural de esta doctrina, organiza la vida monástica en Occidente y escribe las vidas de los eremitas San Pablo y San Hilarión, para que sirvan de modelo a los ermitaños. El mismo San Jerónimo se entrega a esta vida de renunciación, retirándose al desierto. Pero ni aun allí logra la paz deseada y su espíritu belicoso lucha consigo mismo con angustias delirantes, hasta que al fin alcanza la calma en el trabajo de sus *Comentarios bíblicos*, que constituyen el modelo de la exégesis futura.

San Agustín.—Aurelio Agustín, hijo de Patricio y de Mónica, nació en Zagasta, en Africa, el año 354. Enseñó la retórica en su ciudad natal y en Cartago, y, finalmente, en Roma y en Milán. Luchando entre el maniqueísmo, el catolicismo y la indiferencia, se hizo al fin católico y llegó a ser obispo de Hipona, muriendo el año 430.

Sus obras primeras son: *Contra Academicos*, *De vita beata*, *De ordine*, *Soliloquia*, *De immortalitate animi*, *Disciplinae*. Las obras escritas después del bautismo, fueron: *De moribus Ecclesiae Catholicae*

et manichaeorum, De animae quantitate, De libero arbitrio, De Genesi, Confessiones, De civitate Dei, De doctrina christiana, De gratia et libero arbitrio, De correptione et gratia, Sermones, Cartas, Comentarios bíblicos, y escritos menores contra las diversas herejías.

Su espíritu extraordinario parecía reunir las vigorosas cualidades de las grandes figuras de la Iglesia que le habían precedido: el sentido práctico y la voluntad de hierro de San Ambrosio, el ardor de San Jerónimo y el de Tertuliano, la claridad lógica de San Hilario y la afectuosidad de San Cipriano.

La complejidad de cualidades y su variada erudición aparecen en sus escritos. En las primeras obras de San Agustín anteriores a su elevación a la silla de Hipona domina la filosofía; en las siguientes prepondera el dogma, sin prescindir de la filosofía.

La *Ciudad de Dios*, la más divulgada de sus obras, es un estudio de la acción de la Providencia divina en la historia del mundo, en la que contrapone a la historia romana del paganismo la idea espiritual, que triunfa definitivamente. Es una obra de considerable erudición y de un altísimo valor filosófico.

En sus *Confesiones* narra su propia vida, haciendo un profundo análisis de sus pasiones y de sus crisis espirituales hasta su evolución al cristianismo. La admirable sinceridad de este libro y la pintura patética de sus ardientes pasiones hacen de él una de las más atrayentes obras.

SAN AGUSTIN
DE CIVITATE DEI.

*De aeterna et incommutabili scientia Dei
ac voluntate.*

Quid est enim aliud intellegendum in eo, quod per omnia dicitur *Vidit Deus quia bonum est*, nisi operis adprobatio secundum artem facti, quae sapientia Dei est? Deus autem usque adeo non, cum factum est, tunc didicit bonum, ut nihil eorum fieret, si ei fuisset incognitum. Dum ergo videt quia bonum est, quod, nisi vidisset antequam fieret, non utique fieret: docet bonum esse, non discit. Et Plato quidem plus ausus est dicere elatum esse scilicet Deum gaudio mundi universitate perfecta. Ubi et ipse non usque adeo desipiebat, ut putaret Deum sui operis novitate factum beatiorum; sed sic ostendere voluit artifici suo placuisse iam factum, quod placuerat in arte faciendum: non quod ullo modo Dei scientia varietur, ut aliud in ea faciant quae nondum sunt, aliud quae iam sunt, aliud quae fuerunt: non enim more nostro ille vel quod futurum est prospicit, vel quod praesens est aspicit, vel quod praeteritum est respicit; sed alio modo quodam a nostrarum cogitationum consuetudine longe alteque diverso.

49.

Literatura científica.—En contraposición a la decadencia literaria, algunas ciencias, como la jurisprudencia, tienen en esta edad su máximo esplendor: otras continúan al menos la tradición y tienen numerosos cultivadores.

La filosofía se caracteriza por la resurrección de las doctrinas platónicas, que van eliminando la doctrina estoica, imperante durante varios siglos en la filosofía romana. El verdadero fundador de este neoplatonismo fué Plotino, que tuvo escuela en Roma desde el 244 al 269, al que siguieron numerosos discípulos. Sin embargo, el cristianismo iba pronto a interponerse. El emperador Juliano favoreció estos estudios neoplatónicos y neoaristotélicos, cultivándolos él mismo con empeño. Mas quienes recogieron y encauzaron estas doctrinas fueron los cristianos, que empezaron por traducir las obras de Platón y de Aristóteles. Entre estos traductores se cuentan Calcidio y Mario Victorino. Todavía en los últimos años del siglo IV, Vecio Pretestato, defensor ardiente del paganismo, traduce y comenta esta filosofía; pero los que lo recogieron fueron San Hilario, San Ambrosio, etc.

Entre los jurisconsultos sobresalen: Ulpiano, prefecto del Pretorio bajo Heliogábalo y Alejandro Severo, asesinado por los pretorianos el año 228, y cuyas obras jurídicas constituyeron la base de una

buena parte del *Digesto*; Julio Paulo, autor de numerosas obras jurídicas, profusamente utilizadas en las *Pandectas*; Gregoriano, autor del código gregoriano, que recopiló las Constituciones imperiales, desde Adriano hasta Diocleciano; Hermogeniano, cuyas obras completaron el código gregoriano.

Entre los gramáticos, además de Escauro, Velio Longo y Aulo Gelio, merecen citarse: Sulpicio Apolinar, natural de Cartago, maestro de Aulo Gelio, que estudió la métrica de la *Eneida*, y de Terencio, y que publicó una obra: *Quaestiones epistolicae*, de variados asuntos; Acron, que vivió en tiempo de Septimio Severo, comentarista de algunos autores; Porfirio, comentarista de Horacio; Cominiano, autor de un *Ars grammatica*; Atilio Fortunaciano, famoso por su métrica; Evancio, comentarista de Terencio; Mario Victorino, autor de otro *Ars* en cuatro libros; Donato, comentarista de Terencio y de Virgilio y autor de una gramática, la más usada en la Edad Media; Flavio Sosípatro Carisio, cuyo *Arte* ha sido famoso por las noticias que da en el tercer libro, de *Historia literaria*; Servio, autor de un comentario sobre la Gramática de Donato y de un tratado de métrica; y el gramático Galo Consencio, de cuya obra sólo se han conservado dos capítulos.

Las ciencias positivas tienen como cultivadores más notables: Firmico Materno, autor de una obra matemática y astrológica, *Matheseos libri VIII*; Rutilio Tauro Emiliano, que escribió una extensa obra de agricultura, en 14 libros; Vegecio, que publicó una

obra de estrategia y de organización militar, en cuatro libros; otro Vegecio, autor de un tratado de veterinaria, *Digesta artis Mulomedicinae*; Marcelo Empírico, que compuso un tratado, *De medicamentis*; Teodoro Prisciano, que tradujo una obra médica griega con el título *De Medicinae praesentaneae libri V*; el africano Celio Aureliano, autor de la obra médica *Medicinales responsiones* y traductor de las obras griegas de Sorano sobre las enfermedades agudas y crónicas, y Casio Celis, igualmente africano, autor de la obra *De medicina*.

Quinto Terencio Escauro.—Vivió en tiempo de Adriano. Fué autor de una gramática latina, conservada en parte, muy interesante por las citas de la antigua lengua, y escribió copiosos comentarios sobre Plauto, Virgilio y Horacio.

Velio Longo.—Vivió en tiempo de Trajano. De él se conserva una *Ortografía* y fué también autor de algunos comentarios sobre Virgilio.

Aulo Gelio.—Nació hacia el año 130. Fué discípulo de Favorino y de Frontón. Su obra *Noctes Atticae*, en 20 libros, publicada hacia el 175, uno de los arsenales más interesantes para el estudio de las antigüedades latinas, ha llegado completo hasta nosotros, con excepción del libro VIII, del cual no se conservan más que los epígrafes de cada capítulo. Aulo Gelio es el más caracterizado defensor de la escuela arcaizante fundada por Frontón. Es un espíritu humanista de refinada curiosidad, la que le lleva a recoger los materiales de la antigua lengua,

no para utilizarlos como ornamento de estilo, cual le ocurre a su maestro, sino para estudiarlos en sí mismos con verdadera devoción arqueológica. Con este fino espíritu histórico y filológico se interesa por todo cuanto lleva el sello de antigüedad, palabras o cosas. Este libro de menudas notas, que el mismo Aulo Gelio compara a un almacén de cosas literarias, carece de método; pero, con todo, es un libro de atractiva erudición y de un interés filológico excepcional. Las notas se refieren a las más diversas materias, habiendo en ellas recuerdos históricos, anécdotas, apólogos, opiniones filosóficas, observaciones literarias, y sobre todo cuestiones gramaticales de morfología, de sintaxis y de etimología.

Con su manía de arqueólogo, aplicada a la literatura, admite benévolamente a algunos clásicos como Cicerón y Virgilio; pero su decidida predilección es por los autores primitivos. Este gusto pretende justificarlo, ponderando su magnífica simplicidad y sus felices invenciones; pero en el fondo, su entusiasmo no se basa en una convicción racional, sino en sus instintivas inclinaciones de arqueólogo. Gracias a este libro curioso han llegado a nosotros algunos textos primitivos, como los epitafios de Nevio, Plauto y Pacuvio, y el senadoconsulto de filósofos, así como interesantes fragmentos de los viejos autores, de Ennio, Catón y Cuadrigario. El estilo de Aulo Gelio, de excepcionales cualidades, apenas tiene ocasión de manifestarse, por la índole de las notas, en las que desaparece casi la personalidad del autor, más aten-

to a exponer las curiosidades recogidas, que a exponer sus propios juicios.

Legislación Justiniana.—La necesidad de amoldar las disposiciones de las leyes romanas a la nueva estructura social del Imperio y a las nuevas costumbres determinó una gran actividad legislativa en esta edad, siendo la jurisprudencia la rama científica más floreciente.

Las principales disposiciones fueron el edicto de Teodorico del año 500 para fijar la administración de la justicia civil y militar; las *leges romanae visigothorum*, o breviario de Alarico, promulgadas en España en el año 506 para codificar con el derecho romano vigente las leyes de los visigodos; las Leyes de los Borgoñeses, dictadas el año 516; el *Corpus Juris* de Justiniano, iniciado el año 527, que comprendía el derecho antiguo, o de los jurisconsultos, y el derecho moderno, imperial o principal. Este derecho imperial fué codificado en el *Código Justiniano*, publicado en 528 y por segunda vez el 534. El derecho antiguo, ordenado por una Comisión de juristas, presidida por el célebre Triboniano, se reunió en los libros del *Digesto* y de las *Pandectas*. A la vez se prepararon por Gayo las *Instituciones*, en cuatro libros, conteniendo las disposiciones fundamentales. Más tarde se reunieron con el título de las *Novelas* las disposiciones promulgadas desde el año 533 hasta fines del siglo.

VEGECIO

INSTITUTA REI MILITARIS.

Obras de sitio.

Vineas dixerunt veteres, quas nunc militari barbaricoque usu causias vocant. E lignis levioribus machina colligatur, alta pedibus octo, latam pedibus septem, longa pedibus sexdecim. Huius tectum munitione duplici, tabulatis, cratibusque contexitur. Latera quoque vimine sepiuntur, ne saxorum telorumque impetu penetrentur. Extrinsecus autem, ne immiso concremetur incendio, crudis ac recentibus coriis, vel centonibus operitur. Istae, cum plures factae fuerint, junguntur in ordinem, sub quibus subsidentes tuti ad subruenda murorum penetrant fundamenta. Plutei dicuntur, qui ad similitudinem absidis contexuntur e vimine, et ciliciis vel coriis proteguntur, ternisque rotulis, quarum una in medio, duae in capitibus oponuntur, in quamcunque partem volueris, admoventur more carpenti: quos obsidentes applicant muris; eorumque munitione protecti, sagittis, sive fundis, vel missilibus defensores omnes de propugnaculis civitatis exturbant, ut scalis ascendendi facilius praestetur occasio. Agger autem ex terra lignisque extollitur contra murum, de quo tela jactantur.

AULO GELIO

NOCTES ATTICAE.

De vocabulis quibusdam a Varrone et Nigidio contra quotidiani sermonis consuetudinem declinatis.

M. Varronem et P. Nigidium viros romani generis doctissimos comperimus non aliter locutos esse, et scripsisse quam *senatus* et *domus*, et *fluctus*, qui est patrius casus ab eo, quod est *senatus*, *domus* et *fluctus*, huic *senatui*, *domui*, *fluctui*, ceteraque his consimilia pariter dixisse. Terentii quoque comici versus in libris veteribus itidem scriptus est:

Eius anuis opinor causa, quae est mortua.

Hanc eorum auctoritatem quidem a veteribus grammaticis ratione etiam firmare voluerint, quòd omnis dativus singularis littera finitus i si non similis est genitivi singularis, s littera addita genitivum singularem facit: ut *patri patris*, *duci ducis*, *caedi caedis*. Cum igitur, inquiunt, id casu dandi, huic *senatui* dicamus, genitivus ex eo singularis *senatus* est, et non *senatus*. Sed non omnes concedunt in casu dativo *senatui* magis dicendum quàm *senatu*: sicut Lucilius in eodem casu *victu* et *anu* dicit, non *victui* et *anui* in hisce versibus:

Quod sumptum atque epulos victu praeponis honesto.

50.

Literatura latina posterior a la caída del Imperio de Occidente hasta el siglo VIII.—El triunfo de los bárbaros, que determina el fin del Imperio de Occidente, reduce la vida literaria a los más estrechos límites, manteniéndose débiles centros de cultura, más que en Roma, en algunas de las provincias, como Africa y las Galias.

Entre los poetas, el más notable de esta época es Emilio **Draconcio**, natural de Cartago. Las obras de Draconcio, con todos los grandes defectos de la época de decadencia, tienen, sin embargo, la emoción de su propia vida. Las primeras obras eran de carácter profano; tales son: *Hylas*, *Raptus Helenae*, *Medea*, *Verba Herculis*, *Deliberativa Achilis*, *Controversia de statua viri fortis*, y algunos epitalamios. Se cree que es también de Draconcio la tragedia *Orestes*, que durante la Edad Media vino atribuyéndose a Horacio y a Lucano. Durante la invasión de Africa por los vándalos Draconcio se atrevió a atacar a los vencedores. Recluído en prisión, dirige el año 480 al rey de éstos una prolija y sentida elegía, *Satisfactio ad Gunthamundum regem*, que recuerda la de Ovidio en el destierro. Como el poema de Ovidio, choca éste que, con un fondo trágico, se viste con todas las galas de la erudición y con todas las afectaciones retóricas. Nada logró, sin embargo, Draconcio del rey bárbaro, y entonces es

cuando compuso en la prisión el poema consolatorio *De Deo*, en tres libros, en el cual canta las grandezas de Dios, sublimando el dolor, que considera como un don de la divinidad otorgado a las criaturas que más ama. En esta obra el autor, entregado a las altas y puras efusiones, aparece como un verdadero poeta.

Los otros poetas africanos más notables de esta época fueron, a fines del siglo v y primera mitad del vi, Flavio Félix, Florentino y Lusorio, del cual se conservan algunos epigramas, que recuerdan el tono desenvuelto y desgarrado de Marcial; en la segunda mitad vivió Coripo, autor del poema *De bellis libycis* y de un poema en honor de Justino II.

De otras provincias fueron Avito, que en tiempo del rey de Borgoña Gundovaldo compuso el poema *De origine mundi*; Ennodio, obispo de Pavía, que entre otras obras en prosa, biografías, discursos y cartas, compuso varios himnos y epigramas; Maximiano, autor de algunas poesías de carácter clásico; Venancio Fortunato, obispo de Poitiers, que compuso la *Vida de San Martín de Tours* y 11 libros de poesías, de una lengua y una métrica marcadamente bárbaras.

Entre los prosistas descuella principalmente **Boecio**, el más ilustre personaje literario de la Edad Media. Perteneciente a la aristocracia romana, logra llegar a ser el más influyente elemento de la corte del rey godo, procurando atraer a este pueblo hacia las dulzuras de la civilización. Habiéndose he-

cho sospechoso por estas tentativas, fué recluso en prisión durante largo tiempo. La mejor y más famosa de sus obras es el libro *De consolatione philosophiae*, en cinco libros, mezcla de prosa y verso, lenitivo a sus dolores en la prisión, apoyándose en las doctrinas platónicas y estoicas. Sin embargo, la cultura de Boecio es extensísima, confundándose en sus obras las matemáticas, la música, la filosofía, etcétera. Por su erudición y sus gustos clásicos parece el último gran representante de la cultura antigua, mientras que por su manía razonadora y por sus sutilezas parece el precursor del escolasticismo. En todas sus obras se siente la infantil pedantería medieval, comprensible en un ambiente de tan extrema penuria científica.

El cristianismo de Boecio ofrece un aspecto curioso: es autor de obras doctrinales del cristianismo, como el tratado *De trinitate* y sus libros *In Eutichem et Nestorium*, y en cambio en su tratado *De consolatione* no aparece una sola vez el nombre de Cristo.

Otro gran personaje contemporáneo de Boecio es **Casiodoro**, que fué secretario de Teodorico y que alcanzó a la venida de los longobardos, ocurrida cuando tenía ochenta y ocho años, viviendo aún otros siete. Los últimos treinta y cinco años de su vida los pasó en un convento fundado por él: las obras anteriores a su ingreso en el claustro fueron: los *Panegíricos* en honor de los reyes godos; su *Chronica*, verdadera historia universal que comprende desde el primer hombre hasta el año 519; su *Historia*

Gothorum, que sólo conocemos por el epítome de Jordanes, y su obra *Varia*, recopilación de sus escritos menores. Las obras escritas durante su vida claustral fueron: *Institutiones divinarum et saecularium litterarum*, enciclopedia de las siete artes liberales, escrita para la educación científica de sus monjes; el libro *De anima*, el de *Ortografía* y sus comentarios a los Salmos.

En Casiodoro es interesante la armonía de su cultura religiosa y profana. A él se deben las escuelas que eran a la vez religiosas y clásicas, en las que se aprendían los principios religiosos y la cultura profana. Casiodoro fué quien principalmente encomendó a las órdenes monásticas la copia de manuscritos antiguos, salvándose gracias a esta feliz previsión gran parte del tesoro clásico.

Entre los historiadores medievales descuellan Jordanes, autor de los epítomes *De origine actibusque Getarum* y *Summa temporum* vel *De origine actibusque gentis Romanorum*, y Gregorio de Tours (538-594), obispo de esta ciudad y autor de la *Historia Francorum*, de un lenguaje marcadamente provincial. Entre los escritores cristianos de esta época, el más saliente es el papa Gregorio I (aproximadamente del 545 al 604), autor de himnos, de homilias, comentarios de las Sagradas Escrituras y de algunas cartas.

Entre los eruditos descolló el africano Fulgencio, autor de la obra *Mythologiarum libri III*, en que explica a su modo los mitos paganos; *Virgiliana con-*

tinencia, explicación alegórica de la *Eneida*; *De aetate mundi*, y *Expositio sermonum antiquorum*, aclaración caprichosa de voces antiguas. Con el nombre de Fulgencio se conservaron diversas obras apologéticas contra los arrianos, dudándose si son de este autor o de algún homónimo contemporáneo.

Entre los gramáticos, el más ilustre es *Prisciano*, que vivió en Constantinopla en tiempo del emperador Anastasio. La obra de Prisciano *Institutionum Grammaticarum libri XVIII* es el principal monumento de la gramática latina. Esta extensa obra no sólo interesa por sus doctrinas, sino especialmente por los abundantes datos que suministra sobre la lengua arcaica. Todavía en Oriente, detrás de Prisciano, subsiste en parte la cultura gramatical, como lo prueba el caso de Eutiques, autor de un *Ars* en dos libros. En Occidente los estudios de gramática, en el concepto de tales, habían desaparecido. Es elocuente para probarlo el caso de la gramática escrita en Francia en el siglo VI por Virgilio, en la que se contiene sólo pueriles cuestiones sin método alguno. En España el más glorioso sostenedor de la cultura medieval es San Isidoro de Sevilla (570-636), autor de muchas obras, entre las cuales la más famosa es *Etymologiarum libri XX*, magna enciclopedia de las siete artes liberales.

DRACONCIO

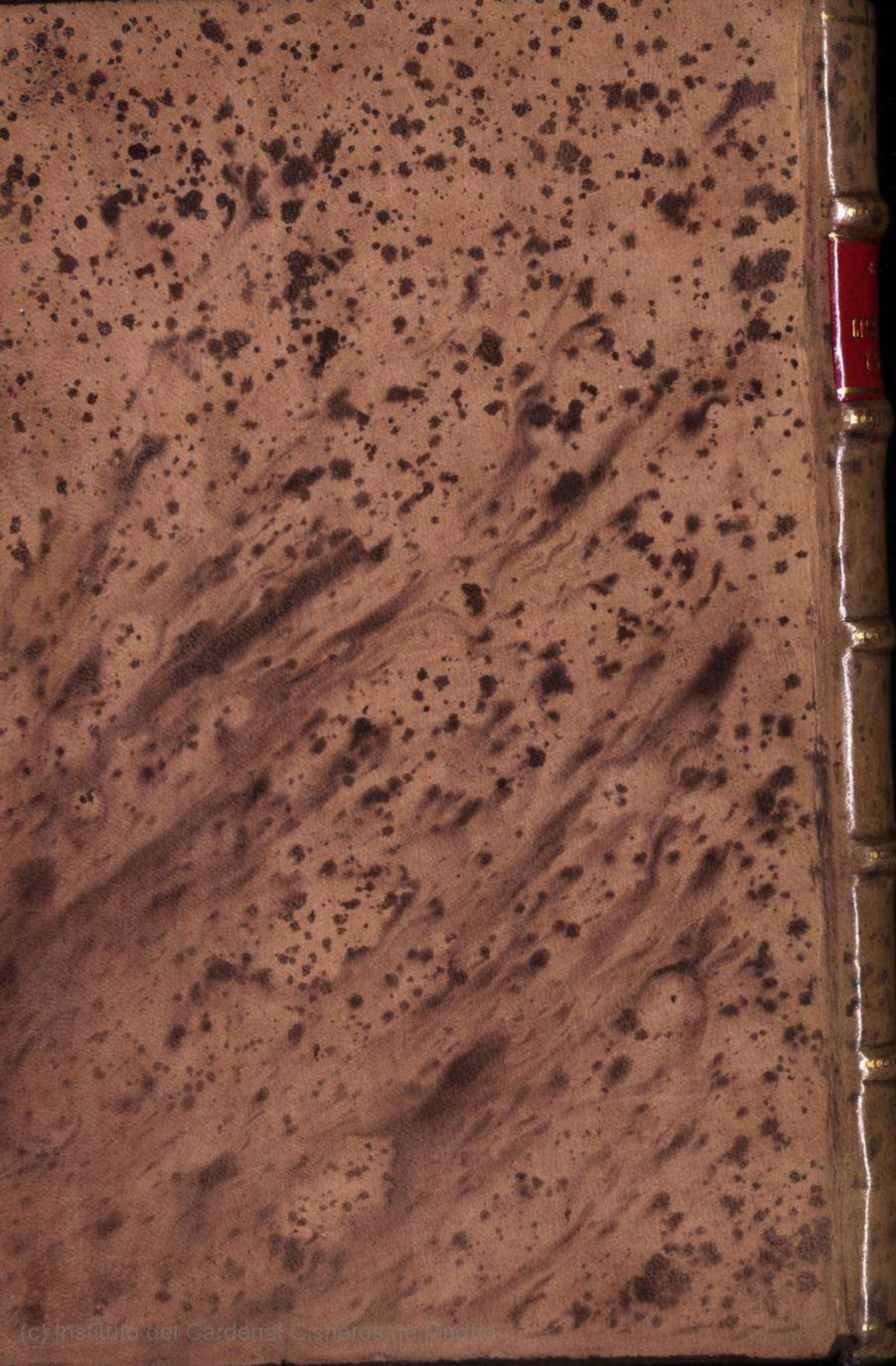
CARMINA MINORA.

Poder de Dios.

Rex immense deus, cunctorum conditor et spes,
Quem timet omne solum, qui regis igne polum
Sidera, flamma, dies, quem sol, nox, luna fatentur
Auctorem, dominum saecula cuncta probant:
Principio seu fine carens, et temporis expers,
Nescius alterni nec vice functus agis,
Omnia permutans nullo mutabilis aevo,
Idem semper eris qui es modo vel tueras.
Nil addit demitque tibi tam longa vetustas,
Omnia tempus habent, nam tibi tempus abest.
Qui mentes hominum qua vis per singula ducis,
Et quocumque iubes dirigis ingenia,
Qui facis iratus homines contraria velle,
Propitiusque iubes ut bona cuncta gerant.







C. DE DESEO

LIBRATORIA LATINA
Y ANTOLOGIA.